Univ. of
Toronto
Library

8075

COLECCIÓN SELECTA

DE

ANTIGUAS NOVELAS ESPAÑOLAS

TOMO IX

C6917

COLECCION SELECTA

DE

Antiguas Novelas Españolas

Tomo IX

TARDES ENTRETENIDAS

EN SEIS NOVELAS

POR

ALONSO DE CASTILLO SOLORÇANO

Publicadas

por

DON EMILIO COTARELO Y MORI

De la Real Academia Española

91673
14.9.08

MADRID, 1908

PUBLÍCALAS LA

LIBRERÍA DE LOS BIBLIÓFILOS ESPAÑOLES

Travesía del Arenal, 1—MADRID

«IMPRENTA IBÉRICA», DE ESTANISLAO MAESTRE,
POZAS, 12.—MADRID.

TARDES
ENTRETENIDAS

AL EXCELENTÍSIMO SEñor don Francisco Gómez de Sandoval, Padilla y Acuña, Duque de Uceda y Cea, Adelantado mayor de Castilla, Conde de Santa Gadea y Buendía, Marqués de Belmonte, señor de las villas de Dueñas, Ezcaray, Caltañazor, Corraquín, Balgañón y sus partidos, Comendador de la Clavería de Calatrava, y Gentil hombre de la cámara del Rey nuestro señor.

POR DON ALONSO DE CASTILLO SOLORÇANO

Año 1625.

CON PRIVILEGIO

En Madrid, por la Viuda de Alonso Martín,
A costa de Alonso Pérez, mercader de libros.

LAS NOVELAS QUE TIENE ESTE LIBRO

El amor en la venganza.
La fantasma de Valencia.
El Protheo de Madrid.
El Socorro en el peligro.
El Culto graduado.
Engañar con la verdad.

FE DE ERRATAS

Este libro intitulado *Tardes entretenidas,* está bien y fielmente impreso con su original. En Madrid á quince de Marzo de mil y seiscientos veinte y cinco.

El Licenciado Murcia de la Llana.

TASSA

Yo, Diego González de Villarroel, Escribano de Cámara de Su Majestad, de los que en su Consejo residen doy fe, que habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado *Tardes entretenidas*, compuesto por D. Alonso del Castillo Solórzano, que con licencia de los dichos señores fué impreso, tasaron cada pliego de los del dicho libro á cuatro maravedís; y á este precio y no á más mandaron se venda, y que esta tasa se ponga al principio de cada un libro de los que ansí se imprimieren, y para que dello conste de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y de pedimiento del dicho D. Alonso del Castillo Solórzano doy esta fe, en Madrid á veinte y uno de Marzo de mil y seiscientos veinte y cinco años.

DIEGO GONZÁLEZ DE VILLARROEL.

SUMA DEL PRIVILEGIO

Tiene privilegio de Su Majestad por tiempo de diez años, D. Alonso del Castillo Solórzano, para poder imprimir este libro intitulado *Tardes entretenidas*, y no otra persona sin su licencia, so las penas en él contenidas, como consta de su original, despachado en el oficio de D. Hernando de Vallejo, Secretario de Su Majestad, y su Escribano de Cámara. Su fecha en Madrid á veinticuatro de Setiembre de mil y seiscientos y veinte y cuatro años.

APROBACION DEL P. F. PLACIDO DE ROJAS, DE LA ORDEN DE SAN BENITO

Por comisión del Sr. D. Diego Vela, Obispo electo de Lugo, del Consejo de Su Majestad y Vicario General de Madrid, he visto un libro intitulado *Tardes entretenidas*, compuesto por D. Alonso de Castillo Solórzano, el cual libro corresponde muy bien con el título, porque gustosamente entretiene y deleita y aun enseña, pues de sus novelas se puede sacar moralidad y avisados documentos para proceder cuerdamente en muchas ocasiones; el estilo es apacible y fácil, ni por lo claro bajo y de menos estima, ni por lo ingenioso y curioso tan alto, que sólo venga á ser de gusto á los que le tienen en hacer escabrosa y desconocida la lengua española. No tiene cosa contra la fe ni contra las buenas costumbres, antes es una lectura ingeniosa y honesta, que puede andar sin riesgo en todas manos, por lo cual me parece que se le puede dar la licencia que pide para imprimirle. Fecha en San Martín de Madrid á 5 de Setiembre de 1624.

F. Plácido de Rojas.

LICENCIA DEL SEÑOR DOCTOR D. DIEGO VELA, ELECTO OBISPO DE LUGO Y VICARIO DE MADRID.

He hecho ver este libro intitulado *Tardes entretenidas*, y por no hallar en él cosa contra la fe y buenas costumbres, antes una lección agradable y para todos estados, por lo que á mí toca, dando los señores del Consejo licencia se puede imprimir. En Madrid á siete de Setiembre de mil y seiscientos y veinte y cuatro años.

DOCTOR. D. DIEGO VELA.

Ante mí, *Diego de Rivas*, Notario.

MUY PODEROSO SEÑOR:

Este libro que su autor llama *Tardes entretenidas*, y V. A. me manda ver, es muestra de la fertilidad de ingenios de España; pues con tanta abundancia como facilidad, no ofendiendo á las buenas costumbres, antes aprovechando con avisos morales, divierte y deleita en variedad de asuntos y artificio de trazas notables, donde los entretenimientos desta lección reconocerán muchos caudal y gracia. Puede V. A. servirse de dar licencia para que se imprima, con más razón que á otros, á quien no se ha negado. Madrid, 18 Setiembre 1624.

DON JUAN DE JÁUREGUI.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON FRANCISCO GOMEZ DE SANDOVAL, PADILLA Y ACUÑA, DUQUE DE UCEDA Y CEA, ADELANTADO MAYOR DE CASTILLA, CONDE DE SANTA GADEA Y DE BUENDÍA, MARQUÉS DE BELMONTE, SEÑOR DE LAS VILLAS DE DUEÑAS, EZCARAY, CALTAÑAZOR, CORRAQUÍN, BALGAÑÓN Y SUS PARTIDOS, COMENDADOR DE LA DE CALATRAVA Y GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DEL REY, NUESTRO SEÑOR.

La elección que hice (Excelentísimo Señor) cuando acabé de escribir este pequeño volumen, de consagrarle á V. E., me facilitó las dudas y aseguró los temores que tenía de sacarle á luz, en teatro donde tantos Zoilos asisten, más á censurar las faltas ajenas, que á enmendar las propias. Vuestra Excelencia admita esta humilde ofrenda, que con su generoso patrocinio tendrá el realce que le falta, seguridad de los mordaces, y ellos envidia del favor que recibe. Guarde Dios á V. E. como deseo.

DON ALONSO DEL CASTILLO SOLÓRZANO.

A LOS CRITICOS

Ya, gremio censurador, me consta tu modo de vivir, y por las diversas herramientas que en tus oficinas he visto (cuidadosamente afiladas del ocio) conozco de cuantos oficios se forma tu perniciosa congregación. Sé que no hay en nuestra república paño que no tundas, seda que no acuchilles, cordobán que no piques, holanda que no cortes, cabello que no rasures y, finalmente, uña, aunque sea del mismo Pegaso, que no cercenes. No me admiro que tengas tantos aceros si tienes por consorte á la murmuración, que á los más cubiertos de orín acicala y á los más botos afila. Seis novelas te presento, adornadas con diferentes versos, á cuyo volumen doy el título de *Tardes entretenidas*; si te lo parecieren, poco te habrán hecho de costa, y en parte te hallas donde podrás lograr el título con los muchos divertimientos que te ofrece la corte; lo que te puedo asegurar es que ninguna cosa de las que en este libro te presento es traducción italiana, sino todas hijas de mi entendimiento; que me corriera mucho de oir de mí lo que de los que traducen ó trasladan, por hablar con más propiedad. Los muchos defectos que hallares esperan en tu prudencia su corrección; pero si falto de piedad y llevado de tu mordaz impulso no quisieres des-

decir de tu satírica costumbre, poco me importará congratularme contigo, y así me consolaré con ver que más agudos escritos no has perdonado, entre los cuales puede pasar éste con la misma pensión, si bien envidioso de los que no la tienen en las opiniones de los cuerdos y desapasionados. *Vale.*

DEL LICENCIADO D. GABRIEL DEL CORRAL

AL AUTOR

Su primera luz os llama
(Alonso) el Polo español,
si á Febo el Pindo por Sol,
á vos por su aurora os ama;
oscurece vuestra fama
muchos ingenios cobardes
y así, suspendiendo alardes
de luz vuestra cortesía,
altera la ley del día,
y amanecéis por las tardes.

TARDES ENTRETENIDAS

INTRODUCCIÓN

ILUMINABA con sus lucientes rayos el hermoso desprecio de la ingrata Dafne, alma del mundo y cuarto planeta, la celeste casa de los dos hermosos hijos de Leda, hermanos suyos, que por partir la divinidad entre sí, con permisión de su poderoso padre, fueron colocados en la tercera mansión del Zodiaco, cuando por principio del alegre mes de Mayo, la solícita Flora se ocupaba con mayor cuidado en la composición de los campos y en el adorno de los jardines, vistiéndolos de varias y fragantes flores, con que si aquéllos lucían naturalmente, ostentando en sus espacios vistosos tapetes de diferentes colores, éstos artificial hacían alarde de hermosísimas labores, como los hacen los bien compartidos matices en el estirado campo del grosero cañamazo. Las inquietas avecillas, traveseando por las verdes ramas de los frondosos árboles con su armónico lenguaje (por ser el tiempo del celo), se

decían enamorados requiebros, y todas juntas aplaudían en concertadas capillas, la deseada salida de la Aurora por las puertas del Oriente, haciendo alegres salvas las frescas y cristalinas fuentes, disipando su líquida plata por los verdes prados fertilizaban sus amenos sitios, pagándoles réditos la lucida república de las flores en hermosas guirnaldas que coronaban sus nativos originales.

Pues como en este alegre tiempo conviden con su fertilidad, los campos á que los gozen, y los amenos jardines á que los asistan: uno, afrenta de los de Hibla y admiración de los de Cipro, cuyas vistosas cercas adornadas de intricadas yedras y trepadores jazmines, aprisionaba el risueño Manzanares con grillos de cristal cerca de la antigua Mántua, de compuestos cuadros, tejidos cenadores y artificiales fuentes, eligieron por estancia todo el mes de Mayo dos nobles familias, que cansadas del ruído y confusión de la corte quisieron desenfadarse huyendo de los enfadosos cumplimientos de forzosas visitas, obligaciones si buenas para conservar amistades, tal vez penosas para desazonar quietudes.

Eran las personas que estas familias contenían, dos ancianas viudas, que habiéndoles faltado sus esposos, personas de calidad y que habían ocupado honrosos puestos, les dejaron bastantes haciendas, que ellas iban aumentando para dar á cada dos hermosas hijas que tenían,

copiosos dotes en iguales empleos. Doña Violante Centellas (que así se llamaba la una destas señoras), natural del noble reino de Valencia, tenía por hijas á doña Lucrecia y doña Constanza, cuya hermosura y discreción eran dos milagros de naturaleza, con quien había pocas en la corte que compitiesen, pues su agradable vista era una exageración de la hermosura humana y un vivo reconocimiento de la perfecta y divina mano que las formó. Doña Luisa de Ribera, amiga desta señora, tenía á doña Angela y doña Laura; y si no tan hermosas como las primeras, podían tener el lugar segundo de la belleza, y el supremo en las gracias y habilidades adquiridas, porque sus dulces y regaladas voces, acompañadas de igual destreza, eran lo celebrado de la corte y la suspensión de los que, por grandísimo favor, merecían oirlas.

Estas señoras vecinas de dos capaces cuartos que tenía una casa propia de doña Luisa, con dos criadas, dos ancianos escuderos y dos pajecillos, determinaron ir á holgarse á la quinta referida, con presupuesto de estarse en ella todo el florido mes de Mayo, á donde las damas, como poco acostumbradas á salir de su casa y mucho á la golosina de los búcaros; vicio tan dilatado, que pierde quilates de dama la que no se precia de su experiencia, habían determinado tomar el acero y hacer con él ejercicio que ordenan los médicos á costa de no pocos cansancios.

Venido, pues, el día de los dos gloriosos apóstoles San Felipe y Santiago, que da principio al mes y á las holguras con la salida de toda la corte al Sotillo que llaman de Santiago el Verde, mientras en él paseaban en coches, ya propios ó ya prestados, hermosas damas y acomodados caballeros, gozando del alegre sitio, de los regocijados bailes y de las prevenidas meriendas, dispusieron su ida estas señoras al jardín, haciendo antes llevar á él de sus casas cuanto era necesario para pasar aquel entretenido tiempo. Y entrándose en su carroza fueron solamente acompañadas de los referidos escuderos, que iban en dos mulas, y de Octavio un gracioso sujeto entretenido cerca de las personas de muchos generosos príncipes de la corte; que á costa de dádivas, con su vivo ingenio les divertía con donaire y con su voz alegraba con bien cantados tonos, siendo por sus habilidades generalmente bien recibido en sus casas con sumo gusto, aprobación de los que le tienen bueno, cuando se entretienen con personas de tan calificados humores, como por el contrario los que emplean mal sus vestidos y dineros, dándoselos á gente insulsa, que con nombre de bufones quieren acreditarse de graciosos, siendo la misma frialdad. Llegados, pues, á la quinta, en ella tratando de comenzar el siguiente día las damas su medicinal ejercicio, le dijo Octavio estas razones, á que prestaron grato silencio:

—Vuestra venida á este alegre jardín, ¡oh, hermosas y discretas damas! ha sido el primero intento curaros de vuestras opilaciones, que pudiérades haber excusado, pues ha estado en vuestra mano absteneros de la superflua golosina de los búcaros, requisito que parece forzoso en todas, pues lo usáis por no desdecir las damas, y el segundo divertiros, desenfadaros y entreteneros fuera de los cumplimientos y obligaciones á que debe acudir quien desea amistades é iguales correspondencias. De lo primero trate el médico, que por lo que dista este sitio de Madrid que ha de andar su mula cada dia, sé que no será el peor librado en la paga, ni mal encarecida su cura; de lo segundo me toca á mí la disposición; pues no me preciara de buen humor si en lo que tan bueno se ha de gastar no diese mi parecer con vuestra buena licencia. La salida destas damas á andar con el acero ha de ser muy de mañana, de suerte que á las ocho han de estar ya reposando de vuelta, habiendo hecho su ejercicio. Aquí el mayor divertimiento y que más bien les está á su comodidad, es el almuerzo y después dél el reparo de su desvelo con dormir; y á ninguna la juzgo tan limitada en el sueño, que no se alargue hasta el mediodía, ya desnuda en la cama, ó ya sobre ella echada, que cuando la voluntad está dispuesta, de cualquier suerte se goza del sueño gustosamente. Hasta aquí mi persona no hace papel ninguno; y así por no perder

mis comodidades y relieves que tengo á los mediodías á la vista de las mesas de algunos señores, me excuso de veros hasta las cinco de la tarde. En un macho andador vendré á este jardín á esta hora, donde estaré más asistente en él que los mármoles de sus fuentes, cerca de la que más gustáredes, pues hay tantas en que escoger, dispongo de entreteneros las tardes hasta la noche, y ha de ser desta manera.

Que á la persona que le tocare, ó por suerte ó mandato, cuente á todos una novela con la mejor prosa que de su cosecha tuviere, y luego que se acabe, lleve dos remates con dos ingeniosos enigmas, que digan así mismo otras dos personas que para esto sean señaladas por sus turnos, mientras durase este gustoso ejercicio, sazonando yo todo esto antes y después, cantando alguna letra ó romance hecho á algún gracioso suceso, ó repentinamente al asunto que se me señalare, que con eso y con cantar á tres y cuatro voces algunos tonos que yo he enseñado á estas señoras, pienso que podremos dar á esta conversación el título de las *Tardes entretenidas*, y espero de los agudos ingenios de todas estas damas que han de novelar muy á imitación de lo de Italia donde tanto se han preciado desto.

A todos pareció bien la disposición del desenfadado Octavio, y aprobándola por buena, quedó concertado que para el siguiente día le tocase la suerte del novelar á doña Angela, y los dos

enigmas á doña Laura, su hermana, y á doña Lucrecia; y con esto se despidió Octavio, prometiéndoles de venir el siguiente día á la hora concertada, sin hacerles falta á su honesto entretenimiento.

Tarde primera.

Ya el rubio pastor de Admeto, dilatando las sombras, apresuraba su curso por la luciente eclíptica, deseando descansar en el marítimo albergue, donde la hermosa Tethis, con los dos coros de ninfas y nereídas le prevenían lechos de cristal en que cobrase nuevo aliento para hacer otra salida en el antártico polo, cuando aquella hermosa congregación de damas que asistía en la amena quinta (habiendo por la mañana hecho su ejercicio y descansado dél) salieron de su estancia á espaciarse por el fresco y deleitoso jardín, gozando de sus bien compuestos y lucidos cuadros, de la amenidad de sus niveladas calles y de la alegría de sus artificiales fuentes, y á la vista de una (cuyo terso y blanco mármol representaba con los primores de la escultura la persona de aquel troyano joven, arrebatado por el ave reina para ser copero del mayor de los dioses) determinaron pasar lo que faltaba de la tarde sentadas junto á ella, en los artificiosos asien-

tos que de una verde y bien compuesta murta la cercaban, á donde para comenzar su novela doña Angela, sólo aguardaban la venida del gracioso Octavio, acusándole todas su tardanza, pues había excedido una hora más de la señalada. Pero á este tiempo le oyeron llamar á la puerta de la quinta con grandes golpes; y mandando doña Violante al jardinero que le abriese, la obedeció con notable presteza. Con la misma llegó Octavio donde aquellas bizarras damas le esperaban, diciéndoles:

—Esta vez, hermosas y discretas señoras, con justa causa debéis culparme; pues como el que establece la ley debe ser el primero que la guarde, para ejemplo de los que la han de observar, así yo, que os señalé hora para dar principio á este honesto entretenimiento, que por todo Mayo hemos de continuar aquí, debiera ser puntual en venir á él; más séame disculpa para con vuestras hermosuras el haber acudido al reparo de un fuego que se encendió en la casa de un gran príncipe de esta corte, que hacía expléndido banquete á cierto embajador, y por la parte de las cocinas se aprendió de tal suerte, que con ellas se hubiera de arruinar toda la casa; y en atajarle se han hecho todas las diligencias posibles, y yo hice las mías en su servicio con tanto afecto que me han valido este vestido que traigo, habiéndoseme echado á perder el que ayer me vistes. Esto he medrado de mi trabajo, y un roman-

ce nuevo, que os he de cantar, que hice mientras descansaba de la pasada confusión, dándome motivo para hacerle un maestresala deste príncipe, tan puntual como necio, que teniendo su cuarto sobre las mismas cocinas se entró por el mayor peligro del fuego á sacar dél á su mujer, cosa que maravilló á muchos que conocían el sujeto de la señora, que es de la peor condición del mundo, y con quien su marido no tiene horas de paz. Venga la guitarra, que el romance no es para perder, aunque va en nombre del Troyano Eneas, y doile en él al tal maestresala el ejemplo que había de imitar para haber andado más cuerdo, y el que nos dió aquel esforzado capitán.

Diéronle la guitarra y habiéndola templado cantó desta suerte:

De aquel caballo de Palas
que en Troya postró edificios,
sábado por lo relleno,
por lo festivo domingo.
Fué partera á media noche
aquel mozo fugitivo,
que con astucias de griego
fingió miedos de judío.
Derecho se vino al parto,
más de su especie distinto,
porque de padre caballo
nacieron hijos erizos.
Con brevedad se aligera
del embarazo prolijo,
que á puro parir barbados

quedó su vientre lampiño.
Del elemento fogoso
cada cual va apercibido,
como zorras de Sansón
para echar por esos trigos.
Ya en la troyana sartén
chillaban torreznos vivos,
manjar de hambrientas venganzas,
que no desgana por frito.
Un ensayo de la muerte
hace el sueño en los sentidos;
pero fué el postrer ensayo
representación al vivo.
Desvelado estaba Eneas,
maquinando en un arbitrio
con capa de utilidad
y cuerpo de desatino.
Que el arbitrio y el desvelo
siempre son correlativos,
y haciendo iguales efectos
son zánganos del juïcio.
Veloces nuncios del fuego
fueron el humo y el ruído,
que para la mala nueva
jamás hay nuncio tullido.
Saltó Eneas de la cama,
puesto de grana un justillo;
que el temor de sabañones
le hace dormir con abrigo.
Y viendo el fuego voraz
que emprende abrasar sus quicios,
el colorado pimiento
ya es matraca de dormidos.

Despierta su anciano padre
que con sosiego tranquilo
esa noche al orinal
réditos negó remiso.
Dormía Creusa aparte
de su esposo, que el estío
hace expulsión de mujeres,
y repudio de maridos.
Con el socorro del moño,
á Troya recién venido,
reposaban sin cuidado
de madrugar á hacer rizos.
Siente el humo, mira el fuego,
oye el llanto en varios gritos,
y en camisa baja al patio
abrazada con su hijo.
A su cuello aplica Eneas
las alforjas de camino,
donde todos los penates
trasladaba de sus nichos.
Parecía con los fardos,
si bien de Dioses antiguos,
titerero caminante
que anda á ganar con su oficio.
Cargó con su padre á cuestas,
que cargarse de años quiso,
como testigo de Asturias
que hay de mil años testigo.
Tomó á Ascanio de la mano,
y á su esposa le dió aviso
que le siga sin perderse
hasta salir del conflicto.
Fué dicha que como suerte

atrascartón la ha perdido,
porque otra busque en barajas
del género femenino.
Puso la carga en el suelo,
pesaroso en lo fingido
cuanto en lo cierto gozoso,
chanza del socarronismo.
Volver por ella pretende
sin sacarla del peligro,
que es discreto en el amago
no necio en lo ejecutivo.
Si el humo y mujer, de casa
echan al hombre mohino,
tonto será si se vuelve
donde están sus enemigos.
Bien pudo temer Creusa
de su ánimo encogido,
que no ha de hacer por un pollo
el que se precia de pío.
Morir quiere confesor
de sus enfados prolijos,
que adonde no espera premio
no es bien pretender martirio.
¡Oh, cuánta envidia te tienen,
gran Troyano, los maridos,
que de sus cargas pesadas
están pretendiendo alivios!
Que hay casado que desea,
tras este fracaso mismo
ver su mujer puesta en frentes
por el miércoles corbillo.

Mucho alabaron aquellas damas el jocoso y

agudo romance que cantó Octavio, habiendo recibido gran gusto en oirle, así se lo dijo doña Violante, á que respondió:

—Yo me huelgo mucho de haber aliviado el cansancio del fuego con escribirle y por haberos servido después con contárosle; lo que importa ahora es, que mi señora doña Angela, se disponga á decirnos su pensada novela, quitando á estas señoras el vergonzoso temor para hacer adelante lo mismo.

—Mucho siento, dijo doña Angela, que por mí se comience tan gustoso entretenimiento, pues si bien los medios y los fines pueden hacerle tal, mi principio os le ha de dar con poca gracia desazonado; pero habiendo de ser fuerza obedecer, ya que me ha tocado la suerte (como les tocará á las que fueren señaladas para suplir mis faltas), comenzaré así mi novela:

NOVELA PRIMERA

EL AMOR EN LA VENGANZA

No solo deben mirar los que novelan, que sus discursos entretengan y deleiten á los oyentes, sino que sirvan de ejemplo general á todos los estados para reformación de las costumbres, y aviso de las inadvertencias. Esta novela que pretendo contaros, quiero que su moralidad sea avisar á los reyes cuánto les importa conocer los sujetos de los señores y caballeros de sus cortes para elegir los convenientes y demás para hacer sus embajadas á otros reinos, en particular si en ellas se pretende la conservación de sus paces; cuánto deben mirar de quien se fían, para guardarse de las traiciones de sus públicos y secretos enemigos. A los amantes cuán neciamente se cansan en seguir imposibles, guiados por su amorosa pasión, de donde sólo vienen á resultar peligros y menoscabos en el honor de quien pretenden, y, finalmente, reprende el descuido de los que habiendo agraviado á otros andan poco recatados de los ofendidos y con estas ad-

vertencias (perdonando las faltas que en mi narración hubiere), le daré principio.

Ricardo, si felicísimo rey de Inglaterra, querido y respetado, así de sus vasallos como de las naciones extranjeras por la generosidad de su ánimo, valor y virtudes, el décimo año que reinaba en pacífico y tranquilo sosiego, sin haber rebelde en su reino que se le alterase, ni Príncipe convecino ni remoto que le moviese la guerra, quiso por regocijo de su corte y divertimiento de la hermosa Leonora, hija suya, que en la gran ciudad de Londres (Metrópoli de aquel britano reino), se hiciesen unas solemnes fiestas, cuya publicación se hizo el día de la Pascua en que el divino Espíritu bajó á la tierra para consuelo de la Emperatriz de los Cielos y Colegio Apostólico.

Era una real justa que mantenía Eduardo, conde de Leste, mancebo gallardo, por casar, de edad de veinteséis años, cortés, liberal, afable, amigo de sus iguales, y sobre todo muy valiente caballero; cuyas experiencias se habían visto bien en las ocasiones de las guerras que el rey había tenido al tiempo que comenzó á gobernar aquel reino, donde mostró el valor de su ánimo, la gallardía de su resolución y la ilustre sangre que le honraba; por lo cual era muy favorecido de él, honrado y estimado de los ancianos señores de su corte y aplaudido de lo noble y plebeyo della.

El día señalado para estas grandiosas fiestas, fué el de aquel divino Precursor, que mereció dar al Mesías prometido el santo bautismo, en las sagradas aguas del cristalino Jordán; las prevenciones que se hacían eran grandes, los gastos excesivos y la gente que se conmovía para venir á verlas, mucha.

Quince días antes del señalado llegó á la corte un embajador enviado por el rey de Escocia á tratar con el inglés de unos medios importantísimos para sosegar ciertas diferencias que en los confines de los convecinos reinos habían causado vasallos de los dos reyes, sobre lo cual había habido algunas muertes; y temíase, si no se remediaba ésto á los principios, que el negocio se empeorase y de allí redundasen guerras, cosa muy contingente; pues por no obviar el menor daño, suele redundar en mayor, á costa de los que han estado remisos en dar el conveniente remedio.

Hízose junta del Parlamento, en que se halló el rey, y uno de los que á ella asistían como consejero dél, era Eduardo, de cuyo juicio, aunque juvenil edad, fiaba el rey mayores cosas.

Era el embajador hombre arrogante, altivo y poco cortés, partes en caballero, que cualquiera dellas suele deslucir la más acreditada nobleza, y que debiera bien mirar su rey, informándose primero dellas para no fíarle aquella embajada, que cuando se pretende la conservación de los

estados por medios blandos y suaves, como aquí intentaba el de Escocia, es bien que los reyes, antes que fíen sus legacias de sus embajadores, se informen primero de sus partes, y si es conveniente enviarles á semejantes cosas, porque de no mirarlo con la prudencia y cordura que se requiere, suceden muy en contra de lo que se pretende.

Tratóse, pues, en el Parlamento, de la pacificación de aquella gente por parte del rey y sus ministros, pero estaba el presumido y bisoño embajador tan en la ponderación de las ofensas recibidas por los ingleses, tocándole el agravio por tener en la provincia de donde se movía la queja, parte de sus estados, que se le fué el tiempo más en prevenir amenazas que en solicitar quietudes, tanto que con el estilo descortés de su plática en presencia del rey, que modestamente sufrió como á embajador, alteró los ánimos de los consejeros, particularmente el de Eduardo, que, como joven brioso y alentado le dijo, si era enviado de su rey á desafíar, ó á componer, porque de sus razones infería que venía más á lo primero que á lo segundo, y que cuando no fuera esto la voluntad de quien por embajador le envíaba, como se creía, el de la suya la alteraba con el descortés término que trataba sus cosas delante de su majestad. El escocés que tenía más de atrevido que de modesto, le respondió libremente que su rey libraba en él la disposición de

aquellos medios, no tan informado del agravio de los ingleses como él lo estaba, que más enteramente que su majestad sabía la demasía que había tenido con los de Escocia, y que así proponía los medios más en su favor con el rigor que pedía la razón; y de palabra en palabra se vino á encontrar con Eduardo, de manera, que porque no pasase el enfado adelante, fué necesario interponer el rey su autoridad real, y por entonces se dejó la junta, remitiendo para otra, el día siguiente la resolución de aquel negocio. De las razones que entre Eduardo y el embajador pasaron le pareció al escocés que no se había satisfecho como quisiera, por estorbárselo la presencia del rey, presumiendo que los caballeros de la junta le tendrían por hombre de poco ánimo y valor, si fuera della no hacía una demostración con Eduardo; y así aquella noche se determinó á enviarle un papel con un paje, que hallándole algo ocupado en prevenciones de las fiestas que se esperaban, se le dió, y en él leyó Eduardo estas razones:

«No cumplieran con las obligaciones que deben á su noble sangre los caballeros de Escocia, y menos yo que me precio tanto de la mía, si cuando quedase cortos en sus resoluciones por la presencia de los reyes y lugar de su Parlamento, sin ella, y en el campo no mostrasen á quien libremente les habla el valor de sus ánimos. Para que conozcáis el mío, y que sé mejor ejecutar,

que amenazar (depuestas las preeminencias de que gozo por embajador), os aguardo esta noche solo con un criado detrás del Parque con las armas que señaláredes, fiando de vos, que como caballero sabréis acudir á lo que os debéis y á dar muestras de quien sois.

El Conde Guillermo.»

Mucho sintió Eduardo ver que el papel del embajador le obligase á aceptar el desafío; no por que temía del valor del escocés que le había de vencer, que del suyo fíaba mayores trances, sino por lo que había de sentir el rey, que con embajador de otro príncipe, y que había venido á su corte á tratar de medios para conservar las paces, fuera de haber tenido disgusto en el Parlamento (que su majestad había atajado), se remitiesen á satisfacciones de venganza en el campo, de lo cual se le había de imputar á él la culpa, y mucho más si con muerte del contrario salía victorioso de aquel desafío, de que se podían esperar sanguinolentas y durables guerras entre los dos reinos: y aunque el papel del escocés orgulloso le podía ser de alguna disculpa, viendo por él que fué provocado al desafío, como á los embajadores antes se les debe agasajar que ofender mientras asisten á sus embajadas, porque de su estimación nace el buen tercio que hacen con sus reyes; quisiera excusarse de salir por alguna vía que no perjudicara su reputación; y conside-

raba que si por obviar ésto daba cuenta dello al rey; el embajador le podría infamar de cobarde, diciendo, que lo había hecho de temor; no obstante que su opinión estaba tan acreditada así en Inglaterra como en aquellos reinos convecinos. En esta confusión estaba el valiente Eduardo, considerando lo que más le convendría en este caso, y al fin venció la gallardía de su mocedad con la confianza del ser favorecido del rey para inclinarse á salir al campo con el arrogante escocés, porque echasen de ver él y los de su nación, que no era aquella la vez primera que los britanos se les oponían con animoso esfuerzo á su soberbia; y para responder al papel pidió recado de escribir, haciendo que el paje del embajador no se fuese hasta llevarle á su dueño la respuesta, que escribió desta suerte.

«Nunca he puesto dudas en la opinión de los caballeros de vuestro reino, y menos la pusiera en la vuestra, que tan acreditada tenéis, aunque con poca dicha en las ocasiones que con los ingleses se ha ofrecido, cosa que no ha disminuído el ánimo, antes acreditádole, que con haber salido perdidosos se está en un ser. Por lo que debo al servicio de mi rey me holgara que las preeminencias de embajador, que os alentaron para ser libre, no las desestimárades para proseguir con vuestra inclinación; pero, puesto que no os queréis aprovechar de ellas para veros en la ocasión á que me provocáis, yo, debiéndola ex-

cusar con otro, no la quiero perder con vos, y así acudiré al puesto que me habéis señalado con la compañía de otro criado, y con mi espada solamente, que estas son las armas que señalo, con que pienso ser rayo, más en la ejecución que en la amenaza.

Eduardo, Conde de Leste.»

Este papel llegó brevemente á manos del embajador, y habiendo visto en él sus picantes razones, se mostró tan ofendido que no vía la hora que hallarse con Eduardo en el aplazado sitio, para darle á entender como igualaban sus obras á sus amenazas. Mandó Eduardo á un criado suyo que le acompañase, y los dos se fueron por extraordinarias calles por no ser conocidos, al lugar señalado donde aguardaron hasta que el escocés llegase que no tardó mucho. Saludáronse los dos cortesmente como si no hubieran de reñir, que en cualquiera ocasión tiene lugar la cortesía: el que primero se adelantó á hablar fué el escocés, que algo turbado dijo:

—Bien seguro podré estar señor Eduardo, como caballero que sois y tan preciado de vuestra noble sangre que no vendréis con más prevención de armas que las que en vuestro papel me señalástes; yo, por la fe de caballero, os juro, podéis estar cierto que vengo de la misma suerte; en cuanto al criado que me acompaña (por si acaso temor ó deseo de defenderme en apretado

trance le obligada á mayor prevención de la que traigo) os certifico lo he reconocido muy á mi satisfacción, no fiándome de su verdad, y esto mismo creo habréis hecho con el vuestro.

Eduardo le aseguró que en cuanto á armas, no hallaría ventaja de su parte; pero que le advertía, que una vez llegados á aquel puesto, era con resolución de darle á conocer el descortés modo con que había procedido delante de su rey y graves consejeros del Parlamento, no usado en semejantes lugares, ni bueno para quien traía el cargo que él; pues más atraen las voluntades la afabilidad y cortesía, no sólo de las personas superiores á él, como era el rey, pero de las que son iguales á su calidad. Responderle quería el embajador, pero no le dió lugar Eduardo, porque sacar la espada y revolver la capa al brazo todo fué casi á un tiempo: lo mismo hizo el escocés y con grande ánimo: y al cabo de varios lances venidas, en que cada uno procuraba ofender á su contrario, se halló Eduardo con una pequeña herida en la cabeza y el escocés pasado el cuerpo, aunque de soslayo, de una estocada. Apenas cayó en el suelo, cuando acudió á defenderle su criado sacando la espada, más el de Eduardo (que era español y valiente, á quien estimaba en mucho por sus buenas partes) se le opuso con la suya en blanco para estobar su intento. Eduardo, que se ponía en medio de ellos para evitar que no se ofendiesen, vió venir á este

tiempo de hacia la parte de palacio muchas luces y soldados de la guarda del rey, acompañando á su capitán y teniente que venían á caballo. Y era el caso, que habiendo aquella noche enviado el rey á llamar á Eduardo para comunicarle ciertos negocios, queriendo saber el caballero que le fué á buscar dónde con más certeza le hallaría, se informó apretada y curiosamente de un pajecillo suyo, delante del cual había pasado el leer el papel del embajador, responder á él Eduardo, llamar al criado español y darle cuenta de lo que pasaba, inadvertido de que aquel muchacho les pudiese oir lo que trataban. Deste, pues, supo el caso el caballero enviado por el rey, el cual bien informado de todo y del lugar donde iban á reñir, partió de la posada de Eduardo con gran priesa á palacio á dar cuenta de lo que pasaba al Rey, con las cuales nuevas se indignó tanto contra Eduardo, que al punto mandó llamar al capitán de su guarda, dándole aviso de esto, con orden que sin dilación ninguna fuese con sus soldados al lugar del desafío; y hallando á Eduardo allí, ó en otra parte, le prendiese y pusiese en una fuerte torre con prisiones y guardas, sin permitirle en su compañía más que un criado, ni darle lugar á que fuese visitado de nadie, y hecho esto volviese á darle cuenta de todo; y esta era la gente que Eduardo veía venir con luces y alboroto, cuando acababa de derribar á su contrario en

el suelo. Llegaron, pues, adonde estaban los dos caballeros, y el capitán de la guarda, habiéndose apeado, dijo:

—Señor Eduardo: al Rey tenéis muy enojado de haber sabido vuestra briosa resolución, que en vos es más culpable que en otro; y traigo orden suya para poneros en una torre con prisiones y guardas. Mucho temo su enojo cuando sepa que el Embajador está tan mal herido; por ser vos mi amigo, quisiera que hubiérades excusado esto; y ya que no ha podido ser, á lo menos que no os hallara en este puesto por si esta herida es mortal; forzoso lance es, por los que nos miran, y por lo que toca á mi oficio cumplir con el mandato del Rey: perdonad, y dadme la espada, viniendoos conmigo preso.

—Aunque quisiera evadirme de salir al campo (dijo Eduardo), fué lance tan forzoso el que me obligó á ello, como podréis ver por ese papel, y si á mi reputación le estuviera bien comunicarle con su Majestad, lo hiciera antes; pero por no perderla, me ha forzado á lo que habéis visto; estimo la merced que me hacéis y conozco bien vuestra voluntad: mi espada es esta y mi obediencia la misma que el Rey ha conocido en mí para no salir de lo que fuere su gusto.

Con esto se entraron en una carroza que llevaban prevenida, el capitán y Eduardo; y el teniente con algunos soldados, se quedó á que llevasen en una silla al Embajador á su posada, que

estaba muy desangrado y con poco esfuerzo. A Eduardo pusieron en una torre con el rigor que el Rey había mandado, y en el ínterin se trató de la cura del Embajador, hallándose á ella los más acertados médicos y cirujanos que tenía el Rey, los cuales por entonces no determinaron declarar si la herida era mortal hasta la segunda visita, y así se lo fueron á decir al Rey, con que aumentó más el enojo contra Eduardo, diciendo que le había de mandar cortar la cabeza, aunque el Embajador viviese. Ninguno de los Grandes y Títulos que se hallaron presentes, quiso por entonces interceder por él, siendo Eduardo amigo de todos, porque vían la razón del Rey, y estar el enojo tan fresco, que no era ocasión de tratar de templarle, hasta que con el tiempo y la mejoría del embajador se fuese mitigando.

El segundo día se hallaron los médicos á la cura y habiendo visto bien la herida, declararon que no era mortal, aunque con cualquier accidente que le sobreviniese, como estaba el sujeto flaco, podía temerse peligro, y así pensaban irse con mucho tiento en su cura: Ese día fué el Rey á visitar al Embajador á su posada, acompañado de toda la corte, cuyo favor le alentó mucho; y en cuanto pudo (como buen caballero), procuró disculpar á Eduardo de haber salido al campo, culpándose á sí por haberle provocado á ello por un papel. Algo se moderó con esto el

grande enojo del Rey, si bien no de manera que estorbase hacer con Eduardo las demostraciones que adelante diré.

Las fiestas que estaban prevenidas para el día de San Juan se suspendieron por entonces; así por la herida del Embajador como por la prisión de Eduardo, que era la principal persona que los alentaba; y aunque el Embajador iba ya mejor y podían los caballeros proseguir con sus prevenciones, el ver al Rey tan severo el tener á Eduardo preso con tanto rigor, que no se pudo alcanzar dél que á sus cercanos parientes y mayores amigos dejase entrar á visitarle, les obligaba á no tratar de nada por no saber si se disgutar dello.

Seis días había que estaba preso Eduardo, cuando el Conde Anselmo; caballero anciano, y el mayor soldado que conocía el reino inglés, cuyas hazañas premió el antecesor de Ricardo, dándole el estado que gozaba con grandes rentas, envió á la corte á la hermosísima Isabela, única hija suya, cifra de la beldad de todo aquel reino, en quien concurrían las mayores partes de perfección gracia y donaire que en sujeto humano se hallaban. Venía á estar en servicio de la princesa Leonora, por dama suya. El recibimiento que se le hizo fué muy grande, porque no quedó señora en la corte que no saliese á recibirla, admirando á todos su grande hermosura, que no dió pocos desvelos á muchos caballeros mozos,

que con afición la miraron siendo imán de sus voluntades y apreciable Argel de sus albedríos. Venía en una hermosísima carroza, que conducían seis hermosos frisones, guiados por dos cocheros de lucida librea. Traíala á su mano derecha una anciana señora, que la Princesa envió de palacio para que viniese en su compañía. Con ella entró á besar la mano al Rey, el cual la honró mucho, así por lo que estimaba á su anciano padre, como por las gracias y perfecciones que en ella vió, seguras cartas de recomendación para ganar las voluntades. En la de la Princesa halló grande valimiento; pues demás de los grandes favores que la hizo, con no poca envidia de sus damas, la mandó señalar posada muy cerca de su cuarto y continuamente estaba con ella sin hallarse un punto sin su compañía. Los galanes que intentaron servirla, fueron muchos, obligándoles á ello, así amor como deseo de sus acrecentamientos por el extremo á que llegaba de su privanza con la Princesa. Y así procuraron que los más diestros y valientes pinceles de aquel reino copiasen su belleza, hallándose por muy desgraciado el que primero no alcanzaba á tener un hermoso trasunto de tan perfecto original. Entre los muchos que se dilataron por la corte, llegó uno á las manos de Eduardo en la prisión donde estaba, cuyo divino objeto, suprema beldad y rara perfección, á la primera vista le enajenó los sentidos, le cautivó la libertad y

limitó el albedrío de suerte, que no era otro su gusto, su entretenimiento y alegría, sino contemplar en la hermosa copia de Isabela, con quien á solas tenía mil enamorados coloquios, haciéndosele las horas que pasaba en la prisión, sin asistir á servirla, años, los minutos meses y los instantes días.

Con quien comunicaba sus penosos cuidados era con aquel criado español, privado suyo, que sólo le permitieron en su compañía, llamado Lucindo, hombre bien nacido, de buenos respetos, y con muchas habilidades; porque en la poesía era sumamente erudito y en la música consumado. Este, pues, era el alivio de sus penas y el consuelo de sus aflicciones.

Dos días después de la venida de Isabela llegó á la corte el almirante de Inglaterra que venía de reconocer las costas de aquel reino, limpiándolas de enemigos y corsarios. Era caballero mozo, discreto, bien intencionado y á quien el rey estimaba y quería mucho, así por su persona como por haber sido su padre grande privado suyo, á quien había poco que heredara. Hizo su entrada muy lucida y fué á besar la mano esotro día al Rey y á la Princesa, siendo entonces la primera vez que vió la hermosura de Isabela, de quien quedó sumamente aficionado, y desde aquel día trató de servirla con mucho cuidado y puntualidad, hallando en ella gusto para que lo continuase. Esto supo luego Eduardo en la prisión, don-

de con estar cercado de guardas no fueron poderosas á defender la entrada al amor y después á los celos. Estaba el gallardo joven impaciente de que el enojo del Rey no se aplacase ni diese lugar á que los que hacían sus partes intercediesen por él; vía que la mejoría del Embajador iba muy adelante, pues se comenzaba á levantar y que él mismo, sin queja ninguna de su parte, mostraba deseos de que saliese de la prisión; oía decir que se volvían á hacer las prevenciones de las fiestas, y que en su lugar (con gusto del rey), se había ofrecido á ser mantenedor el Almirante, previniéndose de costosas galas y nuevas invenciones, y esto era lo que más sentía, considerando lo que había de lucir un tan gran príncipe en esta fiesta; causa para obligar á Isabela á que le favoreciese con más veras, pues ya se le mostraba inclinada.

Un día después de comer se halló solo, metido en estos pensamientos, y ocupando la vista para divertirlos en el retrato de Isabela, notó con más cuidado la perfección de sus hermosos ojos, que la realzaban más el ser dormidos cuanto á él le daban mayor desvelo; y llamando á Lucindo, le mandó que escribiese unos versos en alabanza suya, el cual, viendo el gusto de su dueño puesto en sola la contemplación del trasunto de la que adoraba, procuró dársele; y retirado á su aposento, dentro de media hora le trujo hechas estas liras que le leyó, diciendo así:

Divinas luces bellas,
de la esfera de amor ardientes rayos,
que oscureciendo estrellas
al mismo Febo le causáis desmayos;
de vuestra lumbre pura
¿qué altiva libertad está segura?
A tan rara belleza
ninguno destos siglos aventaja;
que la naturaleza
quiso favoreceros con ventaja;
y con tales favores
al mismo Dios de amor matáis de amores.
Si del humano velo
no mirara cubiertas dos beldades,
pensara ser del cielo
esas dos peregrinas claridades;
y el primer soberano
aún pone duda si es de ser humano.
Negros ojos dormidos,
guave esmalte que os dió la gran pintora,
Argel de los sentidos,
á donde el preso vuestra luz adora;
engaños encubiertos
guardáis dormidos, por matar despiertos.
Amorosas saetas
dispara amor con tan divinos ojos,
almas tenéis sujetas
que de vuestras victorias son despojos;
que en vista recogida
con puntería ejecutáis la herida.
Si adormecer la vista
es para dar más fuerza á su luz clara,
¿quién habrá que resista

su fortaleza, Isabela, cara á cara?
dislumbrado y no ciego,
(si no de amor) á tu piedad me entrego.

Mucho agradeció Eduardo á Lucindo el cuidapo con que le había servido, estimando sus versos y leyéndolos muchas veces, como cosa con que recibía mucho gusto y porque éste se le estragaba el agrio de los celos que ya del almirante tenía; le mandó que le hiciese un soneto á éste asunto, y él se le ofreció hacer, el cual diré en su lugar que ahora no nos le da el alborozo que mostraban los cortesanos y forasteros, esperando ver las fiestas que se habían publicado para de allí dos días.

En este tiempo todos los amigos de Eduardo y el mismo Embajador de Escocia (que ya estaba casi convalecido) suplicaron al Rey fuese servido de sacarle de la prisión; pues no era justo que en tiempo que todos participaban de tanto regocijo, él estuviese sin él, preso y tan apretado que sólo eso le bastaba para castigo, aunque el mayor que había recibido era el tener enojado á su majestad. No gustó mucho el Rey que en aquella ocasión le hablaran en ésto, y así quiso mudar de plática, pero no obstante los señores y caballeros que á ésto habían ido y el escocés con ellos, instaron con él en que les había de hacer la merced que le suplicaban.

Viéndose el Rey tan importunado de todos y que el Embajador, siendo la persona que había

de mostrarse ofendida, era quien más le suplicaba por la soltura de Eduardo, dió un medio en ella, diciéndoles:

Yo estaba determinado de castigar muy severamente á Eduardo, y no menos que con pérdida de la vida, haciéndole cortar la cabeza, porque vean mis vasallos que á quien más priva conmigo quiero que guarde mejor mis órdenes y no contravenga á ellas con la confianza de mis favores; mas, pues tantos me rogáis por su libertad, soy contento que la tenga después de ser pasadas las fiestas, pero ha de ser con destierro de mi corte por seis años, obligándole á asistir en uno de sus lugares el más distante de ella, de donde no ha de salir sino dos leguas en contorno hasta ser cumplido este tiempo; y por vida de la Princesa, que quien á esto me replicare, pierda mi gracia para siempre.

Admirados dejó á todos la resolución del Rey, y no le osó nadie hablar en ello; antes le besaron la mano por merced que á Eduardo hacía, al cual dió licencia para que se aliviasen las prisiones y le visitasen sus amigos, no quedando ninguno en toda la corte que no le fuese á ver aquel día.

Sumamente estaba afligido el gallardo joven del rigor que el Rey había mostrado con él, y no le sintiera en otra ocasión tanto como en ésta, por estar tan enamorado de la hermosa Isabela.

Esa noche que se halló solo, después de haber

hecho varios discursos sobre la queja que tenía del Rey, que tanto le había favorecido antes, se quedó por un rato suspenso, contemplando en el hermoso retrato de Isabela, que tenía colgado frontero de donde estaba. Viéndole desta suerte Lucindo, por divertirle su pena, habiendo allá dentro templado un laud; porque en su presencia no le causase el hacerlo, cantó el soneto que le había mandado hacer, diciendo, con grave y sonora voz, así:

Celos traviesos, duendes invisibles,
si bien con quien os siente sois palpables,
contra uniones de amor inexorables,
contra la fe severos y terribles.
Cifras á la verdad inteligibles,
por quien las inocencias son culpables.
Siempre con la sospecha sois estables,
certificando dudas increíbles.
El que de lo que sois menos ignora,
ese de ser dichoso más alcanza,
pues lo que no conoce no le ofende.
Quien os experimenta sólo llora,
no asegurando el bien con la esperanza
pues le hiela lo mismo que le enciende.

Después de este soneto le cantó Lucindo otras letras al propósito de su pasión; con que Eduardo, así esta noche como otras que estuvo melancólico, divertía algún tanto su pasión, haciendo él asimismo versos en lengua española, que se

preciaba mucho de hablarla, y era muy amigo desta nación.

Llegado, pues, el día de la real justa, que dejaré de referir por no causar proligidad, fué hecha con la mayor ostentación de galas é invenciones que hasta entonces se habían visto, señalándose entre todos el Almirante con grandes ventajas, mostrando en sus colores, letra é invención, ser Isabela el único dueño de sus pensamientos; dejándola, con haberle visto tan gallardo y alentado en la justa, del todo aficionada y con grandes deseos de favorecerle declaradamente, con lo cual casi los más caballeros sus aficionados que la galanteaban y servían, viendo tan grande competidor, desistieron de su pretensión, dejándole en ella sólo, sin haber quien se le opusiese.

Dos días después de la justa se partió Eduardo de la corte á cumplir su destierro, acompañado de guardas hasta dejarle en un lugar suyo, treinta millas de Londres. Decir cuánto sentía su partida en ocasión tan apretada que vía al Almirante gozar de los favores de Isabela, á quien él amaba tiernamente por sólo su retrato, y haber perdido la gracia del Rey, sería alargar mucho este discurso; al fin se hubo de armar de paciencia y sufrir este golpe de fortuna, que es el mayor que le puede venir á un caballero, habiéndose visto pocos días antes gobernar todo aquel reino, y ya sin el favor del Rey, desterra-

do de su corte y forzado á vivir en un corto lugar.

Llegó, pues, al que le tenían señalado, adonde se entretenía en la caza, sin exceder á más que las dos leguas que le daban de ensanche; también se ejercitaba en compañía de Lucindo su fiel criado y consuelo de todas sus penas en hacer versos, y él le divertía con la música, estando el desgraciado caballero más enamorado cada día de Isabela.

No se pasó un mes que Eduardo había salido de la corte, cuando habiendo granjeado el Almirante con su puntualidad y desvelo, papeles y otras correspondencias la gracia y favor de Isabela, teniendo della su beneplácito le suplicó al Rey se la diese por esposa, en remuneración de los servicios que le habían hecho él y sus antecesores. Viendo el Rey cuán bien les estaba á los dos, y que al conde Anselmo, su anciano padre, le daba en el Almirante un calificado yerno con que le ilustraba su casa, condescendió con la súplica, por lo cual el Almirante le besó la mano, loco de contento, y de allí se la fué á besar á la Princesa, por mandado del Rey, y ella le dió el parabien de su buen empleo, si bien con pena de perder la compañía de Isabela.

Dióse aviso al conde Anselmo, y vino á la corte, donde dentro de quince días se efectuaron las bodas con grande regocijo y fiestas, y el Almirante gozó en posesión de la mayor beldad de la

Europa con envidia de los caballeros de Inglaterra.

A nuestro Eduardo le quisieron encubrir ésto los amigos con quien se correspondía, sabiendo la pena que había de recibir por estar tan rendido á su hermosura; mas al fin él lo llegó á saber, y fué tanta la pasión de sus celos, que olvidado de su prudencia y cordura, daba por las salas y aposentos de su casa voces como un loco, llamándose mil veces sumamente desdichado. Lucindo trabajaba cuanto podía por consolarle y divertirle de su celosa pasión; pero teníala tan arraigada en el alma, que ninguna cosa era bastante á darle alivio. Maldecía mil veces la ocasión en que el Embajador de Escocia le puso, pues por ella perdió la gracia del Rey, y la que pudiera haber granjeado de Isabela, asistiendo á servirla; pues como á privado del Rey era fuerza que estimara sus servicios prefiriéndole á todos, y le favoreciera.

En estas consideraciones, sin poder alegrarse, pasó un mes, en el cual tiempo murió el conde Anselmo de un pequeño accidente, que con la larga edad fué bastante á dar fin á sus cansados días. Después de haberle hecho las funerales exequias conforme á su calidad, y asistido el Rey á ellas por particular favor, quiso el Almirante ir á tomar en los estados de su suegro la posesión, y que le reconociesen por su nuevo señor sus vasallos; y así pidió licencia al Rey para

ir en compañía de su esposa á esto, y ella se la pidió también á la Princesa. Para ir al principal lugar del estado, se pasaba cerca del en que estaba Eduardo, el cual supo luego su venida, con que le alborozó mucho, determinando ir encubierto á ver la hermosa Isabela, y cumplir con verla sus afectuosos deseos. Hízolo así, vistiéndose él y Lucindo de villanos; y con este disfraz llegaron al lugar en que habían de hacer noche, cuando el luciente Febo se ausentaba de nuestro emisferio; y á esta misma sazón llegaron también el Almirante y su esposa á la posada que les tenían prevenida; y entre la gente que ordinariamente suele llegarse á ver estos señores cuando se apean, se metieron Eduardo y Lucindo, donde pudieron ver muy á su gusto la bizarra dama, con cuya vista, no obstante que se vió imposibilitado de remedio, quedó Eduardo mucho más aficionado y perdido, y no quisiera apartarse un punto de sus hermosos ojos; tanto que por cumplir en esto con su gusto, procuró tener lugar de verla cenar esa noche, y cada acción suya era una penetrante flecha para el corazón del tierno amante, sin discurrir que aquella dama tenía dueño de tan grandes calidades, y á quien estaba sumamente aficionada. Hizo el Almirante que despejasen la posada de aquella gente, con que fué fuerza irse Eduardo, bien contra su voluntad, desde allí al lugar de donde había venido, porque no acertasen á conocerle,

determinando con el mismo disfraz ver á Isabela en su mismo estado, pues caía cerca del suyo para consuelo de su pena.

Llegaron, pues, el Almirante y su amada esposa á la principal villa de su tierra, á donde se le hizo un grande recibimiento, y por ser el rigor de los caniculares determinaron quedarse allí, sin pasar á las demás villas y lugares de que habían de tomar posesión. El Almirante se entretenía en ir á caza algunos días, en jugar á la pelota y otros ejercicios, mostrándose muy humano y afable con sus vasallos, una de las causas por donde son amados los señores, y deseados en sus tierras.

En este tiempo Eduardo, tan enamorado de Isabela como siempre, no tenía olvidados los propósitos de ir encubierto á verla, y para hacerlo con más recato, tenía un criado en la villa en que asistía, que le avisase con grande cuidado cuando hubiese buena ocasión para esto, porque la deseaba en tiempo que el Almirante no estuviese allí. Ofrecióse, pues, que le previnieron una caza de montería seis leguas de aquel lugar en que se había de entretener tres días, porque el tiempo no permitía andar en el campo sino sólo por las mañanas, ó muy tarde, por el rigor del sol. Desto fué avisado Eduardo por su secreto espía, dándole la instrucción de lo que había de hacer y á donde se habían de ir á posar secretamente. Partió el enamorado inglés, acom-

pañándole Lucindo, yendo los dos disfrazados en el traje que habían ido á ver á Isabela, prevenidos por lo que sucediese de armas de fuego, que secretamente llevaban encubiertas. Llegaron con grande alborozo al lugar del Almirante, á la misma hora que él se acababa de partir, habiéndose despedido de su esposa, no con pocas lágrimas, que aunque la jornada era corta, tanto le quería, que breves horas de su ausencia le parecían dilatados siglos. Ya el criado que tenía allí de secreto Eduardo había sobornado á un jardinero del Almirante para que les diese entrada en el jardín de palacio, donde sabía que todas las mañanas salía Isabela con sus damas á hacer ejercicio, y ésta se bajó solamente con una que privaba con ella mucho, la cual era española y muy diestra en la música.

Ya Eduardo había entrado en el jardín, y estaba escondido entre los mirtos que adornaban una pequeña placeta en que estaba una hermosa fuente de terso y blanco alabastro y cerca della un agradable cenador, donde Isabela y su dama se sentaron. Allí pudo Eduardo de su espacio gozar de su hermosa vista, en quien ocupaba la suya con grandísima atención, transformado en su rara hermosura, notando della hasta la mínima de sus perfecciones para retratarlas mejor en su idea. Bien quisiera el enamorado caballero salir del sitio donde se había escondido con sus dos criados y hablarla, no obstante que se

extrañase verle allí, y tuviese por atrevida su acción; mas viendo que Rosaura (que así se llamaba la dama que acompañaba á Isabela), templaba una arpa que le habían traído para cantar, se detuvo por entonces; Isabela le dijo mientras templaba:

—No te puedo encarecer, Rosaura mía, cuanta pena me ha dado la partida de mi esposo, que aun con saber que es por tan poco tiempo, su ausencia me ha tenido desvelada toda esta noche de manera, que he dormido muy poco, ó casi nada della, y cuando me vencía el sueño, recordaba asustada, con los tristes ahullidos de un perro que debajo de la ventana de mi cuarto se puso para aumentar mi desasosiego, y estoy desde entonces con una melancolía tan profunda, que no puedo alegrarme. Canta, por tu vida, alguna cosa de gusto, y sea en la lengua española, pues sabes cuán aficionada les soy á las cosas de esa tierra.

—Una letra, dijo Rosaura, te podré cantar, que me dieron cuando partí de Londres, que en tu alabanza hizo un criado del Conde Eduardo estando en la prisión con su dueño.

—¿A mí me hizo letra?, dijo Isabela.

—Sí, dijo Rosaura, y cierto que me dicen que es la cosa que anda más valida en la corte.

—¿Pues cómo, sin conocerme, se dispuso á escribirla, (dijo Isabela) que cuando yo llegué á Londres ya Eduardo estaba preso por el desafío

que tuvo con el Embajador de Escocia, y se trataba entonces dello, como caso recién sucedido? La fama de tu hermosura, que por todas partes se extiende, dijo Rosaura, llegó á la rigurosa prisión de Eduardo; y aun, según después he sabido, un hermoso retrato tuyo á sus manos, de quien estaba muy enamorado.

—Rigor mostró con él el Rey, replicó Isabela, pues de lo que todos sentían su destierro, echó de ver cuán bien recibido estaba en la corte, y aun yo, sin conocerle, por sólo lo que oía alabarle en el cuarto de la Princesa, fuí una entre los muchos que sintieron la caída de su privanza.

Acabó de templar Rosaura, en tanto que pasaron estas razones, ó lo más cierto era que traería templada la arpa, y mejorándose en el asiento, con grave y sonora voz, cantó este romance:

La tirana de la vida
temiendo estaba rigores
del Alba, que con su luz
sus negros tellizos rompe.
Dejando el esposo anciano
alegra los horizontes
con que á las flores y plantas
restituye sus colores.
Alegre salva le hacen
los pajarillos conformes,
cantando varios motetes
en la amenidad de un bosque.
Alborozados los campos,
aguardan que los mejoren,

y que sus verdes espacios
con menudo aljófar borde.
Y las cristalinas fuentes
muestran en líquidas voces,
y en cuerdas de undosa plata
ser instrumentos concordes.
Duda ponen si estas fiestas
por ver el Alba se gocen,
ó porque sale Belisa
á ser el sol destos orbes.
Con su presencia divina
el alba parece noche
á cuya hermosura Elicio
aquestos versos compone.
«*Tantas fiestas causa Belisa*
cuantas mira en el campo flores,
á las fuentes aumenta la risa,
y su canto á los ruiseñores»
Cada estampa de sus pies
produce con su favor,
al malograr una flor,
que della renazcan tres.
Viendo el campo el interés
y medra con que enriquece,
fiestas y gustos le ofrece
á sus divinos primores.
Tantas fiestas, etc.
Suspende el sol su carroza
en las puertas del Oriente,
por ver que otro más luciente
á los campos alboroza,
no hay pastor que de su choza
no se rinda á la beldad

de tan divina deidad,
que á todos mata de amores.
Tantas fiestas, etc.

Mucho gusto le dió á la hermosísima Isabela la letra, que no hay mujer que no guste de ser querida y alabada, y queriendo mandar á Rosaura que cantase otra, oyeron ruido en la puerta falsa del jardín, y era que se abría, y por ella entraron á caballo el Almirante y su caballerizo, y dejando los caballos, mandó á la demás gente que se fuese á palacio. La breve vuelta, sin llegar á donde iba, fué por saber en el camino que un tío suyo venía á ser su huésped aquella noche, y porque no le hallase fuera de su casa, tuvo á dicha el toparse á poco trecho de su camino con el aviso. Con esto se volvió á toda prisa, y viendo que aquella era hora en que Isabela bajaría al jardín á hacer ejercicio, quiso entrarse por su puerta falsa con llave maestra que traía della y de todas las de su palacio. Turbada halló á su amada esposa de ver su impensada vuelta, hasta que supo la causa de ella, aunque se sosegó. Sentáronse en la parte que halló á Isabela, y estando los dos en apacible conversación con mucho gusto entretenidos, de la parte de donde estaban Eduardo y sus criados escondidos, oyeron ruido de las hojas de los árboles; y era el caso, que por lo que sucediese, se apercibían de las armas de fuego que traían encubiertas. Alborotóse el Almirante, y llegándose á la parte

que sintió el rumor, vió bultos de hombres, que entre lo más espeso de las ramas se procuraban encubrir, cosa que le puso en cuidado, y con él se fué acercando más, acompañado de su caballerizo, y desviando las ramas de una mesa que los mirtos formaban, reconoció la gente, si bien no los rostros, por que se le encubrían, embozándose. Acometiéronles con las espadas desnudas, de tal suerte, que viéndose apretado Eduardo, salió de la espesura que le ocultaba á la placeta, y descubriendo algo más el rebozo, fué apuntando con una pistola al pecho del Almirante en forma de quererla disparar, y desta suerte retirándose él y sus criados procuraban salirse de aquel sitio sin dar lugar á que les conociera. Pero habiendo dado al Almirante con el traje, la resolución y las armas sospechas de que no era persona baja la que aguardó ocasión de ausencia suya para venir á aquel secreto lugar, donde no se permitía entrada á nadie sino á su esposa y damas, pudo presumir que era llamado de alguna. Isabela estaba temblando, mirando el presente espectáculo, temerosa de algún trágico suceso. Al fin, con resolución de saber el Almirante quiénes eran los tres embozados, sin temer las pistolas que veía cargadas amenazándole, les acometió con gallardo aliento, ayudado de su criado; Eduardo se fué retirando cuanto pudo, y lo mismo hacían sus dos criados, pero dióles tal priesa el Almirante yéndolos acuchi-

llando, que, por no verse morir á sus manos se quitó el rebozo del todo, y de nuevo previno la pistola, diciéndole en voz alta:

Señor Almirante, Eduardo soy, si acaso no me conocéis; el traje, la estancia, las armas con que vengo y prevención de criados, confieso que arguyen sospecha, para que no creais que me ha traído aquí más curiosidad de ver á vuestra esposa, que otro intento alguno, que como mi venida no podía ser en público por el destierro que me ha dado el Rey, quise venir en este traje á tan mala ocasión que os hallase ausente, de que me ha pesado, porque á vos y vuestra esposa traía intento descubrirme: de no hallaros aquí, no quise irme sin verla, pero de suerte que no me conociese, y valime del jardinero que hallé á esa puerta por donde entrastes, que me puso en aquel oculto lugar: esto es lo que ha sucedido, y como caballero os juro que esta es la verdad del caso.

En notable confusión se vió el Almirante después que conoció á Eduardo en aquel hábito, con aquella prevención de armas y guarda de criados, y aunque la satisfacción que tenía de su esposa le podía asegurar en aquel caso (pues para con él estaba tan asentada su opinión) el haberse entrado allí en tiempo que él estaba ausente, y el recatarse después de que no le viese, escondiéndose entre las mirtas del jardín, le dejó sospechoso de que venía á emprender algo con-

tra su honor, si bien sin consentimiento de Isabela, y por haber dos testigos desto, que eran su caballerizo y dama de su esposa, consideró cuanto importaba á su reputación, que no se fuesen él y sus criados sin el castigo de su atrevimiento, tomando resolución de que no saliese de allí ninguno con la vida, aunque él perdiese la suya en ello, y así les volvió á acometer como antes, no obstante que Eduardo le procuraba reportar por satisfacerle de nuevo, á que no dando atención el Almirante les iba acuchillando con ayuda de su criado á todos tres. Mas como Eduardo viese en peligro su vida y que ni satisfacciones ni amenazas de dispararle la pistola le reportaban, dió fuego á la que traía metiéndole dos balas en el cuerpo, con que el Almirante cayó herido de muerte á sus pies. Lo mismo intentó hacer Lucindo de su caballerizo, pero fué más dichoso, porque ladeándose el cuerpo le acertó en el brazo izquierdo, con que tuvo lugar de acometer al otro criado y darle dos heridas en la cabeza, por no haber dado fuego su pistola.

Viendo Eduardo lo que había hecho, llegóse al Almirante, que se estaba revolcando en su sangre, ya en los últimos términos de la vida, y sacándole la llave maestra de sus calzas, se salieron él y Lucindo del jardín, dejando hecho el daño que habéis oído, á Isabela desmayada en las faldas de Rosaura, y al caballerizo sobre el que había herido, dándole de puñaladas. A las

voces que había dado Rosaura, acudieron algunos criados de casa, y hallaron á su dueño muerto, al criado de Eduardo en esos términos, y al caballerizo herido. Vino luego la justicia, y del criado que estaba para expirar, pidiendo confesión sacramental, en la que le tomaron judicial, se supo todo el caso, haciendo que se escribiese; cosa que importó mucho para dejar asentada y segura la opinión de Isabela, á quien el criado de Eduardo disculpó en su confesión. Y después de haber hecho la que más le importaba para su salvación, murió antes de dar lugar á que la cirugía conociese de sus penetrantes heridas. A Isabela llevaron á su cuarto desmayada, y por remedios que la hicieron, no volvió en sí en más de cuatro horas, que fué con tan copioso llanto y tan lastimosas quejas, como el trágico suceso pedía.

Eduardo llegó á su lugar, y tomando postas, joyas y dineros, en breve tiempo se puso en España, yéndose á amparar del rey Don Alfonso VIII, que tenía entonces su corte en la imperial ciudad de Toledo, de quien fué generosamente recibido, y dándole cuenta de lo que le había sucedido, le prometió favorecer en cuanto pudiese, que ya tenía nuevas de quién era Eduardo, y de cuánto lo había sido de su Rey. Advirtióle que por unos días importaba que estuviese retirado fuera de la corte, sin que se dejase ver de nadie, hasta saber cómo lo tomaba su Rey, y

así le señaló por estancia un monasterio que distaba de la ciudad un cuarto de legua.

Supo el Rey de Inglaterra la lastimosa muerte de su Almirante, y que el homicida había sido Eduardo, y con el grande enojo que concibió contra él, diera la mitad de su reino por tenerle preso, para quitarle luego la vida. Hizo al punto que le buscasen con todas las diligencias posibles, con deseo de ejecutar en él su cólera, prometiendo por pregones que se daban en todos los lugares del reino, 30.000 ducados á quien se le entregase vivo, y la mitad al que le matase; pero estaba tan bien recibido Eduardo en las voluntades de todos, que se dudaba mucho haber quien hiciera la muerte ó prisión en toda Inglaterra, aunque fuera doblado el interés. El Rey y su hija enviaron á visitar á Isabela, y de parte de la Princesa iba orden para si quería volverse á su compañía, que la llevasen luego; á que no se determinó la desgraciada señora, resolviéndose acabar su vida allí, acompañando los huesos de su malogrado esposo.

Seis años se pasaron después de la muerte del Almirante, y de todo este tiempo estuvo los tres retirado Eduardo en el monasterio que el Rey le había señalado, hasta que le dió licencia para salir dél y asistir en su corte y palacio con los Grandes y Títulos que acudían á su servicio, honrándole en todas ocasiones, porque sabía las partes que tenía para merecer su favor.

Bien supo el Rey de Inglaterra, que Eduardo estaba en España, y las honras que su Rey le hacía, y no quisiera que se ofreciera ocasión tan forzosa, como en la que había menester á Alfonso, para pedirle que se le entregara; mas intentaba Ricardo hacer una lucida jornada á la Tierra Santa de Jerusalén para rescatar el sagrado mármol de poder de infieles, triunfando de los que tiránicamente poseían tan divino tesoro, y había de valerse de la ayuda de todos los príncipes de la Cristiandad para esta santa conquista, y principalmente del favor del Rey de España, á quien también deseaba tener por hijo, casándole con la hermosa Leonora; y esto le hizo el no darse por entendido que Eduardo estaba en su corte, á donde, como en su natural patria, ganó en este tiempo las voluntades de todos, siendo muy querido y estimado.

En esta sazón se le ofreció enviar el Rey de España una Embajada á Inglaterra sobro ciertas cosas que tenía que comunicar con el Rey, con quien siempre tenía confirmadas paces y profesaba amistad, y quiso Eduardo irse en compañía del Embajador á dar una visita á sus estados en cubierto; y aunque de sus amigos fué aconsejado que no le convenía, y aun del mismo Rey, más é les facilitó que lo podía hacer sin daño suyo, ni peligro de que le conociesen, con que se partió proponiendo de dar presto la vuelta y desto le pidió la palabra el Rey, haciéndole merced de una

grande ayuda de costa para la jornada, en la cual no llevó consigo más que á Lucindo, fiel acates de sus peregrinaciones, y á otro criado.

Llegados á Inglaterra, á media jornada de Londres se despidió Eduardo del Embajador, tomando desde allí el camino para su estado, con presupuesto de caminar siempre de noche y con grande recato por no ser conocido, pues le importaba en ello no menos que la vida. Al primero lugar que llegó supo como el Rey andaba á caza por unos montes cercanos á él, donde había gran cantidad de javalíes y venados. Pasó de allí, proveyéndose de lo necesario para cenar aquella noche en el campo, y en el primero monte que toparon con la grande espesura que en él había, y la oscuridad de la noche, perdieron el camino, y andándole á buscar se hallaron metidos en lo más espeso dél, lo cual visto por Eduardo mandó que se apeasen todos y que parasen allí hasta que saliese la luna, para que con ella caminasen. Hízose así, y sacando lo que traían de repuesto, cenaron todos en buena compañía, sin haber diferencia entre amo y criados, pues el lugar y la brevedad lo pedía.

Acabada la cena al tiempo que la hermosa Cintia, con la luz que le presta su luciente hermano, plateaba los horizontes, oyeron cerca de sí rumor de gente y caballos, de quien vieron apearse cuatro hombres, y que los ataban con las riendas á los robustos troncos de las envejecidas encinas.

Eduardo mandó á sus criados que no hiciesen rumor por no ser sentidos, y estando atentos por oir lo que hablaban, escucharon á uno de los cuatro que decía á sus compañeros desta suerte:

—A esta hora, dijo Oton, que traería por este camino al Rey, descaminándole de su montería, y no querría que me faltase á la palabra que me tiene dada. Luego se oyé otra voz que dijo:

—Si él le aparta de su gente como prometió, no hay duda sino que la podrá cumplir, encaminándole á donde dé fin á su vida, y vos á vuestra venganza.

Más atento se puso á escuchar Eduardo, después que oyó hablar al segundo, por parecerle que esta era alguna traición que tenian ordenada contra el Rey, y en ser Otón el que le había de traer por aquel camino confirmó más en sospecha por ser un caballero que nunca le habia tenido por bien intencionado ni seguro para con sus amigos. En esto oyó decir á otro:

—¿Qué seña se ha de hacer á los que han de acudir á ayudarnos?

—Una corneta traigo—dijo el que primero había movido la plática,—que apenas la habré tocado cuando acudan Riniero, Gridoro y Eurico, que vienen bastantemente apercibidos de armas.

Aquí acabó de conocer Eduardo que era el autor de la conjuración el Barón de Befflor, un anciano caballero, á cuyo hijo había el Rey mandado cortar la cabeza por una alevosía que había

hecho, sacando á una hija de un caballero pobre de la casa de su padre, á quien forzó y dió la muerte después; y en venganza desta justicia, que él tenía por agravio, intentaba aquella infame traición. Mucho se holgó Eduardo de llegar á tan buena ocasión que pudiese favorecer á su Rey en tan apretado trance. Ofreciósela presto el cielo, porque Otón, el caballero por cuya orden corría el disponer esta traición, había apartádose con el Rey y el Condestable de Inglaterra, un caballero anciano, con el engaño de que había visto un javalí hacia aquella parte, y trayendo á los dos descaminados por una y otra senda, cerro la noche hallándose algo lejos de la demás gente, y fingiendo Otón que se habían perdido, en vez de guiarles por parte donde pudiesen salir al camino real, como sabía bien el monte, los llevó á entregar en manos de sus fieros enemigos.

Llegados á aquella parte, mostrándose Otón dudoso, por la grande espesura del monte, de topar con el camino, les hizo apear para aguardar á que la luna se manifestase más á la tierra, por que con su luz se pudiesen volver donde les aguardaba la demás gente. Hízolo así el engañado Rey con el Condestable y apenas habían arrendado los caballos, cuando se hallaron cercados del Barón de Belflor y sus compañeros diciéndole al rey en altas voces:

—A tiempo estamos, severo Ricardo, que me vengaré del rigor que tuviste con mi hijo Filipo,

á quien hiciste quitar la vida sin admitir intercesores que te pidieron su perdón; y para que los reyes sean más misericordiosos que justicieros, servirá tu muerte de ejemplo á otros, porque no ejecuten como tú todo el rigor que disponen las leyes, sin excepción de personas, cuyos padres les han servido, defendiéndoles, en peligrosas guerras, á costa de su sangre, sus estados; y por que no te fíes que en tu compañía traes á Otón, sabe que él mismo, como deudo mío, y no menos ofendido que yo deste agravio, te trae á este lugar descaminado, para que sin el favor de tu gente nos venguemos todos á costa de tu vida.

Y á este punto Otón, declarándose por enemigo del Rey, se puso á la parte del vengativo Barón.

Admirados quedaron el poderoso Ricardo y su Condestable de ver la resolución del alevoso caballero y la cautela con que les había traido su deudo, y viéndole en tal empeño le dijo el Rey:

—No pensé, Barón de Belflor, que los castigos que con justicia y rectitud hacen los reyes para escarmiento de los demás súbditos, se pagaban con traidoras asechanzas é infames conjuraciones, al cabo de tres años que há que se ejecutó la justicia en vuestro hijo. Pero cuando yo muera engañado de ese traidor, de quien me he fiado, y así mismo mi leal Condestable, será vendiendo bien nuestras vidas; y ya que acaben á los filos de tan infames aceros como los vuestros,

vasallos tengo y él deudos tan nobles y leales que sabrán vengar nuestras muertes, aunque vuestra fuga sea á los más remotos climas del Orbe.

Y volviéndose al Condestable, le dijo:

—Ea, buen amigo, ya que nuestra corta dicha nos ha traído á poder de estos alevosos, á donde no se nos excusa el perder las vidas, sea tan á costa de su sangre, que conozcan el valor de nuestros ánimos en su ofensa.

Y sacando tras estas razones la espada, y el Condestable haciendo lo mismo, se comenzaron á acuchillar con ellos. Todo ésto había estado oyendo Eduardo y sus criados, aguardando á la apretada ocasión; y saliendo de donde estaba mudando la voz y hablando en lengua francesa para no ser conocido, le dijo:

—Invicto Rey: no permita el cielo que vuestra vida, que tanto importa á la cristiandad, perezca á manos de desleales vasallos vuestros: aquí tenéis mi ayuda, que, aunque soy de difefente nación, sabré defenderos con el mismo amor y voluntad que pudiera el más favorecido vasallo vuestro.

Y habiendo apercibido la pistola, y asimismo sus criados, las dispararon casi á un tiempo contra todos los traidores, derribando al Barón, á Otón y otro (no les dando lugar para poderse defender) atravesados de tres balazos por los pechos, cayendo muertos en el duro suelo. Su

compañero, que se vió solo, comenzó á huir por lo espeso del monte, mas presto fué alcanzado de Eduardo, y dejó la vida á los rigurosos filos de su espada. Esto fué con tanta presteza, que al Barón no le dieron lugar de hacer la señal con la corneta, como tenía concertado, para que acudiese á ayudarle su gente.

Vuelto Eduardo de haber muerto al que se le pensó escapar huyendo, en la misma lengua francesa dijo al Rey:

—Ya, poderoso Señor, no tenéis que temer á vuestros enemigos, que el cielo, que tanto cuidado tiene de la conservación de vuestra vida, ha permitido que mueran á vuestras manos, escapandoos de tan peligroso trance.

—A las vuestras debo, gallardo mancebo—dijo el Rey—la que hoy gozo, pues milagrosamente os hallasteis en mi defensa. Tomad mis brazos y decidme quién sois, para que conforme á vuestros méritos os honre y haga mercedes.

—La mayor que me podéis hacer, por ahora, y la que yo os suplico me hagáis, es no procurar saber quién soy, por ciertas causas que me obligan á andar encubierto; tiempo vendrá en que yo bese vuestra real mano, para el cual libro el deciros mi nombre, suplicándoos al presente no permitáis que lo diga, en pago de este poqueño servicio que os he hecho, y de otro que antes que os partáis de aquí pienso haceros.

Mucho se maravilló el Rey de que se le qui-

siese encubrir el que, después de haberle hecho un tan grande servicio, podía esperar largas mercedes de su generosa mano y tener su privanza, á hallar en él calidad y partes; más visto que instaba tanto en no dar á conocerse no quiso apretar más en saberlo, y así le dijo:

—Pues el servicio y socorro que me habéis hecho me presentáis por obligación, no de haceros por ahora merced, sino de que no trate de saber quién seais, quiero daros ese gusto, aunque contra mi voluntad; y así me partiré de aquí sin saberlo, cumpliéndome la palabra que me disteis de que me lo diréis en otra ocasión, y para que os acordéis desto, tomad esta sortija con el sello de mis armas.

Eduardo la recibió besándole la mano, ratificándose en cumplir lo que había prometido, que sería con mucha brevedad, y quitándole al Barón de Belflor la corneta que traía al cuello, con que había de avisar á su gente para ayudarle en la traición que traía concertada, la tocó lo más recio que pudo, haciendo antes de esto prevenir las pistolas, á cuyo sonido llegaron á caballo cuatro criados del difunto Barón, que le preguntaron si era la hora que había de llegar Otón con el Rey. Apenas le acabaron de oir esto, cuando les hizo que se apeasen mal de su grado el salitrado elemento mezclado con el ardiente plomo, que despidieron las pistolas, dejando á los tres muertos acompañando á su dueño; castigo

condigno á sus depravados intentos. El que quedó á caballo con lo que había visto no tuvo ánimo para huir, y así fué luego preso y maniatado por los criados de Eduardo, lleváronle á la ciudad hasta la cual fué Eduardo acompañando al Rey, y llegando á ella media hora antes que la aurora saliese á desterrar las obscuras sombras de la noche, suplicó Eduardo al Rey le diese licencia para partirse, diciéndole como era un caballero francés que había de hallarse brevemente en París á un desafío que tenía aplazado, por lo cual no había dicho á su Majestad su nombre, porque si su suerte no le salía favorable, venciendo, no era bien hubiese más testigos de su conocimiento. El Rey le tornó á referir la promesa que tenía hecha de volverle á ver, y abrazándole con muestras de mucha afición, prosiguió Eduardo su comenzado camino, y el Rey y el Condestable entraron con el preso en Londres, y yendo á Palacio hallaron á aquella hora muchos caballeros que temerosos de que por su tardanza no le hubiese sucedido algo, querían partir en su busca. Holgáronse sumamente con su venida, contándoles el Rey lo que les había sucedido y el socorro del caballero francés, con que los dejó admirados de ver la alevosía del Barón y cautelosa traición de Otón, su deudo, entregándoles el Rey el preso, para que sin aguardar dilación á la mañana se hiciese justicia dél, y mandó que fuesen á buscar al monte

los cuerpos de los traidores, y quitándoles las cabezas las pusiesen en escarpias, donde fuesen vistas, para escarmiento de todos, haciendo confiscar los estados y rentas del Barón, y de los demás, para su Real Corona, no acabando de alabar el animoso esfuerzo del caballero francés, deseosísimo de conocerle.

Eduardo, luego que se partió del Rey, durmió aquel día en un pequeño lugar, hasta que vino la noche, con la cual continuó su viaje, haciendo una corta jornada hasta otro pequeño pueblo del estado de la hermosa Isabela, donde cerca de media noche vino á parar. Allí residía la hermosa viuda, porque la amenidad de los campos, claras fuentes y sanidad del temple la habían hecho venirse á vivir á él, y esto no lo sabía Eduardo, el cual se apeó en una buena posada. Luego que el huésped de ella vió al recién venido caballero, le conoció, dándole suma alteración su vista, de tal suerte, que apenas sabía dar el recaudo necesario que le pedían. Cenaron retirados, aunque no tanto, que otra vez no procurase con curiosidad certificase el huésped de nuevo en su conocimiento, y habiéndoles dejado acostados y reposando, entregados al blando sueño, se partió aceleradamente á dar cuenta á la hermosa Isabela de como Eduardo estaba en su casa, y le dejaba durmiendo con mucho descuido. Como oyó la nueva la hermosa, cuanto desgraciada señora, fué notable el susto que recibió, tanto, que por

un rato no pudo hablar palabra, representándosele en este tiempo la rigurosa muerte que dió á su malogrado esposo, discurriendo brevemente por las circunstancias que tuvo de crueldad como de peligro en su opinión. Y como la ira y venganza echan mayores raíces en los femeniles pechos, en ella estaba tan viva esta pasión, que no había día que no resfrescase la memoria con el lastimoso suceso, deseando grandemente ver en su poder el homicida de su esposo, para ejecutar en él el mismo rigor que con el difunto Almirante había tenido. Vínole pues á medida de sus deseos la ocasión, con aumentos de enojo, pues de habérsele entrado por su misma tierra, infería el poco caso que hacía de su sentimiento y del castigo que podía esperar del Rey á ser sabidor de su venida. No quiso perder tiempo en vengarse la hermosa Isabela; y habiendo brevemente prevenido el modo, hizo que le llamasen á todos sus criados, y teniéndoles presentes con alguna admiración de la novedad, por ser la hora en que los llamaban tan fuera del uso de su recogimiento, les habló desta suerte:

—Amigos; el Cielo, que dispone todas las cosas á medida de su justicia, ha permitido que hoy la haga de quien con tanto desalumbramiento se atrevió á quitar la vida á mi amado esposo. Este hombre me acaba de decir, como el fiero Eduardo ha llegado esta noche á su posada, y que le deja encerrado en un aposento, sepultado

en blando sueño. La causa de su venida ignoro, cuando la de mi venganza me está pidiendo á voces que ejecute en él el merecido castigo. Este no le libro en vuestras manos, por reservarle para las mías; yo misma he de ser la homicida de quien lo fué de mi esposo, pues con un acerado puñal que llevaré para el efecto, pienso dar fin á su vida y dejar eterno nombre de mi valor: Vosotros me habéis de acompañar hasta su aposento, á donde yo he de entrar sola, y llevando una pequeña lanterna, á su luz ejecutaré en él la muerte que merece. Ninguno me replique á lo dicho, pena de mi desgracia, antes me obedezca, yendo todos prevenidos de armas por lo que sucediese.

Suspensos los dejó la resolución de su vengativa señora, afecto que ellos no imaginaran de su beldad, pues quien la tiene en tanta perfección parece que desmiente rigores y disimula crueldades. Todos se dispusieron á obedecerla, y prevenidos como les había mandado, la fueron acompañando con grande silencio, guiándoles el huésped hasta su casa, donde les subió á la sala antes del aposento en que el cansado Eduardo dormía, bien descuidado del daño que le esperaba. Quedáronse los criados allí, y con la oculta luz en una mano, y el agudo puñal en la otra, hizo Isabela al huésped que abriese la puerta del aposento; él la obedeció, no poco pesaroso de ser con su apresurado aviso causa de la muerte que al descuidado joven se le prevenía.

Entró Isabela donde estaba la cama, y llegándose cerca della, descubrió la luz para ejecutar el riguroso impulso de su enojo, y vió (como otra Pfiqués) no un hombre como ella le figuraba en su idea (por no haberle visto bien cuando mató á su esposo) fiero, robusto y de aspecto cruel, que esto aprende el ofendido cuando no conoce al ofensor, sino un mancebo de treinta años, hermoso de rostro, con las mejillas vertiendo leche y sangre. Teníale el cansancio y calor encendida la cara, por la cual estaban esparcidos parte de sus cabellos, con que acrecentaba más su perfección. Los brazos tenía desnudos, descubriendo en ellos la proporción bastante para por ella sacar cuál sería la perfecta de su cuerpo. Atenta se puso la hermosa Isabela á contemplar al dormido caballero, y fué tan poderosa la fuerza de su amable objeto, que excediendo á la de su venganza, olvidada de la ofensa del amor de su difunto esposo, y de lo que podían decir sus criados que esperaban afuera los efectos de su varonil resolución, perdió su libertad, olvidó su rigor y adoró su gallardía sin hacer resistencia á ninguno de los inconvenientes que se le oponían, ratificando su buena elección cuanto más ocupaba la vista en el dormido joven.

Estúvose desta suerte un breve espacio, cuando al fin deste tiempo recordó Eduardo, cuidadoso de madrugar á proseguir con su viaje; y como vió la luz de la lanterna tan cerca de sus ojos,

dislumbrado con ella para no ver quién la llevaba, temióse de algún doble trato, y comenzó á voces á llamar á sus criados. A este tiempo ya Isabela le había tomado la espada de la cabecera de la cama, y saliendo á donde sus criados le aguardaban, les dijo (fingiendo venir con pesadumbre) que por haber recordado al tiempo de la ejecución, no le había dado la muerte. Dióles orden que le prendiesen y pusiesen en una torre de su palacio con prisiones y guardas, rigor que dispuso más por cumplir con ellos, que por su voluntad; y con esto se fué, dejándoles muy encargado que hiciesen lo que les mandaba.

Entraron luego con luces en el aposento, hallando á Eduasdo, que se había levantado á buscar la espada, que ya echaba de menos, por donde confirmó la sospecha que había tenido. Dijérónle en breves razones la parte en que estaba, el aviso que había tenido Isabela de su venida, y como ordenaba que le prendiesen. Admirado se quedó el gallardo inglés, así de no haber sabido que Isabela estuviese de asiento en aquel lugar, como de su resolución en hacerle prender, y viendo que era fuerza pasar por lo que ordenaba, disimulando el sentimiento que tenía se vistió, y acompañado de los criados de Isabela y de la demás gente armada que se había prevenido para el caso, le llevaron á una torre, donde le pusieron una gruesa cadena y guardas, y á sus criados pusieron las mismas prisiones en di-

ferentes aposentos de la torre, dejando á un criado de Isabela llamado Filipo, con cargo de que fuese su Alcaide por el tiempo que durase su prisión.

Desta suerte estuvo Eduardo preso ocho días, publicándose entre los criados que Isabela le había de mandar cortar la cabeza, porque hasta que se ejecutase quería que estuviese secreta su prisión, y así lo había mandado. En este tiempo estaba la hermosa viuda desvelada todas las noches, imaginando con el nuevo cuidado de su afición, algo confusa en disposición del castigo de Eduardo, pues de haberle preso era fuerza ya hacer demostración de la ofensa que dél había recibido; y de perdonarle, conformándose en ésto con sus deseos, echaba de ver la nota que daba á toda Inglaterra de su liviandad, habiendo todos conocido en ella los afectuosos deseos que siempre tuvo de tenerle en su poder para satisfacerse de su justo enojo.

En este tiempo el poderoso Ricardo quiso cumplir un voto que tenía hecho de visitar en España el suntuosísimo templo de nuestro Sagrado Patrón y Apostol Santiago, que encierra su glorioso cuerpo en la Ciudad de Compostela en Galicia, y de camino tratar con el Rey D. Alfonso, en aquella ciudad de la jornada que pensaba hacer á Jerusalén, para la cual tenía ya coligados todos los Príncipes cristianos de la Europa. En esta devota romería determinó llevar consi-

go á la hermosa Leonora su hija, deseando casarla con el Rey de España, y ella no quiso hacer la jornada sin llevarse consigo á Isabela, y así se lo tenía avisado, aunque resistía ella mucho salir de su estado, pues en esta sazón que había quince días que Eduardo estaba preso, y él sabía de Filipo su Alcaide cuan cerca tenía su muerte.

Pasó el Rey con toda la gente que le acompañaba por el lugar donde estaba Isabela, que era el derecho camino para su jornada, y ella le hospedó en su casa con mucho gusto, teniendo esperanzas de que el Cielo había de disponer que Eduardo, á quien tiernamente amaba, no muriese, pues con su reputación no cumplía con menos que con quitarle la cabeza, y el Rey, por favorecerla, había de fomentar ésto; holgóse Ricardo de ver á Isabela, y así mismo la Princesa, haciéndola muchos favores y por su intercesión, se estuvieron en aquel lugar un día más.

Eduardo que supo la venida del Rey, temió mucho que si Isabela le daba cuenta de cómo le tenía preso, en que no ponía duda, le mandaría cortar la cabeza luego y deseando tener libertad ó perder presto la vida, fiándose de Filipo, su Alcaide, que le era aficionado, determinó escribir un papel al Rey, pidiéndole encarecidamente que se le diese, el cual se ofreció á hacerlo con mucho gusto, y después de haberle escrito y metido dentro la sortija que le había dado

cuando le libró de muerte, se le dió á Filipo, el cual halló buena ocasión para ponerle en manos del Rey, porque estaba con la Princesa y Isabela en el jardín de su Palacio. Recibió el papel, y abierto, vió la sortija que venía dentro, la cual reconoció luego, y deseoso de ver lo que el papel contenía, leyó en él estas razones:

«Aquel caballero francès que libró á Vuestra Majestad de la muerte que le quería dar el Barón de Belflor, media jornada de Londres (como lo testifica esa sortija que recibí de sus reales manos) está preso por mandado de la hermosa Isabela, la causa de su prisión podrá Vuestra Majestad saber de su boca, y castigarme conforme á la culpa que tuviere, sin que me valga el servicio que á Vuestra Majestad hice, pues es gusto de quien me tiene preso, que pierda la vida por satisfacción de su enojo. Guarde Dios á Vuestra Majestad felices años.—RUGERO DE VALOIS».

Deseoso estaba el Rey por saber de Isabela qué causa le movió á tener preso al libertador de su vida, y á quien la Corona de Inglaterra debía tanto, y llamándola, le dijo delante de la Princesa y del Condestable, que quiso que se hallase presente, estas razones:

—Hermosa Isabela: en este punto he acabado de recibir este papel y de leerle; envíamele un caballero francés que tenéis preso, y es persona á quien debo no menos que la vida, pues él fué

quien me la dió en la traición del Barón de Belflor y Otón, su sobrino; donde mostró el ánimo y valor que á todos he dicho, loando las grandes partes de tan valiente caballero, de que fué buen testigo el Condestable, que está presente. Deseo saber la causa por qué le habéis mandado prender, que debe de ser bastante, pues os determinasteis, dotada de tanta modestia, á hacerlo. El se remite á lo que vos me informáredes, y aún casi á vuestro juzgado: lo que yo le debo es lo que os he dicho; á vos os toca hacerme relación de su culpa, para que conforme á ella vea lo que se debe hacer.

Nuevos colores le salieron al rostro á Isabela de lo que el Rey le dijo, con que acrecentó en mayor grado su hermosura, si bien fué de la turbación mezclada con algunas lágrimas, que como orientales perlas destilaban dos hermosos luceros; y por no tener al Rey más suspenso, le dijo desta suerte:

—Poderoso Señor, el francés que Vuestra Majestad me pondera tan animoso y valiente en favorecerle, á cuya obligación (puesto que fué no menos que darle la vida, librándole de la conjuración de unos traidores) conozco que es debida honrosa satisfacción por su parte, y premio digno á tan señalado y particular servicio; mas la que me pide la rigurosa muerte que dió al Almirante, mi esposo, me obligó á hacerle prender y á tenerle con el rigor que está; porque no es

francés, como ha dicho á Vuestra Majestad, sino el Conde de Leste, Eduardo, fiero homicida del malogrado Almirante. Por lo que Vuestra Majestad le debía, por los servicios de mi padre y la merced que mi señora la Princesa me hace, debéis hacerme justicia, en vuestras manos la pongo, ya que mi corto ánimo no fué bastante para hacerla por mis manos, como intenté.

Esto dijo la hermosa Isabela con grande abundancia de lágrimas, dejando al Rey suspenso con lo que la oía, y dudoso de lo que debía hacer en caso tan apretado; por una parte vía la justa queja de Isabela, y la justicia que debía hacer en satisfacción suya, y por otra la obligación que le tenía á Eduardo. Llamó aparte al Condestable, con quien confirió esta dudosa resolución, en tanto que Isabela, con la Princesa, trataban de lo mismo, deseando la hermosa Leonora inclinarla á que piadosa perdonase al preso caballero; y si bien en lo exterior se le mostraba rebelde á sus persuasiones, el interior estaba para hacerlo tan dispuesto, que era mucho no se le conociese en alguna acción el vivo afecto con que deseaba que esto se compusiese para ver libre al que ya elegía por dueño de su corazón, deseando lo fuese para siempre en dichoso himeneo.

Habiendo, pues, comunicado el Rey con el Condestable lo que había de hacer, volviéndose donde estaba Isabela con la Princesa, le dijo.

—Hermosa Isabela: el rigor con que el Almi-

rante, vuestro esposo, fué muerto por Eduardo, todos lo sabemos; pero yo, algo más informado que en aquella ocasión fuí, he sabido cuán apretado trance fué el en que se vió, pues con la sospecha que vuestro dueño había concebido, de que habría venido encubierto al jardín á ejecutar algún atrevimiento, no podía parar el fin menos que en muerte de uno de los dos. Acometido fué Eduardo dos veces del Almirante, y entrambas retirándose dél, quiso excusar lo que después no pudo, porque la defensa de su vida le obligó á disparar la pistola; al fin, ya sucedió la desgracia tan llorada de vos, como sentida de mí, porque estimaba y quería mucho á vuestro esposo. Aquí concurren dos cosas: demanda por vuestra parte de que haga de Eduardo justicia, y obligación mía de pagarle la vida que le debo; palabra le tengo dada, y prenda mía, en fe de ella favorecerle y honrarle; él cumplió de su parte con la obligación de leal vasallo en ayudarme con riesgo de perder su vida por librar la mía de aquel peligro; yo no cumplo como Rey en darle la muerte en pago de su buena obra. Él se me encubrió por entonces con el nombre de que era francés, sabiendo los quilates que perdía su hazaña en conocerle. Esto y lo hecho me obliga á pediros encarecidamente que le perdonéis, y á pasar adelante á desear con veras que os inclinéis á admitirle por esposo, que aunque los deudos del difunto os parezca que se han de ofender

de ver esta novedad en vos, yo tomo sobre mí la culpa que os pueden imputar de hacerlo.

De nuevo volvió á verter lágrimas Isabela; digo yo que serían de contento en ver cuán bien se disponía lo que tanto deseaba. Echóse á los pies del Rey, y díjole.

—Vos, señor, sois quien puede disponer de mí como fuéredes servido: obediente me hallaréis á lo que me ordenáredes, pues habéis interpuesto vuestra real autoridad para que yo haga vuestro gusto.

Abrazáronla el Rey y la Princesa con mucho gusto, y haciendo traer á Eduardo de la prisión y venir á su presencia, le dió los brazos con mucho amor, y luego mandó á Isabela que le diese la mano de esposa, dándola en dote el estado del Barón del Belflor, que ya estaba por el Rey, volviendo á Eduardo los cargos que tenía y á su gracia con más aumento de voluntad que antes que la perdiese. Llevóles á la jornada á España, de donde volvieron con salud, y con mucho contento se gozaron, dándoles el cielo sucesores que les heredaron.

Gustosísimas quedaron aquellas damas y Octavio, así de la artificiosa novela con que doña Angela les había entretenido aquella tarde, como de la gracia con que se la refirió; y por darle buen remate pidieron á doña Laura, que era á quien había tocado la suerte del primer enigma, que se les dijese; y ella, obedeciendo, sacó un papel en que le traía pintado.

Era pues un monstruo, la cara, de un hojoso árbol; los pechos de ave, y en lugar de brazos, alas extendidas, y los muslos y pies de cabra:

ENIGMA

Universal hacedor
de los cielos y la tierra
soy, y se hallan en mí
tres sujetos y una esencia.
Forma perfecta les dí
á las deidades excelsas,
á los cielos cristalinos,
á la luna, sol y estrellas.
Forjé los cuatro elementos,
dándole al fuego su esfera,
su región al aire vago,
su centro al agua y la tierra.
Dí á la tierra alegre ornato
con ríos que la atraviesan,
con flores que la matizan
con plantas que la hermosean.
En su dilatado espacio
hacer puede aves diversas,
que girando por los aires
sus varios colores muestran.
Formé en los montes y valles,
animalejos y fieras,
desde la pequeña hormiga
hasta la sierpe soberbia.
Yo hice cuantos pescados
encubren las hondas crespas

del imperio que Neptuno
con su tridente gobierna.
Y para gozar de todo
el resto de mi potencia,
eché, dando forma al hombre,
criatura más perfecta.
Dile amada compañía;
dilaté su descendencia,
formando con variedad
sin ser la Naturaleza.
Al mismo Dios hice humano,
manifestando mi ciencia
de su excelsiva pasión
los tormentos y las penas.
Artífice general
soy, docto en todas materias;
no soy Dios, mas hago santos,
que pongo en la gloriosa excelsa.

En notable confusión puso á todos el propuesto enigma de la discreta doña Laura, y habiendo estado un buen espacio maquinando lo que podía ser, dando varios pareceres sobre ello, dijo el entretenido Octavio.

—Paréceme, señora doña Laura, que ha sido tal vuestro enigma, que si no nos decís su declaración no iremos á decir fuera de aquí lo que es; porque así la pintura, como los versos que la declaran, nos dejan cada vez que se oyen ó leen, más confusos. Por mí yo me doy desde luego, por vencido, que soy poco enigmático. Estas se-

ñoras digan sus pareceres y lo que sobre ello han discurrido.

Todas dijeron no haber dado en lo que fuese, y así remitieron á la hermosa Laura se lo decla, rase, la cual dijo así:

—Mi enigma, hermosas señoras, no es otra cosa que el pincel, y así conviene con lo que contiene la pintura que habéis visto, pues consta del palillo, que es la cabeza; de un cañón de ave que se forma el cuerpo que véis, y últimamente los pies, que es con lo que se pinta de .pelos de cabra, y así los tiene en la forma deste animal: es el que universalmente forma todo lo referido, y al mismo Dios humanado, y con haberos dicho su declaración cumplo con lo que me toca.

Mucho gusto dió á todos saber lo que tan dificultoso se les hacía, y tocándole en segundo lugar á doña Lucrecia, sacó otro papel con una bien dibujada tarjeta, en cuyo espacio estaba pintado un hombre con dos caras, una roma y otra aguileña.

ENIGMA

Desciendo de dos solares
más antiguos que los godos,
que por ser quien soy fué fuerza
descender del uno y otro.
El uno tan principal
que por esa parte gozo
tanta agudeza de ingenio,

que en mil partes soy asombro.
Pero del que no es tan noble
he salido necio y boto
tan inútil, sin provecho,
que yo mismo lo conozco.
En costa le pongo al mundo
cuando quiere darme adorno,
pues para ser ordinario
rinden sus vidas los toros.
Pero cuando la riqueza
me viene á ofrecer el oro,
no hay elefante seguro
en todo el terrestre globo.
Yo soy liberal, ya escaso,
ya bien partido con todos,
alegre si me ejercito,
triste si me busca el ocio.
Siempre he tenido dos caras
aunque no como alevoso,
soy de la una aguileño
y de la otra soy romo.
Si quieren saber quien soy,
mi rigor temió aquel mozo,
que ofrecía en sacrificio
su padre al cielo piadoso.

Con la última copla no esperó más la discreta Constanza, que atentamente había oído los versos, y así dijo:

Este enigma, que acaba de deciros doña Lucrecia, si otro parecer mejor que el mío no lo reprueba, es el cuchillo, pues los versos y la pintura nos lo manifiestan claramente.

—Así es la verdad, dijo doña Lucrecia, que habéis declarado agudamente el enigma.

No porque no es dificultoso, dijo Octavio; que para mí ya había maquinado un disparate tan distante de lo que es, que os causará tanta risa como admiración la brevedad con que mi señora doña Constanza ha acertado.

Rogaron todas á Octavio que cantase algunos versos, y obedeciendo, quiso rematar la fiesta con éstos que hizo alabando la boca de una dama:

¿De qué sirve amor travieso,
dar al arco suspensión,
si con la boca de Anarda
haces la guerra mayor?
¿De qué sirve que se oculten
los dos émulos del sol,
entre la nube de un manto
custodia de su esplendor?
¿De qué sirve el ser avaro
del rojo y blanco arrebol,
si á los descuidados ojos
les muestras dulce prisión;
si en esta deidad hermosa
Naturaleza cifró
para admiración del mundo
lo primo de su primor?
Cualquier parte que descubra
es prodigio, es perfección,
es peligro de las almas,
es piedra imán del amor.

Las dos hojas de clavel
divididas ostentó;
si cada una es hechizo,
¿qué serán juntas las dos?
Con dulce risa cautiva
el más libre corazón,
que se rinde por lo dulce
quien de goloso pecó.
Tantos engendra deseos
de amorosa inclinación,
cuantas razones tu boca
bella Anarda, pronunció.
Y aunque imposibles emprendan
con desengaño el rigor,
en vez de agradable hospicio
sepulcro funesto dió.
Malogrados, si contentos,
mueren en dulce mansión,
que sin tu boca no hallaron
sepulcro de más honor.
Maravillas nos muestra
tu boca, Anarda,
pues que da la vida
con lo que mata.

Aplaudieron mucho todas el donaire con que Octavio cantó el romance, alabándole el modo de cantarle; y habiendo el rubio dios hecho ausencia del mantuano horizonte, despedido Octavio de aquellas damas y de sus madres, se volvió dejando concertado con él que el siguiente día fuese más con tiempo su venida. A doña Lau-

ra le tocó la suerte del novelar, y á doña Constanza y doña Angela el traer los enigmas, recogiéndose aquella noche á imaginarlas, para que no fuesen menos dificultosas de interpretar que las pasadas.

Tarde segunda.

Apresurando iban en curso los cuatro fogosos caballos del dorado coche de Febo, por bañarse en el Océano, para refrigerar la fatiga de su dilatada carrera, dando lugar al céfiro, mientras con brevedad se ausentaban de nuestro horizonte, que travesando entre las ramas de los verdes árboles y recreándose entre las varias flores, esparciese sus fragancias por aquellos amenos campos, cuando el esperado Octavio llegó á la deleitosa quinta, y siéndole abierta la puerta della, halló aquellas hermosas damas que aguardaban su venida junto á otra apacible y artificiosa fuente diferente de la del día pasado, cercada de acomodados asientos de tersos y remendados jaspes. Saludolas Octavio diciéndoles:

—Hoy, hermosas y discretas señoras, no diréis que no he sido más puntual que ayer en obedeceros; pues aun antes de la hora concertada he venido diligente á serviros, y no me lo

agradezcais, que la golosina de la pasada tarde me trae alborozado á gozar de la presente, donde no me prometo menos divertimiento con vuestro gracioso novelar. En esta apacible y hermosa congregación veo con verdad las que nos fingieron los poetas antiguos, que hacían las hermosas ninfas del coro de la casta Diana en las amenas selvas y umbrosos bosques, cerca de nativas fuentes, ya compitiendo en el ejercicio de tirar el arco, ya en el de la música, y ya entretenidas en gustosas pláticas, hasta que con la decrepitud del día, y menos calor de los dorados rayos de Febo, en amenos y retirados lugares, donde las risueñas fuentes libraban su líquida plata á dilatados estanques, se bañaban y en uno destos dicen que le sucedió la desdichada y cervuna tragedia al malogrado Príncipe de Tracia, tan referida de los poetas.

—Muy poético vienes Octavio, dijo doña Vicenta; mucho queríamos que lo librases más en lo que esperamos de tu voz que en esos discursos, pues para el poco tiempo que hay de aquí á la noche, no sé si podremos tener lugar para oir la novela y enigmas que deseo mucho que con el fin del día le tenga nuestro entretenimiento, que ayer por tu tardanza se acabó tarde.

—Aquí viene de molde, dijo Octavio, la vulgaridad civil de «Buena luna hace», y porque á la que anoche me alumbró para velverme á Madrid le quedé muy agradecido, quiero deciros

un romance que le hice, aunque es sujeto que le han dicho muchas cosas.

Con esto, templando la guitarra, en medio del silencio que le guardaban aquellas damas, cantó así.

Perdonad, señora Cintia,
si entre la runfla de apodos
también aplicare el mío,
que no he de ser menos que otros.
Pues según las propiedodes
que de vos cuentan los doctos,
me parecéis cortesana
en el trato, estilo y modo.
En cuanto á ser tomajona
dígalo el señor Apolo,
que el resplandor le tomáis
para poner en el rostro.
En tres barrios que habitastes
donde os conocieron todos,
mudanza de nombre hicistes;
la razón de estado ignoro.
Allá en la calle de Silva
Diana fué el nombre propio,
Proserpina en el barranco,
que es barrio de los demonios.
De allí fuistes mejorada
de nombre, de coche y toldo,
y á la calle de la Luna
distes epiteto honroso.
Como tusona os portáis,
pues siempre en casa os conozco
guardamacíes de estrellas

y estrado azul por adorno.
En cuanto á vuestros empleos,
según afirman curiosos,
por interés de un cordero
hicistes un monipodio.
Merecíalo el galán
por lo discreto y airoso,
cuerpo de hombre, pies de cabra,
tuvistes gusto diptongo.
Sin ser justicia rondáis
con el frío y el bochorno,
ó vais á engañar sin duda,
pues siempre de noche os topo.
Vuestras rondas amenazan
mil sucesos prodigiosos,
si el manto de los eclipses
os emboza de medio ojo.
Tenéis con doce galanes
más y menos reconcomios,
si bien hay alguno entre ellos
de vuestro desdén quejoso.
Don Hebrero que es menguado,
siente el gozar don Agosto
de vuestras serenidades,
y que él sufra terremotos.
Muchacha os hacéis con unos,
mujer os hacéis con otros,
y de aquí os volvéis á niña,
aunque es vuestra edad de choznos,
Cuando en conjunción os veis,
con recato vergonzoso
os escondéis cuatro días,
que sabéis vuestro negocio.

Con la variedad de trajes
á todos nos hacéis tontos,
que hoy os vemos de bastardo
y mañana de redondo.

Mucho satisfizo á las damas el ingenieso romance de Octavio, que cantó con grande destreza, viendo cuán bien había seguido la metáfora en él, y dándole las gracias de cuán bien lo había hecho, doña Laura, se previno para decir la novela que les traía pensada, y mudando de asiento, se puso en medio de todos, en parte donde pudiesen oirla á su gusto, comenzando desta suerte.

NOVELA SEGUNDA

DE LA FANTASMA DE VALENCIA

Mal cumpliera con mis obligaciones, hermoso y discreto auditorio, si antes de empeñarse en el discurso de mi novela, no siguiera el estilo de mi antecesora, sacando alguna moralidad della, porque con lo deleitable se mezcle lo provechoso, y más nos importa para nuestra reformación. Mi novela advierte á los enamorados cuán ilícita cosa es gozar sus ocasiones por medios que sean en daño del prójimo; cuánto debemos honrar á los difuntos, y últimamente para los padres y mayores, que tienen familia, cuánta vigilancia deben tener en sus casas, mayormente si tienen hijas mozas, cuya guarda es dificultosa, si dellas mismas no nace el recato, y para dar principio á mi discurso, pasa así:

Valencia, noble ciudad, metrópoli de aquel antiguo reino, de quien él toma su denominación, ilustrada del invicto y magnánimo rey Don Jai-

me, su conquistador; con tan suntuosos templos, insignes edificios, nobles y generosas familias de caballeros, cuyos ascendientes mostraron en su conquista su animoso esfuerzo y el valor de su generosa sangre. De uno de los apellidos más nobles desta ciudad, que pienso callar, era don Diego, caballero generoso y señor de un rico mayorazgo. Era viudo de una noble y discreta señora, en quien hubo un hijo, que en la edad de dieciocho años hacía grandes ventajas á su padre en el sosiego, en la prudencia, y el tener muchos más amigos que él, porque don Diego, después que le faltó su esposa, pasado el primer año de su viudez, trató de divertirse con mujeres y juegos, con grande distraimiento, de manera que en dádivas y pérdidas que hizo, consumió todos los bienes libres suyos y del dote de su esposa, y empeñó su mayorazgo, cargándole de censos impuestos con facultades: cosa que deben bien mirar á quien les toca el darlas, pues no se habían de conceder menos que con causa muy legítima, pues viene á ser en notable daño y menoscabo de los mayorazgos, y raras veces se restaura lo que una se empeña por este camino, viniendo sus herederos á quedar con más obligaciones que haciendas. Así sucedió que don Juan, hijo de este pródigo y perdido caballero, pues en medio de sus divertimientos perdió el padre la vida en una breve enfermedad, dejándole pobre, sin tener con qué pagar las muchas deudas que

debía á diferentes personas, así del juego como de empréstitos.

Hizo, pues, el entierro á su difunto padre con más pompa que alcanzaba su posibilidad, y pareciéndole que la existencia en la ciudad le acrecentaba obligaciones y gastos sin haber con que sustentar uno y otro, determinó retirarse á una pequeña aldea, donde tenía alguna hacienda de su mayorazgo y estarse en ella hasta desempeñarse. Hízolo así, dejando las casas de sus padres cerradas, sin persona que las habitase, si bien dejó en ellas el aderezo necesario en un aposento para cuando determinase venir á la ciudad y lo demás del menaje de casa se lo llevó á la aldea.

Quince días habría que don Juan estaba allí retirado, cuando una noche á poco más de las diez horas de ella, se oyó en la casa deste caballero un portentoso ruído de cadenas que andaba desde el terrado hasta los aposentos del cuarto principal; y cuando cesaba el temeroso rumor, alternaban con unos gemidos tan dolorosos y tristes, que causaban grande pavor á quien los oía. Alborotó á todo el barrio esta notable novedad, dilatándose por toda aquella ciudad de modo, que no se decía en ella otra cosa, sino que la ánima de don Diego andaba penando en sus mismas casas, atribuyéndole este tormento á la poca satisfacción que dió en vida, y dejó en muerte á sus acreedores.

No paró en sólo oir el espantoso ruído mucha gente, así de sus barrios como de los remotos dellos, sino que algunas noches claras vieron asomar por las ventanas de la casa una prodigiosa visión, tan diforme y espantable, que algunas personas estuvieron muy al cabo de sus vidas con el espanto que recibieron en verla, sin atreverse nadie á saber qué pudiera ser aquella fea y abominable figura, cercada de cadenas y con tanta aflición. Con ésto don Juan se estaba en la aldea, corrido y avergonzado de que estuviese tan dilatado por la ciudad, que era el alma de su difunto padre la que alborotaba sus barrios, dando horror y espanto á los vecinos dellos; y aunque se le ofrecían cosas á que acudir á Valencia de sus negocios, las dejaba perder por no posar fuera de sus casas, ni oir lo que decían en ofensa de su padre sus acreedores.

Bien se pasaría un mes que continuamente todas las noches á una misma hora no faltó de oirse este temeroso rumor, viéndose algunas veces la temerosa visión, cuando un hermano del difunto don Diego vino de Zaragoza á un pleito sobre cierta herencia á Valencia; y antes de entrar en ella quiso verse con don Juan, su sobrino, en la aldea donde estaba, por pedirle las llaves de sus casas para habitarlas el tiempo que hubiese de durar el pleito. Avisóle don Juan del inconveniente que había para no se las dar, dándole por extenso cuenta de lo que pasaba. Era don

Rodrigo hombre de ánimo y de experiencia, y había seguido la milicia un tiempo, hasta llegar á ser capitán en Flandes; y aunque le admiró lo que su sobrino le decía, dióle grandísimo deseo de averiguar lo que fuese; y así aunque fué resistido de su sobrino para no intentar aquella temeridad, no fué posible acabarlo con él, creciéndole el deseo al paso que su resistencia. Diéronle las llaves y con dos criados suyos y una ama se entró en las casas de su hermano, cosa que todos reprobaron por ser grande el peligro á que se ponía.

Aquella y otras dos noches después que llegó se estuvo quieto sin oir ningún rumor de cadenas ni otra cosa, admirándose todos, así de la novedad como de su ánimo, estando á la mira de lo que le sucediese. Don Rodrigo estaba contentísimo desto, juzgando por burlería cuanto le habían dicho, y afirmaba toda la ciudad; mas no le duró mucho este gusto, porque á la cuarta noche que vivía la casa, al tiempo que se comenzaba á desnudar para irse á acostar, por la parte del terrado se comenzó el estruendo de cadenas con el mayor exceso de rumor y gemidos que hasta allí se había sentido. Apenas lo oyó don Rodrigo, cuando tomando con grande ánimo su espada y una acerada rodela, hizo que un criado suyo encendiese una hacha, y haciéndole á su pesar ir delante alumbrándole, subiendo los dos por una angosta escalera que iba al terrado. No bien

había llegado el paje á pisar el último escalón, cuando de un fuerte ramalazo de cadena que le tiraron bajó rodando por la escalera, perdida la hacha de la mano, y ganada en la cabeza una grande descalabradura, de que se le iba cantidad de sangre. Detúvole enmedio de la escalera don Rodrigo, y bajándole á su aposento encargó á la ama que le hiciese llamar quien le curase, y sin detenerse un punto embrazando la fuerte rodela, tomando con la misma mano la hacha, y en la derecha la espada, subió con grande ánimo otra vez la escalera, llevando gran deseo de saber qué fuese aquella prodigiosa visión que había maltratado á su criado; llegado pues al sitio donde le sucedió el fracaso, bien cubierto de su rodela comenzó á sufrir ramalazos de cadenas en ella, haciéndole unas veces perder los escalones que iba subiendo, y otras arrodillar en ellos, cosa que le tuvo por un rato afligido y confuso; mas, cobrando nuevo aliento, de dos saltos ganó la escalera y se vió en el terrado cara á cara con la visión, cuya monstruosa presencia le admiró de suerte, que por un breve espacio le tuvo en grandísima suspensión. Era, pues, de la estatura de un hombre alto, y de rostro feísimo y espantable; tenía vestida una túnica blanca, que le arrastraba más de una vara por el suelo, y todo el cuerpo cercado de cadenas, que asimismo le arrastraban, y en la mano derecha un grueso ramal de la una con que causaba el daño que habéis oído.

Parado estuvo don Rodrigo, ocupada la vista en el espantoso espectáculo que tenía presente, y la fantasma hacía lo mismo; mas al tiempo que vió que don Rodrigo se movía contra ella, le volvió las espaldas, poniéndose en huída por el terrado adelante. Esto dió ánimo á don Rodrigo para irla siguiendo, y al querer saltar la fantasma un bajo tabique, que dividía aquel terrado del vecino á él, tropezando en sus cadenas cayó en el suelo con grande rumor, dando aliento á don Rodrigo para ir sobre ella, mas levantándose de su caída con presteza, y hallándole junto á sí con ánimo de ofenderla, se abrazó con él, sin darle lugar á que pudiese gobernar la espada, y desta suerte anduvieron luchando un grande rato, hasta que la fantasma vino á caer en el suelo, y don Rodrigo sobre ella, el cual sacando la daga de la cinta al tiempo que iba á dar con ella á la monstruosa visión, oyó que le decía con voz atenuada:

—Valiente caballero, reportaos, y no useis de vuestro rigor, que podrá ser pesaros después de ejecutado; yo quiero deciros quién soy, y la ocasión que me ha obligado á venir aquí en la forma que veis.

Levantóse con esto don Rodrigo, más admirado de lo que oía, dando lugar á que la fantasma hiciese lo mismo; la cual en viéndose en pie se quitó de encima de la cabeza una máscara de encaje, que era el disforme y feo rostro que habéis

oído con espantosas facciones y erizado cabello, dejando descubierto el natural de un hombre de veintiséis años, de agradable aspecto, hermoso rostro, y bien compuesta barba. En mayor admiración dejó á don Rodrigo esto segundo que las que antes había tenido en haberla visto y oído hablar, y atento, le escuchó estas razones:

—Señor don Rodrigo, que ya sé os llamáis así, no me negaréis que el amor, á quien pongo por disculpa de este yerro, es tan poderoso en sus efectos con todos estados de gentes, que por él han hecho mil transformaciones, animando á emprenderlas á los cobardes, y dando nuevo aliento para las más arduas á los animosos, y de conocerle bien los antiguos poetas nació el fingirnos los metamorfoseos que los dioses hicieron por gozar de algunas Ninfas que amaron, ya en cisnes, ya en toros, ya en otras diversas formas. Según esto, no se os hará novedad, y más si en algún tiempo habéis tenido amor, que este poderoso rapaz haya triunfado de mí, cautivado mi libertad y sujetado mi albedrío, hasta obligarme, por vencer dificultades del encerramiento de la casa de doña Vicenta, vecina nuestra, cuya hermosa hija adoro, al disfraz en que me veis. Este amor se originó en Madrid, y porque la relación que acerca de esto os he de hacer es algo larga, os suplico, aliviándome primero del peso de estas cadenas, me deis licencia para que en vuestro cuarto os entere de todo.

Cada instante iba don Rodrigo aumentando admiraciones, presumiendo era todo lo que veía aventura de las fingidas en los antiguos libros de caballerías; y así en tanto que el caballero fantasma se quitaba las cadenas y túnica, le dijo:

—Mucho siento, caballero, que vuestra pretensión se solicite por tan extraños medios como éste, que si bien á vuestro propósito deben de convenir, á la opinión y fama de mi difunto hermano, no le han estado bien; pues con vuestra estratagema ha perdido mucho de su lustre esta casa y su heredero, las ocasiones de venir á esta ciudad desde la aldea en que está, la composición de los pleitos que le dejó su padre, y tuviéramosle muy malo los dos, si en el breve discurso que he hecho después que os he visto ser fingida visión, no hubiera pensado la satisfacción que habéis de dar á toda esta ciudad, y porque lo sepais, os ruego que en mi cuarto me digais desde su principio la causa que os obligó á este capricho tan extraordinario.

Con esto se bajaron al cuarto principal de don Rodrigo, donde sentados en dos sillas, el enamorado caballero comenzó su discurso desta suerte:

—En Sevilla, antiquísima y noble ciudad de España, cabeza de la Andalucía y erario de los riquísimos tributos que nos ofrecen las Indias Occidentales, nací hijo segundo de Perafán de Rivera, caballero muy conocido por su antigua y generosa sangre, donde por hallarme con la

poca hacienda de unos alimentos bien debidos y mal pagados, que mi mayor hermano, ya dueño del mayorazgo de mi padre me daba, determiné dejar mi patria y seguir la milicia, sirviendo á mi Rey hasta merecer el puesto que he tenido, camino por donde tantos por sus animosas hazañas y particulares servicios, han venido á valer y ser estimados de sus reyes, ascendiendo de humiles principios á eminentes lugares. Bien pudiera pasar en Sevilla entre los muchos amigos que tenía como otros caballeros que con menos hacienda que yo pasan jugando y haciendo travesuras causadas del ocio, por quien tal vez, contra su gusto, vienen á dejar la patria con vergonzoso nombre y opinión; mas llevado del valor de mi sangre, del impulso de mi edad, y del deseo de ganar fama, dejé á Sevilla por Flandes, escogiendo aquel país por ser el en que más ocasiones se ofrecen con los enemigos de las Islas. Allí asistí, no perdiendo de hallarme en ninguna facción tres años, dándome bien á conocer por mis obras y por mi nobleza al ejército, siendo estimado de todos y en particular de un capitán, que desde que asenté plaza en su compañía, me tuvo siempre por primer camarada hasta que me dió su bandera por muerte del alferez della. Aquí procuré lucir más en otras apretadas ocasiones que se ofrecieron con el enemigo, saliendo de todas de suerte, que era en todo el ejército muy conocido por mi resolución.

Pasáronse cuatro años ocupado en este oficio, y al cabo deste tiempo se ofreció enviar su alteza de la serenísima Infanta unos despachos de grande importancia á España, para que en el Consejo de Estado se viesen, y por orden del Marqués Espínola se me encomendó el traerlos; dióme una ayuda de costa su alteza y cartas para su majestad, para que me favoreciese en mis pretensiones, con que partí por la posta de Flandes, y en breve tiempo me puse en Madrid, yendo á apearme á los barrios de la Merced á la posada de un primo mío Veinticuatro de Sevilla, que tocándole la suerte de las Cortes asistía por procurador dellas, en nombre de su ciudad, todo el tiempo que durasen. Este me recibió con mucho gusto, y con él mismo me hospedó en su cuarto. Comencé á tratar de mi despacho, y después de mis pretensiones deseando que su majestad me hiciese capitán en la primera leva, mas en uno y en otro se pasaron algunos días sin que se resolviesen á despacharme, ni hacerme merced, dilatándose más que yo quisiera, pues todo el tiempo que gastaba en estarme en la Corte, me parecía perdido hasta volver á Flandes.

Fuéle fuerza al Veinticuatro, mi primo, partirse á Sevilla á disponer que el cabildo de aquella ciudad concediese ciertas cosas que importaban al servicio de su Majestad, y para darle cuenta dellas le fué dada licencia para partirse. Despi-

dióse de mí, dejándome en su mismo cuarto con la ama que le servía, y él se llevó todos sus criados á Sevilla. En este tiempo fuí conociendo amigos que me llevaban á divertir á varias partes, como á la Comedia, al Prado y casas de algunas mujeres. En la que más asistíamos desde prima noche hasta las once, era la de una dama llamada doña Estefanía, mujer de muchas gracias, hermosa, discreta, bizarra; cantaba con superior destreza y bailaba con grande desenfado; cayóme en gracia las que vía en doña Estefanía, y para gozar más á solas della, le rogué afectuosamente que se fuese una noche á mi posada á cenar conmigo. No fué difícil de alcanzarlo que como hubiese interés de por medio, hacía estas visitas todas las veces que se le ofrecían; y así en llegando la noche se entró en una silla y fué á mi posada, á donde más desenvueltamente que en la suya mostró sus habilidades sin hallarse presente más que uno de los criados que tenía el más antiguo, que desde que salí de mi patria nunca faltó á servirme.

Era el cuarto donde posaba bajo, y á la alcoba en que dormía hacía correspondencia una escalerilla falsa que se comunicaba con el cuarto principal de arriba y estaba condenada por estar los cuartos divididos. Por allí estuvieron los de arriba oyendo cuanto me pasó con Estefanía, la cual por ser tarde se despidió de mí y se fué acompañada de mis criados á su posada; aquella

noche no quise salir de casa, antes me acosté luego.

Las nueve de la mañana serían cuando sintiéndome despierto, en la puerta que iba al cuarto alto sentí hacer ruído para que pusiese los ojos en aquella parte; volví la cabeza y ví que por un resquicio de la puerta sacaban un papel. Advertí en ello con más cuidado, y dije en alta voz que si era para mí le dejasen caer. Hiciéronlo así y levantándome de la cama vi que era un billete cerrado, el cual abrí, leyendo estas razones de que me acuerdo muy bien:

«Aunque vuestra edad y profesión os disculpen, cualquiera impulso de mocedad, no admite su disculpa la casa en que vivís, pues aunque en cuarto separado del principal della, debiérades considerar quién vive en él para absteneros de traer mujeres sospechosas al vuestro. Con esta condición se le dió á vuestro deudo y la guardó con mucha puntualidad, sino os dejó la advertencia con la sustitución por olvidársele, sírvaos este papel della, consolándoos con que de vuestra flaqueza ha sido testigo sola una criada desta casa, y ella os sirve en escribiros éste, deseosa de vuestra enmienda, para que no deis lugar con otro divertimiento á que os escriban más asperamente. El cielo os guarde.»

En gracia me cayó la bachillería del papel con las amonestaciones en orden á mi reformación, sospechando de su buena nota, que no era de cria-

da como en él decía, y algo me corrí aunque soldado, de que tuviese testigos de mi flaqueza, por que de mí natural soy recatado. Dióme, pues, el papel, deseo de saber quien vivía más en aquella casa, porque, por mayor, sabía que era dueño della una señora viuda, anciana, rica y principal, proponiendo informarme dello, que por que tras la puertecilla sentí todavía rumor de gente; dije algo recio:

—Estimo el aviso y confío en el silencio, yo responderé al papel mañana á estas horas.

Con esto pedí de vestir, y ese día, después de comer, hice llamar á un escudero que servía á la referida viuda, llamado Oquendo, sujeto entretenido con los dos reales y medio de ración y quitación, estipendio ordinario de la escudería común; á éste hice que con algunos relieves de la mesa le regalasen y después le pregunté quién más que su señora vivía en aquella casa en su compañía; él me dijo que con ella estaba una señora sobrina suya que había traido de Valencia llamada doña Luisa, para que estuviese con ella, y hacerla después de sus días heredera de una gruesa hacienda, que sería de más de 50.000 ducados; que en su servicio estaban cuatro criadas mozas, dos ancianas dueñas y dos esclavas, él, un capellán, un paje y un cochero. Ponderóme con grandes exageraciones la hermosura de doña Luisa y cuán pretendida era de muchos para casamiento. No quise saber más, y despidiendo al

escudero le dije que en cuanto se le ofreciese haber menester acudiese á mí, que con mucho gusto le favorecería. Fuese el anciano escudero agradecido de mi ofrecimiento y yo me quedé pensando en si sería doña Luisa el dueño del papel ó alguna criada suya. Porque de ser ella, como sospechaba, estábame bien su correspondencia, y propuse de continuarla hasta granjearle la voluntad. Al fin me determiné á responder al papel aquella noche, y el día siguiente á la misma hora que recibí el otro, sentí rumor de gente á la puertecilla, y levantándome de la cama les dije:

—Préciome mucho de ser puntual en lo que prometo; y así desde anoche tenía escrito ese; holgáreme que se reciba allá mejor que la causa por quien se ha escrito; metíle por el resquicio de la puerta y con esto me volví á la cama.

De lo que escribí en el papel, como en otros que tengo en la memoria, os haré relación, si no os cansáis, las razones deste en respuesta del suyo fueron estas:

«Quien también sabe reprender, estoy cierto sabrá callar mi flaqueza, que no ha sido muy grande, respecto de lo que la edad y profesión pide; que si la una solicita impulsos, la otra se olvida de recatos: quedo advertido de reportarme en lo primero, y prevenirme en lo segundo, contento de que tan cuerdo testigo sepa con prudencia avisar inadvertencias, y prevenir decoros á

su dueño. Deseo conocer á quien tanto debo para celebrar más la estima que yo hago de su discrección, si esto merecen mis deseos, será darle mal pago dejarles en confusión, cuando prometen á mis ojos mayor empleo que el de criada, tan curiosa como prevenida á quien guarde el cielo.»

De haberme visto doña Luisa desde unas cerradas celosías que caían al patio, se me había inclinado algo, y como por el recato con que la tenía su tía era imposible darme á entender, con la ocasión de ver á Estefanía en mi cuarto casi celosa, si así se puede decir, me escribió aquel papel con nombre de criada suya; esto supe después de su boca en correspondencia más continua y asentada, como adelante veréis; al fin recibió este papel deseando pasar adelante con el engaño de que era la criada la que me escribía, previniendo al escudero que si yo le preguntase quién había en compañía de su tía, me dijese que solamente criadas; así se lo prometió Oquendo, callando lo que conmigo le había pasado, al cual para tenerle de mi parte le hacía regalar con particular cuidado.

Sucedió, pues, que por unos días dí en acudir á la casa de un caballero mozo, donde se jugaba ordinariamente, y jugué en ella largo, con lo cual me quedé á comer fuera de la posada cosa de ocho días continuos y á dormir dos ó tres noches en casa de un deudo mío, que vivía cerca del garito, y la vez que venía á mi posada era

muy tarde, esto fué el tiempo que duró estar mi pretensión en calma, trayéndome el juego algo inquieto por haber perdido á él cantidad de dinero.

Esto notó mucho doña Luisa (según me dijo después), que todas las noches tenía especial cuidado de bajar á la puertecilla á ver si estaba acostado, y como viese que faltaba de casa á las horas acostumbradas, hizo que Oquendo preguntase á mis criados la causa, y dellos la supo; mas como la hermosa dama ya estaba inclinada á favorecerme, dió en sospechar que no era juego el que me inquietaba, sino algún empleo amoroso, culpándose así de no haberse declarado conmigo en sus papeles antes que me hubiera empeñado en otra afición. Con esta sospecha se determinó á escribir otro papel, y aguardando á la hora que solía despertar, me le mostró por el resquicio de la puertecilla, levantándome por él, y en él leí estas razones:

«No culpa, sino agradecimiento debéis, señor don Gonzalo (que este es mi nombre) darme en escribiros este papel, manifestándoos por él cuanto os desean en vuestro cuarto más asistente que hasta aquí habéis estado, pues su fresca estancia y los deseos de quien gusta veros en él con el sosiego que antes, os manifiestan con queja el agravio que les hacéis favoreciéndoles tan poco, si ya no causa vuestro olvido algún nuevo cuidado en empleo de vuestro gusto, que le juzgo

será muy digno de vuestros merecimientos, pues os obliga á hacer faltas algunas noches de vuestra cama, sin las que hacéis de día á vuestra mesa, que unas y otras os debe de merecer la causa por quien se hacen, que deseo gocéis muy largos años, suplicándoos me perdonéis este atrevimiento, que ha sido con deseo de daros este parabien, que yo sé quien se lleva los pésames dél.»

Suspenso y confuso quedé, no sabiendo quién pudiese ser el dueño de aquellos papeles, por una parte me parecía que para ser criada era demasiado el cuidado y curiosidad que tenía en saber los días que había comido fuera de casa y las noches que había faltado de mi cama, pues quien esto notaba no le faltaba amor, siéndolo también el haberme reprendido en el primero papel de haber traido á mi cuarto á Estefanía, arguyendo desto alguna sospecha de celos. Por otra parte me persuadía á que se me debía de haber inclinado alguna criada, pues á ser doña Luisa no me manifestara tan declaradamente (con sospechas de nuevo empleo) el sentimiento de mis ausencias. En esta duda estaba, cuando el criado de quien más me fiaba, me entró á decir que se le había olvidado de darme cuenta de que Oquendo por mandado de doña Luisa, se había informado de lo que era la causa de no haber acudido aquellos días á casa á comer, y faltado algunas noches, y que le había encargado su se-

ñora que no supiese nadie que ella hacía esta averiguación. Holguéme mucho de saber esto por salir de la duda en que estaba y por parecerme que con esto se habría camino para el intento que tenía de servir y pretender á doña Luisa, hasta merecerla por esposa si tanta ventura alcanzaba. Con esto pedí luego recado de escribir, diciéndolo en alta voz, por si me oían desde la puertecilla, para que aguardasen la respuesta y habiéndomele traído, me pareció que el escribir libre en aquella ocasión era lo que más importaba para descubrir más tierra. Acabé, pues, de escribir y di el papel por el resquicio de la puerta, sintiendo que dentro había persona que le recibía; y era así que la criada de doña Luisa le recibió y se lo llevó á su señora, y aunque os canse habéis de perdonarme, que también os lo he de referir por ser el último, que decía así:

«No pensé, encubierta señora, que el rigor de vuestras reprensiones pasaba de los límites de esta casa, pues fuera della me juzgué libre de nota, y seguro de asechanzas, pero no me ha valido la ausencia que estos días he hecho della para dejar de ser juzgado con nuevo empleo en vuestra sospecha; yo me holgára que mi desvelo fuera más por ganancia de favores que por pérdida de dineros. De lo postrero no me queda otro consuelo para adelante, sino saber que tengo ya tutor que me gobierne, y ayo que me corrija. Pero como siempre las órdenes por escrito en este

caso sean menos guardadas que las que se dan á boca, con vuestra buena licencia remito el que me las déis, y yo las oiga, aunque sea por esta puerta, si ya el escrupuloso recato no vedara lo que tan lícitamente pide aquel que siempre desea conocer el verdadero dueño destos papeles para servirle y darle satisfacción de que tiene libre la voluntad, si bien está deseoso de desmentir pésames con ella.»

Sumamente, me confesó después doña Luisa, que se había holgado con este papel, viendo por el que satisfacía sus sospechas y aseguraba sus recelos; y así quiso favorecerme hablándome por la puerta, tercera de los papeles, si bien todavía con en el engaño de que era la fingida criada, aunque con advertencia de no durar mucho en el engaño, por temor de que no me cansase y desistiese de la comunicación para acudir á otra, que esto no fué más de averiguar por unos días si tenía libre la voluntad.

En esto se pasaron quince días gozando deste entretenimiento, que para mí lo era grandísimo; porque en doña Luisa conocí un agudo entendimiento, tanta gracia y donaire, que me tenía muy prendado.

Un día que yo estaba acabándome de vestir algo tarde para salir á misa, por ser día de fiesta, entró á darme los buenos días Oquendo con muchas sumisiones. Holguéme en verle, y mandé luego que le diesen de almozar:

—No puedo recibir lo que vuesa merced me hace, dijo el anciano escudero, porque llevo este papel de mi señora doña Luisa para una señora amiga suya, en que la avisa que esta tarde va con su tía y criadas á la Casa del Campo á holgarse, y la suplica se vaya en su compañía para tener la tarde más entretenida.

—Mucho me huelgo desto, le dije yo, y esta es la ocasión, señor Orquendo, en que se han de conocer los amigos, haciéndome un placer.

—¿En qué podré servir á vuesa merced, dijo Oquendo, que aunque sea dificultoso no aventure mi vida en ello, si es menester?

—Agradezco esa voluntad, le dije, pero los efectos della quiero ver en que haga lo que le rogaré; yo buscaré un amigo con quien ir á esta recreación, y procuraremos que sea mucho antes que esas señoras vayan, para tener lugar de escondernos entre aquellos cenadores que están cerca de la fuente del Engaño, á donde procurará llevar á aquellas señoras mozas; que su tía de mi señora doña Luisa es cierto que su ancianidad no la dará lugar á seguirlas, sino á estar en algún fresco sitio, pasando sus cuentas, segura de que no habrá nadie en el jardín, y así podré yo besar las manos á mi señora doña Luisa, cumpliéndose los grandes deseos que tengo de verla.

Holgóse mucho Oquendo con la traza que le daba, y ofreció servirme en cuanto pudiese de

su parte, como en la experiencia lo vería: yo le prometí asimismo que se lo sabría agradecer, y por entonces le dí un doblón, con que partió contento á dar el papel de su señora, el cual le rogué me mostrase para ver qué letra hacía.

—Eso como de molde, dijo Oquendo, no hay vizcaíno que la iguale.

Cotejé la letra del sobre escrito con la de los papeles que tenía en la faltriquera, y vi ser la misma, con que quedé el más contento hombre del mundo. Fuime luego á oir misa al Monasterio de la Merced, donde me topé con aquel caballero mi deudo, en cuya casa dormí aquellas noches que falté de mi posada. Este se llamaba don Diego, mozo por casar, y señor de un mayorazgo de seis mil ducados de renta. Concerté, pues, con él, que en su coche fuésemos los dos á la Casa del Campo temprano, dándole cuenta de como pensaba hablar allí á doña Luisa, que ya don Diego sabría lo que pasaba hasta allí de los papeles por habérselo comunicado.

Luego que hubimos oído Misa, me llevó á comer á su casa, y acabada la comida pusieron el coche, en el cual nos fuimos haciendo al cochero que guíase por el atajo del Colegio de doña María de Aragón para pasar por el celebrado Manzanares, por ser el tiempo que está más tratable de todo el año, con no poca mengua de su caudal. Con esto llegamos al ameno sitio, donde, siéndonos abierta la puerta, nos retiramos luego

á la estancia en que yo había concertado estar con Oquendo, no poco alborozado, aguardando á verme con quien deseaba elegir por único dueño de mi libeetad.

Dos horas después que nosotros llegamos, llegaron doña Felipa (que así se llamaba la tía de doña Luisa) su sobrina y la dama convidada, con tres ó cuatro criadas y Oquendo, que venía siguiendo el coche; llamaron á la puerta del real jardín, y entrando dentro, quisieron luego comenzar á esparcirse y entretenerse por él aquellas damas, pidiendo licencia á la anciana señora; ella se la dió, advirtiéndolas que se guardasen del sol, y en tanto se quedó rezando en una fresca estancia cerca de la entrada.

Las damas, que no deseaban otra cosa que verse libres de la sujeción de su ancianidad, tomándose las manos doña Luisa y doña Andrea, su amiga, comenzaron á ir viendo aquellos compuestos cuadros y á cortar flores, haciendo olorosos y compuestos ramilletes dellas, gustando mucho de ver las hermosas y artificiales fuentes. Con esto llegaron á la del Engaño, donde estábamos escondidos entre sus enrejados, y no fuímos poco dichosos, en que al tiempo que llegaron las dos amigas se les quedasen atrás las criadas que las venían siguiendo, divertidas en coger flores para hacer también ramilletes. No quise aguardar á más dilaciones por estar del todo ya rendido á la hermosura de doña Luisa,

á quien había estado notando con gran cuidado desde el principio de la calle que guiaba la fuente, hasta que llegaron al puesto donde estábamos; y aquí, salvo la objeción que me pueden poner, si alguien notare cómo me pude enamorar de doña Luisa más que de su amiga, no la habiendo visto, á lo cual respondo, que por las señas que Oquendo, su escudero, me había dado de su hermoso rostro y color de pelo, puse los ojos en ella más que en su amiga, á quien aventajaba, como lo hace el sol á las nocturnas estrellas.

No le quedó menos aficionado don Diego á doña Andrea que yo á su amiga, porque después de doña Luisa, había pocas en la Corte que fuesen más hermosas que ella. Al fin, al emparejar con el sitio donde estábamos, les salimos al encuentro, y con nuestra vista se asustaron las damas, de modo que quisieron volverse por donde habían venido; yo en esto me adelanté á detener á doña Luisa, diciéndola algo turbado (efecto que causó en mí su hermosa presencia) unas razones equivalentes á éstas:

—Muy á costa vuestra, hermosas señoras, hemos solicitado vuestra graciosa vista, en parte donde la seguridad que teníades de que gozábades desta amena estancia sin testigos, hace más culpable nuestro delito alterándola, pues ha sido género de cautela, sino remedo de emboscada, el impensado asalto que con él os hemos dado, ocasionando vuestro susto: merezca perdón nuestro

atrevimiento, cuando le disculpa la causa que nos obligó á emprenderle, que ya por las exteriores muestras con que manifestais vuestro disgusto estamos bien castigados dél.

Interiormente me dijo después doña Luisa, que se había holgado de vernos, mas por la amiga quiso disimular, mostrándonos como ella el rostro desabrido, y tomando la mano me respondió así:

—Bien pudiérades, señor don Gonzalo, con menos costosa traza que ésta, manifestar la merced que nos significais hacer en desear tanto vernos, pues la vecindad que dentro de una casa tenemos, y el conocimiento que teneis con mi tía, excusaba la sospecha que en este lugar causais á los que os han visto, pues de haberos ocultado entre esas verdes murtas deste ameno jardín, con ese caballero que no conozco, podrán nuestras criadas inferir mayor comunicación entre los dos; lo encarecido agradezco por mi parte, y sé que lo mismo hará por la suya la señora doña Andrea, mi amiga, perdonándoos como á las dos nos hagais merced de iros deste jardín, dando lugar á que gocemos dél esta tarde, sin sobresalto ni peligro, un día que en todo el año salimos á gozar del campo; pues es cierto que á acertar á veros mi tía, tendríamos aguada nuestra holgura, porque es muy sospechosa, y lo sería más por conoceros.

—Aunque me sacrifico en obedeceros, dije yo,

quisiera ejecutarlo, y también sé que lo haría el señor don Diego, mi primo, á no ser en esta ocasión más pública la salida que la estada en este oculto lugar, pues os aseguro que si no es un jardinero, nadie sabe que estamos aquí escondidos, que aun el coche en que venimos está de esotra parte del río. El intentar salir ahora ha de ser más á costa vuestra, por estar vuestra tia tan cerca de la puerta, que es imposible pasar sin que nos vea. No en todos tiempos ofrece la ocasión su copete como en ésta; merezcan por mi parte los deseos que de veros he tenido, que no se malogren con vuestro enojo, dando lugar que en esta soledad sea yo favorecido de vos.

Esto último le pude decir á mi dama sin que su amiga lo pudiese oir, por haber don Diego comenzado plática con ella sobre la misma queja de haber entrado allí. Doña Luisa. más afable que se me había mostrado antes, me dijo:

—Basta, señor don Gonzalo, que vuestros vecinos os debemos menos que los extraños; pues el poco caso que hacéis de ellos lo vienen á notar hasta los criados de casa, atreviéndose á decíroslo.

—A las ocupaciones de mi pretensión, dije yo, debo muy poco, pues han sido causa del tiempo que he perdido en serviros, que debo sentir lo que la vida me durare, siendo de mi natural corto para no atreverme, con el lugar que permite la cortesía, á conocer el bien que dentro de

vuestra casa tenía. Mas desto ya la memoria es mi verdugo, pues me castiga rigurosamente todas las veces que con ella me acuerdo de haber perdido tanto bien; y así no es mucho que criadas vuestras reprendan mis inadvertencias y me adviertan de mis ignorancias; aunque uno y otro recibo bien con lo dorado de la buena nota de unos papeles, como el enfermo la provechosa píldora para su salud.

—El caso es, dijo doña Luisa, que no hay culpar á las pretensiones, sino al buen empleo que nos dicen que tenéis, que él obliga á no divertiros, y disculpa cualquier mal pago de voluntad que hayáis dado.

—Los cortos merecimientos míos, dije yo, que á poco trato se conocen, obligan á que nadie me favorezca con empeño de voluntad, y así en cuanto á tener empleo, puedo asegurar, hasta que llegue al puesto en que estoy, donde vuestra presencia no me ha dejado libertad, y no esperaba menos que este dichoso suceso, pues tan dispuesto me traían á tenerle los deseos de vuestra hermosa vista. Esto os puedo decir del empleo que ha hecho mi alma, eligiendoos desde hoy por dueño suyo, con que no tendrá lugar el divertimiento, ni fuerza la pretensión para que deje con firme fe de amaros y con puntual asistencia de serviros.

—Algo de eso, dijo doña Luisa, me obligará á creer la cortesía en más tiempo de comunica-

ción, mas no me ajusto á daros crédito con el poco que ha me vistes.

—En eso, dije yo, conoceréis cuán poderoso es el amor, pues aún en menos inclina las voluntades y sujeta los albedríos; y no juzguéis que ha sido tan poco como pensáis, que desde que vuestra criada me escribió el último papel, de que ya tendréis noticia, no he sido señor de mi libertad.

—¿Pues cómo, dijo doña Luisa, no dándose por entendida, estaisle aficionado sin verla? Huélgome mucho, que será para pagarle la voluntad que os tiene, que os aseguro que es tanta, que no me atreveré á decirla que os he visto esta tarde aquí, porque sé cuanto lo ha de sentir.

—Dejemos rebozo, dueño mío, le dije yo, que no me ha costado tan poco cuidado saberlo, que no haya averiguado mi diligencia, ser vos quien desea traerme confuso con el fingimiento de vuestra criada; pues viendo á Oquendo con el papel que llevaba á vuestra amiga y sabiendo dél que era vuestro, con la letra del sobrescrito cotejé la de los papeles, y conocí ser toda una.

—Es ansí, dijo doña Luisa, que mi criada le sobreescribió.

—¡Oh, cuán poco os debo, le repliqué, pues tan recatada negáis lo que yo tengo sabido por no me favorecer confesándolo!

En esto sintieron que venían las criadas hacia donde estaban, al tiempo que doña Luisa iba á responder, y solamente me pudo decir:

—Señor don Gonzalo; agradezco la curiosidad y póngola en cuenta de obligación; la perseverancia facilita dudas y la firmeza quita sospechas.

Con esto, haciendo una cortesía, se despidió de nosotros, llamando á doña Andrea, á quien había estado entreteniendo don Diego, que no iba menos aficionado della, que yo de doña Luisa. Los dos nos volvimos á la misma parte en que habíamos estado, donde conferimos lo que nos había pasado con las damas, estando yo contentísimo de la última razón con que se despidió de mí doña Luisa, proponiendo no desistir de servirla hasta obligarla con mis finezas á que me favoreciese. Doña Luisa, con su amiga, se fueron á donde estaba su tía, y llevándola de allí á ver el jardín en el más fresco cenador, hicieron que les trujesen la merienda, de la cual hizo dos platos doña Luisa, y con achaque de que se los enviaba á los jardineros, se los dió á Oquendo, habiéndole antes advertido lo que había de hacer. El fingió que los llevaba, por cumplir con la anciana doña Felipa, y se fué donde estábamos, diciéndonos como su señora nos enviaba aquel regalo, y pedía que luego nos fuésemos, porque no nos viese su tía y las demás criadas, los dos estimamos el regalo, y procuramos obedecerla luego, saliéndonos del jardín á pie hasta el río, y haciendo que el coche pasase de la otra parte nos fuimos en él por el campo hasta

que anocheció, tratando de lo que debíamos hacer en aquella pretensión. Esa noche no quise salir de casa, antes retirado tomé recaudo de escribir, y siendo favorecido de las musas, quise celebrar la salida de mi dama al campo essotro día, que había de madrugar á hacer ejercicio, con un soneto que os tengo que decir, suplicándoos perdonéis estas cansadas y prolijas digresiones

Manzanares, suspende tus raudales,
que caminan por calles de laureles,
sirvan sus esmeraldas de doseles
al trono en que te asientas de cristales.
A ver el campo ameno alegre sales,
dejando de tu estancia los cauceles,
cuando ostenta por puerta de claveles
el alba hermosa perlas orientales.
Turbada entre celajes carmesíes,
y en folio de cambiantes tornasoles
encubrió perlas y ocultó rubíes.
Destierra sus lucidos arreboles
lisarda, que entre rosas y alelíes
sale á eclipsar el sol con sus dos soles.

Este soneto le dí el siguiente día por la puertecilla á una criada que de parte de su señora venía á saber cómo había pasado la noche.

Al fin llegó á términos la correspondencia, que nos comunicamos muy á menudo por la puertecilla, donde con el trato vino á crecer el amor de tal suerte, que ya yo no esperaba más que la

venida del Veinticuatro, mi primo, para que él fuese, por cuyo medio se tratase de nuestro casamiento, con su tía de doña Luisa.

En este tiempo se ofreció enviar el Consejo de Estado la resolución de los despachos que yo había traído á Flandes, cometiéndome el que los llevase, haciéndome merced de una compañía de caballos que había vacado por muerte de su capitán. Bien perdonaba, en el estado que tenía mis cosas, las honras que su majestad me hacía, mas hube de obedecer y aceptar.

Dí parte desto á doña Luisa, que lo sintió tiernamente, juzgándose por olvidada de mí; yo le prometí que asistiría en Flandes hasta la venida de mi pariente el Veinticuatro, que había de ser dentro de tres meses, y que luego que se me avisase della, pediría licencia para venirme á España á efectuar el casamiento. Lo que más sentía doña Luisa era ver que esto había de ser con beneplácito de su tía forzosamente, cuya hacienda había de heredar, porque á casarse secretamente sin su gusto, podía quitársela y mandarla á quien quisiese, y por esto no nos habíamos dado las manos. Al fin se hubo de conformar con lo que yo disponía, y así partí de Madrid dentro de dos días que recibí los despachos y los parabienes de la merced que su majestad me hizo. Lo que pasamos los dos á la despedida (por la puerta que caía á mi cuarto, que se abrió entonces), y cuántas lágrimas le costó á doña Luisa, sería

alargar más mi discurso queréroslo contar por extenso, y así se deja á vuestro buen juicio su encarecimiento, que sí habéis amado firmemente, podréis saber cuánto se puede sentir. Despedíme al fin de mi hermoso dueño, haciéndoseme el corazón pedazos, dejando ordenado que por la vía de don Diego, mi pariente, nos escribiésemos cada correo, y poniéndome en la posta salí al amanecer de Madrid, llegando á Bruselas, en breve tiempo, donde fuí recibido con general gusto de todos mis amigos holgándose de mis acrecentamientos. Dí los papeles á su alteza, que me honró mucho.

Un mes sería pasado, que yo había partido de Madrid, cuando su madre de doña Luisa escribió desde esta ciudad á su hermana, que un caballero rico de aquí, llamado don Jorge, pedía á su hija en casamiento, y por ser cosa que le convenía le daba parte dello para que determinase lo que fuese servida, y con este aviso le envió el memorial de la hacienda que el caballero tenía y razón de su edad, partes y calidad. Parecióle bien á doña Felipa, y dándole cuenta desto á su sobrina, quiso que se tratase luego, á que no pudo replicar por no ir contra su gusto, pues hacer otra cosa era perderla el respeto. Cuántas veces maldijo su corta dicha, culpándose en no me haber hecho anticipar á pedírsela á su tía, aunque no viniera el Veinticuatro. Al fin doña Felipa, mostrando gusto de dar á mi dueño em-

pleo, solicitó con su hermana que tratase desto luego, ofreciendo con su sobrina una buena parte de hacienda y la demás para después de sus días. Doña Luisa con esto se desesperaba, y no comía ni dormía sintiéndolo con grandes veras. Dió cuenta dello á don Diego por un papel, y ofreciéndose haber correo dentro de dos días para Flandes, me escribió dándome cuenta de todo.

Mientras anduvieron en los conciertos del nuevo casamiento, doña Felipa cayó mala de una grave enfermedad de que murió, dejando en su testamento por hija heredera y sucesora en todos sus bienes á su sobrina. Sabida en esta ciudad por doña Vicenta la muerte de su hermana, partióse á Madrid en compañía de un hijo suyo, á quien vos conoceréis bien, llegaron en breve tiempo á la corte, donde fueron recibidos de doña Luisa con mezcla de llanto por su recién muerta tía, y alegría de su deseada vista. Compusieron las cosas de su hacienda en pocos días, y dejando en ella administrador volviéronse á esta ciudad, trayendo consigo su madre á doña Luisa, que vino la mujer más desconsolada del mundo, sabiendo que luego que aquí llegase se había de desposar con don Jorge. En esta sazón recibí á un tiempo en Flandes tros cartas, una de Seviila, y dos de Madrid, y dejando las que menos me importaban, abrí la de mi dueño, que decía estas razones, que por costarme muchos sentimientos las tengo bien en la memoria:

«Nunca de mi corta dicha me prometí menos que lo que á costa mía padezco, pues desde que os fuisteis llevándome el alma, fué anuncio mi pena y profunda melancolía del daño que lloro y no puedo remediar. A mi tía le han propuesto un casamiento para mí de un caballero de Valencia, rico y noble. Su calidad y demás partes le han satisfecho de manera, que ha escrito que traten luego dello; las lágrimas que me cuesta no encarezco, que si bien me queréis podéis considerarlo, avísoos de esto por si os determináredes (no olvidado de lo que me debéis) á venir aquí, y sacarme de esta casa, con pretexto de ser mi esposo; hallaréis en mí la voluntad que siempre, y mayores deseos de ser vuestra, que de heredar la hacienda de mi tía sin vuestra compañía.»

Con esta carta venía otra de don Diego, más recién escrita, porque habiéndose ido el correo ordinario sin poderla llevar, cuando se ofreció otro extraordinario, ya doña Felipa era muerta, y doña Luisa ausente de Madrid, trayéndola su madre y hermano á esta ciudad; de todo esto me daba don Diego aviso largamente.

Lo que sentí leer las dos cartas de mi dama y amigo, no es para referir en sucinta relación; sólo diré que me faltó poco para que el vital aliento no me desamparase. Quejábame de mi corta suerte y sentía sumamente las honras que su majestad me había hecho, pues en la presente

ocasión no podía dejar el puesto que tenía por acudir á lo que mi dama me mandaba, con esto estaba desesperado, y queriendo hacer con la cólera pedazos la carta que me quedaba en las manos venida de Sevilla, por ruegos de un criado mío la hube de leer contra mi voluntad; era de un criado antiguo de mi hermano, y contenía unas razones equivalentes á éstas:

«En la fiesta pasada de San Juan, que se hizo en esta ciudad por los caballeros que había en ella una encarnizada, cayendo el caballo de don Antonio, mi señor con él, se le rompieron las piernas, y está tan de peligro, que dicen los médicos no vivirá ocho días. Ha deseado mucho, en este aprieto, su vista de vuesa merced; y mándame le avise deste desgraciado suceso, para que pida licencia y se venga, luego por la posta, para que si su vida se dilata más del término breve que le dan los médicos, sea su consuelo, y después de ella herede el mayorazgo de su casa.»

En otro sujeto menos enamorado que el mío, templara la pena que tenía, la próxima herencia que esperaba del mayorazgo de mi padre, mas en mí fué doble el sentimiento, porque quería mucho á mi hermano, y me pesaba tiernamente del suceso, y no tuve en estas aflicciones otro consuelo sino el ver que me darían luego licencia para partirme en mostrando aquella carta á don Lu[illegible]le Velasco, Conde de Salazar, General

de la Caballería. Hícelo así, y al punto me la dió muy contento de que me viniese esta herencia, que deseaba mucho mis aumentos. Partí luego por la parte de Flandes no camino de Sevilla, sino desta ciudad, que era á la parte que más me llevaban mis deseos, haciéndome cuenta que si mi hermano estaba tan de peligro como me escribían, cuando llegase á Sevilla ya seria muerto, y el mayorazgo no se me podía disputar; con esto caminé con toda la diligencia que pude, y en breve tiempo llegué aquí, y quise luego informarme de las casas de doña Vicenta, y dijéronme eran en esta calle, y sin descansar un punto vine á ella al tiempo que anochecía, y con las señas que me dieron acerté con la casa, á tan buen tiempo, que salía Oquendo por la puerta della; llaméle, y el buen viejo fué tanto lo que se holgó de verme y los abrazos que me dió, que no me daba lugar á que le preguntase por mi dueño. Cesó el abrazarme, y díjome cómo su señora habría veinte días que había llegado indispuesta con el poco gusto que salió de Madrid, y creciendo cada instante su pena estaba enferma de unas recias calenturas, por lo cual se habían dilatado las bodas, y porque ya era traición no avisarla de su venida, dijo que le perdonase, que al punto se lo iba á decir. Dejóme con esto, y partió á decir á doña Luisa mi llegada, volviéndome luego á decir que mi ama se había holgado con ella mucho, enviándome con el escudero la bien-

venida, y avisándome del estado de su salud, y cuán presto esperaba mejoría con saber que estuviese en Valencia. Yo me holgué mucho con el recado, y procuré saber de Oquendo qué modo habría para que nos viésemos.

—Eso dificulto mucho, me dijo el escudero, porque el recogimiento de la casa es grande, y el desvelo con que la cela don Jaime, mi señor y su hermano mayor. Misa se dice en casa, y cuando tal vez se sale fuera, es en el coche y corridas las cortinas dél, de modo que no siento remedio, por ahora, para que veáis á mi señora, sólo queda el consuelo de escribiros por mi orden, por eso decidme vuestra posada que deseo saberla por lo que se ofreciere.

Mucho sentí la demasiada reclusión de la casa de doña Vicenta; pero fiaba de su amor, que daría traza conveniente para podernos ver, pues donde hay voluntad todo se facilita; procuré saber si en su calle habría alguna posada cerca de su casa donde pudiese estar, que pues no era conocido en esta ciudad de más que Oquendo y las criadas que vinieron en ella de Madrid, podría muy bien salir en público sin darme á conocer á nadie. Hice aquella noche la diligencia de buscar casa, y hallé ésta que está pared en medio de la vuestra y tan cerca de la de mi dama, pues si no es vuestra posada no hay otra que las divida; traté de alquilarla esotro día, y asímismo ropa y aderezo, que hallé con facilidad, para

su adorno; y con esto aguardé á ver cómo se disponían las cosas, algo celoso de ver el cuidado con que don Jorge, novio que esperaba ser de doña Luisa, la paseaba la calle y servía.

En todo este tiempo no fué posible vernos á solas, solamente gozaba de su vista en la ventana, ya convalecida de su enfermedad. Sucedió, pues, ofrecérsele á don Jaime, hermano de mi dama, una forzosa jornada á Barcelona, con cuya ausencia, pensando tener más ocasión de verme con mi dueño, entonces tuve menos, porque fué notable el rigor con que la recataba su madre, sin dejarla poner á la ventana y aun á Oquendo no permitía salir las veces que antes, que para traerme los papeles de su señora y llevar los míos había de usar mil extratagemas; con esto estaba el hombre más impaciente del mundo y no menos mi dueño.

Viéndome, pues, sin remedio de conseguir lo que tanto deseaba, y que el casamiento de don Jorge sólo se dilataba hasta venir don Jaime, hermano de mi dama, desvelado con esta pena, maquiné esta invención, valiéndome de la casa de vuestro hermano, que había poco que era muerto, y su hijo estaba ausente, y buscando quien secretamente me hiciese aquel vestido y adornos que vístes, vestido dél comencé hacer el espantable rumor que habéis oído, con fin de que alborotándose los de la casa de mi dama me diesen lugar á que por los convecinos terra-

dos pasase á ella; esto sabía ya doña Luisa, la cual todas las noches en oyendo el ruído se fingía desmayada en su estrado, al tiempo que su madre y criadas se entraban en un oratorio, temerosas de lo que oían, y se cerraban por dentro mientras duraba el estruendo; yo entonces, abriendo con una llave maestra la puerta del terrado, y con ella otras dos, bajaba hasta la pieza del estrado donde mi dama me esperaba y estaba con ella media hora cada noche. En las que me he valido de esta invención, he alcanzado el fruto tan merecido de mis esperanzas, habiendo primero dado á doña Luisa palabra de ser su esposo, á quien tenía ya medio convencida para salirse conmigo una noche y que yo la llavase á Sevilla á pesar de su hermano y deudos, pues ya era señora de la hacienda que le mandó su tía.

Esta es la relación de mis amores, y la causa de la invención que habéis visto, si bien contra la opinión de vuestro hermano. Caballero sois, y á vos se os descubre otro que lo es, fiado en vuestro valor y prudencia, que me perdonaréis en primer lugar este atrevimiento que contra la reputación del difunto emprendí, y en segundo, me haréis merced de tomar á vuestro cargo este negocio, hablando á su madre de doña Luisa, hermano, y deudos, para que vengan en nuestro casamiento y con su beneplácito se haga, pues ya no puede ser menos; y en cuanto á la satisfacción que decís tengo de dar, mirad vos cómo

queréis que sea, que como no perjudique á mi honor, haré cuanto me mandáredes.

Mucho se holgó don Rodrigo de oir á don Gonzalo el largo discurso de su vida y amores con aquella dama vecina suya á quien conoció cuando era niña y de quien ahora oía tantas alabanzas de hermosura y discreción, que ellas disculpaban para con él á don Gonzalo de lo que había hecho, y para responder á lo que el enamorado caballero le había dicho al fin de relación le habló desta suerte:

—Mucho siento, señor don Gonzalo, que os halláredes en esta ciudad tan falto de amigos y conocimiento, que no pudiéredes por medio de alguno tratar de vuestro empleo sin obligaros á una invención en ofensa de la reputación de un difunto, cosa tan dilatada en la ciudad, que para persuadir á lo contrario á un vulgo son menester muchos esfuerzos y autoridades; á mí me incumbe por deshacer esta mala fama, tomar muy á mi cuenta el tratar de vuestro casamiento, con promesa y palabra que me habéis de dar como caballero, que luego que se efectúe habéis de publicar heber sido el autor de esta invención, para que restaure mi hermano lo que ha perdido.

Así se lo prometió don Gonzalo con pleito homenaje que hizo en sus manos. Con ésto, despidiéndose don Gonzalo se pasó por el terrado á su posada, dejando á don Rodrigo cuidadoso de tra-

tar esotro día aquel negocio, pareciéndole que tendría más breve efecto dándole, de esto parte al Virrey, y así lo hizo el día siguiente, dejándole admirado el caso y con deseo de conocer á don Gonzalo, y tomó muy á su cargo el efectuar el casamiento, puesto que era con tanto gusto de los dos, venciendo su autoridad las dificultades que hubiese en ello.

En esta ocasión llegaron de Castilla el Veinticuatro y don Diego deudos de don Gonzalo, que habiéndose muerto en Sevilla su hermano, y esperádole unos días que llegase de Flandes, escribieron otra vez volviéndole á llamar, y como les avisasen que era partido á España, luego dió el Veinticuatro que estaría en Madrid, que ya sabía sus amores, á donde partió de Sevilla, habiendo dado fin á sus negocios; y como no le hallase en la Corte, viéndose con don Diego le dijo que tenía por cierto que estaría en Valencia, y así se determinaron los dos á ir allá, y andando informándose de la casa de su madre de doña Luisa se toparon con Oquendo, que era el Norte de los descaminados, y él los llevó á la posada de don Gonzalo, con quien se holgaron sumamente, y él con mayor extremo en verlos en aquella ciudad. Dióles brevemente cuenta del estado de sus cosas, riendo mucho el capricho de la extraña invención de la fantasma.

Otro día hablaran los tres á don Rodrigo, y él los llevó á estar con el Virrey que les honró

mucho por conocer al Veinticuatro. Díjoles cómo el casamiento estaba concluso, aunque algo lo había resistido doña Vicenta por haber dado la palabra á don Jorge; mas que habiéndole dicho que había de ser de cualquiera manera, y que ésto era con mucho gusto de doña Luisa, se resolvió á hacerlo, dejándolo en sus manos, para que á su gusto lo dispusiese todo. Llegó de Barcelona don Jaime, y con su venida se celebraron las bodas, siendo los Virreyes padrinos dellas y alegrándolas mucho los caballeros de aquella ciudad con máscaras y fiestas; sólo don Jorge estaba quejoso de doña Vicenta y su hijo, por haberle faltado la palabra. Don Gonzalo y su esposa vivieron contentos, dándoles el cielo hijos que les heredasen; declarando don Gonzalo á todos haber sido el autor de la invención de la fantasma que tanto había alborotado á Valencia, con que al difunto le restituyó el vulgo su fama.

A todos dió mucho gusto la novela de doña Laura, si bien la contó con alguna frialdad más que su antecesora; y para alentarlo, pidieron á doña Constanza que dijese su enigma, la cual traía pintada en una tarjeta una mujer con sola una túnica blanca vestida, y decían los versos:

ENIGMA

La tierra me produció
con infinidad de partos,
gozando florida edad

en mis pueriles años.
Pero la industria del hombre,
no gocé mi infancia, cuando
mil inauditos martirios
previno por darme estado.
Llegué á verme ya en la tela,
después que sufrí en el campo
del aire las inclemencias,
del sol los fogosos rayos.
Mil cuchilladas me dieron,
y el cuerpo me penetraron
con unas buídas puntas
de puñales acerados.
Al fin salí destas penas,
cansada destos trabajos,
para servir á los hombres
de cotidiano regalo.
Y soy tan amiga dellos,
que le tienen por descalzo
al que no me trae consigo
en cualquier forzoso caso.
Con ellos asisto siempre,
y aunque me bautizan tantos,
al dar á alguno el bautismo
continuamente me aparto.
Enfado á las Religiones,
aborrécenme los Santos,
que con causa, y causa justa
me han dado destierro largo.
Es mi condición tan buena,
que por costumbre he tomado
ser con villanos grosera
y sencilla con hidalgos.

Por si no me conocieren,
digo (con que me declaro),
que la mitad de mi nombre
es un sacrificio sacro.

Atenta había estado doña Lucrecía al enigma de su hermosa hermana, y con el último verso acabó de confirmar ser lo que tenía imaginado, y aguardando á que dijesen todos sus pareceres visto que daban lejos de su verdadera declaración, les dijo:

—Señoras, yo me huelgo de que el recato de mi hermana para conmigo le haya valido poco, pues escribiendo este enigma se guardó tanto de mí como si yo se le hubiera de tomar de memoria para declarársele, es porque todos lo sepan, la camisa, y volviendo á leer los versos echaréis de ver ser así.

Leyóla otra vez doña Constanza, y vieron todos que decía bien, dejando algo corrida á su hermana con lo que había dicho. Con esto sacó su papel la hermosa doña Angela, y en él traía pintada una mujer muy flaca con un ojo en la frente y solo un pie, y decían los versos:

ENIGMA

De un riguroso solar,
que ha hecho homicidas fieros,
ó al menos los ha causado,
por línea recta desciendo.
Fuí ciega *á nativitate*,

que quien me dió el ser primero
produce los hijos monstruos
hasta que los pule el tiempo.
Con él y la industria fuí
imitación del soberbio
Cíclope que maltrató
á aquel astuto griego.
Al pecado y la manzana
mi segundo ser les debo,
porque si Adán no pecara,
no me forjaran sus nietos.
Para abrigo de los hombres
(que siempre en esto me empleo)
me aplico á todos colores
y camaleón parezco.
De una hermana de familia
soy perseguida en extremo,
cuyo pariente mayor
armado me está oprimiendo.
Las buenas obras que hago
no son á fuerza de ruegos,
fuerza de brazos me inclina
á ejecutar sus deseos.
Si quieren saber mi nombre,
sepan todos que es el mesmo,
que dan al sepulcro insigne,
que encierra al Cesar primero.

Dudaron todos qué fuese el enigma de la hermosa doña Angela, remitiéndose á ella que le declarase, la cual les dijo ser el aguja de coser, pues en todos los versos y pinturas convenía con

sus propiedades. Con esto trujeron una arpa y una guitarra y á tres voces doña Laura, doña Angela y Octavio, cantaron este romance:

Lisarda, ninfa del Turia
altiva aprendiz es ya
de lo duro de las rocas,
de lo inconstante del mar.
Flores aumenta á los campos
cuando los viene á pisar,
con dilatados favores
de sus pies la brevedad.
Solaz promete su vista
y engañados del solaz
zagales experimentan
su altiva severidad.
El salado imperio azul
atenta mirando está,
y esto cantó á su instrumento
en la muda soledad.
Atrevidas llegan las olas
á besar la verde ribera
y al cantar de los ruiseñores
salta y baila la blanca arena.
Como el amor que es perfecto
le inquietan nuevos temores,
que aumentan celos mayores
cuanto más cuerdo el sujeto.
Así el mar sereno y quieto,
si el céfiro se acrecienta
con nuevas olas que aumenta
su campo salado altera,
y al cantar, etc.

Cantaron este romance y letra con tanta destreza, que sólo tuvo de desgraciada el no la oir muchos más, que la aplaudieran y celebraran; los que allí se hallaron lo hicieron, dándoles gracias por el buen remate que habían dado á la tarde, y por ser ya hora de recogerse Octavio, se despidió de aquellas damas, tocándole la suerte de novelar el día siguiente, con la pensión del traer también versos que les cantar, y á doña Laura y doña Lucrecia los enigmas, que no les costó poco desvelo, deseando que pareciesen bien á todos.

Tarde tercera.

Diligente deseaba pagar réditos del oro de sus rayos el hermoso Delio al hímido Océano, y él, en agradecimiento le prevenía monumentos de zafir en su undoso distrito, esperándole acompañado de sus marinas Semídeas, cuando viendo aquella hermosa compañía dilatadas las sombras por el ameno jardín, y que las pintadas avecillas cantando en los verdes ramos les brindaban á salir á gozar de su dulce y sonora armonía, y de la fresca amenidad; determináronse á hacer la razón, espaciándose por una cuadrada placeta que adornaban sus ángulos olorosas mosquetas y trepadores jazmines, en medio de la cual estaba una apacible fuente, de cuyo torso pórfido se formaba la tragedia lastimosa de aquel malogrado joven, hijo y nieto de Cinira, muerto por el cerdoso javalí, y llorado de la Ciprina Diosa. Aquí, pues, aguardaban al gracioso Octavio, que no tardó en venir á la quinta, deseoso por

servir á aquellas damas, de cumplir con sus dos obligaciones; y habiéndole dado una guitarra, después de haberla templado, cantó en dulce y sonora voz estas endechas:

Necio de tres altos,
galán boquirrubio,
que ignoras en hembras
trato, estilo y uso.
Si por la que adoras
hecho un mameluco
sufres del amor
fiechas, dardos, chuzos.
En cuya presencia,
preciado de suyo,
pierdes con mirarla
brío, aliento y pulsos.
Y ella muy mirlada
con altivos humos,
el rostro te muestra
hosco, huraño y turbio.
Y tras desengaños,
que te ha dado muchos,
gastas en servirla
meses, años, lustros.
Sabe tonto amante,
pues que no estás ducho,
que á dineros venden
gozo, risa y gusto.
Favor hallarás,
tal vez importuno,
que al dártele pongan
fuerza, aprieto y pujo.

Tienen al Xarifo
por calvo y por zurdo,
si no le acompañan
cuartos, plata, escudos.
La que menos sabe
es diestra en el uso
de usar con galanes
robo, estafa, aruño.
Y hacen profesión
á necios y astutos,
sacar con halago
pocos, algos, muchos.
Jamás dura bolsa
guardada de ñudos
en sus manos deja
vigor, fuerzas, jugo.
Cicerón en prosa
y en verso Catulo,
serán para ellas
necios, tontos, burdos.
En cualquier mujer
hallarás repudio,
si piensas rendirla
bello, airoso, pulcro.
Llévales moneda
que corra en el mundo,
y harás en sus casas
toques, cabes, trucos.
Que toda Anaxarte
ablanda lo duro,
si en sus manos ponen
grasa, enjundia y unto.
No seas majadero,

oomo el otro anduvo,
que hizo de una reja
olmo, box, saúco.

Aplaudieron con risa el donaire con que Octavio había cantado las endechas, y el que ellas tenían en su composición. Dejó la guitarra y sosegándose un breve rato, comenzó así su novela:

NOVELA TERCERA

EL PROTEO DE MADRID

PARÉCEME, hermosas damas y discreto auditorio, que conociendo mi alegre sujeto, os habréis prometido dél más donaires que moralidades, pues lo poco devoto que en mí habéis visto os tiene con seguridad de que me empeñaré más en lo deleitoso que en lo moral, por tener tanto de almendro. Si sabemos que de la ponzoña se hace la triaca, y que no hay animal, por nocivo que sea, que no encierre en sí alguna virtud, razón será que hoy, desdiciendo de mi natural, veáis que no altero vuestra costumbre, antes la observo con más rectitud y cuidado.

El discurso que tengo prevenido para deciros, es de la vida de un mozo libre, que por no ser castigado en sus pueriles años, la vino á hacer la justicia con afrenta suya, amonesto á los padres la corrección y castigo de sus hijos y á los superiores al de sus súbditos, para que con él no

vengan á lucírseles mal sus enseñanzas, como al sujeto de mi *Novela*, que entre tan floridos y agudos ingenios, me atrevo á comenzar así:

Al servicio de un frecuentado mesón de la antigua Ponferrada, villa del Bierzo, que está á la raya de Galicia, asistía Dominga Pérez, moza de dieciocho años, alta de cuerpo, baja de linaje, menguada de narices, crecida de pechos y caderas, doncella en posesión y hermosa en esperanza; tan puntual en satisfacer con su servicio el miserable estipendio de su soldada que, con igual rostro subía al monte cada día por un haz de leña que traía en sus espaldas, como bajaba al claro Sil con un cántaro por el agua necesaria para el gasto de su casa.

Sus padres fueron gallegos, de la jerarquía que en galicia llaman maragatos, que es la más ínfima de aquella provincia, cumpliendo también con la mitad del nombre, que nunca se ha oído que degeneren de esta profesión.

Dejaron á la tal Dominga sus padres huérfana de diez años, y desde esta edad á la que referí que tenía, sirvió continuamente en el acreditado mesón, por estarlo ella cuando se llegase su remedio; que no era de aquellas que mudan casa cada mes, pues para la profesión de mnjer de bien no eran pocas las caravanas que hacía, de fidelidad.

En todo este tiempo no se le conoció á la buena Dominga asomo de la flaqueza, que aunque su

cara era freno de cualquier lascivo impulso, tal caminante viene por esos caminos, que ni el paraje á que llega, la cara que mira, ni la mala prosa que oye, le son inconvenientes á su apetito. Por llevar adelante sus buenos deseos nuestra Dominga huía siempre de tales huéspedes.

Entre los muchos que á su posada acudían, vino un caballero de Madrid del hábito de Santiago, que iba á hacer unas informaciones para dársele á otro caballero, á Monforte de Lemos.

Este había poco que era casado con una señora de mucha calidad y hacienda, y portábase en la corte con mucho lucimiento. No menor le llevaba á estas informaciones; gastando con ellas mucho más que el corto salario que les señala el Consejo, de que otros suelen hacer caso.

Entre la gente que consigo sacó de Madrid á su servicio, traía por lacayo suyo un mozo natural de Ponferrada, que saliera descalzo de su patria á la de tantas naciones, y en ella, de mozo de caballos, había ascendido al puesto de lacayo. Venía muy galán, con el vestido de una lucida librea que su amo había dado cuando se casó. A éste conocía muy bien Dominga, que había sido su requiebro un tiempo; holgóse mucho con él; abrazóle y agasajóle cuanto supo, muy pagada de su buen garbo y talle, sin dejar por registrarle nada de cuanto traía vestido. Lucas (que así se llamaba el recién venido mozo) no mostró menos contento con Dominga que ella

había recibido en verle; preguntáronse por sus saludes y para darle cuenta de su buen comodo, dicha y tierra en que había estado, le señaló tiempo menos ocupado que aquél, pues era en el que había de acudir á dar cebada, y el diligente lacayo á ayudar al mozo de mulas, con quien profesaba desde este viaje estrecha amistad.

Después que les acudió á dar lo necesario, cenó el caballero y religioso que le acompañaba con todos sus criados; la señora Dominga, su recién venido mozo, y otro que servía en el ministerio de dar paja en aquel mesón su conocido, se apartaron á un aposento remoto del comercio de la casa, donde el cortesano Lucas les dió cuenta de su vida; del buen amo que servía, de los gajes que en su servicio ganaba, de la apacible vida de la Corte y de cuán bien se hallaban en ella los que desamparaban aquella miserable tierra, nombrándole algunos de aquel lugar que estaban bien medrados. Tantas cosquillas les hicieron las cosas que Lucas dijo á Dominga y á Marcos, que les dió deseo de dejar á Ponferrada, y así lo comunicaron esotro día á Lucas, el cual lo aprobó, aunque al parecer de Dominga, con alguna frialdad, que ella atribuyó á pocas ganas de que se fuesen con él; y así por estar de partida, dejó la resolución para la vuelta de las informaciones.

No aguardó Dominga á que volviese Lucas de su viaje, tanto era el deseo que tenía de verse

en Madrid; y así comunicando su intento con Marcos, se ofreció á acompañarla, con buenas ganas de verse presto en la Corte, tan galán como su amigo Lucas. Dominga habló á su ama sobre el caso, y aunque ella procuró cuanto pudo disuadirla de su intento, (así por no pagarla su soldada, como por no perder tan buen servicio) no pudo acabar con ella que dejase su partida; hizo cuenta con el mesonero, á quien alcanzó en diez ducados, y Marcos en seis, por haber menos tiempo que estaba en su casa. Pagados, pues, lo que se les debía y despedidos de sus amos, con los zapatos en la pretina y los pies en el camino, tomaron el de Castilla.

Marcos era algo vergonzoso, y aunque le tenía á Dominga bastante cariño, no osaba darla parte de sus pensamientos, temiendo, como fino amante, su enojo. Dominga como doncella, no se acordaba de otra cosa que de caminar con cuidado, no viendo la hora que llegar al fin de su viaje y hallarse en Madrid con la medra que Lucas le había significado estaban otras de su tierra.

Ellos que habían subido á la cumbre del áspero puerto del Rabanal, topáronse en el primero llano con *la Cruz de Ferro*, tan nombrada de los que caminan por aquella tierra, y hallando buena ocasión Marcos que la había visto otra vez que se le ofreció ir á Astorga, dijo á su compañía:

—Dominga; esta es aquella *Cruz de Ferro*

tan conocida de todos los de nuestra tierra, á quien las doncellas de allá, que pasan por aquí, hacen su oración, pero no el voto que dicen, de no volver como pasaron.

¿Esta es, Marcos? dijo Dominga. Huélgome de verla; mas no pienso prometer lo que malas lenguas dicen; hagamos oración, que es lo que nos importa, para que Dios nos dé buen viaje.

Hiciéronlo así, y prosiguiendo su camino, las soledades, el trato de los dos, y el acomodado albergue que buscaban las noches juntos, ocasioron atrevimiento en Marcos y apacibilidad en Dominga, para que él saliese de empacho y ella no le tuviese en darle audiencias. Esto se deslizó á más de suerte, que la oración de la doncellica gallega pareció haber sido proposición del voto, pues antes de dos jornadas le cumplió puntualísimamente; facilidad del natural, donde en las de su estofa padece la honestidad violencias.

Por sus limitadas jornadas llegaron al eminente puerto de Guadarrama, llevando la señora Dominga pocas ganas de andar y menos de comer, quedándole sola la del beber, que como paladeada, del vientre de su madre, con el sabroso licor de Noé, nunca le dió en rostro. Al fin, la ninfa gallega iba en cinta, y como primeriza en aquellas pesadumbres no advertía que le iban creciendo nuevos huesecillos en el vientre, y más bulto en los pechos; pero nuestro Marcos, que

aunque mozo de mesón, era algo entendido, y no poco estimado entre los maragatos de su tierra, sospechó luego lo que podía ser, si bien aniquilamos su ingenio, pues habiendo pasado por él y su gallega dama los lances referidos que ocasionaron el galiciano embrión, no era mucho adivinar que lo fuese, por los accidentes de su desganada señora.

Proveyó la alforja y basteció la bota en el Espinar, por darla alientos, y continuando su viaje, comenzaron á emprender la subida del escabroso puerto, descansando á ratos, comiendo por minutos y bebiendo por instantes. Llegaron, pues, en espacio de hora y media á la cumbre del empinado puerto, donde vieron la cruz de piedra que divide los términos de las dos Castillas, y mirándola con atención Dominga, le dijo:

—¿Aquí hay otro voto que hacer, Marcos? porque aunque no hice expresamente el pasado, le cumplí por no tener escrúpulos.

—El voto que yo querría que hicieses, dijo Marcos, es de guardarme lealtad en el lugar á donde enderezamos nuestro viaje; pues sabes cuanto te quiero y cuanto te la merece mi voluntad, que, según las nuevas que me dan los que de la Corte vienen, son pocas las que la guardais en viéndoos entre su confusión con razonable cara.

Dominga no le prometió ser una Porcía ni una

Penélope, porque no sabía de historias, pero hallándose el ejemplo de paleta en las firmes peñas del encumbrado Puerto, le dijo que en su amor sería más constante que ellas; esto dijo para satisfacción de su Marcos, que en lo secreto dejó su derecho á salvo para hacer lo que más bien le estuviere, como todas lo hacen sin ser gallegas.

Llegaron al lugar de Guadarrama, donde descansaron medio día; y, en el siguiente y otro, se pusieron en Madrid. Dominga se fué á la casa de una madre de mozas, para que la acomodase con un amo y Marcos compró una espuerta, industriado por otro mozo de su tierra que halló en aquel ejercicio de esportillero, en el cual comenzó á ser hombre ocupado en cargos, y Dominga, hallando casa, á servir á sus amos.

Pasó el tiempo de los nueve meses de su preñado, en el cual siempre fué visitada y regalada de su gallego esportillero. Los amos de la moza bien echaban de ver por las sobras de lo abultado la falta de los meses que tendría; y como la vían tan buena sirviente, disimulaban con ella porque no se les fuese. Llegó pues la hora de los dolores del parto, á tiempo que la cogió á nuestra Dominga, fuera de casa, habiendo salido por lo que era necesario para ella, y hallándose cerca de la plaza donde asistía su Marcos, le buscó y dió cuenta del grande aprieto en que se hallaba. El la animó cuanto pudo, y los dos se

fueron á casa de una comadre, donde, en breve tiempo, nuestra fecunda gallega arrojó de la humana barjuleta un infante que salió dando muy buenos gritos. Trató la comadre de fajarla para que se volviese á su casa sin hacer falta en ella; y el buen Marcos quedó á satisfacerla de su trabajo, que lo hizo, no como se podía esperar de un esportillero, sino de un lucido hidalgo.

Quedóle agradecida la comadre, y ésto animó á Marcos para pedirla afectuosamente le tuviese por dos noches aquella criatura, dándola en rehenes ocho ducados que traía consigo en plata: hízolo la buena mujer, encargándose de darla á un ama por el tiempo que decía, y así se partió de su presencia Dominga más aliviada y menos animosa.

Llegó á casa de sus amos; y, fingiéndose indispuesta, pidió á su ama licencia para acostarse y ella se la dió, acariciándola mucho, porque le había cobrado amor, sospechando de su tardanza algo de su alivio, de que no poco se mostró contenta.

Nuestro Marcos se vió cuidadoso de lo que había de hacer de su nuevo hijo, y comunicándolo con el amigo esportillero, le aconsejó le echase á las puertas de algún caballero rico, que él se le criaría como hacían muchos, que con poco amor de sus padres les aventuraban á la clemencia ajena. Cuadróle al gallego el consejo, y dando parte desto á su Dominga lo hubo de apro-

bar, aunque lo sintió en extremo, con advertimiento de que tuviese cuidado en la casa que le echaba, para que si en algún tiempo se viese en mayor fortuna, pudiese conocerle y admitirle por hijo; y en el ínterin que se criaba pensaba acomodarse á servir de ama, donde ganase más salario y fuese regalada.

No echó en olvido Marcos el consejo del amigo; y así yéndose con él á casa de la comadre, la pagó lo que le había tenido allí á su hijo, de manera que la dejó satisfecha; y, llevándosele á su posada encubierto, á las once de la noche los dos gallegos se fueron con él, acercándose á las casas de un Conde que vivía en la calle de San Bernardo, para dejársele allí. Mas un poco antes de llegar á ellas vieron venir una luz que enderezaba á la parte donde estaban; parecióles que sería la ronda, y temiendo que no les reconociesen, desampararon medrosos el chiquillo, dejándole á la primera puerta que se hallaron más cerca, partiéndose de allí con mucha priesa.

Quien traía la luz era un soldado de la guarda Tudesca que aquella hora venía de Palacio, y era su casa aquella donde habían los gallegos dejado el niño. Llegando pues á llamar á su puerta oyó llorar la expósita criatura, y bajando la luz reconoció lo que era, y alzóla del suelo tomándola en brazos, y habiéndole abierto en su casa, entró en ella muy gozoso y contento, porque había algunos años que era casado y no

tenía hijos en su mujer, á la cual le mostró el niño, que ella recibió con poco gusto, sospechando no fuesen travesuras de su marido, aunque era hombre que frisaba en los sesenta. Desenvolvieron el niño y hallaron en la faja cosida una cédula que decía. «No tiene agua de bautismo, llámese Domingo, que es día de holgarse».

Mucha risa causó al tudesco la simpleza de la cédula, pareciéndole que sus padres ignoraban que hubiese Santo Domingo de Guzmán y de Silos, pues le daban por abogado al domingo, principio de la semana.

Aquella noche paladearon al pequeño infante con miel, y esotro día le buscaron un ama de una aldea que le llevó á ella á criar, á donde el tudesco fué á los ocho días que se le entregó á bautizarle, y él y su mujer fueron los padrinos, haciendo gran fiesta el día de su bautismo llamándole Domingo Alberto Estrianquer, como el tudesco, por cuya cuenta se crió hasta tener tres años.

En este tiempo, muriendo su mujer, se le llevó á su casa, donde se crió hasta la edad de los ocho. Era el muchacho de buena cara, alegre, juguetón y gracioso; hechizos con que el tudesco le quería más que si fuera su hijo legítimo: Púsole á la escuela, donde mostró buena habilidad, aprendiendo más en un mes que otros en un año; pero salió tan travieso y amigo de tomar á los muchachos cuanto llevaban, que ni azotes

de su maestro, ni de su adoptivo padre bastaron á remediar esta mala inclinación.

Luego que supo leer, escribir y contar todas las reglas muy diestramente, quiso el buen tudesco que supiese un poco de Gramática, y así, le dió estudio en el colegio de los padres de la Compañía, á donde, con su buena doctrina, que en esto se la ganan á todos, le reformaron algo de sus traviesos impulsos; si bien en la ocasión no perdonara una burla, y una estafa á su mismo padre, y hacíalas muy graciosas.

En dos años acabó la Gramática, en el cual tiempo murió su arrimo y amparo, dejándole huérfano, con lo cual determinó dejar sus estudios, por no tener quien le sustentase, y servir á un señor de paje; y para esto se valió de un hermano del tudesco á quien llamaba tío, el cual le acomodó en servicio del Conde de Oñate. Allí supo hacer una golosina tan bien como otro, echar un libramiento á un dormido, dar una matraca á un paje nuevo, y cortar una hacha por la mitad por tener que jugar.

Vínole á servir al Conde un paje de la villa de Oñate, hijo de un vasallo suyo. Venía el vizcaíno como los suelen enviar sus padres á esta corte á valerse por su pico con un sayo azul, unos calzones negros, un sombrero puntiagudo, una capa muy vieja y muy corta de contra y, medias de paño, zapatos de ramplón, cuellecico muy grueso y muy pequeño, y las escribanías en la

pretina, que éstas son en los más su remedio, y por ellas vienen á ocupar grandes lugares. A éste se le vistió luego de la librea que á los demás pajes; mas estaba tan bozal, que daba que reir á todos con sus ignorancias.

Acudía á regalarle y á dar lo que había menester un tío suyo, si bien no declarado en el parentesco, por estar en una grande ocupación de papeles, proveyéndole de ropa blanca y dineros, que en esto nos hace esta nación grandes ventajas, pues son siempre muy puntuales en agasajar y favorecer á los de su tierra. Dióle, pues, éste, un cofre para tener sus vestidos, pero era el cantabrio tan torpe, que el primero día, como poco acostumbrado á tener tal alhaja, rompió la cerradura, y aconsejándose con Dominguillo sobre lo que haría, le dijo que la aderezase con cola, envió luego el vizcaíno por ella, y derretido el cocimiento, puso en ejecución el aderezo, que no consiguió; con que hicieron los demás pajes burla de su simplicidad.

Seis años había que estaba en palacio el vizcaíno, en compañía de Dominguillo, sufriendo no pocas burlas suyas y de todos, y de su edad tendría dieciocho, cuando viendo que los demás pajes, que eran mayores, metían en sus aposentos tal vez algunas mujeres, se determinó á lo mismo, y dió parte de su propósito á nuestro Domingo, el cual, como era de vivo ingenio, previniéndole una burla, de repente le dijo, que las

mujeres cortesanas eran muy interesables, que primero recibían que daban, y que así era menester, puesto que se determinaba á gozar alguna, tener algún dinero que la dar, que en cuanto á buscársela le dejase á él el cuidado, que se la traería muy á su gusto.

El vizcaíno le agradeció mucho el placer que le hacía; y así le dijo que un doblón tenía que darla, de dos que su tío le había dado para sus necesidades. Crecióle el ojo á Domingo, y desde luego contó por suyo el dicho doblón, y aun los dos, y así, le previno que para prima noche le aguardase en su aposento, que él se la enviaría á él tan buena, y aun mejor que se la había prometido; pero que era necesario darla de antemano el doblón para tenerla grata. Así se lo prometió el vizcaíno.

Con esto, Domingo, se partió de su presencia á procurar haber unos vestidos de mujer, que halló, para hacer la burla; los cuales se vistió para la hora que había concertado con el vizcaíno, y se puso un manto, descubriendo con mucho donaire un ojo, formando tal brío en el andar que engañara á otro más advertido que al que iba á estafar. Acudió pues, con este disfraz, á la hora dicha, á casa del Conde, acompañado solamente de un picarillo que le servía, á quien llevaba industriado en lo que había de hacer.

Llegaron los dos cerca del aposento del vizcaíno al cual hallaron muy puntual en aguar-

dar á la prometida hembra, á quien el muchacho dijo que el señor Domingo le había mandado encaminar aquella señora á su aposento, con quien no subía por estar el maestresala en el corredor paseándose y temer que le viese. El vizcaíno, todo derretido, aun sin ver la cara de la fingida y embozada damisela, la dijo que entrase en su aposento. A lo cual respondió, fingiendo nueva voz, que el que allí la había encaminado, por cuyo respeto venía, la dijo que se la había de dar un doblón y de cenar por quedarse allí aquella noche; el cual si no le vía en sus manos no había de entrar en su aposento, porque ya tenía experiencia de lo que eran pajes, y cuán mal cumplían sus promesas. El vizcaíno, picado de la mala reputación que por paje se le imputaba, le dijo:

—No le haces al caso, que paje le seas, hombre honrado y vizcaíno le eres; juras á Dios más que otra, doblón tómale, y dentro le puedes ir.

Diósele luego con mucha liberalidad, y apenas Dominguillo le vió en su poder y guardó, cuando el muchacho que le venía acompañando, dijo al vizcaíno, haciendo muy del alterado y medroso:

—¡Ay, señor Cortabarría (que así se llamaba), que al señor Maestresala siento subir, y creo que viene siguiéndome, porque me vió subir con esta señora!

Mostró alborotarse la fingida ninfa, y que se

quería ir. Mas el vizcaíno que vió esto, y que su doblón estaba á peligro de llevársele sin haberle merecido, por no perderlo todo, quiso cobrarle, y asiendo á la fingida dama de una mano, porfiaba que se le diese; y Dominguillo se resistía, con que el vizcaíno, queriendo más su doblón rescatado que una vuelta de azotes que se aparejaba si el Maestresala subía, como le habían avisado, hacía fuerza en querer sacársale de las mangas, dando voces que se le volviese, á las cuales, lo que habían fingido del maestresala salió verdadero, porque, al ruido que hacían, subió donde estaban. Entráronse el vizcoíno y el dizfrazado Domingo en su aposento, huyendo de su presencia; mas el Maestresala se entró trás ellos, y asiendo del vizcaíno averiguó el caso, y sacándole de allí le encerró en otro aposento, y volviendo á donde había dejado á Domingo, no poco temeroso de que llegase á conocerle, le dijo:

—Vuesa merced, señora mía, debe de andar falta de empleos, pues busca pajes que no la pueden dar sino bubas y mala ventura. Sírvase de irse con Dios, y agradézcame que se lo digo con tanta cortesía, mas por ser la vez primera quiero ser comedido con vuestra merced.

Hizo luego traer una luz para que la alumbrasen hasta salir al corredor, y tuvo tan mala suerte nuestro Domingo, que se le prendió el manto en un clavo, de modo que hubo de descubrir la cabeza y la cara, en quien luego puso los ojos

del Maestresala con atención, y como conociese al travieso paje, envistió con él, asiéndole por un brazo. Allí fué la risa de los demás pajes, viéndole en aquel disfraz. Averiguó el caso el maestresala, y perdonó al vizcaíno, mas él pedía su doblón, negando Domingo haberle recibido, y el otro afirmaba tenerle con mil juramentos, por lo cual dándole crédito el Maestresala, le buscó las faltriqueras con cuidado, mas como no se le hallase en ellas, le condenó á una vuelta de azotes, que recibió luego. Publicóse la burla por toda la casa, y aun por la Corte, cayéndole al Conde muy en gracia el donaire que Dominguillo había tenido en ella, guardándose los demás compañeros, de allí delante, de él.

Mucho sintió Domingo en la edad que tenía los azotes del Maestresala, y propuso vengarse dellos, pena de perder el crédito de burlón que hasta allí había cobrado con tanta reputación.

Era el Maestresala un hombre de los que llaman lindos la Corte, personas cuya compostura cansa, y cuyo afecto ofende, muy presumido de andar puntual en el uso, de traer gran cuidado con sus manos, de hacer todos los actos positivos que le pudiesen poner en el astillero de la caballería; y sobre todo, confiadísimo (como muchos necios), de que no había dama que mirando su talle y gala no le quedase sumamente aficionada. En esto último fundó Domingo la máquina de una burla que le trazó, para la cual se valió de

la criada de una señora heredera de un rico mayorazgo, cuyo padre, estaba sirviendo á Su Majestad en un honroso cargo en la guerra, y ella estaba en compañía de una tía hermana de su difunta madre.

A ésta, como digo, servía una moza á quien nuestro Domingo enamoraba, y visitaba con nombre de primo suyo, sobornando á una dueña que la guardaba para que le diese lugar de verla más á menudo que el recato de la casa pedía. Concertando pues con ella lo que había de hacer, un día que halló al Maestresala acabándose de vestir un vestido nuevo que había hecho por capricho suyo, parecióle, con ocasión de alabársele, entablar el principio de su cautelosa burla, y así le dijo:

—Por cierto, señor don Cosme (que así se llamaba, habiéndose añadido el don al Cosme Díez que sacó de su patria), que es excelentísimo el capricho que vuesa merced tiene en vestirse, de modo que, aunque veo por esa Corte muchos vestidos costosos, no me parecen que lucen tanto como v. m., ó yo le miro con ojos de apasionado servidor suyo; pero lo cierto es que en su buen talle á ninguno deja de parecer extremado.

—Dios te guarde, Dominguito, dijo el Maestresala, por la buena voluntad que me muestras, que no estás engañado, pues te aseguro te la pago en quererte mucho, y de aquí en adelante me tengo de preciar más de mi buen gusto en ves-

tirme, pues tu aprobación y el bueno que tienes me le califica.

—El se está tan calificado, dijo el socarrón Domingo, que hay muy pocos que dejen de conocer que no me muevo de la pasión en ésto. Ayer lo había vuesa merced de oir de boca de una deuda mía, criada de una señora vecina nuestra, que me significó cuánto alababa su ama el talle, gala y buen aire de vuesa merced, á quien todas las veces que por su calle pasa sale á ver con mucho gusto, y agradece que la avisen de su venida para gozar de su presencia, todas las veces que halla ocasión de verle por la calle.

—¿Dama y vecina nuestra, Domingo?, díjo el confiado Maestresala, ¿quién puede ser?

—La hija del Maestre de Campo don Ferdando, que vive tres casas más arriba de la del Conde, mi señor, dijo Domingo, ¿es posible que no ha oído decir de ella vuesa merced y cuán gran dote tiene su padre que darla?

—Ya he oído alabar esa dama, dijo don Cosme; y gustaría mucho estar con la criada deuda tuya para informarme más en particular de sus partes, y ver si habrá lugar de entablar una pretensión; que te aseguro me estaría bien casar con ella.

—Eso juro yo, dijo Domingo, y si, como me significa Teodora, que así se llama mi prima, á ella le ha parecido vuesa merced tan bien, está lo más hecho.

—Dices bien, dijo el Maestresala.

—Pues déjelo vuesa merced á mi cuidado, dijo Domingo; que yo la hablaré en el caso, y sabré cuando podrá vuesa merced verla.

Encargóselo mucho el Maestresala, y comenzóle desde luego á sobornar, haciendo que le trajesen de almorzar, y de allí adelante dió en favorecerle y reservarle de todas las asistencias á que acudían los pajes, no con poca envidia de los demás. De esta suerte entabló Domingo su burla, escocido de los azotes recibidos por el bozal vizcaíno, y para que el nuevo empleo que intentaba no le saliese barato, determinó en cuanto pudiese estafarle, que era el Maestresala mayorazgo de cuatrocientos ducados de renta, y eso le hacía andar con el lucimiento que he dicho.

No sosegó Domingo hasta verse con la fingida prima; y comunicándola el intento y principio que había dado á su burla, la instruyó en lo que había de hacer adelante, sin ser menester muchos preceptos, por ser no menos bellaca que el supuesto pariente. Concertó que hablase al Maestresala y le significase cuánto á su señora le habían satisfecho las partes que en él vía, y para dentro de cuatro días dijo Domingo á don Cosme que podrían ir á estar con su parienta, que ya le tenía llana la entrada, aunque no le había costado poco el acabarlo con la dueña, que era de asperísima condición. A ésto se ofreció don Cosme de acudir con regalos y dádivas que todo lo

vencen, juzgando cuánto le importaba salir con esta pretensión, aunque desigual á las partes de la señora doña Luciana, que así se llamaba la dama que, con la merced que le significaban le hacía, no sería la primera ni postrera que había casádose por amores, aún más bajamente, pues él era hijodalgo y bien nacido.

Venido el día señalado para verse con la criada, se vistió nuestro don Cosme con algo más cuidado el mejor vestido que tenía, yendo muy oloroso, y el más xarifo y galán, á su parecer, que había en la Corte. Acompañóle Domingo, y con ocasión de haber ido la señora doña Luciana á una visita con su tía, hubo de haber lugar de hablar á Teodora con el beneplácito de la dueña á quien prometió regalar don Cosme, allí supo el engañado galán de la socarrona sirviente cuán afecto era á su señora; fingiendo la astuta Teodora que ya se había informado de sus partes y calidad, cosa que le parecía era todo cuidado. Estimó don Cosme el favor; y, como era tan vano y confiado, fué fácil en él creerla cuanto le quiso encarecer, y así la pidió que en todo lo que de su parte fuese posible le ayudase á favorecer sus partes, que él la ofrecía servírselo. Agradecióselo Teodora mucho, y, para muestras de su magnificencia, dióle don Cosme una sortijilla de un diamante, diciéndola que aquélla le daba para que le sirviese de memoria en lo que le tenía encargado, pues para dádiva era de poco valor, que con cosa

de mayor consideración la pretendía servir. Estimó Teodora la dádiva, y mucho más el ofrecimiento, prometiendo servirle en cuanto pudiese, como lo vería cuando experimentase con obras su voluntad. Despidióse con ésto don Cosme, muy contento de dejar á su parecer tan bien entablado su negocio, y agradeció de nuevo á Domingo el buen aviso que le había dado, prometiendo favorecerle y ayudarle en cuanto pudiese.

No se olvidó el astuto paje de volver donde estaba su Teodora, celebrando entre los dos la presunción del Maestresala, la dádiva, y cuán creído tenía que era bien mirado de doña Luciana: trataron de lo que se había de hacer adelante, con ánimo de procurar estafarle en cuanto pudiesen. Esa noche retirado don Cosme á su aposento pidió recado de escribir; y, borrando algunos pliegos, sacó en limpio este papel muy sentencioso y significativo á su parecer que le leyo á Domingo, y decía así:

«Nunca entendí de mi corta suerte que mereciera, hermosa señora, los favores que me han significado me hacéis, ni me juzgué tan favorecido de la naturaleza que pudiese llegar á ser cuidadoso empleo de vuestra graciosa vista. Lo que siento no haber correspondido con las muestras de amor que piden vuestras partes, os significara mejor á boca que por escrito. Si permitís que el tiempo que he perdido restaure en el futuro, dadme licencia para que, sirvién-

doos, haga esto á menudo para merecer, conociendo las finezas de mi voluntad, que la vuestra se incline á favorecerme más de veras. El cielo os guarde, como éste vuestro amante desea,

Don Cosme.»

Este papel llevó Domingo á Teodora para solemnizar con ella cómo nuestro derretido don Cosme iba empeñándose en la voluntad. Rieron los dos mucho con él, y Domingo la rogó, que, pues sabía escribir le respondiese. Dióle en esto gusto Teodora, y lucióse la bachillería en lo escrito, muy á costa del pobre Maestresala, que estaba aguardando con mil deseos la respuesta del papel, el cual recibió esotro día, y abriéndole, leyó en él estas razones:

«Pudiera muy bien excusarlo, señor don Cosme, quien os fué á decir que yo os miraba con más afecto que á otros galanes que pasan por esta calle, que si algo tengo bueno es ser señora de mis acciones; pues cuando la sobra de afición me llevara tras el objeto, supiera ocultarla sin demostraciones tan claras como os han dicho. Vuestras partes y nobleza merecen mucho, y aunque en su inclinación tuviera su disculpa mi ligereza, quiero que conozcáis de mí, he de ver muchas muestras de voluntad antes que se conozca la mía. La que me significáis tener agradezco, y al tiempo remito la experiencia más dilatada, y que conozcáis que no soy desagrade-

cida á cuidados y desvelos. Guárdeos Dios como puede.»

Recibió el enamorado don Cosme este papel con el mayor gusto del mundo, juzgando de la última razón suya que doña Luciana estaba rematada por él. Dióle á Domingo en porte unas medias y ligas nogueradas que se había puesto un sólo día con un vestido del mismo color. Díjole Domingo que Teodora le había dicho que gustaría su señora de oir una música aquella noche; holgóse en extremo don Cosme de oir ésto, teniéndose por muy favorecido en que ya le comenzase á mandar cosas de su gusto, previno músicos, coche, colación y dineros que darles, que sin ésto no se mueve esta señora república á comunicar sus gracias; y estando Teodora avisada desto por Dominguillo, le dijo á su ama que si se holgaría de tener aquella noche un buen rato de gusto. Ella le preguntó en qué le podría tener, y la sirviente entonces, hallando buena ocasión, la dió cuenta cómo don Cosme era tan aficionado suyo, y deseaba que lo supiese, queriendo comenzar á servirla desde esa noche con una música. Cayóle muy en gracia á la hermosa dama el martelo del vecino Maestresala, cosa bien desigual á su calidad; y por lo cortesana y esparcida no quiso despreciarle sus buenos deseos, sino llevarle adelante el humor por reirse y hacer burla de su desvanecimiento; y así se lo dijo á su criada, y que se holgaría

mucho de oir la música que estaba prevenida. Mucho gusto dió á Teodora el ver cuán bien había recibido su ama lo que le había dicho, que por aquel camino pensaba desvanecer al pobre escudero.

La una sería de la noche, haciéndola clara luz de la hermana del cuarto planeta, cuando salieron de la posada de don Cosme seis músicos en un coche, y él y Dominguillo con ellos á dar la prevenida música. Llegados pues á la calle, cantaron en ella media docena de tonos, los más nuevos y más validos en la Corte; y despedidos los músicos, y mejor pagados, los llevó el coche á sus posadas. Don Cosme y Dominguillo se quedaron en la calle, aguardando á que la gente della que había estádoles oyendo se recogiese; hízose así, y sólo en el balcón de doña Luciana se sentía haber gente, que una cerrada celosía impedía poderse ver. Y era así, que doña Luciana y Teodora se habían quedado en él, así por gozar del fresco de la noche, como por hacer un poco de mofa y burla del pobre matachín, que andaba penando por quien no se acordaba dél. Llegó el tal señor á ponerse debajo del balcón, y Teodora, con licencia de su ama, abriendo una ventanilla de la celosía y poniéndose á ella, dijo:

—¿Es el señor don Cosme?

A cuya voz nuestro Macías, más derretido que todo Portugal, dijo:

—¿Quién lo pregunta?

Volvióle á decir la sirviente:

—Teodora es, que desea saber si sois el dueño desta música.

Reconoció don Cosme la voz mejor, y dijo:

—Yo soy, señora Teodora, el que he hecho este pequeño servicio á mi señora doña Luciana, por principio de muchos que debo hacer á su merced, dignándose de recibirlos desta voluntad sacrificada en las aras de su hermosura.

Por poco estuvo doña Luciana de no manifestar la risa que causó el afectado lenguaje del pobre penante, pero disimulando, se puso á la ventana, diciéndole:

—Señor don Cosme, de vos pueden aprender todos los galanes á ser finos en sus empleos; yo estoy muy agradecida de vuestro cuidado, y en cuanto fuere de mi parte, creed que tendréis en mí una muy verdadera apasionada vuestra, y porque es tarde, y nos ha sentido la gente de casa, quedad con Dios, que otro día habrá más lugar para hablar.

Cerró con ésto la celosía al tiempo que don Cosme iba á responderla; el cual quedó rematado del todo su juicio, con tan impensado y súbito favor. Dominguillo estaba absorto, no dando en lo que aquello fuese; porque no sabía el modo que Teodora había tenido para decir á su señora el amor de don Cosme.

Fuéronse de allí los dos, celebrando el pobre

penante su dicha, y Domingo el ver cuán bien se iba trazando su burla. Llegóse la noche de San Juan, tan celebrada en Madrid; y, sabiendo Domingo que había de salir Teodora, y otras criadas de su casa al Sotillo, quiso que su Teodora no saliese sin llevar muy bien que almorzar, y así le díjo á don Cosme, que entendía que doña Luciana salía á gozar por la mañana la fiesta del Sotillo; que sería bien llevarle algo que almorzasen ella y sus criadas. Agradecióle don Cosme el aviso, y no fué corto en disponer el almuerzo, antes, con prodigalidad, gastó mucho en él, haciendo que dos esclavos del Conde, su amo, se le llevasen, yéndose con ellos Domingo para ofrecérsele en su nombre. Hallaron á las damas á la orilla del Manzanares; que no se holgaron poco con el almuerzo, y con ellas la dueña, que á vueltas destos amores, participaba de los regalos, con los cuales nuestro Domingo tenía á su moza contenta á costa de don Cosme. Estando, pues, todos con grande alegría almorzando, llegó el señor Maestresala en una jaca de la caballeriza de su amo, con un vestido de color muy lucido: recibiéronle todas con mucho gusto, dándole las gracias del regalo. Teodora, apartándose de las demás, dijo á don Cosme, que por haberse sentido su señora mala, no pudo venir á gozar de la fiesta. Mucho lo sintió don Cosme, preguntándole la causa de su nuevo accidente, á que respondió Teodora que le procedió por ha-

ber estado desvelada toda aquella noche haciendo la oración á San Juan, si bien había sacado de hacerla un feliz agüero en haber oído decir su nombre en la calle, de que estaba contentísima. Con ésto quedó el pobre hidalgo casi sin juicio, que no faltaba sino besarle los pies de contento, tornando á encargarla fuese buena intercesora en sus amores; ella lo prometió servir, con que le traía embelecado.

Tuvo don Cosme una herencia en Sevilla de un tío suyo, y remitiéronle de allá en una letra mil escudos, de los cuales era dueño Domingo, porque él se los cobró de casa de un genovés y hizo llegar á su aposento. Aquí el buen hidalgo mostró con Teodora su liberalidad, dándola un vestido y otro á Domingo.

Con ésto se le levantaron los pensamientos al mozuelo, y trató con Teodora que ella dejase la casa de sus amos y se fuese con él, que él tendría modo para coger á don Cosme los dineros que pudiese. Poco hubo menester la enamorada moza, que quería bien al paje para convenir en su determinación; y concertando para el día que había de ser su partida, Domingo aguardó á que don Cosme se pusiese á escribir un papel á su dama, que era ocupación en que deseaba que nadie le divertiese; y así se encerraba en un aposento más adentro del en que dormía. Esto era á prima noche, cuando el poco lerdo Domingo le abrió el cofre en que tenía el dinero y dél le sacó

más de quinientos escudos en oro, y se fué con ellos á casa de Teodora, á quien avisó de su venida con cierta seña, con la cual sin hacerle aguardar mucho, como estaba avisada, bajó, dejando la casa de sus amos, donde la estimaban y querían, y llevada de la afición de un paje, se fué en su compañía. No quiso Domingo partirse de Madrid sin hacer sabidor del autor del robo á don Cosme y á los demás criados del Conde; y así le envió este romance que le había hecho, cansado de su afectada compostura:

Quien ha dicho que Narciso
se convirtió en flor de lis,
engáñase que hoy le vemos
ser cortesano en Madrid.
Dejar su querida patria
por la Corte, fué con fin
de escaparse de las ninfas
pesadas en persuadir.
Al fin por no ser rogado
de aquel gremio femenil
(que otro pudiera estimar
una ocasión tan feliz).
Con su necia confianza
se vino aqueste país,
que el que peca en majadero
no se puede desdecir.
No vino aquí por la posta,
que aunque defiende el coxín,
temiera ver del galope
el postrifaz carmesí.

Ni en mula de paso llano
tampoco quiso venir,
que tanto como al veneno
teme al Sol en el zenit.
Y por los golpes del coche
menos le quiso elegir,
que tiene cosas de vidrio
y puede quebrarse á un tris.
En una angosta litera
se entró el necio matachín,
á donde vino guardado
como reliquia en viril.
Tomó posada en los barrios
que llaman de Antón Martín,
por el hospital que cura
todo desmán juvenil.
Y distando treinta casas
de la suya huyó de allí,
temiendo que el mal francés
se apoderara de sí.
Yace en Madrid una calle,
que no sé yo con qué fin,
se llamó de majaderos
y hoy día se llama así.
Aquí concertó mansión
nuestro joven serafín,
y la elige por su centro
como á la mar el delfín.
Escuela puso de lindos
á donde todo aprendiz,
aborreciendo las hembras
de sí viene á presumir.
El de los tufos rizados

en rubio pelo y sutil,
fué Colón, sin ser Cortés,
en sus Indias descubrir.
Por que siempre su sombrero
en fijo asiento le vi,
desde que una vez le pone
hasta que se va á dormir.
Salvo al entrar de la Iglesia,
que aunque parece gentil
en idolatrar su forma,
tiene cristiano matiz.
El cuidado de su adorno
no es de joven varonil,
que en prenderse y entallarse
puede ser doña Beatriz.
Al cristal que Manzanares
lleva en escasa matriz,
no le permite que bañe
el verónico marfil.
Con agua del Tajo mezcla
zumo de limón zentí
y solimán, que esto sólo
le da lustroso telliz.
En cuanto á inventar vestidos
con caprichoso magín,
á todos les aventaja
como al claveque el zafir.
En el cristal de un espejo
busca modos sin fingir
para decirse requiebros
enamorado de sí.
Y porque éste no le falte
para poderlo decir,

le trae consigo en un cerco
del metal del Potosí.
Con este cuidado eterno
le aficionó el dios Machín
al interés de un gran dote
y á un rostro de gracias mil.
Dos socarrones terceros
le engañaron, con ardid
de estafar al pobre hidalgo
en muchos maravedís.
Uno de ellos agraviado
de una azotina infeliz
porque anduvo algo burlón
con un ingenio cerril,
la injuria de su castigo
la quiso en bronce esculpir,
porque el tiempo no borrase
lo que grabó con buril.
Las finezas de su amor
quiso el galán descubrir,
entretenido en la burla
con el agudo fingir.
Dió copete la ocasión
á quien le fué luego á asir,
y dando araño en la bolsa
le dejó sin un florín.
Adiós, señor estafado,
engañado malandrín,
no me verán más en Francia
ojos que me vieron ir.

Notablemente sintió don Cosme la burla que dél había hecho Dominguillo, no tanto por el di-

nero, aunque era la cantidad considerable, como por la raya que le daban los demás criados á quien él había revelado parte de sus amores y desvanecidos pensamientos; hizo las diligencias posibles por hallar al ladroncillo, mas fueron en vano, porque él caminaba la vuelta de Lisboa con su Teodora, que iba contentísima en su compañía sin haber tratado al principio de su jornada de matrimonio; cosa cuerda entre amantes de su estofa, porque el honor no obligue en caso que la topase en algún peso falso alguna barrabasada, y no fué ésto sin particular razón de estado de parte de la moza, que no sabía menos que el galán.

Llegaron, pues, á una venta á seis jornadas de Madrid, donde sobre cosa de poca consideración los flamantes enamorados vinieron á reñir, y llegaron las palabras á tanto, que quiso Domingo darse á conocer á la hembra por sus obras, comenzando á hombrear, dándola ciertas bofetadas de que doliéronse sus carrillos. Hubo tierno llanto, con su poquito de desmayo fingido, cosa que lo saben hacer todas; compúsose la pesadumbre al parecer de Domingo; mas la astuta Teodora, guardósela para su tiempo. Aquella noche hubo división de ranchos en el aposento, fingiéndose indipuesta, y esotro día no fué posible acabar con ella que se pusiese á caballo para proseguir su viaje; quedáronse en la venta, á pesar del mozo de mulas que renegaba, «bien así como solía».

Había llegado aquella nocho á la venta un hombre de buen talle, en un cuartago andador, y hallóse presente á la pendencia de Domingo con Teodora, y aún fué en componerlos con los demás que se metieron á hacer las paces. Este se aficionó á la moza, que era de buena cara, y aguardando ocasión para hablarla sin que estuviese allí Domingo, la dió á entender cuánto le pesaba de que una mujer de su porte, con tan buenas partes, se emplease en un mozuelo de tan pocas; que él bien sabía que no era su marido, por lo que les había oído hablar aquella noche; estando su aposento cerca del suyo; y de aqui se vino á deslizar su plática á persuadirla que dejase su amistad, y que si gustaba de irse en su compañía, la ofrecía servir toda su vida, y regalar con más estimación que el que la había maltratado de obra y de palabra delante de tantos testigos. Agradeció Teodora la voluntad que le mostraba, y con el reciente agravio de las bofetadas; que una mujer olvídase tarde dél, declaróse con el forastero, diciéndole que Domingo no era su marido, sino que la había engañado y sacado de una casa en que estaba sirviendo, donde la querían y estimaban, y de aquí le fué diciendo la causa de su salida y robo de Domingo, y hasta en la parte donde traía la moneda en oro.

No se lo dijo á tonto ni á lerdo, sino á uno de los mayores bellacos de aquella tierra, el cual la

embelesó de modo, que aquella noche concertó con ella que procurase coger el dinero de la maletilla á su mozo, y que él la llevaría como se lo había prometido, donde más gustase, queriéndola y estimándola con muchas veras. Determinóse Teodora, llevada de su persuasión; y esa noche, aguardando á que Domingo se durmiese, sacó la maletilla y con ella toda su ropa, y con todo se salió del aposento donde estaba su nuevo aficionado, el cual tenía ya ensillado su rozín, y pagada la posada; puso en él la maleta y á Teodora á las ancas, y caminó con ella á la vuelta de Sevilla por extraordinario camino.

Despertó nuestro Domingo, y echando de menos á Teodora, la llamó; mas como no respondiese, juzgó que habría salido á alguna precisa necesidad fuera del aposento; salió dél en su busca, llamándola segunda vez; y como no la sintiese, comenzó á darla tantas voces, que alborotó la venta. Levantóse el ventero, encendió luz y comenzaron con ella á buscar á Teodora por toda la casa, y no la hallando, ni menos la maletilla ni su ropa, presumió Domingo que se había acogido con todo. Aquí fué el perder la paciencia, y el echarse mil maldiciones, culpando su mucha cólera. Todos le consolaban, pero de poco le servían sus consuelos, cuando le afligía más la falta de la moneda, que la de la moza; llegó en esto á la posada un forastero, y preguntándole por ella, dándole las señas de su

rostro y vestido, le dijo como la había topado en compañía de aquel hombre. Quiso Domingo, llevado de la cólera seguirlos, mas avisóle el ventero que mirase bien lo que hacía; porque aquel era un grande rufián, conocido por tal en aquella tierra, y temido por su insolente modo de vivir, que lo que le podía asegurar era que había hecho más de diez muertes sin haber justicia que se averiguase con él.

No era muy alentado Domingo, ó no le daba alientos la poca edad que tenía, y así se reportó de su ímpetu y siguió el seguro consejo del ventero. Dábale el mozo de mulas prisa que partiese, pidiéndole dinero á cuenta, porque dudó que le hubiese dejado algunos del infeliz robo, y quería certificarse de ésto antes de empeñarse más en la jornada, donde viese después dificultosa la paga. Domingo se los dió, que algunos le quedaron en la faltriquera sin los que llevaba cosidos al jubón. Pusiéronse á caballo, y por sus jornadas llegaron á aquella insigne ciudad, metrópoli de Lusitania, á donde Domingo, dentro de quince días que hubo llegado, asentó plaza de soldado en la compañía de un capitán, su conocido.

Allí tuvo, en pocos días, muchos soldados que se le ofrecieron por amigos, entre los cuales, lo fué uno más en particular que otros, llamado Carranza. Era éste muy conforme á su condición; tenía fama entre los que asistían en aquel presi-

dio, que era hombre de malas manos, y pocos gustaban de tener familiar amistad con él. Con éste, pues, hacía la camarada Domingo, sin manifestarse el uno al otro sus inclinaciones, que eran bien iguales, hasta que un día, después de cuatro meses que había llegado, le dijo Carranza:

—Amigo Domingo de Estrianquer; nuestra amistad está ya tan asentada y con tantos vínculos, que haría yo mal si no os comunicase mis pensamientos, seguro de que en cualquier suceso me habéis de ser fiel amigo y guardar secreto.

—En ninguna cosa me podéis agraviar más, dijo Domingo, que en celar de mí el más mínimo de vuestros pensamientos; y así estimaré me comuniquéis lo que os da cuidado, que valiendo yo algo para el remedio dél, estad cierto no os faltaré jamás.

—Dios os guarde, amigo, dijo Carranza, que seguro de vuestra buena voluntad me atreveré á declararme con vos. La vida de los soldados, donde no hay guerra, es trabajosísima, y mucho más donde tanto se olvidan de socorrerlos, dados, como en este presidio, pues ha ocho meses que si no es una porción limitada, con que casi no podemos pasar, no se nos ha dado otra cosa, con esto es fuerza valerse un hombre de su ingenio, y quien no ha aprendido oficio, como vos y yo, ¿qué industria puede valer, sino aquella de saber donde haya dinero ó alhaja para enaje-

narlo de la parte donde está y trasladarlo á nuestro poder? De cuando en cuando me valgo desto, sé bien me pongo á peligro de que tal vez se llegue á saber, con que puedo infamar mi linaje y la profesión de soldado, que se debe estimar en más; pero con ser bien nacido y soldado, no hallo en la plaza pan, ni en la carnicería carne. Vamos, pues, al caso, yo he sabido que á un clérigo rico, que vive cerca de aquí, le han traído esta tarde cantidad de dineros en linda moneda de oro; estos los tiene, en el aposento donde duerme, con mucho recato guardados; el modo para entrar en su casa y quitarle la llave que trae siempre consigo, no le hallo, aquí entra vuestra habilidad, dando en esto el parecer que más importe.

Mucho se holgó Domingo de haber elegido por camarada á quien tanto simbolizase con su condición, y para dar traza á lo que le había propuesto, le preguntó si el tal clérigo era cura de almas.

—No, hermano, dijo Carranza; no es cura ni tiene prebenda que le obligue á asistencia, sino beneficios simples.

—¿Tiene amigos? dijo Domingo.

—Pocos le conozco; respondió Carranza.

—¿Tiene, replicó el otro algún entretenimiento de caza á que sea aficionado?

—Tampoco se le conoce, dijo Carranza, aunque para su divertimiento, si bien impertinente

tiene seis ó siete perrillos de falda, á quien regala sumamente y quiere tanto, que no se halla sin ellos, teniendo siempre que está sentado dos ó tres en los brazos, y cuenta á todos sus habilidades como si fueran de hijos suyos, cosa con que cansa á los que le oyen.

—Mucho me huelgo de saber eso, dijo Domingo; y si él trae la llave del escritorio consigo como decís, y tiene esos perrillos con fingir que uno ó dos se le han olvidado al ama en la calle de noche, llevándolos nosotros para que le ahullen á la puerta, saldrá por ellos sin duda, y abriéndola, es fácil quitarle la llave y entrar dentro.

—Bien decís, dijo Carranza. Dichoso puedo llamar el día que os elegí por camarada, que por vos me prometo felicísima suerte.

—Dejaos de eso, dijo Domingo; y prevengámonos esta noche, que en ella hemos de hacer este hurto,

Con esto se fueron á buscar dos perrillos que hallaron, y aguardando que fuese tarde y las calles estuviesen sin gente, se fueron con silencio á la casa del recatado sacerdote. Él dormía en un aposento bajo que salía á la reja de la cerca de la puerta de la calle, á la cual ataron los dos perrillos, los cuales, viéndose así, comenzaron á hacer el rumor para que fueron traídos; á cuyos ahullidos despertó el clérigo muy alborotado, y llamando al ama le dijo:

—Magdalena ¿cuántos perrillos están con vos?

Ella le respondió que no sabía.

—Pues encended luz, dijo el clérigo, que creo os habéis dejado alguno en la calle; porque siento que ahullan en ella.

—Levantóse la ama á encender una luz, y fué tanta la ventura de los ladrones, que no halló lumbre en la chimenea. Esto dijo á su amo, el cual, congojándose mucho comenzó á llamar á los perros por sus nombres, Clavelillo, Azucena, Florinda, Rugerico, Marfisa, etc. Y como aunque allí pareciesen todos, no los podía contar por no haber luz, salió á la reja, y vió los dos perrillos que estaban ahullando, haciéndolo de modo que parecía que iban á la parte del hurto con los que allí los trujeron. Desesperóse el clérigo de pensar que eran sus perros los que oía en la calle, y dijo colérico al ama:

—Noramala para vos y para vuestro descuido; bien deseáis darme gusto dejando al sereno perrillos que apostaré, que son los que más estimo; buenos estarán los pobrecitos, yo aseguro que mañana se me muere alguno de camarillos con la humedad de la noche y al sereno.

Con esto tomó una ropa, y abriendo la puerta de su casa para meterlos dentro, tiraron á este tiempo los dos bellacos que le estaban acechando de una cuerda, y lleváronse para sí los perrillos rompiendo un debil cordel con que estaban ligados á la puerta. El clérigo comenzó á reiterar la

letanía perruna, llamándolos á todos por sus nombres, por no saber cuáles eran los que faltaban, y visto que se alejaban, salió de carrera á ellos para traerlos á casa. Aquí le asió por detrás Carranza, y tapándole la boca y los ojos con un lienzo, le volvió en brazos á su casa sin que pudiese dar voces, entraron los dos con él, y sacando una lanterna que traían escondida le quitaron la llave del cuello con que siempre dormía, y abriendo con ella un escritorio que tenía á la cabecera de su cama sacaron dél más de seiscientos escudos en oro. Dejáronle así encerrado en su aposento y á su ama en otro, y fuéronse á su posada muy contentos de haber hecho á su salvo la herida en la bolsa del abad; el cual, á la mañana, alborotó todo el barrio, dió cuenta á la justicia, hízose averiguación apretadamente, pero todo fué en balde; que no se pudo hallar rastro de nada.

Los dos amigos con gran prudencia, sin que nadie sintiese tanta prosperidad, fueron pasando su vida vistiéndose y pagando sus trampas, diciendo para dar color á su lucimiento, que de sus tierras habían sido socorridos, y asimismo que estaban de ganancia en el juego, aunque no satisfizo esto á algunos que sabían las malas mañas de Carranza.

Bien pudieran los dos con el buen suceso de su hurto campear y pasar su vida, más cuando se hace costumbre este mal vicio de hurtar es difí-

cil desarraigarla. Para cierta fiesta que tenían los soldados, en que salían todos muy lucidos, quisieron estos camaradas vestirse de paño fino, y haciendo la cuenta de lo que les habían de costar dos vestidos, vieron que llegarían á más de cincuenta escudos cada uno, y aunque tenían dineros para comprarlos, Domingo no quiso que se gastasen mientras él no careciese de industria, y también porque por los vestidos no conociesen al pagarlos por la moneda, que eran doblones de á cuatro, ser los autores del hurto del clérigo, y así tomó á su cargo dar traza para sacar de la tienda los vestidos sin que les costasen blanca.

Ayudóles á esta traza el haber muy poco tiempo que era introducida la Santa Inquisición en Lisboa por el *Nuncio falso,* si bien ya él estaba en galeras, y en el Tribunal puestas personas beneméritas de aquellas honrosas é importantes plazas, y en espacio de un año habían hecho dos autos generales, en que castigaron muchos delincuentes, y confiscándoles muy gruesas haciendas; de manera que hoy se vía un mercader con tienda muy bastecida de mercaderías y el día siguiente la hallaban cerrada y su dueño preso por el Santo Oficio, y los sospechosos de linaje estaban temerosos no viniese esta desdicha por sus casas.

A uno destos, pariente de algunos penitenciados en estos autos, mercader riquísimo, fué á quien embistieron nuestros soldados, y para esto

se valieron de una traza que salió del vivo ingenio de Domingo, la cual fué escribir ciertos caracteres de extraordinaria forma en unos pergaminos blancos, de quien colgaban algunos sellos de plomo en los cuales se imprimieron otros caracteres que no se daban á entender, porque los hicieron si bien conformes á los que les dictó el albedrío. Estos pergaminos, que fueron cuatro, pusieron en otros tantos bolsillos de tafetán pajizo, y encima de cada bolsa una señal de estrella pasada con una flecha, y todo ello estaba pintado con sangre.

Con esto se fueron á casa del rico mercader, procurando hallarle sólo en la tienda á la hora que sus criados estaban comiendo, y no parecía nadie por allí. Pidiéronle que las mostrase piezas de paño fino en que escoger dos cortes para dos vestidos. Hízolo luego el mercader, y mientras dejaba una en el mostrador para volver por otra, metía Domingo las bolsillas entre los dobleces primeros de las piezas del paño que allí dejaba, hizo ésto en tres, reservando la última para meterla en la pieza que más le contentase, y habiéndola escogido entre las muchas que les sacó, no obstante que les contentó, dijeron que querían ver otra que se veía desde allí. Fué el mercader por ella, y en el interin que la traía metieron en la escogida la bolsa ó nómina que les quedaba á dos dobleces de ella. Traída la que habían pedido al mercader no les contentó, di-

ciéndole que de la penúltima pieza que les había mostrado querían sacar los dos cortes; desta pues concertaron á cómo había de ser la vara, regateándolo sumamente, como si lo hubieran de pagar luego de contado por disimular mejor su cautela; y, al tiempo de medirse el paño, les rogó el mercader tuviese uno de ellos de la tela para poderla varear. Hízolo Domingo, y á los tres dobleces que descogieron della saltó la bolsa, la cual vista del mercader espantado de la novedad quiso ver lo que era, y así dejó de medir el paño para abrirla. Los soldados advertidos, estuvieron asimismo atentos á ver lo que era; y sacando el inocente portugués de la bolsa el pergamino con sus cuatro sellos le descogió y comenzó á querer leer sus caracteres inteligles escritos con sangre. Los soldados comenzaron á decir que aquello era cosa de hechizo y grande maldad y bellaquería tenerlo allí, que no en balde con aquellos embelecos se llevaba á su tienda todo el concurso de Lisboa á comprarle lo que tenía en ella, que habían de ir á dar cuenta á la Santa Inquisición para que castigase tan grande insolencia. El mercader se asustó del suceso y comenzó á jurar con mil juramentos, que él no era sabedor de aquello, ni pensaba que en otra pieza alguna tal cosa estuviese. Prestó se verá eso, dijo Domingo, y desdoblando dos de las en que habían puesto las bolsas, las hallaron y vieron ser como la que habían visto. Con esto de-

jando la compra los dos camaradas, dijeron que resueltamente iban á dar cuenta al Santo Oficio; pero nuestro portugués los comenzó á detener y rogar casi de rodillas que, por amor de Dios, no quisiesen destruirle, que él les daría el paño que quisiesen, y la mitad de su tienda y aún toda de balde. Los soldados, todavía rebeldes, no querían desistir de su propósito, porfiando en querer ir á dar noticia de lo que habían visto; y el portugués con sumisiones detenerlos, hasta que ya fingiendo vencerse de sus importunos ruegos, le dieron palabra de que no hablarían en aquello; y con esto el pobre mercader les dió de aquella pieza y otra que ellos escogieron á cada dos vestidos, con todos los adherentes necesarios que no eran pocos, según ellos le fueron pidiendo, y de todo esto no les llevó blanca, dando por bien empleado lo que les daba, y aún más que quisieran á trueque de no verse otra vez en la Inquisición, ofreciéndoles servir en cuanto hubieren menester de su tienda con mucha voluntad.

Salieron della los ingeniosos ladrones muy contentos del buen suceso que había tenido su cautelosa traza; estando Carranza admirado del ingenio de su nuevo camarada, pareciéndole ser él muy torpe en su comparación. Hicieron sus vestidos, con que lucieron el día de la fiesta; mas Carranza, como poco cauto, no anduvo tan callado en la burla, ó hurto por mejor decir, que no diese cuenta dello á un tan antiguo camarada

suyo, que no estaba poco celoso de que le hubiese dejado por Domingo. Este, sabiendo de Carranza el hurto con fundamento, hasta quién era el mercader burlado, se lo fué á decir, el cual sentido de la estafa, no por lo que fué, sino por lo que pudiera resultar á hallarse gente en su tienda, trató de vengarse, y anduvo con ocho ó diez parientes suyos buscando á los dos amigos, hasta entrar en sus mismas posadas, los cuales avisados desto, por no hallarse seguros, pusieron tierra en medio, dejando la milicia y á Lisboa; y tomando la vuelta de Castilla, quisieron primero ver á Evora, ciudad á donde Carranza tenía noticia que había un mercader riquísimo que trataba de por junto, y tenía gran correspondencia en la India. Este era de linaje muy conocido, aunque no por nobleza.

Dió cuenta desto á Domingo, y díjole, que por qué camino podrían hacer un buen hurto á este mercader. Domingo le pidió de término para pensarlo aquella noche, y habiendo forjado el modo, esotro día llegaron á Evora, y secretamente sacó Domingo de una tienda un vestido de clérigo de camino, compró unas escribanías de cinta para Carranza, y le dió la instrucción de lo que habían de hacer. Iba en su compañía un mancebo que se les había juntado en el camino, y fué fuerza darle cuenta del caso, por ser su ayuda importante para lo que inventaban. Hecho, pues, el vestido para Domingo, se le

puso, haciendo á un barbero que le rapase la barba como sacerdote, y le habriese corona, y en este hábito se salieron de Evora ocho leguas á un lugar donde tomaron tres mulas, en que volvieron á la ciudad con la autoridad que requería el caso; pasaron en una posada que caía á las espaldas de las casas del mercader rico, cuyas ventanas estaban enfrente de las de la posada. Luego que llegaron á Evora hubo algunos curiosos que quisieron saber quiénes eran los forasteros, y el mancebo que iba con ellos les dijo que un Comisario del Santo Oficio de la Inquisición de Lisboa, que venía á hacer allí ciertas informaciones, con que todos entendieron que serían para alguna Familiatura.

A cuatro días que eran llegados quiso informarse Domingo del huésped en primer lugar, y tomándole su dicho en forma de quien era el mercader, su descendencia, qué trato tenía, sus costumbres, los criados que le servían y otras muchas cosas más menudas, hasta saber los nombres de los criados, y después de sabido todo, le encargó, pena de excomunión, no dijese á nadie lo que se le había preguntado. El mercader contra quien se fulminaba el hurto era sumamente miserable, y mal quisto del pueblo, hasta sus mismos criados no le querían bien.

Otro día que se informó el fingido Comisario de su huésped, hizo al mancebo que les acompañaba que hacía oficio de alguacil, aunque sin

vara, que le llamase dos criados del mercader, vino brevemente con ellos á la posada, y de la misma manera que había hecho Domingo con su huésped, les tomó juramento i hizo varias preguntas, si sabían que su amo guardaba ritos y ceremonias de otra ley, á que ninguno destos, ni otros que después juraron en la fingida información, dijo en contra del mercader, si bien el cauteloso Comisario les decía que era cosa muy averiguada y dicha por todos los criados que su amo judaizaba, y después de tomados los dichos les ponía el gravamen de la excomunión, para que no declarasen á nadie lo que se les había preguntado; previniéndoles que si en algún tiempo fuere menester su ayuda y favor se la darían, con esto los dejaba temerosos, y ninguno osaba mover los labios para decir nada de lo que le habían preguntado, haciendo en esta información oficio de Notario Carranza, admirado sin saber en qué había de parar esta máquina.

Después de haber hecho esta diligencia con los criados del mercader, una noche á cosa de las doce fué á su casa acompañado de los dos amigos, y llamando á ella al tiempo que se querían acostar, dijo que era un Comisario del Santo Oficio; con que le abrieron luego, dudoso el mercader de lo que podía querer en su casa á tal hora. Entró adentro, y luego tomó al criado que le abrió (que era uno de los testigos examinados) las llaves de la puerta, que él le dió de

buena gana por haberle prometido su ayuda y favor al tiempo que la tuviese necesidad. Subió Domingo donde estaba el mercader, y habiéndole saludado, le dijo que se diese á prisión para ser llevado á Lisboa. Alborotóse en extremo el portugués, ignorando la causa por qué le prendía, no sabiendo por donde le venía aquella desdicha, y de pesadumbre que recibió no pudo replicarle palabra; pidióle tras esto Domingo las llaves de los cofres, porque quería hacer secreto de sus bienes; y aquí fué cuando perdió del todo la paciencia, resistiéndola y diciéndole, que en sus cofres no había más que vestidos y algunas piezas de telas.

—Todo se ha de ver lo que es, dijo el Comisario, para que se ponga por memoria, y no hay que replicarme á esto, que si me contradice haré que se descerrajen los cofres.

Tan perdido de miedo estaba el mercader, que no quiso contradecirle, antes luego le entregó las llaves de cofres y escritorios. Informóse de los criados nuestro Domingo, dónde estaba el dinero, y abriendo un escritorio fuerte de nogal, donde le habían revelado que estaba, halló en él cosa de mil escudos en oro, y haciendo escrutinio de los demás, no halló más moneda; porque la semana antes había empleado la que tenía en mercadurías para embarcar á la India. En los cofres halló algunas piezas de sedas y telas que dejó en ellos, poniéndolas por memorias con los

demás muebles que había en su casa, y haciendo al mercader que se entrase en un retrete el más escondido de ella, le mandó meter una cama en él y cerró por de fuera, diciendo que en amaneciendo le había de llevar á Lisboa; puso á los criados por sus guardas, encargándoles tuviesen cuidado con su amo, poniéndoles grandes penas si desistían de su custodia y guarda. Con esto se fué á su posada, y concertando con un mozo de mulas que le diesen tres para llegarse hasta la raya de Castilla á hacer cierta diligencia que le faltaba, se partió aquella noche con grande prisa, dejando al mercader encerrado todo esotro día sin comer, hasta que fatigándole la hambre fueron los criados á la posada á pedir al fingido Comisario que mandase abrir para darle de comer; y como no le hallasen en ella y supiesen que se había partido aquella noche á Castilla, dieron luego en que era ladrón, que con aquella traza no había querido más que coger la moneda, y así se lo dijeron á su amo, el cual lo dió todo por bien empleado, y más que fuera, á trueque de verse libre de la Inquisición; tanto era el miedo con que estaba.

Llegaron, pues, los tres amigos á la raya de Castilla hasta Badajoz, y allí se dividió dellos el mancebo que había hecho oficio de Alguacil, con lo que le quisieron dar del hurto, que serían hasta cien escudos, y no paró hasta llegar á su tierra, que era en Extremadura.

Domingo y Carranza con muy buena moneda, llegaron á Toledo, donde levantaba gente un capitán. Acudieron al Cuerpo de guardia á jugar, donde como les viesen perder cada día, y siempre moneda en oro, dieron cuenta á la justicia para que averiguase de dónde tenían tanto dinero, y queriendo prenderles tuvieron aviso dello, con que les fué fuerza tomar el camino de Madrid á pie, habiendo perdido cada uno al juego más de trescientos escudos.

Domingo iba muy satisfecho en que por estar ya muy barbado no le conocería don Cosme; mas fué su desdicha tal, que á la entrada de la calle de Toledo, antes de llegar á la plazuela de la Cebada, fué el primer hombre con quien topó, y poniendo los ojos en él, con mucho cuidado, le conoció, llamándole por su nombre. No se dió por entendido Domingo, antes á mucha priesa alargó el paso con su compañero, y en doblando una esquina él y Carranza, se fueron á todo correr desmintiendo calles, hasta dar en los barrios de Antón Martín, á donde Carranza tenía un conocido. Hospedóles allí aquella noche y otras dos, no osando salir de día Domingo, por temor de don Cosme, que le parecía había de toparse luego con él, el cual no se descuidaba, haciendo diligencias por hallarle. No andaba menos cuidadoso y recatado Carranza que su amigo, por haber tres años que había hecho en Madrid una muerte por escalar una casa; y pareciéndole que

no era cordura asistir donde tanto peligro corría su garganta, quiso irse de la Corte, pero de manera que su amigo Domingo sintiese con veras su ausencia por muchos días. Pues como durmiesen juntos, una noche que á costa del mercader de Evora habían cenado y brindádose larga y bastantemente, cargó Domingo más delantero que otras veces, y esto le sazonó el sueño de modo que cayó en la cama como un tronco. Con esta buena ocasión pudo Carranza cogerle el jubón donde traía cosidos los escudos del hurto de Evora, y aún algunos del clérigo de Lisboa, que eran doblas de á dos caras, así lo fué Carranza para con su camarada, dejándole, como dicen, á la luna de Valencia, y él tomando á la de Madrid el camino para Pamplona.

Despertó á la mañana Domingo, y hallando menos al amigo, juzgó que habría madrugado á alguna cosa forzosa, y queriéndose vestir pudo la falta de su jubón informarle con más certidumbre de la fuga de Carranza con lo que llevaba en él. El sentimiento que tuvo fué grande, pues le quedó casi *in puribus* solamente con veinte escudos que tenía en la faltriquera, y así no había consuelo alguno para él.

Mudó con esto de posada, yéndose á los barrios de San Francisco á otra de una vieja conocida suya desde el tiempo que fué paje. Aquí supo como el Conde de Oñate estaba de partida para sus estados, y juzgando que don Cosme

iría con él, quiso aguardar á que partiese retirado sin salir de la posada, si no era de noche, y eso con mucho recato; y para hacerlo libremente sin ser notado, dió en una traza notable, que fué comprar un manto grosero y una vasquiña vieja, y con este disfraz al anochecer iba á la puerta del Monasterio de la Merced, y en ella se ponía como pobre vergonzante á pedir limosna, fingiendo una delicada voz hasta que se cerraban las puertas de la iglesia, y luego se iba de allí por las calles con dolorosas voces y fingidos suspiros, pidiendo limosna á todos cuantos topaba, con que sacaba muy buen dinero; que hay mucha gente en la Corte, compasiva y amiga de hacer bien.

Una noche, entre otras, que usó el hacer esto, se topó con la ronda, á donde iba un Alcalde de Corte, cuatro ó seis alguaciles, un escribano y una turba de corchetes. Enfadóse el Alcalde de que cerca de las once de la noche anduviese una mujer por las calles pidiendo limosna, significando con afectuosas voces tantas lástimas y necesidades, y llegando á ella la dijo:

—Hermana, ¿tanta es vuestra necesidad que os obliga á pedir por las calles á hora tan extraordinaria, pudiendo hacer esto de día donde anda más gente por ellas? ¿Sois vos, acaso, la que pide en la Merced á la puerta de la capilla de los Remedios, que me parece haberos visto allí?

Turbóse Domingo de suerte, que olvidándose totalmente de hablar con la voz fingida, respondió con la natural, que ella era la que su merced decía. Al alcalde le pareció no ser voz de mujer aquella, y haciendo llegar más cerca de la luz de una lanterna descubrió el barbado bellacón, y espantado de la extratagema con que pedía limosta, le hizo llevar á la cárcel, donde le tuvo algunos días preso.

Sucedió, pues, que saliéndose á visitar un día con los demás presos, acaeció estar preso don Cosme por una pendencia que había tenido, y salirse también á visitar, y viéndose con Domingo en la sala en presencia de todos dió cuenta á los alcaldes de su hurto que le había hecho: averiguóse con testigos que presentó, y poniéndole en el potro confesó luego, y fué mucho no confesar los demás, condenáronle en doscientos azotes, y seis años de galeras, y por abreviar con él se los dieron esotro día que le notificaron la sentencia, y dentro de seis salió con la cadena que iba á Toledo, de donde le llevaron á bogar á las galeras de España, y allí he tenido nuevas que está en el banco haciéndo mil estafas y burlas á sus mismos compañeros, porque quede por memoria para los futuros siglos el nombre de Domingo Alberto Estrianquer, expósito por Marcos y Domingo, naturales de Ponferrada, sus honrados padres.

Con grande risa solemnizaron las hermosas y

discretas damas la donairosa novela de Octavio, y el haberla referido con tan buen despejo y desenfado, dándole todas las gracias de lo bien que las había entretenido con ella.

—Démosle mejor remate que ha tenido, dijo Octavio, con que mi señora doña Laura nos diga su enigma, que de su buen ingenio podemos esperar una gran cosa, si no ha pedido los versos de limosna, como muchos, que socorridos desta caridad se hacen poetas.

La inventiva, dijo doña Laura, es mía, mas los versos no, porque me he valido de lo que estas señoras, buscando quien me los hiciese.

—¿Y cuánto se le pagó al tal poeta por su trabajo? Dijo Octavio.

—Téngole concertado por año, respondió doña Laura, y por sus tercios le acudo con el salario.

—Poeta aprovechado me parece, dijo Otavio; aunque más envidio á su espíritu que á su cuerpo, pues, que no duda que vuestros gajes serán más favores que dineros.

—Sea lo que fuera, dijo doña Laura, mi enigma es este.

Aquí sacó un papel donde, traía una bien colorida tarjeta, y en su blanco pintada una mujer vestida de pluma, y con alas extendidas, los pies negros y muy juntos, y decían los versos:

ENIGMA

Del solar que ensalza á muchos
hasta el frígido elemento
nací para ser del mundo
intérprete de conceptos.
Para tener nueva traza
pasé insufribles tormentos,
y aunque entonces los sentí
lloro cuando no los siento.
Casáronme con un hombre
etiope por lo negro,
y si no es negro de allá,
al menos parece dellos.
Llégome á buenos y malos,
revélanme sus secretos,
sus voluntades declaro,
publico sus pensamientos.
Tal vez soy de enamorados
la tercera en sus martelos,
tal vez soy descomedida,
tal virtuosa me muestro.
Simbolizo con las nubes
los vapores recogiendo,
y en diferentes lugares
lo que he recogido vierto.
¡A cuántos he remediado;
á cuántos quito el remedio!,
que con aquello que amparo
con aquello mismo ofendo.
Favorécenme monarcas,

títulos y caballeros,
que no lo fuesen sin mí,
tan grande valor encierro.
Y con esto me declaro
al confuso entendimiento,
que soy mala con el malo,
y soy buena con el bueno.

—No tengo por mal pagado al poeta, dijo Octavio, pues tanto se cerró en los versos, aunque las gracias se deben dar al dueño de los conceptos, pues él purgó lo que le dieron digerido. Por mí, señora doña Laura, estad segura que os acierte vuestro enigma; estas señoras le den su declaración.

Ninguna de aquellas damas dió en lo que podía ser, y dándose por vencidas, rogaron á doña Laura le declarese, á las cuales dijo:

—Mi enigma, dudosas y confusas señoras, es la pluma, y para que veais que sus propiedades concuerdan bien con su pintura y versos, la vuelvo á referir.

Hízolo así, y vieron todas ser lo que les había dicho, y que estaba dispuesto con grande agudeza de ingenio.

En segundo lugar sacó doña Lucrecia su papel, donde en otra no menos lucida tarjeta traía pintado un monstruoso hombre, con las orejas de asno y la nariz de excesiva grandeza; estaba vestido como labrador y con un azadón en la mano

ENIGMA

Monstruo parezco á la vista
compuesto de dos metales,
el uno dellos es fuerte
el otro débil y frágil.
Y es tanta mi fortaleza
que abrazado con mi madre
para poderme mover
es con fuerza de animales.
Mi oficio es sepulturero,
y este vengo á ejercitarle,
haciendo más sepulturas
que en años de peste ó hambre.
A los que entierro oprimidos,
forzando sus voluntades,
ellos mismos resucitan,
aumentando su linaje.
A varias gentes sepulto
sin pompa ni acompañantes,
y en sepulcros y en exequias
á todos les hago iguales.
Es poca mi caridad,
pues siempre para enterrarles
(con ser aqueste mi oficio)
con fuerzas dobles me traen.
Y aunque mi ejercicio luce
por los que mueren y nacen,
jamás escapar podré
de que arrastrado no ande.
Si quieren saber quien soy

los discretos é ignorantes,
sobre el medio nombre mío
se hace un sacrificio grande.

—No quiero que nadie me gane por la mano, dijo Octavio; por si hubiere dado en el pensamiento que yo, este enigma es el arado, y perdone mi señora doña Lucrecia, si tan presto mi rudo ingenio dió en lo cierto, que su enigma está tan bien dispuesto como significativo en los versos, y agradézcalo á mi atención, que esta vez, por atento, he salido victorioso.

—Tú has dado la verdadera solución del enigma, dijo doña Lucrecia, lo que importa es dar el remate á la tarde con alguna buena letra, para dejarnos sazonadas.

—Unas endechas que hice al desdén de una dama, por gusto de un caballero que le sufría, dijo Octavio, quiero cantaros, y en verdad que me valieron una sortija.

Tomó con esto la guitarra y cantó así:

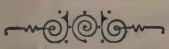
Fugitiva Laura,
ya que me desprecies,
oigan tus agravios
cielo, luna estrellas
cetro de mi vista,
del alma cadenas
fué el considerarte
dulce, hermosa y bella.
Fué mi pecho el blanco
donde amor emplea

para cautivarme,
jara, arpón, saeta.
De mi libertad
te hice la entrega,
pues te dí en mi alma
don, presente, ofrenda.
Poco hizo en rendirse
con las tres potencias,
si pechos rebeldes
prendes, ligas, fuerzas.
Fueros de tu gusto
siguió mi obediencia,
mostrando en servirte
gusto, amor, terneza.
De mi fe constante
y de mis finezas
son fieles testigos
valles, montes, sierras.
En cuyos espacios
repetir me vieron
el nombre de Laura
hombres, aves, fieras.
Ganando de firme
fama que exagera,
quien por centro elige
aire, campo, aldea.
A tiernos suspiros
y á lágrimas tiernas
fué tu duro pecho
bronce, mármol, peña.
Siempre que escuchabas
mis versos en letras
causaban en ti

ira, saña, guerra.
Tu altiva arrogancia,
tu altivéz soberbia,
libres la murmuran
río, fuentes, selvas.
Vivo ejemplo soy
del que fué tragedia,
á ojos de Anaxarte
dura, esquiva, necia.
Que al fin atajó
con su muerte acerba
de su ingrata dama
pena, agravio, ofensa.
No la imites, Laura;
estima experiencias,
en que has conocido
fé, trato, firmeza.
Aquesto cantaba
Castalio á sus puertas,
por si escucha afable
lira, voz y endechas.

Grangeó muchos aplausos, y acrecentó ponderaciones el gracioso Octavio en aquellas damas, con las ingeniosas endechas, que cantó, pareciéndoles que para la agudeza que tenían había sido poco premio la sortija que le habían dado, y él les mostró, y viendo que ya la madre del tiempo comenzaba á descoger sus nocturnos velos, bordados de lucientes estrellas, dió la sustitución del novelar Octavio á doña Lucrecia para el siguiente día, y él quiso traer el primero enig-

ma, y el segundo le tocó á doña Angela, y con esto retirándose al cuarto aquellas damas, encargaron á Octavio no las hiciese aguardar al día siguiente.



Tarde cuarta.

Ya manifestaba el rubio padre de Faetón desmayos en sus radiantes luces, apresurando su carrera á otro polo por dar lugar á que en éste la hermosa Flora, llamando á su enamorado galán, le pidiese nuevo aliento para las fatigadas flores, que con la rigurosa asistencia del radiante Febo estaban marchitas, cuando las hermosas damas de la quinta, en compañía del gracioso Octavio, y del Médico que acudía á la cura de sus opilaciones, que aquel día quiso hallarse á la entretenida junta, cercaron un hermoso y fresco estanque que, rico del continuo tributo que le pagaban las risueñas fuentes del jardín, servía de cristalino espejo á sus verdes árboles. Aquí tomaron asientos, y tocándole á Octavio comenzar aquel honesto entretenimiento, templó la guitarra y cantó este romance, que hizo á intercesión de un caballero á quien le señaló una dama el sitio de la calle Mayor para la primera audiencia en sus amores.

Melindrosa doncelleja,
la de los parleros ojos,
que por lenguas de pestañas
dicen mucho y sienten poco.
Audiencias que amor reserva
para los lugares solos,
libras á publicidades
donde es del comercio el golfo.
La calle Mayor escoges,
donde, en piélagos de lodo,
nadan caballos jaspeados
entre coches pecinosos.
¿No buscarás un jardín
donde consuela Favonio,
donde las flores recrean
y alienta el cristal sonoro?
Mal escucharás ternezas
(primicias de amor visoño)
entre confusión de gente,
y tráfago bullicioso.
Distritos del interés
buscas para tu negocio,
donde previenen estafas
ejecuciones al logro.
Nunca la deidad vendada
usó el instrumento corbo
en las montañas de Jaca,
ni en los montes de Torozos.
Si piensas que deste sitio
los peligros no conozco,
es tenerme por novato
ó graduarme de tonto.
En el mar de aquesta calle,

contra el más velero bolso,
cada manto es una Sirte,
cada tienda es un escollo.
El preñado de un talego
siempre es aquí peligroso,
que antes de tener buen parto
suele parar en aborto.
Todo bajel boquirrubio
tema piratas en corso,
que tienen vista de linces
y ligereza de corzos.
Entre busconas saetias
todo navío es un tronco,
pues le rinden sin valerle
filo agudo, ardiente plomo.
Nunca en aqueste paraje
se ha visto (y me causa asombro)
ni en petición lengua muda,
ni á ofertas oído sordo.
Y con la usada costumbre,
es prodigio milagroso,
que la más flaca de carnes
pase plaza de buen tomo.
Aquí ya sin diferencias
se precian en nuevo modo
las damas, de ser tomistas,
y los galanes de escotos.
A este sitio, mi señora,
desafiáis vuestro moro,
que á la entrada de su empleo
le queréis mostrar el rollo.
En él me hallaréis, que en él
ni me asusto ni congojo,

porque no espantan campanas
á experimentados tordos.
La vista á que me brindáis,
como amante reconozco,
aunque ella me avisa que
nunca mucho costó poco.
Ejemplo tengo en Jason,
que en la conquista de Colcos
le obligó á ofrecer primero,
quilla al mar y lienzo al Noto.
Al Vellocino os comparo
en lo estimado y precioso,
como el lugar que me aguarda
al fiero dragón y toros.
Allá iré á desengañaros,
que aunque me llaman Alfonso,
no tengo mano horadada,
porque guardo cuanto cojo.

Aplaudieron todas la letra y tono que Octavio había cantado, y tocándole á la hermosa Lucrecia el novelar, cubiertas sus mejillas con el rojo esmalte de la vergüenza que acentuaba más su hermosura, ocupó un asiento algo eminente á los demás, y habiéndose sosegado en él por un breve espacio, rompió el silencio, comenzando así su novela.

NOVELA CUARTA

EL SOCORRO EN EL PELIGRO

No pretendo, discreto auditorio, ya que no iguale al grave y gustoso estilo con que hasta aquí se ha novelado, que á esta novela que he de deciros le falte la moralidad para que ya que no deleite, por la poca sazón que yo la puedo dar, á lo menos se saque della algún aprovechamiento. Hallarán en ella escarmientos los que con juicios temerarios, faltos de discursos, se ciegan á repentinos atrevimientos; los que dados á la rota vida de saltear, no temen que tarde ó temprano les previene el cielo el justo y debido castigo á sus insultos. Los padres que contra el gusto de sus hijos les dan el estado del matrimonio, pues lo que dura la vida han de vivir con la pensión del desasosiego, sin estar en servicio de Dios, para cuyo fin se instituyó este Santo Sacramento; exhorta, finalmente, á que tengamos piedad con nuestro prójimo, acudiéndole á

sus necesidades, siendo su título *El socorro en el peligro,* con que, comenzando á serviros, digo así:

Con las oscuras sombras de una tenebrosa noche, sin más luz que la que limitada prestaba el cuarto planeta á las hermosas estrellas, caminaba á Sevilla Feliciano, caballero de Madrid, obligándole caso forzoso á dejar contra su voluntad su noble y antigua patria. Iba, pues, el confuso caballero más acompañado de pensamientos, crueles verdugos de su sosiego, que de criados, pues la causa que le forzó á dejar la Corte del Cuarto Filipo, Monarca de las dos Españas, no le dió lugar á más prevención que á salvar su persona en un alentado rocín de campo; tomar en un bolsillo trescientos escudos en oro, una escopeta y avisar á un esclavo suyo, grande caminador, que siguiese el largo portante de su cabalgadura; y desta suerte hacía sus jornadas por las noches, reposando los días, más por temor de alguna traición que recelaba, que por el que le podían dar los rigurosos calores del mes de Julio.

Habiendo, pues, caminado cinco jornadas, á la sexta noche de su viaje, algo más oscura que las pasadas, por haberse turbado el cielo, cubriéndose de negras y densas nubes, que preñadas de terrestres exhalaciones, amenazaban con tremendos truenos, cercanos partos de copiosas pluvias.

Bien quisiera el cuidadoso Feliciano hallarse cerca de poblado, ó en parte donde pudieran él y su criado repararse de la furiosa tempestad que temían; mas hallóse en medio de Sierra Morena, dos leguas de la primera venta de donde había salido, y seis de otra donde había de ir á reposar. El nublado se iba cerrando más cada instante, dejando á la tierra en un lóbrego caos, los truenos se aumentaban, y los relámpagos eran tantos, que dislumbrando al rocín en que iba, se desvió del camino real, echando por una senda hacia la mano derecha dél, siguiéndole el esclavo, sin echar de ver, con la grande oscuridad que hacía, que iban descaminados.

Desta suerte caminaron por la referida senda cosa de tres cuartos de hora, hasta que hallando el camino della más angosto que hasta allí, y cercado de encinas, carrascas y malezas, echaron de ver que iban errados. No le pareció acertado á Feliciano volver atrás, antes por la poco usada senda que seguía determinó continuar su viaje, por si acaso fuese atajo del camino real, con quien pensó que se comunicaría á poco trecho; contradijo el esclavo su intento como más cursado en aquella tierra; mas porfiando su amo, y diciendo que le habían de ejecutar, dejó de contradecirle, siguiéndole.

Desta suerte bajaron una cuesta hasta hallarse en un pequeño valle cercado de altas y envejecidas encinas, cuando los truenos comenzaron

á ser mayores, despidiendo las nubes abundancia de agua y granizo; en medio desta confusión, habiendo errado el camino y lejos de poblado, se fueron á reparar de la furiosa tempestad debajo de la coposa rama de una gruesa encina, á donde se apeó Feliciano de su rocín, arrimándose al fuerte y robusto tronco, y el esclavo hizo lo mismo, despechados de haberse perdido en tan áspera y peligrosa tierra. Desta suerte se estuvieron dos horas, que fué lo que duró la tempestad, hasta que un apacible céfiro serenó el cielo y esparció las nubes, volviendo la noche á su primero sér.

Con ver acabada la tempestad, quiso Feliciano volverse á poner á caballo y el criado á seguirle, cuando cerca de donde estaban oyeron hablar gente, y deseando informarse del camino, tomó su escopeta al hombro, que llevaba cargada con dos balas, y se fué quietamente hacia donde oía el rumor, y á su esclavo le dejó en guarda del rocín. Llegó pues sin ser sentido á donde debajo de otra copada encina vió bultos de tres hombres á su parecer, y según por la diferencia de las voces pudo colegir que habiéndose acogido al abrigo de los robustos brazos y espesas hojas del antiguo árbol se reparaban asimismo de aquella furiosa tempestad.

Al tiempo que Feliciano llegó, pudo oir que decía el uno de los tres hombres á sus compañeros:

—Ello se ha hecho bien, y el despojo es de interés, sin costa de nuestras vidas; mas huélgome que hayan hallado en nuestra crueldad el pago que mereció su inadvertencia.

—Mucho siento dijo otro, que Roberto quiera siempre jugar de hermano mayor con todos, llevándose lo de más valor y más estimación de las presas, sin haber primacía ninguna entre nosotros después que murió Leoncio, nuestro capitán.

—En esta ocasión, dijo el primero, no le ha de valer su mayoría, porque yo he enviado á avisar á tres amigos, que no tardarán una hora en venir, con cuya compañía y la vuestra he de llevarme la mujer que pretende para sí, si en ello perdemos las vidas.

No quiso aguardar á más Feliciano, coligiendo por lo que les había oído, ser salteadores de los que continuamente suelen cursar aquella sierra, despojando á los caminantes de lo que traen, y tal vez de las vidas como aquí decían.

Volvióse con esto á donde había dejado á su esclavo, y dándole parte de lo que había oído, acordaron los dos, lo más quietamente que pudiesen, meterse por lo espeso del monte adentro, hasta que amaneciese, y á la luz que daba la triforme diosa, que, por ser el postrer cuarto de menguante, salió tarde, se fueron á pie, llevando el rocín de diestro, por el valle abajo encubiertos de las sombras de las encinas que por todas partes le coronaban.

Y andando desta suerte, por espacio de media hora, dieron en el fin del valle por la parte que se comunicaba con una angosta senda, y entre lo espeso de las encinas y jaras vieron una luz oyendo rumor de gente allí cerca, y sospechando Feliciano que serían algúnos pastores que tendrían por allí su majada, quiso ir á saberlo, diciendo á su esclavo que fuese siguiéndole poco á poco, y él en tanto con su escopeta fué derecho á donde vía la luz, y á veinte pasos antes de llegar á ella, oyó unas lastimosas voces de mujer que, quejándose triste y dolorosamente, le pareció que padecía alguna violencia. Esto le dió ánimo para ir con grande quietud, escondido por lo espeso del jaral, hasta que llegó á un pequeño espacio que estaba sin árboles, aunque cercado de aquellas espesas jaras y algunas encinas, y en él una lumbre hecha de los menos húmedos ramos, pudo ver el suelo matizado de roja sangre, y cerca della, la causa de donde procedía, que eran cuatro hombres muertos: el uno de ellos de edad de sesenta años, cuyas venerables canas convidaban más á piedad y respeto, que á la crueldad que con él se había usado. Los otros tres eran mozos, que ninguno llegaba á treinta años, estaban todos despojados de sus vestidos, salvo de las camisas y calzoncillos de lienzo. A una gruesa encina estaba atado un mancebo de menos edad que los tres referidos, con una herida en la cabeza, y con la mucha sangre que della

se le iba por el rostro abajo no se podían bien distinguir las facciones dél; no se le oía palabra alguna en medio de su aflicción, más de quejarse, y de cuando en cuando alzar el rostro al cielo como afligido de la opresión que padecía. A su lado derecho estaba asimismo atada á otra encina una mujer vestida con lucidos adornos, cuya hermosura, aunque eclipsada con la tristeza y penoso llanto que hacía, era tan grande, que á Feliciano le tuvo un rato suspenso y admirado, contemplando en sus hermosas perfecciones, con quien la Naturaleza había andado pródiga y liberal. Al lado izquierdo estaban tres hombres, que cercando unos pequeños manteles, cenaban con mucho gusto y sin ningún cuidado de lo que tenían delante de sí, si bien con algún silencio; porque lo que hablaban era tan bajo, que Feliciano, aunque puso en ello algún cuidado, no pudo percibirles palabra alguna.

Estaban vestidos de color, y cada uno tenía cerca de sí su escopeta tendida en tierra; en medio de este recatado silencio sólo se oían las lastimosas quejas de aquella maltratada cuanto hermosa dama, mezcladas de un copioso llanto, que atendiendo á ellas el ya compasivo Feliciano oyó decir á los tres que cenaban, estas razones:

—Hasta cuándo, fieros homicidas, determináis que esta penosa vida se dilate, permitiendo, por ganar fama de crueles que mis ojos contemplen

este lastimoso espectáculo que tengo presente; cuyo consuelo para tan lastimoso destrozo no le hay, sino es serles compañera en el suceso, ya que lo fuí en el desdichado viaje en que perecieron á vuestras sanguinolentas manos? Piedad será para mi sin desdecir de vuestra profesión, que dividáis este cansado espíritu de su afligida, y corporal cárcel, pues ejecutando vuestro rigor será para mí feliz descanso, más que el dejarme con la vida que ya aborrezco, pues lo que me durare ha de ser la memoria su cruel verdugo, acordándome por instantes esta desdichada tragedia.

Poco caso hacían los tres salteadores de lo que la dama con afectuosas lágrimas les pedía; y mientras ella se cansaba en persuadirlos á que diesen fin á su vida, ellos menudeando los brindis, se le procuraban dar á un zaque de una arroba que tenían cerca de sí, tan sordos á sus ruegos como si no la tuvieran presente.

Esto y el funesto llanto de la afligida señora, y juntamente el profundo silencio con que estaba el herido, dió al descaminado caballero tal compasión que determinó perder la vida en venganza del agravio que á aquella hermosa dama le habían hecho, y con esta resolución se volvió por donde había venido hasta toparse con su esclavo, á quien contó cuanto había visto, dándole parte de lo que tenía determinado hacer. El mozo que era alentado, diestro por la espada, y con

esto tenía sangre noble, que, aunque heredada de infieles, en semejantes trances siempre se manifiesta su valor, le ofreció ayudar á todo cuanto intentase hasta perder la vida.

Agradecióselo Feliciano prometiéndole dar libertad si salían con bien de aquella empresa, que él ya era cristiano, y así atando el rozín á una encina se volvieron por donde Feliciano había ido sin ser sentidos, hasta hallarse cerca del mancebo, que estaba atado, más él sintiendo ruido del movimiento de las ramas de los árboles, volvió la cabeza á la parte por donde le sentía al tiempo que descubrió á Feliciano, que iba delante, el cual, poniendo el dedo en la boca para que callase se llegó á él prestamente y le desató las manos y el cuerpo, diciendo en voz baja:

—Desgraciado mancebo: aunque os veais desatado desta encina importa no moveros de como estais hasta que yo os avise.

Hízolo así el herido joven, alentado con el impensado socorro, y pasándose Feliciano al lado donde los tres salteadores cenaban, hizo que su esclavo se arrojase prestamente á tomarle una de las escopetas que tenían ó dos si pudiese. No se lo mandó á negligente pues al punto con deliberado ánimo se arrojó á ellos asiendo dos escopetas de tres que había, y con dos ligeros saltos que dió se apartó de los salteadores un trecho, arrojando la una escopeta al herido mancebo.

En esto, ya Feliciano había disparado la suya

al que pareció superior á los dos metiéndole otras tantas balas en el cuerpo, con que le dejó herido de muerte, revolcándose en su misma sangre, el esclavo hizo lo mismo de otro; mas el mancebo herido, que quiso hacer otro tanto del que quedaba vivo, faltóle fuego á su escopeta; lo mismo le sucedió al salteador, y viéndose perdido se arrojó prestamente por lo espeso de aquellas jaras; mas de dos saltos le alcanzaron el esclavo y el herido, y á estocadas le quitaron la vida, acompañando á los dos. Ya Feliciano tenía desatada á la dama, á quien dijo:

—Mucho siento, hermosa señora, que á la inmunidad de vuestra belleza se atreviesen estos descomedidos salteadores, cuya ambición las más veces se estiende solo al interés de la hacienda, mas por lo que á poco trecho de aquí he oído á unos hombres que deben de ser compañeros suyos, he colegido que la resistencia de los que os acompañaban ocasionó el fin de sus vidas; y por el sentimiento vuestro en esta desgracia, que os debe de tocar mucha parte della. El haberme perdido en esta sierra con la pasada tempestad, doy por bien empleado, pues ha sido ocasión de haberos hecho este servicio, quisiera con él ofreceros la comodidad que habéis menester para proseguir vuestro camino, al presente no me hallo con más que un rozín en que vengo; en él podréis ir hasta la primera venta donde no faltará en qué poder continuar vuestras jornadas.

Mientras Feliciano decía á la hermosa dama estas razones, nunca quitó los ojos de los suyos, mirándole con demasiada atención, y á su cortés ofrecimiento le dijo:

—Bien se conoce, animoso caballero, la noble sangre que de vuestros ascendientes habéis heredado, pues ella y la piedad á que nuestra desgracia os ha movido, os ha dado ánimo para emprender con tanto riesgo de vuestra vida, y la de vuestro criado el librarnos del peligro en que nos vistes, habiendo pasado otro no menor, que es ver perder las vidas á mi padre, á un primo mío y dos criados suyos, á manos de esos fieros homicidas. En un coche veníamos á Sevilla, cuando de esa atrevida gente que ha rendido sus vitales alientos á vuestras manos, y de otros cuatro fuimos acometidos, y sacándonos dél le dejaron en el camino, y libre al cochero, aunque despojado de su dinero. Metiéronnos el monte adentro hasta llegar á este lugar donde nos robaron cuanto traíamos, excepto á mí, que, por aficionárseme el uno de ellos, me dejó con el adorno que veis. Mi padre, mi primo y criados, no obstante que los salteadores eran seis, cobrando sus espadas, quisieron resistírseles, mas de dos arcabuzazos quedaron muertos, y con ellos sus dos criados, que son los cuatro que ahí miráis, á quien despojaron de los vestidos, y á mí me ataron á esa encina donde me hallastes. Llegó después deste suceso este mancebo criado mío en bus-

ca nuestra, y dándole la herida que tiene, le ataron también como á mí, donde le pensaban dejar los tres que habéis muerto, llevándome consigo, que fuera la mayor desdicha que me podía suceder, si bien fío de mi valor, que antes pasara por mil muertes, que condescender con su gusto. El cielo sin duda, debió de permitir que, errando el camino, acertásedes á socorrernos; dél esperad la paga, que en mí sólo hallaréis lo que la vida me durare agradecimiento para estimar la merced y favor que me habéis hecho.

Esto decía con mezcla de algunas lágrimas que sobre sus hermosas mejillas derramaba, pareciendo preciosas y orientales perlas, con que á Feliciano le dejaron algo aficionado, y no digo del todo, porque lo venía de Madrid, de manera, que tuvo por entonces valor para no rendirse de todo punto á tan grande hermosura.

Con esto acomodaron á la llorosa dama sobre el rocín de Feliciano, y tomando su criado y el esclavo dos escopetas de las de los salteadores, y munición para ellas, de la que ellos traían, se partieron de aquel lugar con alguna prisa, porque con el ruido de los arcabuzazos temieron que vendrían los demás compañeros, y así se lo avisó á Feliciano. Bien quisiera la afligida dama que hubiera lugar para poder llevar los cuerpos de su padre y primo para darles sepultura en lugar sagrado, ó que por lo menos se la dieran en aquél, más viendo que les era forzoso salir pres-

to de allí por lo que temían, hubo de conformarse con el tiempo, no cesando de llorar tiernamente su desgracia. Feliciano la iba consolando á pie cerca della, y asido á un estribo, teniéndola y esforzándola, y lo mismo hacía su criado y el esclavo del otro lado.

Desta suerte caminaron por aquella senda, tres horas largas; y cuando comenzaba á salir la blanca aurora, desterrando las negras sombras de la noche, se hallaron en el camino Real de Sevilla, y cerca de una venta donde se fueron á apear, llevando el criado de la dama el rostro cubierto por la herida de la cabeza. Dióles el huésped todo recaudo; un aposento aparte, con su cama donde reposase aquella dama, determinando pasar allí todo el día, y caminar por la noche.

—Lo primero que hizo Feliciano, fué tratar, de que el herido se curase, y no fué poca suerte hallarse allí un pasajero cirujano, el cual le miró la herida, no hallando en ella cosa de peligro, sino la mucha sangre qua había perdido, porque lo demás era sólo tener el pellejo de la cabeza roto sin entrar en el casco, á esto le aplicó ciertos remedios, encargándole mucho que procurase reposar para reparar la cabeza. Diósele un aposento al herido, y Feliciano y su criado se acomodaron en otro donde trató con él qué orden tendrían para hallar cabalgaduras hasta Sevilla.

—Eso dificulto mucho, dijo Andrés (que así se llamaba el esclavo), sino es que lleguen algunas mulas de retorno vacías, como suele tal vez acontecer, mas si llegáramos á algún lugar, no faltaría dinero con qué comprarlas.

—¿Tráesle tu acaso? Dijo Feliciano.

—Y tan acaso, dijo Andrés; que, saliendo de Madrid sin blanca llevo ya más de doscientos escudos en oro por mi buena suerte adquiridos.

—¿Pues de dónde te ha venido esta dicha?, dijo Feliciano.

—Señor, dijo Andrés, por haber ganado los perdones concedidos á quien hurta al ladrón, etcétera. En el ínterin que estábades en pláticas con esa dama que viene en nuestra compañía, y mientras su criado se quejaba del dolor de su herida, yo me llegué á los difuntos salteadores, y buscándoles las faltriqueras les despojé de esa cantidad de escudos que os fué revelado, y desta cadena. Y mostrándosela, vió Feliciano que pesaba más de doscientos escudos.

—Esta, dijo el piadoso caballero, y lo demás son, sin duda alguna, del padre y primo desta desgraciada dama, y así será fuerza restituírselo todo.

—Muy escrupuloso, señor, está vuestra merced, dijo Andrés, en pasando la cosa á segundo poseedor, según mi parecer no hay esa obligación.

—Es muy mala Teología esa, dijo Feliciano.

Por ahora reposemos, que yo sé lo que se ha de hacer después en eso.

—Vuesa merced, dijo Andrés, ordenará según Dios le hizo, lo que más mal me pueda estar, como si esto no se hubiese ganado con el peligro de perder nuestras vidas.

—Es asi, dijo Feliciano; mas tiénele tu conciencia á primero no manifiestas á esta señora todo lo que traes, por si lo conoce por suyo.

—Duerma v. m., dijo Andrés, que es lo que más le importa, que todo se hará bien después.

Con esto se echaron á dormir vestidos sobre dos camas que había en el aposento, y el cansancio de la mala noche que habían tenido, les sazonó bastantemente el sueño para reposar sin ningún cuidado. No pasaba esto así por la afligida dama, que aunque desnuda en el lecho, con la pérdida de su anciano padre y querido primo, cada instante se afligía más, considerando lo que en tan breve tiempo había pasado por ella, y asimismo el ir en compañía de un hombre que no conocía dél más que haberse compadecido de su desdicha y librádola de aquel peligro.

Al criado herido le tocó tener su rancho en un aposento muy cerca del portal de la venta, y con el dolor de la herida, aunque no era de peligro, reposaba mal. Estaban junto á la puerta de su aposento unos arrieros echados en las jalmas de sus machos; camas que siempre se traen consigo, sin cansar á los huéspedes, ni averiguar

si las sábanas son limpias ó usadas de la noche antes. Esto pues, como hubiesen visto entrar á Feliciano en tan buen hábito con su escopeta al hombro, y desta suerte á los criados, y á la dama á caballo, dijo uno dellos á los demás compañeros:

—Si yo no me engaño, camaradas, esta gente que acabó de llegar á esta venta no me parece de buen trato, que tanta prevención de escopetas, venir á pie con tan buenos vestidos, y uno dellos herido, yo perderé la vida, si no son desta gente *non sancta*, que nos salen á pedir limosna á tiro de escopeta.

—A lo menos, dijo otro, si bien me acuerdo á este que parece señor de todos, yo le ví llegar el viaje pasado que hice á esa venta que queda seis leguas de aquí, con otros siete compañeros, todos con escopetas á pedir de comer al ventero, y porque le mostró un poco de enfado, éste le molió á palos con la coz de la escopeta, y tras esto le quitó de sus arcas cuanto dinero tenía.

—Yo me acuerdo bien de eso, dijo el tercero, por señas de que me pidió que le diese un par de quesos de un presente que llevaba á la Corte, y yo se los dí con mucha liberalidad, y aún todos si gustara dello; tanto temor me dió el ver maltratar al pobre ventero.

—Esta mujer, dijo el que habló primero, yo apostaré que es su amiga, y quizá debe de ser de honrada gente, que en su buen talle se le pa-

rece, y éste debió con atrevida insolencia sacarla de casa de sus padres por fuerza, y se la trae consigo de la manera que habéis visto.

—¡Dios se lo perdone, dijo otro, á los que pueden y no remedian tales daños, asegurando del todo estos comienzos de tan perniciosa gente!

—Harto hace la Santa Hermandad de Ciudad Real, dijo otro; pero aprovecha poco, que aunque cada día ven hombres ahorcados por esas encinas, no sirve de escarmiento á los demás, para que dejen de salir á robar las haciendas, y quitar las vidas.

Esto estaban diciendo los arrieros, cuando no perdiendo una sílaba de su conversación el mancebo herido, criado de la dama, creyó verdaderamente que Feliciano era el que ellos con su mal conocimiento bautizaban con el nombre de salteador, y sin advertir que les había socorrido dando la muerte á tres hombres y librado del peligroso trance donde pensaban el perder la vida y su señora la honra, se vistió con mucha brevedad, y entrando en el aposento de la dama, le dió cuenta de lo que pasaba con mucha alteración. No la recibió menor ella, dudando si creería aquello por verdad; porque, discurrien domás que su criado, consideraba que si fuera salteador, como aquellos hombres decían, no diera á los que eran de su profesión la muerte, antes les ayudara más. Reparó luego, en que cuando acabaron de quitar la vida á su padre, primo y cria-

dos, y dividido entre ellos sus dineros y vestiduras de seis compañeros que eran, los tres se dividieron de los otros algo sentidos de que el uno de ellos hubiese hecho elección de ella, y como con la turbación del presente peligro no advirtiese en las señas de sus rostros, fácilmente se persuadió á que Feliciano sería alguno de ellos, que volvió á dar muerte á sus compañeros codicioso de la presa llevándola de esta suerte engañada; y así se determinó, pues la ocasión les ofrecía cabellos, á que mientras Feliciano reposaba se fuesen los dos en su rocín hasta el primero lugar, donde podrían esconderse dél, pues siendo salteador como pensaban, era cierto que por su peligro no les seguiría.

Con esta determinación se comenzó á vestir la dama, y su criado en tanto ensilló el rocín, y habiendo hecho la cuenta con el ventero, acomodó á su señora en la silla, y él á pie la fué siguiendo con su escopeta al hombro.

De esta suerte caminaron desde las diez del día hasta las dos de la tarde, que fué á la hora que Feliciano y su criado despertaron. Feliciano acudió al aposento de la dama á saber cómo había reposado, y no hallándola en él, preguntó al huésped por ella. El le dijo cómo se había partido de allí más había de cuatro horas en compañía de aquel mancebo herido que iba siguiendo el paso del rocín.

Lo que Feliciano sintió oir esto no se puede

encarecer con razones, culpando al huésped por haberles dejado ir sin avisarle, puesto que les había visto entrar juntos en su venta. El ventero se disculpó diciendo que por haberles visto hacer la cuenta sin llamarle á él, había pensado que no venían juntos, sino que casualmente se habían topado en el camino, como suele acontecer las más veces. Preguntóle Feliciano si habría allí alguna cabalgadura en que seguirles, que él dejaría por ella en prendas cosa de más valor, y como le dijesen no haber ninguna, estaba el hombre más despechado del mundo.

Sólo Andrés se holgaba de la fuga de la dama, temeroso de que le habían de quitar el dinero y cadena conociéndolo por suyo. Al fin se determinó Feliciano llegarse hasta el más cercano lugar á pie, y tomando un refresco él y su criado sin reparar en los inconvenientes en que antes había mirado, de que nadie le conociese, se puso en camino con la mayor prisa que pudo, no dando en cuantos discursos hizo sobre la fuga de la dama que sería la causa de haberse ido sin avisarle, y llevádole su rocín en pago de haberla socorrido, dejándole á pie y no poco aficionado á su hermosura.

Con esto caminaron con el mayor rigor del sol cuatro leguas, bien fatigado Feliciano por verse puesto en cosa que jamás la había usado. Llegaron pues á un pequeño lugar, y yéndose al mesón hallaron en él unos hombres que llevaban

cantidad de mulas y rocines á vender á cierta feria que se hacía seis leguas de allí, y viendo la buena ocasión que se les ofrecía, trataron de comprarles dos cuartagos de paso que traían entre las demás cabalgaduras, los cuales les vendieron llevándoles al doble de lo que valían, por conocerles la necesidad que tenían dellos, y habiendo descansado una hora, puestos á caballo Feliciano y su criado, tomaron el derecho camino de Sevilla, al tiempo que el sol dejara nuestro horizonte, llevando esperanzas Feliciano de alcanzar á la hermosa cuanto fugitiva dama.

De esta suerte caminaron esa noche y otras cinco hasta llegar á Sevilla, sin hallar en todo el camino quien les diese nuevas de ella, cosa que le dió grande admiración, con que sospechóse Feliciano que, pues se había partido de él sin avisarle, tomaría otro camino huyendo de que no la siguiese. Llegó Feliciano á aquella gran ciudad, fundación de Hispalo, de quien en sus principios heredó el nombre, llamándose Hispalis, cabeza de Andalucía, y una de las primeras poblaciones de España. Aquí tenía nuestro caballero una anciana tía, viuda, hermana de su difunta madre, con una gruesa hacienda que esperaba heredar, en cuya casa se apeó, siendo de ella muy bien recibido y hospedado, porque deseaba sumamente verle, que desde la edad de tres años que le dejó niño en Madrid, hasta los veintiséis que tenía, no le había visto. Allí des-

cansó Feliciano de su largo camino, dándole cuenta á su tía de la causa que le obligó á venirse á Sevilla, que diremos á su tiempo, y de los sucesos del camino, dejándola admirada el milagroso socorro que había hecho á aquella dama, y con cuanta ingratitud se le había pagado.

Ocho días habría que Feliciano era llegado á Sevilla, y esos se había estado en casa sin salir della más que á misa una fiesta, cuando le llegó por la estafeta un pliego de Madrid, en que le escribía un íntimo amigo suyo esta carta:

«A un mismo tiempo que don Félix salió del peligro de las heridas que le distes, causa de vuestra ausencia, se vieron en el Consejo de las Ordenes las informaciones de vuestro hábito: con ésta os envío la licencia para que os le dé ahí don Rodrigo de Ribera, caballero bien conocido en esa ciudad. Aguardo á que don Félix esté convalecido para tratar de vuestras amistades. Vuestro padre ignora el origen de la pendencia y la causa della; ha sentido tiernamente vuestra partida, y desea mucho se hagan las amistades para volveros á ver. De lo que sucediese de nuevo os iré avisando, en tanto tomad el hábito, y guárdeos Dios largos años. Vuestro amigo,

Don Antonio.»

Mucho se holgó Feliciano con la carta, y dándole parte dello á su tía, le acompañó en el con-

tento; y ese día, sin dilatarlo más, tomando su coche fué á visitar á don Rodrigo de Ribera, que estimó en mucho la elección que hacía de su persona para tan honroso acto, pidiéndole á Feliciano encarecidamente, que si era posible el dilatarlo por veinte días, le haría gran merced, porque para este tiempo esperaba dos primos suyos y un amigo del mismo orden, á quien pensaba pedir fuese uno el padrino, y los dos le calzasen las espuelas, si no tenían personas prevenidas que lo hiciesen. Feliciano le dijo que aquella era la primera salida que hacía después de haber llegado á aquella ciudad, y no había hablado á nadie en este particular; que estimaba en mucho el favor y merced, y se tenía por muy honrado en que cosas de su casa se le quisiesen hacer. Con esto se despidió don Rodrigo, y en el ínterin que pasaba este tiempo, se previno de galas para lucir ese día.

No quiso salir menos lucido que su amo, Andrés, el esclavo, que con el dinero que quitó á los salteadores hizo dos lucidos vestidos con que parecía un príncipe, cumpliéndole Feliciano la palabra de darle libertad como le había prometido.

Llegado, pues, el día de tomar el hábito Feliciano, se le dió don Rodrigo en un convento de monjas, con mucha solemnidad y acompañamiento de caballeros de aquella ciudad, á quien convidó don Rodrigo. La gente que acudió á

este acto fué mucha, en particular mujeres de embozo, que siempre (aunque á mí me toque) sobramos en todas las fiestas. Acabada ésta, fueron los más caballeros que se hallaron á ella, acompañando á Feliciano hasta su posada, donde le dejaron, estimando de cada uno el favor que le hacía. Quedóse sólo en su aposento, aguardando á que anocheciese para irse con capa de barrio á hacer una visita á ciertas damas, deudas suyas, cuando entró Andrés á decirle que allí fuera le buscaba una mujer que le quería dar un papel en su mano. Mandó Feliciano que entrase; era una esclavilla vestida de cotonía, al modo que andan en Sevilla las de su porte, con manto de anascote y su sombrerete encima. Desembozóse, descubriendo, aunque mulata, un gracioso rostro, besó un papel que traía, y con una humilde cortesía, se le dió á Feliciano, diciéndole que su señora, cuyo nombre no le mandó decir, se le había mandado dar. Trujéronle una luz, y abriéndole Feliciano, leyó en él estas razones:

«Después de haberme dado la enhorabuena de haberos visto, señor Feliciano, os la envío en éste del hábito que hoy habéis recibido, si bien para lo mucho que merecéis es pequeño premio el de esa roja insignia. Deseo mucho hablaros despacio porque tengo muchas cosas que comunicaros; mas el recato de la casa en que vivo es tan grande, que en ella no puedo cumplir este deseo.

Pasado mañana, por la tarde, me esperad en un banco junto á las huertas de San Juan de Alfarache, donde con la seña de un lenzuelo que levantaré en alto, me hallaréis en otro y dél os daré aviso de lo que habéis de hacer. Dios os guarde.»

Sospechoso dejó á Feliciano, si sería aquel papel de la dama que se le escapó huyendo de la venta; mas hacíasele dificultoso creer que quien tan aceleradamente huyó de su presencia ahora le convidase con su vista, cuando la imaginaba todavía llorando á su padre y primo entre sus deudos. Por otra parte, sospechaba que alguna dama de Madrid le había conocido cuando le dieron el hábito, que estaría embozada entre otras muchas que á esto se hallaron, y quiso favorecerle con el papel y con mandarle acudir á donde en él le avisaba. Discurriendo en esto estuvo un rato, sin dar en lo cierto fijamente, y pidiendo recaudo de escribir, la respondió desta suerte:

«Cuando la merced que su majestad me ha hecho no me diera tanta honra como la mucha que he recibido con mi hábito, vuestra presencia al dármele y este papel le han realzado de suerte, que me hallo favorecido por muchos modos, cuanto obligado á serviros este favor. Yo acudiré á recibirle donde me avisais, asegurándoos que desde que os escribo éste, hasta el plazo señalado, se me han de hacer las horas siglos. El cielo os guarde.»

Cerróle, y dándosele á la esclava, se partió con él, haciéndole Feliciano del ojo á Andrés para que la siguiese.

Hízolo así disimuladamente sin que ella lo echase de ver hasta que la vió entrar en una casa, cuyo frontispicio y fachada, adornada con honrosos blasones de armas, le aseguraban la nobleza de su dueño. Informóse Andrés de quién vivía en ella, y supo ser de un caballero noble y anciano del apellido de los Tellos, familia muy conocida en aquella ciudad, si bien le dijeron haber en la casa otrosdos moradores en dos separados cuartos della, de quien no le supieron dar razón.

Con esto se volvió donde su amo le esperaba, haciéndole relación de lo que había sabido; con que le dejó metido en nueva confusión, dudando quién podría ser esta dama. Pero como era breve el tiempo que había hasta verse con ella, para salir desta duda se entretuvo con sus amigos, que ya tenía muchos.

Llegado el día del señalado plazo, sin dar parte á nadie, sino sólo á Andrés, se fué á caballo hasta el río, y concertando un enramado barco se entró en él, haciendo al barquero guiar hacia la parte que le habían avisado, topándose por el río muchos con gente de varios estados, que iban con música y meriendas, divirtiéndose por el río, y por aquellas huertas y jardines que adornaban sus frescas orillas, yendo con cuidado, si

en alguno vía hacer la seña que le avisó el papel.

Llegó pues sin habérsela hecho á la parte que le habían señalado, al tiempo que en el río por descuido de los barqueros, ó travesura de los que iban dentro, chocaron dos barcos, y con la fuerza del choque, se volcó el uno de manera, que la gente que iba en él cayó en el río. Acudió el otro á salvar la que pudo, y Feliciano del suyo á lo mismo, mas por presto que llegaron ya una dama de las que habían caído entre dos mujeres que se acababan de ahogar estaba cerca de suceder lo mismo, si Feliciano, con deliberado ánimo despojado de la capa, espada y ropilla no se arrojara al agua á librarla, y sucedióle también, que al tiempo que se iba á hundir la asió fuertemente de un brazo, y nadando con el otro se la llevó hasta la orilla, sacándola á ella casi sin sentido.

Tomóla en brazos, y hallándose cerca de una quinta donde estaba una casa de placer, la metió en ella, rogando á los que allí estaban le diesen alguna cama donde se acostase aquella dama mientras volvía en sí, contándoles lo que la había sucedido. Conmoviéronse de su desgracia los dueños de la quinta, que eran un caballero principal de aquella ciudad y su mujer, y luego hicieron aún sin volver en su acuerdo, que sus criados la acostasen en una limpia y mullida cama que en la cuadra de un cuarto bajo estaba prevenida para ellos, hallándose presente la se-

ñora de la quinta. Hiciéronla después de acostada todos los remedios posibles para que volviese en su sentido, con los cuales al cabo de un cuarto de hora volvió arrojando grande cantidad de agua por la boca. Dijéronla en el estado en que se había hallado, y cómo había sido librada del peligro por un caballero á quien debía después de Dios la vida.

En tanto Feliciano volvió á ver qué se había hecho la demás gente del barco, y halló que se habían ahogado dos esclavas y tres hombres, sin poderlos valer, y los demás que cayeron se escaparon, unos á nado, y otros favorecidos de los barcos. Mandó Feliciano á su criado que le fuese por un vestido á casa, y él con el que tenía mojado volvió á donde estaba la dama que había favorecido, pidiendo licencia á los señores de la quinta para verla. Diéronsela con mucho gusto, entrando con él á la cuadra donde estaba, diciéndole la señora de la quinta.

—A este caballero, venturosa señora, debeis la vida que gozais, que él fué el que se aventuró á socorreros en el peligro que os vistes, donde indubitablemente pereciérades.

Miróle atentamente la dama, y dijo:

—No es esta la vez primera que yo recibo favores de sus manos, que en otra ocasión en que me iba no menos que perder mi honor, puso su vida á riesgo de perderla por librarme, á que debo estar agradecida toda mi vida.

Reparó Feliciano en la dama con más cuidado, que por estar cerradas las ventanas de la cuadra se había dejado ver mal, y conociendo del todo ser la dama que se le vino huyendo de la venta, contentísimo de haber tenido tan buena suerte en toparla, le dijo:

—Mucho he estimado, desgraciada señora, que se ofreciese nueva ocasión en que serviros, para que de dos veces conozcáis cuan sin interés acudo á las obligaciones que me tocan, y á lo que debo á mi sangre, si bien en la primera, en el poco caso que hicistes, de aquel pequeño servicio, no dignándoos de que os viniese acompañando hasta ésta ciudad donde también era mi camino, me dejó quejoso vuestra ingratitud, pues no era el trance para ponerle en olvido, ni menos para dar mal pago á mi voluntad. El cielo ha permitido hacerme tan dichoso, que en el segundo acreciente la deuda, para que la fuerza de la obligación os haga menos ingrata y más agradecida.

—De lo segundo me precio más que de lo primero, dijo la dama, y si me vale por disculpa deciros que el primer movimiento en los ánimos de los hombres es difícil de resistir, yo le tuve tan inconsiderado (mal aconsejada de un criado mío, con más temor que advertencia), que me forzó á usar entonces aquella grosería con vos, que no me ha costado, después acá, pocos sentimientos

Y por no dar que sospechar con razones preñadas á los señores de la quinta, contó las desgraciadas muertes de su padre, primo y criados, el socorro que les hizo Feliciano y su criado, y finalmente la causa que le movió á salirse huyendo de la venta, y dejarle por haberle tenido por compañero de los salteadores, persuadida de lo que había oído á su criado, con lo cual dejó tan admirado á Feliciano, como satisfecho de su queja, y, preguntándole dónde posaba, le dijo, que en casa de un tío suyo, á donde se había venido á apear, y que aquella tarde, por divertir la melancolía, se había salido á desenfadar al río con otras amigas, donde en vez de haberse holgado les sucedió aquella desgracia que ya tenía por dicha, pues le había visto, para satisfacer la queja que justamente tenía della.

—Menester ha sido, dijo Feliciano, ser tan conocido en esta ciudad para no confirmar viéndome en ella vuestra sospecha, y no estoy seguro de que os quede alguna en lo secreto, ya que en lo público me honréis.

—Esto no puede ser, dijo la dama, porque habrá tres días que os ví dar el hábito de Santiago, que ahora os falta del pecho con la ropilla que habéis dejado por favorecerme, y esto pudo asegurarme, y aun dejarme corrida de la mala opinión en que os tuve.

—Necesario fué verme en tal acto, dijo Feliciano, porque, si después me topáredes con la

roja insignia en el pecho, sin haber visto dármela, aún pudiérades presumir que era invención mía, para disfrazar la mala profesión que entendistes que seguía.

En esto estaban cuando á la quinta llegaron tres damas, que eran las que habían venido en el barco en compañía de la que socorrió Feliciano; venían todas mojadas, que habiendo sabido que su amiga estaba libre del peligro por Feliciano, y en aquella quinta quisieron en ella tenerla compañía y mudarse de vestidos, haciendo que de sus casas les trujesen otros, y asímismo de la de doña Dorotea, que así se llamaba la que estaba en la cama, á quien entraron á ver, holgándose mucho con ella, y la dama no menos con sus amigas.

Dió Feliciano con esto lugar á que se hablasen, por irse á mudar de vestido; y así se despidió de ellas, las cuales sabiendo ser el que había sacado del río á su amiga, le dieron las gracias de nuevo por el favor, y él les dijo que se tenía por muy dichoso en haber llegado á ocasión que le pudiese servir. Con esto las dejó en aquella cuadra, agasajándolas la señora de la quinta, haciendo que les trujesen de sus vestidos y camisas para mudarse.

Lo mismo ofreció su esposo á Feliciano; mas no fué menester, porque su criado había llegado ya con un vestido de color, guarnecido de plata, con que se mudó dando el que tenía al jardine-

ro de la quinta, que le ayudó á desnudar y enjugarse en su aposento. Salióse, después de vestido, á pasear por el jardín en tanto que se hacía hora para volverse con las damas, que acabándose de vestir quisieron volver á verle á intercesión de doña Dorotea, que le estaba del todo aficionada.

Vino pues el gallardo caballero donde estaban, y con su buena conversación y despejo las entretuvo aquella tarde, hasta que el señor de la quinta les llamó para darles de merendar, que era muy amigo de festejar á la gente principal que allí venía. Merendaron con mucho gusto y en particular le tuvieron Feliciano y doña Dorotea, sin divertir la vista el uno del otro.

En esto ya el rubio planeta quería dejar el andaluz horizonte, cuando determinaron, en diferente barco del en que habían venido, volverse á la ciudad, y, habiéndose despedido de los señores de la quinta, dándoles las gracias de lo que les había favorecido, se entraron en el barco, y se fueron por el río hasta desembarcar en el Arenal. Allí supo Feliciano, de doña Dorotea, haber sido ella la que le escribió el papel y aviso de su venida al río, y entre los dos quedaron las voluntades muy conformes, de amarse, y verse, si bien en la de doña Dorotea no tan asentada la afición por temor de cierta circunstancia que adelante diré.

Dióle á Feliciano el orden que había de tener para verse con ella por la ventana de un jardín

de noche, juntamente con la seña y hora, advirtiéndole que importaba por entonces que no la galantease en público ni la siguiese donde la viese que salía, y porque no era bien dar nota á las damas que con ella habían venido, le mandó que se despidiese dellas. Hízolo así Feliciano, el hombre más contento del mundo, de haberse topado con la que tantos deseos le costaba, por saber que se hubiese hecho. Doña Dorotea encargó mucho á sus amigas no publicasen su desgracia, porque no se supiese quién había sido el que la había favorecido, que importaba así.

Desde este día acudió Feliciano á la hora señalada á verse con su dama por la ventana del jardín donde algunas veces, si bien en breves ratos, pudo hablarla, favoreciéndole con grandes muestras de voluntad. Feliciano la persuadía siempre que estaba con ella con los mayores encarecimientos que podía, que fuese servida de darle entrada en el jardín por la puerta falsa dél, y aunque la dama le resistió á ésto, tanto instó en suplicárselo, que una noche hizo á la esclava que le había llevado el papel que le abriese. Entró pues el hombre más alborozado y contento del mundo, hallando á su dama sentada cerca de una hermosa fuente de blanco mármol; allí, con el mayor gusto que pudo significar su amor, le tomó sus blancas y hermosas manos el enamorado caballero, y besándolas mil veces, no acababa de ponderar la estimación que hacía de ha-

berle dado lugar á que gozase de su hermosa presencia tan á solas y tan á medida de sus deseos. Doña Dorotea le dijo:

—Primero que en cosa alguna me habléis, señor Feliciano, quiero que me cumplais un deseo que tengo desde la primera vez que os vi, que es saber la causa que os obligó á venir á esta ciudad, y dejar vuestra patria, de que comenzastes á hacerme relación cuando llegábamos á la venta donde os dejé.

—Aunque en obedeceros, dijo Feliciano, tengo de recibir pena por volver á la memoria la causa que me obligó á lo que decís, no quiero excusarme de hacer lo que me mandáis, aunque se que el tiempo que durare con el digusto del referirla pierdo el contento del hablar con vos en cosas de más gusto; mas, pues el vuestro es de que os sirva en ésto, pasó el caso desta suerte.

En la casa de mis padres, que por el nombre de Ramírez conoceréis bien descender, en Madrid, de aquel esforzado y antiguo caballero Gracián Ramírez, Alcaide suyo, se criaba una dama deuda nuestra de la casa de Vargas, noble familia en mi patria, á quien faltándole sus padres, por su testamento encargaron su tutela al mío, el cual la criaba con el amor que si fuera hija suya. Desde nuestra puericia nos criamos los dos en aquellos entretenimientos que se ocupan los que gozan desta edad, hasta que siendo ya mayores por consejo de una mi tía, que vivía

dentro de casa, retiraron á mi prima, ocupándola en ejercicios mujeriles, como son labrar, bordar y otros semejantes á éstos, en que se ocupan las personas de su calidad, sin dejarla ver de mi hermano mayor ni de mí, sino raras veces. Habíame tenido mi prima siempre grande amor, y yo se le tenía también; y esta privación de verla aumentó el apetito por comunicarnos, de suerte, que, aun con ser de tan tierna edad, no lo parecíamos en el sentimiento que mostrábamos, careciendo de vernos.

Desta suerte pasamos seis años, teniendo cada uno quince, en quien siendo el amor ya joven lo fueron también los deseos de vernos y hablarnos; pues, si no era cuando tal vez en unas pascuas comíamos juntos, y algunas tardes de fiesta delante de nuestra tía, no había orden para podernos ver. Con escribirnos á menudo dimos alivio á esta insufrible pena; y estos papeles se daban á una criada de mi tía, con grande secreto, porque si se llegara á saber, fuera dar ocasión á que mi padre me desterrara de su presencia; tanto cuidado tenía en su recato y en el de todas sus criadas; así pasamos otros dos años, aumentándose cada día más nuestra afición.

En este tiempo vino un caballero de Granada, heredero de un rico mayorazgo, á la corte á pretender un hábito, el cual tomó casa en la calle donde la tenía mi padre, y las ventanas del cuarto caían enfrente de las de mi tía, de donde pudo

tal vez, libre de las celosías, mirar la hermosura de doña María, que este es el nombre de mi prima, de quien se aficionó grandemente. Desde entonces este caballero dió muestras dello, y aun con las largas asistencias en su casa en tiempo que los de su edad andaban ocupados en los divertimientos de la calle Mayor, de la Comedia y del Prado, ya dándola músicas, ya vistiendo sus pajes con librea de sus colores; y en espacio de medio año que había continuado ésto, no fué posible hallar orden para que mi prima recibiese un papel suyo.

No desestimó doña María sus finezas, ni despreció su cuidado al mismo tiempo que me favorecía; porque ninguna mujer hay que le pese de ser querida; y ésto lo mostró con hurtar algunos ratos á la presencia de mi tía, por ocuparlos en la ventana, si bien detrás de la celosía, que no era tan cerrada, ni la distancia de una casa á otra tan grande, que desde su ventana no conociese don Félix (que así se llamaba el granadino) ser la que había elegido por único dueño de sus pensamientos. Yo estaba tan seguro desto, como de entender que era el favorecido, que esta negra confianza me destruyó, pues estaba tan ciego, que no echaba de ver por mil demostraciones que don Félix daba, el amor que la tenía. Un día que se le ofreció entrar en el regocijo de unas cañas, pidió don Félix á mi padre, como vecino suyo, con quien se comunicaba, y así

mismo conmigo, prestados unos jaeces; él se los ofreció con mucho gusto, y con achaque de ir á verlos pasó en casa de mi padre, y tuvo tan buena suerte, que, topándose con una esclava que salía del cuarto de mi tía, á quien él conocía bien, habiéndola visto desde su ventana, le dió un recado para mi prima, significándole en ésto cuánto deseaba servirla; cuánta era la afición que la tenía y los deseos de que hubiese lugar para manifestarle su amor á boca, encargándola mucho que todo esto se lo dijese en secreto, poniéndole, en pago del cuidado que la daba, un bolsillo en las manos con algunos escudos dentro; batería que allana la más fuerte criada, con lo cual, la descendiente de Agar, le facilitó la empresa más de lo que don Félix se pensaba. Llevóle la esclava el recado á mi prima, y ella le oyó atentamente; mas, en vez de responder á él como la tercera deseaba, la amenazó con mucho enojo, que si otra vez venía con semejantes recaudos la había de hacer castigar severamente, y aun hacer que la echasen de casa; que dijese á don Félix que no se cansase en intentar por aquellos medios su pretensión. Así se lo dijo la esclava, que, como salía fuera de casa por lo necesario para el cuarto de mi tía, tuvo lugar de verse con él; el cual por unos días no pareció á su ventana; novedad que no dejó de dar cuidado á mi prima, que, en las presumidas de su hermosura, paréceles que cualquier requisito que les

falte á su decoro lo pierden de los quilates de su estimación; y así manifestó sentir no haber visto á don Félix, porque estando un día á solas con la esclava la preguntó si estaba enfermo.

—De amores bien lo creo yo, dijo la esclava.

—No se lo pregunto por saber eso, dijo mi prima, que no me importa, sino porque estos días no le he visto á la ventana.

—¿Cómo ha de parecer en vuestra presencia, dijo la turca, si con la rigurosa resolución que en el recado vuestro le dí, se retiró, obedeciéndola aún en no querer veros, á costa de su disgusto; que me afirman sus criados que le trae tan grande juntamente con una profunda melancolía, que le priva del comer y del dormir, tanto que entienden que ha de perder el juicio, si esto le dura?

—No lo creas, dijo doña María, que en parte está donde los muchos divertimientos no se le dejarán perder.

—Ninguno le puede privar de teneros en su memoria, dijo la esclava, que os quiere con tan grande extremo, que para tenerle contento sus criados no hallan otro modo de lisonjearle, sino decir que os han visto, y con esto les hace mil preguntas á dónde, cómo, con qué vestido, y de qué manera tocada, mostrando particular contento de tratar desta plática.

No quiso mi prima dar pie á la esclava para que dilatase más la suya, antes la dejó con la

palabra en la boca, si bien contenta la turca de que la hubiese preguntado por él; señal de que estaba menos rigurosa. Y procurando ocasión de salir fuera, no quiso perderla de ver á don Félix para decirle lo que le había pasado con mi prima, el cual se holgó sumamente de saberlo, dándola en agradecimiento más escudos, y con ellos un papel que la diese en que la significaba lo que había sentido la rigurosa respuesta del recaudo que le había enviado con la esclava, suplicándola se sirviese de dársela á aquellos renglones con otros de su mano, que su intento sólo era inclinarla con finezas á que le admitiese por suyo, porque sabiendo que se dignaba de que la sirviese, trataría de pedirle á su tío le honrase con dársela por esposa. Este papel puso la atrevida esclava en manos de mi prima, y ella le leyó; pero con el mismo rigor que al recaudo, la envió de su presencia, afeándola su atrevimiento, y prometiéndola que había de procurar que saliese luego de casa.

Todo esto supo luego don Félix, con que estaba el hombre más triste del mundo, no sabiendo qué hacerse contra tanto rigor, empeñado en tanta afición, y al fin tomó por remedio de su pena aguardar á la venida de un tío suyo que esperaba, de cuya autoridad se pensaba valer, para que pidiese á mi padre á doña María para esposa suya. En este tiempo yo no perdía el ser favorecido de mi prima, sin hallar en su corres-

pondencia novedad alguna, hablando las veces que había lugar. Don Félix, aunque sentido del desdén, no dejaba en todas las ocasiones que se ofrecían de mostrársele muy fino, particularmente en algunas músicas que la dió debajo de sus ventanas, en cuyas bien cantadas letras se quejaba del rigor con que era tratado, cosa que despertó en mí oyéndolas, unas celosas sospechas para andar con más cuidado que hasta allí, en seguimiento de sus pasos.

Sucedió, pues, que un íntimo amigo mío había reñido con su dama por haberle dado ella unos celos, favoreciendo á un competidor suyo, y con el sentimiento desta ofensa propuso de no verla ni hablarla más, y así se lo escribió. Con esto la culpada dama, arrepentida de lo que había hecho, perdió la paciencia; que no hay cosa que más sientan las mujeres, que un libre desprecio, cuando cae sobre fundamento de culpa suya, y para dar satisfacción á mi amigo de lo que le imputaba, se entró en una silla una mañana, y con achaque de que iba á misa se vino á mi aposento, donde me dió cuenta desto, rogándome fuese tercero destas amistades; y al tiempo que salía de estar conmigo, quiso mi desgracia que viniese mi prima de misa con su tía y sus criadas, y la viese, dándole notables celos, que si bien estaba embozado el rostro, el adorno de sus vestidos, y lo bien prendido del talle, pudieron levantar esta borrasca en su tranquila voluntad,

y así mandó á un criado de los que la acompañaban que lo dejase de hacer, y la siguiese hasta saber su posada, é informarse de quién era. Partió el criado á obedecerla, por darla gusto, si á mi pesar, y anduvo tan diligente que le vió entrar en su casa, y conoció bien, volviendo á darle cuenta desto á mi prima, que estuvo con la nueva para perder el juicio; porque conocía bien á la dama que era muy hermosa, principal y rica; y no obstante que el estímulo de los celos que de mí tenía la desasosegaba bastantemente, determinó no decirme palabra alguna, sólo se retiró de escribirme y verme, con disculpa que dió de sentirse indispuesta, cosa que yo sentí tiernamente.

Ofrecióse, pues, un día ocasión de preguntar á la esclava por don Félix para darla motivo á que se lo dijese, por comenzar con este achaque á vengarse de lo que me imputaba. La esclava, dando cuenta desto al enamorado granadino, le dió motivo para que se atreviese á escribir á mi prima un soneto que le llevó la esclava, y ella le recibió con mucho gusto en la cama, donde estaba mala de la pena que recibió en haber visto á la dama salir de mi aposento; y así se pasó en ella quince días, con no poco desvelo y desasosiego, sintiendo yo la falta de su salud en ex-tremo, ignorando la causa por qué la había perdido.

Recibido, pues, el soneto, estando mi tía una tarde fuera de casa en cierta visita me deter-

miné á verla; y así, entré, á pesar de una dueña que me defendía la entrada á su aposento, dándola con mi vista no pequeño susto. A cuanto la ponderé el sentimiento que tenía de su indisposición, la falta de nuestra correspondencia y, finalmente, el contento que recibía de haber tenido tan buena ocasión de verla, me respondió con tan secos agradecimientos, nuevo estilo hasta allí en ella que, con la sospecha que tenía de la pretensión de don Félix, confirmé que debía de estar muy adelante en ella, siendo de parte de mi prima correspondido. Descubríase debajo de la almohada un papel, y yo con la pena que tenía, más sutiles curiosidades averiguara, quise ver lo que contenía; porque el corazón, con inquieto movimiento, parecía que me profetizaba mi agravio en él, y así le procuré sacar del lugar donde estaba, si bien fue resistido de mi prima con grandes veras, para que no saliese con mi intento, amenazándome que le daría gran disgusto si le intentaba leer. Esta resistencia fué echar leña al fuego de mis celos para que, sin mirar en su disgusto, no dejase de sacársele de entre las manos, y dejándola ofendida y enojada, fuíme con él á mi aposento, donde leí en él este soneto, que tengo bien en la memoria, y decía así:

Amé, solicité, rogué, serví;
y aunque serví, solicité y amé,
ni estimación le dieron á mi fe,
ni mejorado de favor me ví.

Importunando á pretender volví;
escribí mi pasión, sentí, lloré,
y menos gracia con mi dueño hallé,
con saber que escribí, lloré y sentí.
Como mi alma el desengaño vió
que ya tan descubierto se le da,
de su amorosa empresa desistió,
mas, vencida de amores, vuelve ya;
que quien de veras ama como yo,
con gran dificultad olvidará.

Cuánto sentí el haber leído el enamorado soneto; no quiero ponderar que de un hombre que amaba con las veras que yo, y se hallaba con tan conocidos indicios para tener celos, de creer es que me faltó poco para hacer locuras. Conocí, al fin, ser la letra de don Félix, porque en otras ocasiones la había visto, y pareciéndome no darme por entendido para con mi prima, por averiguar más de raíz lo que en esto había, luego procuré hacerme muy amigo de una criada suya que privaba mucho con ella, y como en las mujeres es fácil descubrir cualquier secreto obligándolas, ella me dijo cuanto sabía de su boca y os he referido. Della supe cuán celosa estaba de mí y la causa de sus celos, y asimismo con la pena que la dejé en quitarla el papel de las manos, si bien vengada en algo de mí, pero temerosa por mi resolución, de que conocido el dueño del papel no sucediese algún disgusto con él.

Levantóse mi prima de la cama y quiso mi tía

llevarla esotro día á la ermita de aquel Santo Culto de los campos de Madrid y patrón suyo, que está fuera de los muros de la real villa, cerca del cristalino Manzanares. Fué don Félix avisado desta salida por la esclava, y procuró verla con achaque de salir á probar un caballo, para la fiesta que se esperaba en el campo, que está fuera de la Puerta que llaman de la Vega; allí vió el apercibido galán salir por ella el coche en que iban á la frecuentada ermita, y queriendo después de haberlas saludado, acompañarlas, no le dió lugar mi tía. Todo esto me contó un pajecillo mío que fué con ellas. Esa noche quiso don Félix celebrar esta salida de mi prima, y juntando los mejores músicos de la corte, á la una de la noche, en nuestra calle, hizo que á cuatro voces diesen principio á la música con un romance que él había escrito á la convalecencia de mi prima y salida al campo; y por estar yo desde mi aposento escuchando con atención le pude percibir de memoria, y os le tengo de decir, que era así:

Convaleciente Amarilis
pisaba el florido valle,
que á dilatar más su ausencia
fuera cierto el agostarse.
A las aves y á las flores
quiere su presencia darles,
á las flores más primor
más regocijo las aves.

Su vista obliga á las fuentes
á que sus corrientes paren,
porque admiración les sobre
y murmuración les falte.
Nuevos intereses goza
el campo ameno y fragante,
pues del favor de sus pies
aumenta fertilidades.
Hasta los ganados rudos
con regocijos que hacen,
avisan á los pastores
que el sol destos campos sale.
Felicio que á su esplendor
es flor de Clicie constante,
sigue su hermosura siendo
prisión de sus libertades.
Y mirando su belleza
á los campos agradable,
al son de su dulce lira
esto cantó en voz suave:
Norabuena, Amarilis,
al valle vengan,
que en faltando del valle
no hay hora buena.

No aguardé á que cantasen otro tono, ni mi impaciencia podía dar lugar á ello; antes, desatinado de celos, tomé un broquel, y con mi espada desnuda salí en cuerpo de casa como un loco, y acometiendo á todos, dí á los músicos de cintarazos, rompiéndoles las guitarras y haciéndoles huir por la calle abajo. Don Félix, sin conocer el autor del desbarate de la música, sacando su

espada se vino contra mí determinado de vengar á los músicos; mas contra una legión de celos que entonces estaba en mi pecho, fué poco fuerte su resistencia para tanto poder, porque de dos estocadas le dejé tendido en el suelo, pidiendo confesión. Visto lo que había hecho, me fuí á toda prisa en casa de aquel amigo por cuya causa sucedió todo esto, y haciéndole en breve relación de lo que pasaba, me dió un rocín de campo, un vestido de camino suyo, una escopeta y trescientos escudos en un bolsillo; y, haciendo secretamente llamar á un esclavo mio, me salí acompañado dél, tomando el camino para esta ciudad, receloso que me saliesen algunos deudos de don Félix á matar. Caminaba de noche, donde en la cuarta jornada de mi viaje me sucedió lo que vos tan bien sabeis. Esta es la ocasión que me forzó á dejar, contra mi gusto, mi patria, si bien ya doy por bien empleado todo lo sucedido por haberme traído mi buena suerte al estado que gozo favorecido de vos, con que la mucha aficion que os tengo, sacrificando mi alma en las aras de vuestra hermosura, me ha dejado sin memoria del pasado empleo, conociendo las ventajas que haceis á quien tan ingratamente pagó mi afición.

Aquí dió fin Feliciano á su larga relación, besando las blancas manos de doña Dorotea, más ella, apartándolas de su boca, le dijo, más severa que hasta allí había estado:

—Señor Feliciano, ha mucho sentía el llegar al punto de deciros lo que esta noche es fuerza que oigais de mi boca; así, por estaros en deuda de la honra y de la vida, como por inclinarme la afición que os tengo á amaros, más consuélame el haberos oído que hayais querido bien en parte donde tan iguales son los méritos, y tan antiguo el conocimiento, no siendo parte el suceso que os tiene ausente para negaros á las satisfacciones, volviendo con ellas á vuestra patria á soldar la quiebra de voluntad. La mía tengo prendada de manera, que no es posible ser señora della en cuanto viviere, por tener dueño y esposo, aunque no le he visto. Mi padre tuvo amistad estrecha en su mocedad con un caballero que pasó á Indias, el cual quiso, agradecido, pagarle reconocidas obligaciones con dejar en el testamento con que murió, mandado á un hijo solo que dejó, que se casase conmigo, y en caso que no se inclinase á este empleo, me dotase en treinta mil ducados, de ciento cincuenta mil que heredó. Este caballero, por no perder esta cantidad más que por lo que yo merezca, mientras disponía su hacienda para venir á España, envió poder á un íntimo amigo suyo para que con él se desposase conmigo, efectuando el casamiento. A esto me traía mi padre desde Burgos, donde soy natural, nacida de antigua y noble prosapia. En el camino sucedió su desdichada muerte. Siendo favorecida de vos, llegué aquí como vos

sabéis, con sólo el criado que visteis; posé en esta casa, que es de un tío mío, primo de mi difunto padre; y á dos días de llegada, se hizo mi desposorio con el poder que os he dicho, en esta flota que cada día se espera, aguardo á mi esposo. Esto os sirva de desengaño, si en mí de sacrificio decíroslo á tiempo, que quisiera menos empeños en la voluntad y más libertad en el albedrío.

Calló doña Dorotea, dejando á Feliciano, con lo que oía, hecho un verdadero retrato del mármol de aquella fuente, sin poder hablar palabra: tanta fué la pena que recibió. Más recobrándose con el justo sentimiento de oir la relación, dijo, casi ahogado en penosos suspiros:

—Nuevo se me hacía para mi corta dicha, que después de haberme costado vuestra pérdida desvelos, sentimientos y deseos de veros, llegase á gozar este bien sin la pensión de algún disgusto. El que he recibido con este desengaño es tan grande, que sólo su remedio será la muerte, pues según el sentimiento con que me dejais, no espero cosa que más bien me esté; pues perdiéndoos á vos, que sois el verdadero dueño de mi mi vida, ¿qué bien puedo tener mientras me durare, sino un verdugo en la memoria que me atormente y un desconsuelo que continuamente me aflija? ¡Pluguiera al cielo que la noche que os libré del poder de aquellos fieros homicidas de vuestro padre y primo, después de haberos

servido, saliera con alguna herida de sus manos, con que pereciera en aquellas soledades, antes que en vuestra presencia tuviera con este desengaño más riguroso peligro! ¡Dichoso mil veces puede llamarse el que nacido en tan remotas provincias desta le tiene el cielo destinado para tan gran ventura, cuanto desdichado yo, que estando más de sus puertas adentro, me veo despojado de tanta gloria! Mas si á lo que el cielo ordena no hay repugnancia humana que resista, quejándome de mi poca suerte, os prometo, hermosa señora, que España no me vea más de lo visto en cuanto la vida poseyere; Flandes tiene guerras contra las islas de Zelanda y Holanda, ocasión en que los caballeros de mi calidad van á servir: allí determino (expuesto á los mayores peligros) que en defensa de mi Ley y Rey, una ardiente bala haga en mí lo que esta pena no ha hecho.

Mientras el lastimado Feliciano se quejaba de su poca suerte y cierto desengaño, la afligida doña Dorotea le acompañaba en el sentimiento con un copioso llanto, pesarosa en extremo de haberle desengañado tan declaradamente; pues aunque con esperanzas de verse presto en ajeno poder, quisiera en su amante más asistencia en aquella ciudad y menos resolución en irse, y así le dijo:

—Sabe el cielo, discreto Feliciano, cuánto siento vuestra pena y el poco remedio que hay

para su consuelo; por mi parte, puesto que es forzoso que cumpla más con las obligaciones de quien soy que con las del gusto; y aunque pudiera serme buena fiadora la prenda que dejaste en Madrid, no os doy éste por consejo, pues es tan á mi costa, ni tampoco apruebo el que os ha dado el sentimiento de mi desengaño, pues uno y otro me privan de teneros aquí. Quisiera que el tiempo os curara muy á mi comodidad, dejándoos con un amor de hermano, bastante á correspondernos sin perjuicio del honor de mi esposo y con amistad suya.

Mal podrá, hermosa Dorotea, dijo Feliciano, mi alma sufrir que goce de vos otro dueño cuando mis deseos caminaban al mismo intento con el honesto empleo del matrimonio, y mal podrá curar el tiempo heridas que se renuevan con la vista de su hermoso agresor. No es mi amor de tan bajos quilates, que se modere á quedarse en el estado que le pedís. Yo me holgara cumplir con vuestro gusto y obedeceros, mas como ha de ser á costa mía el teneros presente, viéndoos en ajenos bazos, no debeis permitir que padezca con tantas muertes quien con buscar una entre las contrarias armas acaba con su pena y adquiere reputación. El cielo os haga tan dichosa como soy desgraciado, y siga donde estuviere siempre, que al lado del esposo que esperais teneis muchas prosperidades.

Con esto, sin aguardar respuesta de la llorosa

dama, se fué Feliciano, bañado el rostro en lágrimas, sin tener fuerzas doña Dorotea para detenerle, ni aliento para mandárselo á su criada: antes, al punto que vió salir á Feliciano del jardín, soltando del todo las riendas del llanto, comenzó de nuevo á sentir su pérdida y quejarse de su desdicha, sin bastar los consuelos que le daba su criada para aplacar su llanto, ni divertir su pena. Retiróse á su cuarto, y esa noche y otros dos días siguientes, no se levantó de la cama, deshaciéndose en lágrimas.

Feliciano, afligido y desconsolado, se fué á su posada, donde con el tierno sentimiento que llevaba, ni dormía ni sosegaba, antes decía cosas de hombre que totalmente ha perdido el juicio. Comenzó á disponer su jornada para Flandes, avisando á su padre de su intento, el cual se holgó mucho de ver á su honrada resolución; y para su viaje le envió bastantes dineros en letras con que pudiese lucirse como quién era. No sintió poco la hermosa doña María la determinación de su primo, atribuyéndola á su desdén; pero halló más fácil el consuelo, porque don Félix en estando bueno trató de su casamiento, y al fin se hicieron las bodas.

En este tiempo llegó la rica y poderosa flota de las Indias á Sevilla, en quien venía don Fernando, que así se llamaba el esperado esposo de doña Dorotea, si bien no tan deseoso de su vista, como cuando salió de Lima, porque habién-

dose embarcado en un galeón donde venía un riquísimo perulero del Potosí y una doncella hija suya hermosísima, la amistad de los dos y la conversación con la dama, ocasionó tan grande afición en don Fernando, que venía perdido por ella, maldiciendo cada instante el día, que se determinó á enviar poder suyo al amigo para desposarse en su nombre, pues le estorbaba el conseguir que esta dama fuese su esposa, por quien perdiera, no los treinta mil ducados en que había de dotar á doña Dorotea, por la manda del testamento de su padre, pero la mitad de su hacienda, que eran más de setenta mil. La dama indiana no sabía como don Fernando estaba desposado, y así, aficionada á sus buenas partes, le favorecía de tal suerte que le tenía loco de amores, esto en lo lícito y honesto, sin que ofendiese en nada á su opinión.

Desembarcáronse; y habiendo dado el orden necesario para el registro de la plata que traían, se fué el perulero á una principal casa que sus agentes le tenían prevenida, y desde allí, habiéndole dejado en ella, se fué don Fernando á la del tío de su esposa, á donde fué alegremente recibido. No le pareció al recién venido caballero doña Dorotea tan hermosa como doña Leonor, que así se llamaba la indiana dama, y esto se le atribuía á la pasión de enamorado, porque en rigor eran grandes las ventajas que le hacía doña Dorotea á la recién venida. Hablóla su esposo

muy de cumplimiento, y con alguna tibieza, cosa que le conocieron luego los que se hallaron presentes, y ella le correspondió con el mismo semblante, si bien no descontenta de su buen talle; atribuyóle esto don Fernando al encogimiento de doncella, aunque más lo causaba la pena de la partida de Feliciano, á quien no apartaba de su memoria.

El tío de doña Dorotea trató de que el día siguiente recibiesen las bendiciones de la Iglesia, y así se hizo, con mucho acompañamiento de los amigos y parientes, habiendo mucha gala y bizarría, así en las damas como en los caballeros que allí se hallaron. Ese día comieron y cenaron espléndidamente en casa del tío de doña Dorotea, y después de la cena, con el mismo acompañamiento de deudos y amigos, fueron los novios llevados á las casas á donde habian de vivir, que les tenían lucidamente aderezadas, donde los dejaron, si en lo exterior contentos, en lo interior no muy conformes las voluntades; don Fernando por venir tan aficionado de la hermosa indiana, y doña Dorotea por haberle visto tan frío, cuando esperaba dél mayores fiestas y agasajos, y aquí se le renovó el sentimiento de haber perdido á Feliciano, á quien tiernamente amaba, pues de las muestras de su voluntad y afición se prometía un felicísimo empleo, si su suerte fuera tan dichosa, que llegara á tenerle por dueño.

Feliciano, desesperado de ver á su dama en

pacífica posesión de don Fernando, si bien enterado de las circunstancias con que se recibieron y de lo poco que él la festejaba, procuró inquirir curiosamente la causa de donde nacía aquel despego, y mientras disponía su partida á Flandes, el tiempo que estuvo en Sevilla lo gastó en saber cuán ciegamente el esposo de su perdida Dorotea galanteaba á doña Leonor, que ignorando el nuevo estado que tenía, le favorecía aún algo más de lo que debía, á quien era, con muestras muy públicas, de que daba alguna nota, cosa que en las doncellas, y más de la calidad que era esta dama, parece muy mal, pues siempre el recato y secreto fué alabado en los amorosos empleos, y así dijo un poeta, en una décima que hizo, á una dama que se recataba poco de que la viesen hacer señas á sus galanes, desta suerte:

Lice, de tu travesura,
tu doncellez se querella,
pues quilates de doncella
pierde tu desenvoltura;
opinión que no es segura
porque acreditada esté
evita lo que se vé:
no tomes tantas licencias,
porque en habiendo evidencias
muere la más firme fe.

Sintió grandemente Feliciano que doña Dorotea hubiese malogrado su empleo con hombre al parecer tan menguado como don Fernando, pues,

sin la estimación de sus partes y las ventajas que hacía á doña Leonor, proseguía con su asistencia en servirla, expuesto á que si se viniera á saber que era casado, le costase caro el festejo. Mostraba en casa poco gusto, porque sólo le tenía cuando gozaba de la presencia de la hermosa indiana; y hallándose su esposa confusa de no saber la causa de aquella novedad, discurría con varios pensamientos sobre ello sin dar en lo cierto, si bien entre los muchos que la ocurrían, algunos la ponían recelos que dejaba alguna dama en las Indias, cuya ausencia le traía con aquel poco gusto que mostraba.

Pues como Feliciano supiese con fundamento el martelo de don Fernando, y él estuviese de partida, por no ser posible verse con doña Dorotea la escribió este papel la noche antes de partirse; y, haciendo á su criado que se le diese á la esclavilla, llegó á manos de su ama, y en él leyó estas razones:

«Puesto en ejecución mi propósito por no padecer la pena de veros en poder ajeno (cuando se esperaba el lugar que tiene vuestro esposo), me parto á Flandes, y quisiera hubiera sido mi resolución, si ya después de vuestro desengaño- antes de haber sabido que no le tenéis de vuestro esposo. El disgusto que tiene, cuando le juzgaba contentísimo de gozar la venturosa suerte que le envidio, me ha costado no pocas diligencias el saber su origen, pues conociendo vues-

tras partes me pesa, ya que como esposo vuestro no las pude merecer, que quien goza de este título, no las estime en lo mucho que merecen. No me declaro más en ésto, y perdonadme si os dejo con la confusión, que yo me llevo la pena de ser curioso. El cielo os guarde y os haga más dichosa con él que yo he sido con vos.»

En grandísima confusión dejaron á doña Dorotea las preñadas razones del papel de Feliciano, volviendo de nuevo á ofuscarse en varios pensamientos, por no alcanzar á saber el fundamento del poco gusto de su esposo; y afligida así con esto, como con la partida de Feliciano, resolvió en copioso llanto la opresión de su corazón, lastimándose de haberse tan resueltamente determinado á desposarse por poder con quien no conocía; que no es poco dichosa la que se emplea en sujeto conocido, pues de lo contrario vemos muchos casamientos parar en grandes desdichas. Después de haber un rato bañado los cándidos jazmines y encarnadas rosas con el aljofarado rocío de sus ojos, cansado de su lastimosa pena, determinó á escribir un papel á Feliciano, no persuadiéndole á que suspendiese su jornada; que en esto ya estaba desengañada cuán vana era la persuasión, á quien con tan justa causa la hacía, sino porque no la dejase con la preñez de tantas dudas como tenía, después que leyó su papel, y así, pidiendo recado de escribir, al tiempo que había comenzado á hacerlo, entró su esposo ha-

biéndose la esclava dejado la puerta de aquel cuarto abierta por descuido. Llegó, pues, don Fernando al tiempo que tenía escritos cuatro ó cinco renglones del papel, no con poca pena, que manifestaba con algunos suspiros; esto pudo echar de ver por haber entrado con grande silencio, y llegado con el mismo hasta ponerse detrás de la silla en que su esposa estaba sentada, sin haberle ella sentido, tan atenta estaba á lo que escribía, y al tiempo que imaginaba cierta cláusula que escribir, para que saliese á su satisfacción, pudo llegar su esposo, y sacarle el papel de entre las manos, causándola á doña Dorotea notable susto así su impensada vista, como lo que hizo, cosa en que reparó mucho el ya receloso don Fernando, y preguntándola, algo mudado el color, para quién escribía; le respondió la dama, con no menos turbación, que para un tío hermano de su padre, que residía en Burgos. Púsose á leer el papel don Fernando para sí, sospechoso de que no era para quien decía, y en los renglones escritos leyó lo siguiente:

«Mi poca dicha, ó mis pocos merecimientos, me destinaron al limitado favor que recibo de mi esposo, á uno y otro me desconsuela, lo postrero le disculpa del disgusto que muestra con mi compañía. ¿Qué importan bienes de fortuna cuando se carece de los del gusto? Este le tuviera con vuestra presencia, y con saber la causa que...»

Hasta aquí tenía escrito doña Dorotea, que

leyó don Fernando, y si bien todo ello no le iniciaba más que de quejosa del poco amor que la mostraba, la turbación que en ella vió cuando la tomó el papel, hallarla escribiendo con tantas muestras de pena y cantidad de suspiros, y verla finalmente, los hermosos ojos encarnizados de llorar, fueron accidentes para acriminar más la sospecha á don Fernando, el cual, sin decirla nada, por no darla lugar á que le diese justas quejas, la dejó y se volvió á salir de casa, aumentando con esto en la afligida dama mayor pena y desconsuelo, no sabiendo qué hacerse en tal confusión. Al fin se resolvió ya que se le malogró el papel para que Feliciano le declarara las razones del suyo, enviar á llamar á su tío, de cuya casa salió casada, para darle cuenta de lo que pasaba. Vino el anciano caballero, y enterado bien de lo que hacía don Fernando con ella, la consoló, prometiéndola tomar muy por su cuenta el averiguar dél, qué le movía á no mostrar gusto con ella, puesto que personas de más calidad, si no de tanta hacienda como la suya, se tuvieran por dichosos con su compañía. De nuevo se le acrecentó á doña Dorotea el sentimiento de haber perdido, por ser tan obediente á sus deudos, el empleo de Feliciano, y acordándose desto, y de su partida, la ocasionó un desmayo de que estuvo tres horas largas sin volver dél, aunque para ello se le hicieron algunos eficaces remedios.

Llegó en este tiempo don Fernando, y viéndola en tal estado mostró sentimiento en lo exterior de hallarla así, aunque en lo interior bien se holgara de que este desmayo fuera el último que diera fin á su vida; tal aborrecimiento la había cobrado con la ciega afición de la indiana. Volvió, pues, doña Dorotea de su desmayo, hallando cerca de sí á su esposo, que teniéndole sus hermosas manos, se las besaba, y hacía algunas fingidas caricias, que ella estimó como estaba acostumbrada á verlas en él pocas veces. Con ésto la llevaron desde el estrado donde estaba á la cama para que reposase.

Volvamos á Feliciano que, despedido de su tía y de sus amigos, se partió á Flandes con sólos dos criados, que el uno dellos era Andrés. fiel compañero de sus peregrinaciones. Llegó, pues, á aquellos países; donde, asentando plaza de soldado, en varias ocasiones que se le ofrecieron con los enemigos, dió á conocer su valor y la ilustre sangre que había heredado, siendo estimado de todos los más lucidos y valientes soldados de aquel ejército, dando con estas muestras premisas de ser un importante soldado, continuando pues en señalarse en cualquíer facción de muchas que hubo de importancia, mereció, después de haber sido alférez, al puesto de capitán de Infantería.

En este tiempo don Fernando, enamorado más que nunca de su doña Leonor, continuó el ser-

virla con grandísimo cuidado y puntual asistencia; y, á este mismo paso, iba aborreciendo cada día más á su esposa, no mostrándole jamás buena cara, con que la pobre señora se deshacía en lágrimas. Ofrecióse pues un día irse don Fernando con otros amigos á holgar en unos barcos al río, y después de haber gozado de una alegre tarde en él, oyendo varias músicas, determinaron irse á merendar á una quinta que estaba á sus frescas orillas; llegaron los barcos á ella, y saltando en tierra, fueron recibidos de su jardinero con mucho agrado; previnieron las fiambreras, merendando con mucho gusto, y después de haber alzado los manteles, se quedaron en conversación aguardando á que dos criados que los acompañaban acabasen de merendar para que les viniesen á entretener un rato con dos guitarras, que eran excelentes músicos. En tanto preguntaron al jardinero cuya era aquella quinta, y tras éstas y otras preguntas, dándoles razón de todo, de lance en lance vino á contarles el suceso de la caída en el río de doña Dorotea, y de haberla librado Feliciano, que esta era la quinta donde la sacó libre del río, contándoles asimismo más de atrás la historia, como él la había oído, desde que el mismo Feliciano la había también librado de los salteadores, sin dejarles por decir el nombre de la dama y caballero, con que don Fernando quedó enterado ser la que decía su esposa de quien había sabido el

suceso de Sierra Morena; pero no el del río, que ella se le había callado, juntamente con el verdadero nombre de Feliciano, pues le llamó Lucindo, y dijo estar ausente de Sevilla. Esto y saber del jardinero que aquel caballero asistía en la ciudad, cuando á ella vino, y no haberle visto entre los muchos que acudieron á visitarle, le dejó sumamente celoso, y volviéndose al barco con los demás amigos, desde él se retiró cada uno á su posada, si no fué don Fernando, que, para averiguar más bien estas dudas, estuvo aquella noche con una criada que había despedido pocos días hacía su esposa por un enojo que la dió, de quien supo más enteramente todo lo que os he referido hasta aquí, sin dejarle por decir como después de lo del río la había visitado á menudo, siendo ya desposada, si bien le salvó, que ésto era con el decoro y respeto que se le debía, porque ella le admitía por las obligaciones en que le estaba.

Supo don Fernando como Feliciano se había partido á Flandes pocos días después que era casado, con que confirmó más la sospecha; y aunque en cuanto á no darse por entendido procedió cuerdamente, no lo fué en hacer de allí adelante poca estimación de su esposa, pues eran raras las veces que comía ni dormía con ella, asistiendo más en la calle de su indiana, de donde nunca salía, gastando su hacienda con ella en joyas, vestidos, presentes y fiestas que por su causa se hacían,

dando nombre á que la servía un caballero amigo suyo. Pero no pudo esto ser tan secreto, aunque Sevilla es gran ciudad, que no viniese á saberlo doña Dorotea, con que acabó de entender las preñadas razones del papel de Feliciano. Vivía con esto la afligida señora en un continuo y penoso llanto, abrazada en rabiosos celos, prevención y aviso que le dieron las tibiezas que había visto en su esposo, y los menosprecios y desabrimientos que conoció siempre en él, cuando ella le estimaba y quería con grande afición. Con este sentimiento afligida, y apurada de tanta resistencia como le había hecho, se entregó á una mortal tristeza, con que vino á perder la salud y á aumentársele los desmayos de suerte, que no había día que no tuviese dos ó tres, y algunos que le duraban á cuatro y á seis horas.

A toda Sevilla dió compasión su trabajo, y mucha más á los terceros que andaban reduciendo á su esposo mudase de condición, sabiendo la causa de donde procedía, y el poco remedio que hallaban para ello, con el divertimiento de don Fernando. Supo, en fin, la festejada doña Leonor cómo su galán era casado, las muchas partes de su esposa, y cuán mal procédía con ella, en no estimar en lo que merecía, y con el justo sentimiento que su cautela le ocasionó, cerró la puerta para no dejar de allí en adelante servirse más dél, enviándole á decir las causas que para hacer esta demostración había.

Sospechó el despreciado amante que ésto había sido diligencia de su esposa, y quiso que no se le pasase sin venganza, siendo de allí adelante con ella más esquivo y terrible de condición, aumentándosele con ésto á la pobre señora las pesadumbres procedidas de sus desestimaciones y desprecios, con que llegó á no tener hora de sosiego, sino las que con los desmayos estaba sin acuerdo. Dióle un día uno tan prolijo, que le duró más de diez horas, y entendiendo los que se hallaron presentes que era muerta, fué un deudo suyo á avisar á su esposo, más por cumplir con los demás, que por saber que le había de mover la triste nueva á compasión. Halló á don Fernando entreteniéndose en una casa de juego, adonde acudía de ordinario, y por darle cuenta de lo que pasaba, en público hizo alguna muestra de sentimiento, y con apresurado paso caminó á su casa, acompañado de algunos amigos; halló á su esposa sin acuerdo alguno, y que la estaban dando crueles garrotes para que volviese. Acaeció hallarse entre los que habían ido un Sacerdote, y con unas santas palabras que le dijo cerca del oído volvió en sí doña Dorotea con grandísimas congojas y suspiros. Don Fernando pareciéndole que era más lo encarecido que lo que había visto, dijo en presencia de todos, que bien excusado estuviera el haberle alborotado, y sacado de donde se estaba entreteniendo, que él sabía que aquello era muy ordinario en su esposa. Concediéronle

ésto, pero no que le hubiese durado tanto el desmayo á que él replicó con algún enfado:

—Pues con alguno quizá le daremos sepultura y ahorraremos de tantos sustos.

Pareció ésto tan mal á los circunstantes, que ninguno aguardó á oirle palabra, y, sin despedirse, le dejaron solo con sus criados.

Dilatóse con esto por Sevilla su necio cuanto riguroso proceder con quien no se lo merecía, y de allí adelante era menos la estimación que entre la gente principal tenía; mas á él, se le diera poco desto, como su hermosa indiana le favoreciera; que ésto era lo que más le desvelaba, sabiendo que desde que perdió su gracia la había granjeado un caballero rico, á quien doña Leonor favorecía, y corría la fama que había de casarse con ella.

Agravósele la enfermedad á doña Dorotea de manera, que dándole un día entre otros un desmayo, la tuvieron desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde sin volver dél, con que todos los que se hallaron presentes la juzgaron por muerta, aprobando sus pareceres con el suyo un médico vecino de don Fernando, tan prudente como él, cuyas letras eran tan abultadas como su entendimiento. El cual tomándola el pulso de nuevo confirmó lo que todos decían. Con ésto se trató de que se la hiciese su entierro. Convocáronse amigos y deudos, así de parte de la dama, como de la de don Fernando, todos las-

timados de su desgraciada muerte. Cortáronse lutos; llamáronse las órdenes, y con la cruz de la parroquia, y cabildo mayor se le hizo un suntuoso entierro, llevando el cuerpo á la capilla de su tío de doña Dorotea, donde le pusieron en una bóveda que tenía; no creyendo aún don Fernanque era muerta su esposa, tanto lo deseaba para tratar luego de su empleo con doña Leonor.

En este tiempo, por muerte de la tía de Feliciano, vino él á heredar toda su hacienda, que era cantidad; y para tomar la posesión della, fué fuerza venirse de Flandes, pidiendo licencia, y entró en Sevilla el mismo día que dieron sepulcro á doña Dorotea, y á la hora que la gente se venía del entierro, que era en el insigne monasterio de San Francisco de aquella ciudad.

Lo que sintió Feliciano la desgraciada muerte de doña Dorotea no hay palabras que lleguen á ponderarlo. Contábale una criada anciana de su tía la desesperada vida que la buena señora había pasado con su esposo; los penosos desmayos que la dieron hasta acabar su vida, procedidos de su rigor y mal tratamiento, y finalmente, no se le olvidó circunstancia de cuanto había pasado en el tiempo que había estado ausente acerca desto que no se la dijese, sin dejar por referirlo lo que don Fernando había dicho cuando le fueron á llamar á la casa del juego, «que algún día acabarían de una vez con otro desmayo ahorrando de sustos,» cosa con que á Feliciano le dejó

sospechoso si la habrían enterrado viva, pues desta razón, y de lo que la aborrecía el ingrato esposo se podía presumir bien que querría abreviar con su vida enterrándola con el desmayo, sin dar lugar á que pasasen las veinticuatro horas, y maquinando en esto, se determinó sabiendo que estaba enterrada en San Francisco, y en bóveda de la capilla de su tío á averiguarlo y verla, aunque fuese á costa de su sentimiento, por no perder la lástima de no la haber visto, y así se fué derecho al monasterio al tiempo que habría una hora que la habían acabado de enterrar, y haciendo que le llamasen al sacristán mayor, apartándose con él á un lugar solo y sin gente le habló desta manera:

—No debe admirar á Vuestra Paternidad, padre mío, lo que tan á deshora le vengo á suplicar en hábito de camino, puesto que á ello me inducen caridad y amor. Condescender por lo primero á hacerme merced, bien veo que no es ajeno de quien trae ese santo hábito, pues con él se hace profesión de ejercer esta virtud en todas ocasiones. Lo segundo creo le extrañará algo por degenerar de lo primero, teniendo cierta vislumbre de gentilidad, más que de piedad cristiana; pero considerando cuanta fuerza tiene una apoderada afición en mí, y la ocasión en que he llegado de Flandes á esta ciudad, ayudará á que Vuestra Paternidad me conceda lo que le vengo á suplicar.

Aquí le dió brevemente cuenta de su vida, desde que salió de Madrid, de los peligros que libró á doña Dorotea, de la penosa vida que pasó con su esposo, y últimamente de la sospecha con que venía de que aquella señora había sido enterrada con vida; y que para ver de asegurarse desto, y consolarse con verla, traía deseo de bajar á la bóveda, dándole licencia para ello. Esto le dijo con tanto sentimiento y lágrimas, persuadiéndole con tanta eficacia á que le concediese lo que le pedía, que el religioso acompañándole en la pena le respondió así:

—Admirado me tiene, señor Feliciano, así la relación que me habéis hecho, como vuestra pretensión, y aunque por el peligro en que os podéis ver, sintiendo tiernamente el ver cadáver helado á la que conocisteis con tantas partes de hermosura, os pudiera negar lo que me pedís, la sospecha que traéis de que no sea muerta, en que yo estoy también comprendido después de vuestra relación, me obliga á condescender con vuestro gusto, sacando de aquí (caso que doña Dorotea haya reposado en el Señor, que será lo más cierto) un verdadero desengaño de lo que somos, y en lo que hemos de venir á parar, para que en los pocos días que nos quedan por vivir sea su recuerdo parte para enmienda de nuestras vidas, y freno para los vicios, acordándonos que cerca estamos de pasar por lo mismo.

Con esto aguardaron en la celda del religioso

á que los demás se recogiesen, y habiendo oído la señal de la campana para silencio, cuando sintieron que todos estaban entregados al blando sueño, salieron los dos de la celda con sólo la luz de una pequeña lanterna, bajando á la iglesia, y entrando en la capilla, donde había sido el entierro, levantaron la losa que daba entrada á la bóveda, por donde entraron á ella con mucha quietud y silencio. Iba el enamorado Feliciano previniendo sentimientos y anticipando lágrimas con el lastimoso espectáculo que esperaba tener presto delante de los ojos. Reconocieron entre los demás que allí estaban el ataud de la malograda señora, y levantando el religioso la cubierta dél, tentó el cuerpo antes que llegase á verle. Feliciano, que lo estaba rehusando, temiendo lo que le había de costar de lágrimas y suspiros, y como viese que aún estaba con calor, cosa fuera de naturaleza por haber estado más de diecisiete horas al parecer de todos muerta antes de darla sepulcro, se lo dijo á Feliciano, el cual, asustado con lo que le oía, llegó, y abrazándose con la que había querido tanto, la comenzó á decir bañado en lágrimas estas razones:

—Ya que mi suerte fué tan corta, malogrado bien mío, que llegase á ver tu cuerpo sin el espíritu que ya juzgo en eterno descanso, viviré sin él mientras la memoria de tu desgraciada muerte no me faltare con la consideración de que

no fué dicha tanta, que te mereciese por único dueño de mi alma en el estado del matrimonio, pues cuando te conocí fué tan tarde, que ya de tu belleza tenía el dominio, no puedo decir tu esposo (aunque legítimamente casado contigo) sino un riguroso y cruel verdugo de tu inocencia, ingrato al bien que le hizo el cielo en darle tal compañía. Viviera el hombre más desconsolado del mundo si en la ocasión que llegué (ya que fué hallándote sin vida) no me despidiera de ti en este lugar, y así lo hago hasta el último cuanto temeroso día que nos volveremos á ver.

Esto decía sobre el difunto cuerpo el lastimado caballero, bañándole con grande abundancia de lágrimas, y dándole mil abrazos, no estando poco arrepentido el religioso de haberle permitido entrar allí, temiendo de su afectuoso sentimiento alguna desgracia.

Con el movimiento que hizo Feliciano al cuerpo, estando determinado del Cielo que aquella señora por entonces no pagase el feudo que los mortales pagan, sino que un largo desmayo la tuviese privados los sentidos, volvió en sí, y meneando los brazos y la cabeza, dió un penoso suspiro, cosa que atemorizó al religioso, y admiró á Feliciano. Reconocieron con la luz que estaba viva, y el religioso que había sido verdadera la sospecha de su amante, y el uno y otro, contentos cuanto se puede imaginarlo, sacaron con gran tiento del ataud, advirtiendo que aunque viva no

estaba aún en su entero acuerdo, y tomándola Feliciano en sus brazos la sacó de la bóveda á la iglesia, y della con parecer del religioso la llevó por su puerta principal, de quien tenía las llaves, á su posada, dejándole dicho al religioso dónde era, para que esotros días le fuese á ver.

Lo primero que hizo en llegando fué desnudarla el hábito de San Francisco con que la habían llevado á enterrar y los demás vestidos que tenía, y acostarla en una mullida cama que estaba para Feliciano, no poco admirada la anciana criada de lo que vía.

Allí acabó doña Dorotea de volver en su natural acuerdo, y avisando dello á Feliciano advirtió á la criada cuánto importaba para su salud no decirla en el estado en que la habían hallado; mas que, si estrañando el lugar en que se hallaba, le preguntase donde estaba, la dijese que en parte en que la deseaban servir con mucho gusto, y él no quiso por entonces que le viese. Sucedió así, que apenas se vió la dama restituída en su acuerdo, habiendo más de diecisiete horas que estaba desmayada, cuando mirando atentamente el lugar en que estaba, vió ser muy diferente en todo del en que le tomó el desmayo, que era su propia casa, llamó gente, acudió la criada, y como no la conociese la dijo con voz desmayada y flaca:

—Señora, á quien no conozco, sino para serviros después que he estado fuera de mí, y ahora

he vuelto en mi acuerdo, me hallo en parte tan ajena de donde me tomó el desmayo, que me obliga á preguntaros la causa desta novedad, y así os suplico os sirvais decirme quién sois, cuya casa es esta, y qué es lo que ha pasado por mí, pues me veo en ella, que me parece, según lo que en mí siento, que he vuelto de la otra vida á esta.

La anciana criada, instruída por Feliciano en lo que había de responder la dijo:

—Hermosa señora; aunque ha tiempo que habeis estado con un prolijo desmayo que nos tuvo dudosos de vuestra vida, no os estrañe después que os veis libre dél, la nueva posada en que os halláis, que en ella se os ha de servir con mucho más cuidado que en la que dejastes, y ésto ireis conociendo en el tiempo que en ella estuviéredes; lo que más os importa ahora, y á todos los que deseamos con veras vuestra salud, es que para repararos os sirváis de tomar una sustancia que os tengo prevenida, esta os voy á traer luego para que os dé algún esfuerzo, que ha mucho tiempo que estáis fuera de vuestro acuerdo, y necesitado el cuerpo de cosa que le infunda ánimo y aliento.

Y no aguardando á que la respondiese se fué con esto de su presencia, dejando á la hermosa Dorotea metida en mil confusiones.

Volvió pues la criada brevemente con la sustancia, y rogándola que la tomase, rehusó el hacerlo doña Dorotea, por sospechar que el estar

fuera de su propia casa habría sido con traza de su esposo, que habría ordenado el traerla allí, para hacerla dar aquella bebida, y con ella la muerte: y así dijo á la criada, sentada en la cama, con algo más aliento que hasta allí tenía:

—Si al gusto de mi esposo importa que yo tome lo que conocidamente sé que me ha acabar, no quiero que sea, ya que llegue á obedecerle con pérdida de mi alma, y así le pueden decir que permita se me traiga un confesor para que me confiese y después él ejecute el rigor, que ha tanto tiempo que desea usar conmigo.

Todo esto estaba oyendo Feliciano, detrás de una cortina de la cama, en parte donde no podía ser visto de doña Dorotea, y como la oía decir esto con tal pasión, y tanta abundancia de lágrimas, no pudo su corazón resistir el no acompañarla con otras tantas, hecho pedazos de compasión, y atreviéndose más á repararla el susto que de verle había de recibir, que la pena de la sospecha que había concebido, se resolvió á desengañarla, dándole cuenta de lo que había pasado por ella; y saliendo del escondido lugar donde estaba, la dijo:

—Dueño mío, que lo habéis de ser mientras tuviere vida, apesar de cuantos lo quisieren estorbar; creed que donde yo estuviese, antes trataré de que se os dilate la vida con divertimientos de mucho gusto, que no que con violencias se os cause la privación della.

Grande fué el sobresalto que recibió doña Dorotea con la vista de Feliciano, dejándola metida en un nuevo laberinto de dudas y confusiones, y por salir dellas, le dijo:

—Señor Feliciano, de lo mucho que me habeis estimado y querido estoy cierta que donde vos estáis no puedo temer daño que me ofenda: pero si tenéis lástima de una mujer que entre confusiones y temores está padeciendo, os suplico, en pago de lo que os he estimado y estimo, me declaréis estos enredosos y obscuros enigmas, que me confunde no saber qué casa sea esta; como he venido á ella, y el veros en mi presencia cuando os juzgaba en extranjeros estados, muy olvidado con la milicia desta ciudad, y aun de quien os desea servir.

Parecióle á Feliciano que no era bien tener más suspensa á doña Dorotea, y así, sentándose sobre su cama, le dió cuenta de todo lo que pasaba de la manera que habéis oído, sin faltar nada; y por remate de su relación la dijo, que estaba con determinación de no consentir que volviese más con su ingrato esposo, aunque él perdiese la vida sobre ello; que él había heredado de su tía una gruesa hacienda, que parte della estaba en Gelves, dos pequeñas leguas de la ciudad donde la pensaba llevar y asistir en su compañía hasta que fuese su voluntad, si es que ésto era con su gusto, con pretexto de que no le movía ningún lascivo apetito á intentar esto,

sino puro y casto amor que la tenía, como á una hermana suya, dando por fiador desto al tiempo, en quien esperaba mostrarlo que desde luego la aseguraba.

Con notable admiración dejó á la dama la relación de Feliciano; considerando cuán rigurosamente había procedido con ella su esposo, hasta intentar con violencia quitarla la vida, sin haber el cielo determinado su fin, y desengañada de su poca fe se resolvió olvidarle del todo, y estimando el tercero y piadoso socorro de Feliciano, propuso no salir de su voluntad en cuanto tenía determinado hacer mientras tuviese vida, por que echase de ver que en la forma que decía con amor de hermana sabía pagar obligaciones, pues las que tenía al estado que gozaba y á quien era, no la permitía ser de otra suerte, ya que la suya había sido tan corta, que no le hubiese merecido por esposo; y así le agradeció encarecidamente el favor que de nuevo le había hecho, y renovó las gracias de los que antes había recibido de su noble y generoso pecho, cosa que el enamorado caballero estimó en mucho, y en agradecimiento de lo que oía le besó una de sus hermosas manos con mucho gusto, echándole ella los brazos al cuello con grandes muestras de amor.

Tratóse luego de su regalo, y desde allí adelante, por orden de un médico que secretamente acudió á visitarla, se le hicieron los remedios convenientes para su salud, con los cuales y el

gusto que tenía de haber salido de la opresión de su esposo, estuvo doña Dorotea buena y libre de los desmayos, volviendo á su primero ser. Llevóla Feliciano á Gelves, donde tenía casas principales, y dentro dellas un ameno y recreable jardín, de donde no salía la hermosa dama sino solo á misa del Alba, llevándola á ella Feliciano, y lo restante del día se pasaba entretenida con él y sus criadas. Desta suerte se pasaron tres meses sin haber en todo este tiempo oído de Feliciano palabra que excediese de los límites de un amor de hermano, con que obligada á tan igual proceder, iba en mayor grado aumentándosele el amor.

En este tiempo, aliviado el luto, don Fernando volvió á la pretensión de su doña Leonor, la cual viéndole viudo de nuevo le admitió en su gracia, dejándose públicamente galantear y servir dél, con que le animó á pedírsela á su padre por esposa, el cual, viendo que era don Fernando, y la grande hacienda que tenía, y cuán á propósito le estaba granjear tal yerno, condescenció con su gusto, y así se hicieron las capitulaciones de la boda, tratando de sacar lucidas galas y costosas joyas para ella. Ofrecióseele á un criado de don Fernando hacer una diligencia en Gelves, donde estaban Feliciano y su dama, llegó al lugar al amanecer, por haber caminado de noche por los grandes calores que hacía, y al tiempo que se acababa de apear en la posada oyó tocar á misa

del Alba, que era día de fiesta, determinó el criado oirla por tener después lugar de tratar de su negocio, fuése á la Iglesia, y estando aguardando á que saliese el Sacerdote á decir la misa, vió entrar á Feliciano con doña Dorotea de la mano, y detrás dellos toda su familia. Puso el criado atentamente la vista en doña Dorotea, admirándose de ver en ella un trasunto de su difunta señora; y con esta admiración, suspenso de lo que vía, se fué en su seguimiento, poniéndose frontero della á oir misa para mirarla con más atención acrecentando cada instante admiraciones, porque si no hubiera estado presente al entierro de su señora tuviera por falso, con este desengaño, que era muerta. Acabada la misa, se salió á la puerta de la iglesia para ratificarse por si se habia engañado. Salieron, pues, los dos castos amantes en la forma que habían entrado, cayendo doña Dorotea á la parte donde estaba el criado, que éste era el que había venido con ella desde Burgos, y se había huído de la venta, entendiendo que Feliciano era salteador. Pues como doña Dorotea reparase en la atención con que la estaba mirando, habiéndole conocido, y él también á Feliciano, le dijo al tiempo que el hacía una humilde cortesía:

Lo que miráis con tanta suspensión, habréis juzgado más á prodigio de la naturaleza, que al ser yo la misma que pocos días há vistes enterrar, pues quiero que os desengañéis, que soy yo

doña Dorotea, y que vivo á pesar de aquel aleve dueño que tuve, indigno del nombre de mi esposo, para confusión y afrenta suya.

Bien quisiera Feliciano que doña Dorotea hubiera excusado el declararse de aquel modo, y más con quien también le conocía porque él esperaba ocasión en que vengar este agravio de don Fernando, y así lo iba disponiendo hasta que se lograse á su satisfacción; mas vió que el impulso de una mujer agraviada no haya resistencia que le modere. Pasaron con esto, quedándose el criado hecho un mármol con lo que había oído, culpando desde luego la crueldad de su ingrato amo, y proponiendo en dándole parte de lo que había visto, no estar una hora más en su servicio. Dejó pues el negocio á que había ido, y, poniéndose en su rocín, le posteó, hasta que en breve tiempo le puso en Sevilla; y, sin hacer más que dejarle en el zaguán á un mozo de caballos, subió á dar cuenta á D. Fernando de lo que había visto y oído, al cual dejó suspenso por más de un cuarto de hora la prodigiosa nueva, á que dijo no daba entero crédito si él mismo no lo vía por sus ojos, y así para el primero día de fiesta que vino se halló disfrazado en Gelves y en su Iglesia, donde vió á su esposa entrar en misa, acompañándola Feliciano en la forma que el criado le contó que los había visto. Y así, después de dicha la misa, los fué siguiendo hasta que entraron en su casa sin que

reparasen en él, quedando el hombre más confuso y atribulado del mundo, así por la infamia que se le seguía, sospechando que Feliciano gozaba de su esposa, como de no poder, estando viva, casarse con la indiana doña Leonor; reconoció la casa dando vuelta por las paredes que cercaban el jardín, con ánimo de venir una noche con dos criados á darles la muerte, añadiendo con este intento yerro á yerro.

Con esto se volvió á Sevilla, metido en mil confusiones, discurriendo sobre el modo con que su esposa se libraría del sepulcro, y estaría en poder de Feliciano, sin dar en lo cierto. Esotro día buscó para ejecutar su determinada resolución dos hombres destos que, con nombres de valientes, se alquilan para asesinos, de que hay gran cantidad en aquella ciudad, gente de quien no vive seguro el hombre más alentado y animoso, porque á la vuelta de una esquina, ó con la brevedad de un pistolete, ó la longitud de un estoque buido de más de marca le despachan por la posta á la otra vida, sin que en ésta se averigue el autor de la alevosía. Con estos concertó, por dineros, que le ayudasen á la ejecución de su intento, pagándoles de antemano la mitad de lo que montaba la iguala; y una noche, algo obscura, en tres alentados rocines partieron de Sevilla secretamente, llevando cada uno su escopeta cargada para lo que se ofreciese.

Llegaron á Gelves á las once, al tiempo que

Feliciano, habiendo venido de caza, le habían dado de cenar en el jadín y en él, solo con doña Dorotea, se había quedado durmiendo en sus faldas con tan pesado sueño, que por no se le interrumpir la dama le dejó así hasta más de la media noche. A esta hora saltaron las paredes del jardín don Fernando y los dos compañeros, determinando aguardar en él hasta que todos estuviesen recogidos, y después con dos llaves maestras que llevaban, abrir las puertas que hubiese hasta el aposento donde don Fernando juzgaba, dormían juntos los que con infame adulterio presumía que le quitaban el honor. Apenas había saltado el primero, don Fernando, y uno de los que le acompañaban, cuando sintiéndoles un lebrel de ayuda que se había quedado allí con Feliciano, por gran ventura comenzó á ladrarles, acudiendo á aquella parte, á cuyo ruído y al extremecerse doña Dorotea, recordó Feliciano alborotado, y hallando por su buena suerte cerca de sí el arcabuz que había traído de caza, que por descuido de su criado se le dejaron allí olvidado, al primero en quien le disparó fué en don Fernando, sin darle lugar á que él pudiese hacer otro tanto, dejándole tendido en tierra muerto. Con esto ya el otro había saltado la pared hacia la parte donde estaba una hoya en que cayó, y del salto se le rompió una pierna. El lebrel no se había descuidado, que ya estaba sobre el que saltó tras don Fernando teniéndole

fuertemente asido sin dejarle mover. Llegó Feliciano, con la espada en blanco, y dándole dos estocadas le dejó pidiendo confesión, por acudir al tercero, á quien halló con la pierna quebrada y, queriendo hacer dél lo que de los otros, vió que no se podía mover. A este tiempo bajaron Andrés y las criadas á las voces que daba doña Dorotea; y, haciendo Feliciano que á los dos que estaban vivos les atasen las manos, quiso reconocer el muerto con una luz, y vió ser don Fernando, de que se admiraron él y doña Dorotea extrañamente. Dióse cuenta á la justicia del lugar, llevando á la cárcel á los asesinos, y á don Fernando á la Iglesia, donde essotro día le dieron sepultura.

Supo el Asistente de Sevilla el caso; llevó á la ciudad á los presos y Feliciano se presentó en la cárcel, con cuya confesión se supo todo el caso de la manera que he referido; y dándoles tormentos á los asesinos, declararon haber sido pagados de don Fernando para que matasen á Feliciano y á doña Dorotea, sin saber por qué causa.

Presentóse el religioso de San Francisco también por testigo, el cual, con licencia de su prelado, dijo lo que sabía acerca de haber sacado á doña Dorotea del sepulcro, con lo cual sustanciando el proceso, condenaron á los dos presos á ser ahorcados, dando por libre á Feliciano y á doña Dorotea; los treinta mil ducados en que su

padre de don Fernando mandó que la dotasen, con los cuales se trató de casar con Feliciano, enviando él á avisar á su padre de todo; el cual se partió luego á Sevilla, por hallarse en las bodas de su hijo, que fueron muy regocijadas de los caballeros de aquella ciudad, amigos de Feliciano, siendo padrinos dellas el Asistente y su mujer, viviendo Feliciano y doña Dorotea muy contentos en amorosa y conyugal unión, con hijos que le heredaron.

Notable gusto dió la ingeniosa novela de la hermosa Lucrecia, habiéndola dicho con mucha gracia y despejo, si bien fué un poco larga, pero no cansó al apacible auditorio, que cuando oye con gusto presta aliento á los oradores.

Tocábale á Octavio el primer enigma, y sacando un papel traía en él pintados unos frailes con hábitos blancos todos de una edad é iguales de cuerpo, formaban trabados por las manos un pequeño cerco, enmedio del cual estaba otro fraile de hábitos negros y así mismo lo era el rostro; los versos eran estos:

ENIGMA

Para darnos nuevo ser
que por república sirva
es muy cierto que perecen
mil vidas vegetativas.
Y al fin de martirios largos
que dieron aquestas vidas

en la forma de convento
nos ponemos á la vista.
Somos una unión de hermanos
iguales en la familia,
con el hábito y costumbres,
y de una prosopia misma.
Estamos subordinados
con la facción que nos miran,
al rigor del que nos manda,
nos gobierna y nos castiga.
Y aunque los cuerpos aflige
con penitencia excesiva,
su intención va enderezada
á que la unión no desdiga.
Etíope es el prelado,
según su color lo afirma;
mirad quién podrá sufrir
otro de nación distinta.
Solas pluvias nos defienden,
que su cólera no oprima,
y el que dellas no se vale
al fuego se precipita.
En forma de galeotes
unos á otros nos liga,
hasta darnos libertad
la que gracia comunica.
Nuestro nombre antiguo toma
un solar y casa antigua,
en la noble Lusitania
con que honora su familia.

Dudosos dejó á todos de lo que sería su enigma, sin haber nadie que por un espacio le decla-

rase, y cuando todos querían dar las veces al mismo autor para que manifestase á todos lo que era, una criada de aquellas señores, dijo ser el cuello abierto con molde, dándole la declaración por los versos que volvió Octavio á referir, el cual dijo:

—Por Dios, señora doncella, que por ser cosa que ya no se practica (viva infinitos siglos de años quien de tal enfado nos excusó) no entendí que nadie le acertara, sino es algún abridor, y desto vivía seguro, porque con su expulsión hay muy pocos en España.

Mucho rieron todos, así con el atreverse la criada á declarar el enigma, como con lo que dijo Octavio, el cual hizo á doña Angela que dijese el suyo, y sacando un papel, traía en él pintada una mujer con el rostro de mulata lleno de muchas señales al modo de las que dejan las viruelas, estaba vestida de negro, los versos eran estos:

ENIGMA

El animal que en el cielo
le colocaron por signo
me vino á rendir sus armas
porque tuviese principio.
Mas para hacerme perfecta
á fuerza de mil martirios,
dí más vueltas que Ixión
en los Tártaros abismos.
Y estando puesta en facción,
para atormentarme vino

á darme mal de viruelas,
que es ordinario en los niños.
Rasquéme, y en todo el cuerpo
del rascancio y los pellizcos
quedé con estas señales
con que de hermosa desdigo.
Con ellas sirvo á los hombres
que para cierto ejercicio
dicen que soy importante,
y desta manera sirvo.
Estado quisieron darme
y buscáronme un marido
del solar de mi linaje,
si bien más negro y curtido.
Ayúdole en cuanto puedo,
porque le importo á su oficio,
con que cubro sus borrones
que suele hacer infinitos.
Mucho trabajo me cuesta;
que el sustento que recibo
para servirle de veras
de mi propio cuerpo quito.
Tengo tal atrevimiento,
que sin ser el rubio Cuitio,
ni tener carro dorado
ando buscando los signos.
A la gloria me parezco,
si no en los efectos mismos,
en que encierro los que tienen
el hombre que me da el mío.

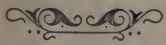
Poco dudaron en este enigma de la hermosa doña Angela, porque su hermana dijo ser la sal-

vadera; con que todos quedaron muy gustosos, viendo cuán ingeniosamente le traía dispuesto; y, para dar gustoso remate á la tarde, Octavio, doña Angeles y doña Laura cantaron á tres voces este romance:

En buenhora desengaño
hagáis mi suerte felice,
que seréis bien recibido
aunque tan tarde vinistes.
Discreto venís á hacerme
después que me veis más libre;
que cobra fama de necio
aquel que muere de firme.
Dar á logro voluntad
cierta la ganancia rinde;
que amar sin correspondencia
es pérdida sin desquite.
Querer por solo querer
sin intención de otros fines,
es amor tan á lo antiguo,
que ya el uso no le admite.
Sin esperanza de premio
nadie quiere, nadie sirve
por más que amantes Platones
amar sin ella publiquen.
El más ajustado amante
aunque adore un imposible
le estimula la esperanza
que á la posesión camine.
Cuando desdén y mudanza
el justo premio prohiben,
á finezas de intención

disculpa se les permite.
Al templo del desengaño,
que prisioneros redime,
voy á dar gracias que él solo
me ha vuelto de topo en lince.
Tus desdenes, ingrata,
me causan penas;
mas, al fin, desengaños
me curan dellas;
que es remedio que nace
de la dolencia.

La destreza con que todos cantaron con la pasada sazón de los enigmas, suplieron la prolija si bien artificiosa novela de doña Lucrecia; y siendo ya hora de recogerse la suerte le tocó al Médico para la novela del siguiente día, queriendo aquellas señoras que no les saliese barato lo que le habían entretenido aquella apacible tarde. Obedeció con mucho gusto, y con el mismo aceptaron doña Laura y doña Lucrecia el traer los enigmas.



Tarde quinta.

Cerca de los últimos términos del día fatigaba el rubio hijo de Latona el luminoso tiro, conducidor de su radiente carroza, solicitando la brevedad de su curso por hallarse en el undoso imperio de Neptuno, donde la graciosa Tetis le prevenía alojamiento, cuando los frondosos árboles, socorridos del regalado céfiro brindaban á las pintadas aves con el apacible murmúreo de sus verdes hojas, á que haciendo la razón su concertada y sonora harmonía convidó juntamente á las damas á que saliesen á gozar de sus amenos y compuestos cuadros, y en uno donde el arte competía con la naturaleza hicieron traer asientos, y acomodándose todas, esperaron á Octavio y al Médico, á quien le tocó la suerte del novelar aquella tarde. No quisieron que les deseasen su venida mucho, porque casi al mismo instante que se habían sentado, llamaron los dos á la puerta del jardín, entraron y apeándose Octavio de su macho, y el Médico de su regalada mula, llegaron á la amena estancia elegi-

da por aquella tarde, para su gustoso entretenimiento, donde siendo alegremente recibidos de aquellas señoras, les dieron asientos; y porque no se les pasase el tiempo, Octavio templó su guitarra, á quien acompañó con sonora voz, cantando este romance que se sigue, que dijo, antes, haberle hecho al propósito de un galán desfavorecido de una dama que pretendía, y para inclinarla á que le admitiese en su gracia se valió de una hechicera que pagada le dió unos hechizos en una redoma, y al tiempo que los llevaba para la ejecución de su intento, se encontró con un asno de un aguador en quien se rompió la frágil custodia de su embeleco, y experimentando el rudo animal el poderoso efecto, dió en seguir al galán sin poderse defender dél.

Hechizos solicitaba
un galán á lo moderno;
que se vale del atajo
quien se cansa del rodeo.
De una niña de cristal
siente durezas de acero,
que se juzgó en lo cristalino
quiebras al primer encuentro.
Con una hechicera topa,
que ha hecho ya en el infierno
caravanas de novicio
para demonio profeso.
Dióle en un pomo de vidrio
confeccionado el remedio
por quien espera favores

de quien no ablandaron ruegos.
Al revolver de una esquina
rompióle el vidrio un jumento,
donde, fuerzas del hechizo,
le imprimieron sus efectos.
Parte en busca de la causa
de su amoroso embeleco,
á quien promete en bocados
lo que otro librara en besos.
Con bufidos y rebuznos
manifestaba su celo,
que del sardesco idioma
son suspiros, son requiebros.
Atribulado del caso
y pesaroso del hierro,
del Tarquiasnale apetito
huye el barbado Lucrecio.
«Aguarda, necio galán,
si hay necio que pueda serlo,
no de tu prójimo huyas,
deudo es el bruto del necio.
Si eres noble por tu sangre
el jumento no lo es menos,
que si es *Cerda* por la cola,
¿qué será por todo el cuerpo?
No te podrás escapar,
aunque te defienda un pueblo,
que zapatos de Bilbao
son escuadras de Tudescos.
No á su amor le digas nones,
cuando de sus pies ligeros
salen las coces á pares,
como frailes de un convento.

Espera de su asmitud
que ha de recibir por premio
hierro de manos con guantes
manos con guantes de hierro.
Tú pierdes en no esperarle,
un paladión de concetos,
que digeridos declare
el lenguaje borriqueño.»
Huye el descuidado amante;
sigue el bruto su desprecio,
y al bruto el dueño y el palo
con que le bruma los huesos.
Mientras solicita gustos
sufre agravios de su dueño,
que lo que el dolor le dura
es lo que siente del duelo.
Por la puerta de Alcalá
salen todos tres corriendo
á consentir con el burro,
la mitad se tienen hecho.

La buena voz y donaire de los versos bien aplicados al asunto dió mucho gusto á los agradecidos oyentes, pagándoselo ellos en encarecidas alabanzas que estimó en mucho Octavio, y llegándole su plazo al médico para contar la novela, de que el día antes le había tocado la suerte, ocupando un asiento entre aquellas hermosas damas, algo más eminente que los demás, habiéndose sosegado un pequeño rato, cuando todos le guardaban silencio, en clara voz, comenzó su novela desta suerte.

NOVELA QUINTA

EL CULTO GRADUADO

Aunque es tan ajeno de mi profesión, hermosísimas damas y discreto auditorio, el novelar, cumpliendo con la ley de la obediencia y con la que observó ayer mi hermosa antecesora, ocupo este puesto para referiros una graciosa burla, con que reprendo á los hombres que se divierten del provechoso empleo de las letras que profesan (de quien esperan eminentes cargos por darse á ocupaciones inútiles y de que no se saca ningún fruto, con que vienen á perder sus reputaciones, y el predicamento en que pudieran estar por lo primero); y porque esta novela consta así de prosa como de versos, me he reducido á traerosla escrita, temiendo no me falte la memoria á la mejor sazón, como muchas veces suele acontecer, y sacando un cuaderno del pecho en inteligible voz comenzó á leer desta manera:

Siete leguas de la insigne y reale villa de Ma-

drid, corte del Quarto Filipo, Monarca de las dos Españas, dista la villa de Casarrubios del Monte, de donde se intitulan Condes los ilustres descendientes de la clara prosapia de Chacón, familia tan estimada en España como honrada de sus generosos reyes.

Aquí asistía á pasar sus estudios el bachiller Alcázar, después de haber cursado en los dos Derechos los cinco años en la eminente y docta Academia salmantina, donde recibió el grado que tenía. Era hombre de edad de treinta años, agradable en la presencia, tardo en el ingenio, muy jovial y, sobre todo, de candidísimas entrañas; pero con esto en lo vano y presumido podía hacer competencia con un maestro en artes ó con un caballero de ciudad.

Los ratos que daba vacaciones á sus estudios (por quien se prometía honrosos premios de estimados cargos) se ocupaba en leer ya libros poéticos, ya obras sueltas manuscritas de ingeniosos y conocidos poetas, siendo tocado deste contagio, que así se le puede dar nombre, cuando los ignorantes á pesar de su rudo natural y pocas letras porfían en hacer duros y mal limados versos.

Llegaron á sus manos unos de algún autor pesado, de aquellos á quienes la rudeza del vulgo llama cultos, siendo este nombre tan opuesto al que merecen; no hablo de particulares sujetos, que en la oscuridad de sus escritos han descubierto elegancias y rayos de ingenio, dando con

ellos admiración á nuestra nación y las extranjeras.

Perdía el juicio nuestro bachiller investigando interpretación á cualquier verso destos; y para darles la verdadera á su satisfacción decía millones de disparates, como suelen hacer otros mayores ingenios por averiguar sentido donde no le hay. Mil veces tuvo la pluma en la mano para hacer un dilatado comento sobre cada dificultad, que no diera poco que reir, á salir á luz su impertinente trabajo.

Llegóse el tiempo de las vacaciones en las Universidades, y de la de Salamanca vinieron dos estudiantes naturales de Casarrubios, á su patria, con quien el bachiller se comenzó á comunicar y á profesar amistad; y entre otras cosas que una tarde trataron, encerrados en la sala baja de su estudio, fué discurrir sobre aquellas obras oscuras, ó las llamemos cultas, en que los dos estudiantes se preciaron estar muy versados, declarándole lo que él dudaba, con que el bachiller los confirmó por agudas habilidades; tanta era su candidez. Y para darle mayor admiración, dijo cada uno versos suyos á imitación destos cultos, que ellos aplicaban al asunto que les parecía, dejando al bachiller absorto y admirado de oírselos, y tan ayuno de entenderlos como los mismos que los habían hecho; ejercicio en que han perdido pie muchos que han tomado la pluma para escribir en este nuevo y oscuro

estilo, pues les parece consiste su elegancia en la oscuridad de los versos, en las nuevas y exquisitas voces, aunque sean latinas, en anteponer y posponer vocablos, donde la construcción no tiene lugar porque todo es un barbarismo.

No quiso nuestro bachiller que los dos estudiantes le tuviesen por ignorante, y haciéndose del entendido en sus versos, admiró su elegancia y ponderó su agudeza; y, de allí adelante, procuró á costa de desvelos, si olvidado de sus importantes estudios, ocuparse en salir eminente en la culta poesía, y así no escribía cosa que no fuese imitándola, sin saber él mismo lo que se quería decir. Y para muestra de lo que pretendía profesar hizo un romance á la crueldad de una moza vecina suya, dejándole su derecho á salvo, para poder servir en otro asunto; que esta nueva poesía ejercitada de sus flamantes profesores, es malilla de asuntos, como solfa de villancicos festivos, que en ella acomodan cualquiera letra, venga ó no venga bien; con que se dicen ridículos disparates, pues al modo que un rocín atado á una estaca en el alcacer comienza por lo más tierno, y estando allí tiempo sin mudarse, le obliga á comer hasta lo más duro de las cañas, y aun las mismas raíces, así hace el poeta villanciquero, que forzándole á que, atado á una solfa, haga un villancico á la Natividad, otro á la Resurrección y otro á los Inocentes, lo viene á parecer en sus versos cuando llega al cuarto.

Volviendo pues al presumido bachiller, á él le pareció que se le había lucido el trabajo de su romance, y pudo ser en el favor que le harían por él. Lo escrito es lo que se sigue, volviendo á advertir, que fué á la crueldad de una dama llamada Inés.

Caracteres de crueldad,
rígida escribes, Inés,
con esos de oro cabellos
en verónico papel.
Vago en tus rizos el aire
descifre letras, si bien
libar las del rostro flores
delinque ya en descortés.
El sobre tus luces ceño
juzgo que alternante esté,
tal vez al amor jovial
y Saturnino tal vez.
Çanoras afecta salvas,
turba plumosa si ve
tal de los cielos aurora,
tal de la tierra mujer.
Cede á deidad solfa alada,
ministra aplauso á cruel
beldad que favor infante
joven transforma desdén.
Nestóreos acumulando
años goze, eternas dé
alabanzas sí, á lo hermoso
la fama, no á su vejez.
Aquestos cantaba versos

Alcarcio á su puerta, al tiempo, que el Alba subpedita
celajes de rosicler.

Apenas estuvo escrito el cultífono romance, y en manos de la dicha Inés, que era una doncella hija de un labrador rico, cuando ella le puso en las de un primo suyo, para que se le leyese, el cual sólo entendió dél el nombre de la contenida prima, porque de lo demás fué para él algarabía de aliende; que ésto tiene esta nueva gerigonza, darse los que la leen por entendidos della por no ser menos que otros, y tragando la burla procurar pagársela con otra tal, si son poetas, quedando todos más ayunos de su entendimiento que la familia de un miserable en año caro.

El segundo traslado desta obra bien se deja entender que se dedicaría á la vista de los dos licenciados á costa de dar más testigos al martelo de la señora Inés, cosa en que reparan poco los poetas; pues á trueque de manifertar sus versos no se les dá nada que peligren las honras de los sujetos por quien se hicieron, vieron, pues, el romance, con mucho gusto, alabando su agudeza y dándole esperanzas, por la buena muestra, de que si lo cursaba, saldría consumado poeta en aquel genio; con que el buen pasante olvidó totalmente su profesión, dándose á este impertinente cuanto cansado ejercicio, ahorrando de conceptos por afligirse en buscar novedades, que las más desaforadas son más á propósito.

Hizo luego, picado de alabanza, un soneto á la misma Inés, siendo el asunto dél, que estándose tocando á un espejo al tiempo de mirarse la primera vez en él, entró un rayo de Sol, que penetrando el resquicio de la ventana, dió en la luna y la dislumbró; decía desta suerte.

Esplendente deidad, cándido tiro,
(en fúlgidos bocados ya tascante)
unce á clara mansión solio vagante,
supeditando campos de zafiro.
Desmayado esplendor en corto giro,
desmiente antiguo ser de su brillante
diadema, que deidad más fulgurante,
luz oponiendo á luz, da al Sol retiro.
Tersa mira Palestra, en quien duplica
beldades de su origen procedentes,
la suya radiante improperando,
ínvidos rayos á la Luna aplica,
con que pausas haciendo intercadentes
menos vaya primores propagando.

Continuando el cultivísimo bachiller este prolijo ejercicio, vino á distraerse de sus estudios de tal modo, que soló su ocupación era hacer versos cultos á diferentes propósitos, no le teniendo ninguno de cuantos hacía, con que vino á padecer ruinas el cerebro.

Sucedió pasar un caballero mozo, estudiante, natural de Madrid por aquel lugar, viniendo de Talavera á la corte, y acertó á elegir por posada un mesón que estaba enfrente de las casas de

nuestro bachiller, y como el rigor de los calores le obligase á pasar la siesta hasta que puesto el Sol se le hiciese hora de caminar, quiso tratar de divertir jugando, y preguntó al huésped si habría allí con quién entretenerse un rato. El mesonero le dijo, que por ser el tiempo de la siega, en que toda la gente estaba ocupada en la granjería de su pan, dudaba que hallase quien le pudiese divertir, que los clérigos, como gente regalada y poco tahures, no saldrían de sus casas á la suya, ni dejarían de dormir la siesta en sus frescas estancias; pero que si gustaba de tener una buena conversación frontero de su posada vivía un bachiller pasante, el mayor poeta en su opinión, que había en aquella tierra, cuyas obras afirmaba él mismo que eran estimadas en la corte, y aún habían llegado á celebrarse en Palacio.

Holgose el caballero de oir á su huésped las alabanzas, aunque al parecer irónicas, de su vecino, y la falta de tahures le obligó á procurar aquella tarde este divertimiento, deseando conocer al sujeto del tal poeta, siendo él preciado de lo mismo, pareciéndole que si era bueno, le sería un entretenido rato, y si malo no menos gustoso el oirle sus ridículos versos; y así, acompañado del huésped, pasó á su casa, y avisando á la criada que le dijese que le querían ver. Salió nuestro poeta á recibir la visita en calzas y jubón, y con una ropa de gorgorán negro, que sacó de un

cofre, y una montera de lo mismo, á quien quitó el polvo. Saludáronse los dos con mucha cortesía, y con la misma le hizo entrar en la sala de su estudio, donde, dejándoles solos sus criados y el huésped, ocuparon dos sillas, y el forastero comenzó su plática desta suerte.

—La ociosidad de hallarme en la posada el tiempo que aguardo á que pase el rigor del Sol para caminar, me ha ocasionado buscar tahures para divertir la siesta, é informado del huésped, carecer este lugar dello por la precisa ocupación del beneficio de las mieses, me hizo en segundo lugar relación del agudo y docto ingenio de vuesa merced; de sus primores y habilidades, y cuán bien correspondiente se halla con las musas, gracia que yo envidio sumamente, y á que soy en extremo aficionado, tanto que no quise dilatar un punto el conocer su buena persona, prometiéndome con oir sus elegantes versos una sazonada fiesta, y una entretenida tarde. Yo estoy informado de la gran fama que vuesa merced tiene de sus bien trabajadas obras, y cuanto lucimiento y aplauso granjea con ellas, y es lástima que así por ésto, como por sus letras, no trate de salir deste corto lugar á la corte, en quien los floridos ingenios como el de vuesa merced lucen y campean estando á la mira de todos, donde conocidos los sujetos alcanzan los honrosos premios que merecen sus estudios.

Vanísimo dejó el lisonjero exordio del cortesa-

no caballero al inocente bachiller, pareciéndole por lo que le oía, que la fama de sus versos estaba ya dilatada, no sólo por la corte de España, donde estan todas las naciones del Orbe, mas en las demás provincias dél, y así le respondió:

—Es tan propio en las personas de su calidad de vuesa merced honrar á los que tan poco valen como yo, que á no conocer ésto me desvaneciera el exceso de venir á favorecerme en mi humilde posada, cosa que estimo sobre mis ojos, si bien por la información de mis humildes partes, más encarecida que el sujeto merece, se habrán prometido grandes cosas de mi ingenio, cuya ignorancia le asegurará ser verdadera la pasión del informante.

Yo, mi señor, estoy retirado en este corto lugar, patria mía, pasando hasta acabar mis estudios y graduarme, para dar principio luego á mis pretensiones, que no estoy tan desnudo de letras y favor, que no me prometa por todo felices premios, y más en tiempo donde la ignorancia es tanta, que es fuerza ocupar en honrosos puestos á los que gracias al cielo carecemos della.

Las cortas vacaciones que tal vez doy á mis estudios, me ocasionan el acordarme de las musas, obligado del bien natural que tengo para hacer versos, y estos días me he ocupado en ellos de manera, que atreviéndome á pasar por la queja que tendrán de mí las olvidadas leyes, me he dedicado al trabajo de un poema que escribo en

la moderna y culta lengua que se platica, en quien estoy tan versado de pocos días á esta parte que la curso, y he dado en profesar su estilo, que dudo, y no es arrogancia, que haya nadie que me aventaje en los agudos y nuevos modos de verificar, en las poéticas versiones y en las nuevas y exquisitas voces.

No aguardó á oir más el socarrón cortesano, para calificar de tonto al confiado bachiller; y prometiéndose mejor tarde que esperaba, determinó seguirle el humor, diciéndole:

—Cierto, señor Licenciado, que doy mil gracias al cielo, pues cumpliéndome mis intentos, me ha guiado á la parte que más deseaba, que era conocer un varón consumado en esto que llaman culto, que aunque lo profesan millones de hombres que yo conozco, son tan indigestos en sus escritos, que uno entre mil es el que tal vez se deja entender en ellos, y es grande rigor, que lo que se escribe con fin de deleitar y entretener, cause duda, ponga confusión, y dé trabajo de andar á caza de interpretar lo que quiso decir.

Yo confieso que me he desvelado mucho por entender algunas obscuras obras; pero al cabo de mi trabajo y desvelo las dejo con su flor, más lejos de entenderlas que antes que las leyese.

—Confieso, dijo el bachiller, que este divino modo de cultizar no es para la plebe, sino para agudos y perspicaces ingenios, salvando el que

v. m. no incurre en esto, porque le tengo por docto; pero no es bien que el tosco y zafio en su rústico albergue sea partícipe de lo que las divinas musas, y su laureado protector dictaron al poeta, pues lo manoseado y común ¿qué valor ha de tener? Lo inconstructo, lo brujuleado y, finalmente, lo impalpable si que es digno de estimación, que cuando el científico lo penetre, el plebeyo por no entendido lo admire.

—Deseo mucho saber de v. m., dijo el cortesano, si antes de venir á verse tan señor desta nueva poesía escribió mucho en la vulgar y mecánica.

—Bastantemente, dijo el bachiller, enfadé á las musas claras todos los cinco años que asistí en Salamanca, con que me he desacreditado, y aun perdido reputación, que ahora voy restaurando; y tuviérala más perdida si cosa de treinta comedias que en aquel tiempo escribí, las hubiera dado á los autores, que no hubiera cosa que más me afrentara para no parecer delante de gentes.

—¿Con tantas comedias se halló v. m.? dijo el cortesano. Mucho me espanto no tratar de venderlas, de tan buen ingenio no dudo su despacho, ni que las dejasen de pagar bien.

—Es la más imperfecta república, la de los representantes, que hay en el mundo, dijo el bachiller; pues cuando no se hallan sobornados con dos ó tres comedias de antemano dadas de balde,

no hay tratar de gastar un real en ellas, fuera de que yo las tuve en tanta estima, que menos de á ochocientos reales en plata doble juré que no habían de salir de mi escritorio; porque semejantes trazas y conceptuosos versos no los ha imaginado ingenio humano, y como estoy tan cierto de lo que son, al fin, como padre suyo, que las he engendrado y castigado, fuera mal baratallas dárselas en bajo precio. Una dellas me acuerdo que les leí á esa gente, en cuya primera escena salen los Nueve de la Fama, y las Diez Sibilas, haciendo la más lucida entrada que se ha hecho en comedia, y asombrados con tanta gente, me dijeron que no tenía que pasar adelante, si aquel paso ante todas cosas no trataba de quitar, porque dónde habían de hallar tantas mujeres para hacerla. Yo me enfadé con ellos, y quise más atreverme á mi pérdida que á mis escritos, pues era deshacer una artificiosa traza.

—¿Qué título tenía ésta, dijo el cortesano, que me holgaré de saberle, con los demás de las que v. m. ha hecho, si se acuerda?

—Esta, dijo el bachiller, se intitula *Epítome de prodigios,* y de las demás diré los títulos, que son:

La burra de Balaan.
El mayor miércoles.
La Infanta sin calzas.
El regoldar en ocasión.
Los ojos en ajuar.

Las doncellas en camisa.
El viudo risueño.
La mona en Tetuán.
El devoto de monjas.
La cocina de amor.
Los celos en letuario.
Los dones al quitar.
La tragedia de Babieca.
El escabeche de amor.
El blasón de Perro tierno.
Los amantes en cazuela.

Y otras de que no me acuerdo, al fin por todas son treinta, con los más elegantes versos, que se han representado en tablado, porque nadie ha usado las quincenas, diciochenas, veintenas, y octavas de á veinticuatro consonantes de verbos continuados, como yo.

—Este género de poesía, dijo el forastero, admirado de los disparates que le oía, me holgaré mucho de oir, si v. m. sabe acaso alguna de esas octavas de memoria.

—Yo pienso que me acordaré de una, dijo el bachiller, y la diré por servir á v. m.: hízose á un galán muy fino, mal pagado de su dama, y dice así:

Asistiendo, sirviendo, padeciendo,
amando, enamorando y regalando,
voy siguiendo, muriendo, á quien ofendo
obligando, esperando y deseando.

Lo que emprendo teniendo, no lo entiendo,
y dudando, buscando y porfiando,
amor me obliga á que la siga, y diga
á quién me desobliga mi fatiga.

Notable gusto le dió al forastero el disparate de la octava, y fué mucho no soltar la presa de la risa, que le estaba haciendo cosquillas en el cuerpo por salir á la boca, pero como en los sujetos necios es más fácil el correrse, que en los cuerdos y despejados, abstúvose del risueño impulso, que no fué pequeño sacrificio para su condición, y así le dijo:

—Cierto, Sr. Licenciado, que no he oído cosa de v. m. esta tarde, que no haya sido admirable; pero esta última lo es en tan supremo grado, que puede muy bien como Hércules poner junto á ella el *non plus ultra*, pues no se yo que se pueda pensar cosa como la referida, sólo deseo saber si prosigue v. m. con muchas más octavas de ese género adelante.

—No señor, dijo el bachiller, que éstas (inventiva mía) son dificultosísimas de hacer, con otras dos acabé la escena.

—A ser la mitad de la comedia de esa manera, dijo el cortesano, fuera lo mismo verla representar que una fiesta de toros en la plaza de Madrid.

Decíalo el socarrón por los silbos que se podía prometer con ella; malicia que no entendió el cándido poeta, atribuyendo que lo decía por encarecimiento de fiesta.

—Deseo, dijo el cortesano, que v. m. me diga, qué título da al poema que va escribiendo; que por lo que he visto de su buen ingenio, me prometo que será cosa superior.

—El título de mi obra, dijo el bachiller, es *El Circo Mantuano, alabanzas de la Plaza de Madrid;* reprensiones á los pródigos y manirrotos, que en festivos días de toros gastan supérfluamente sus haciendas en opulentos banquetes y colaciones, un ajustado arancel de las fruteras y una advertencia provechosa á las justicias para su castigo; y no tengo de parar hasta meterme en los menguados pesos de su carnicería, que todo mi fin va enderezado al buen gobierno y reformación de costumbres de la república.

—No hay obra escrita que sea buena, dijo el cortesano, si le falta la moralidad y doctrina, y estoy cierto que esa no carecerá de estas dos cosas tan agudamente pensadas, que no habrá sermón que más amoneste, ni tanto fruto saque como ella.

En cuanto ha sido posible, dijo el bachiller, he deseado que esta obra salga perfecta, y por que por el dedo conozca v. m. cuál será el gigante, le diré de memoria las dos primeras estancias del poema, que son así.

A las que á edad á joven retrocede,
sacra y suma deidad sonivagante
cuya rodilla gémina le cede,

decoro á faz rotunda y fulgurante,
mi genio auxilio implora cuantas puede
veces alto boato articulante,
atento al culto si prevenga oído,
plebeyo no, sí agrícola nacido,
Máximo Circo canto, Anphiteatro,
tauricida esplendor en nuestro Imperio,
si al que Roma aplaudió de ángulos cuatro,
vilipendioso horror, vil improperio;
mudo locuaz, que desde Thile á Bathro
primacías publica al hemisferio,
cuadrícula ostentante en nuetro polo,
Fénix primor inimitable y solo.

Extraña admiración causó al cortesano los desatinados versos del bachiller, y más le admiró la arrogancia con que él mismo se los exajeraba, volviéndolos á repetir muchas veces, como agraviado de que no se los aplaudía, y aunque sobre el haber dicho que el Circo Romano era de cuatro ángulos tenía que replicarle, por no tener conclusiones quiso que pasase por cuadrado, y por decirle éstas razones para fundamento de una burla que le iba fulminando por castigo de su locura y vanidad.

—Ahora veo, señor licenciado, cuán dignamente merece v. m. el honroso lauro en lo culto, ya que en lo cómico su autoridad no le admite, y cierto que hace v. m. mal en no tratar de graduarse en la corte, donde veo hombres que es vergüenza nombrarlos en su comparación, que se

atreven á aspirar á esta dignidad con dos escritos que han hecho, y la alcanzan.

Como oyese el bachiller decir que había grado de cultos, deseando informarse mejor de lo que era, le dijo:

—Pues ¿cómo, señor? ¿es cierto que deste género de poesía se dan grados á sus profesores?

—¿No es justo que se den, dijo el cortesano, si le han aprobado tantos ingenios de España, por facultad y ciencia, como lo son los Cánones, Leyes, Medicina, &? Sí señor; grados se dan por el Cónclave culto, que son tres regentes de diferentes naciones, Latino, Griego y Garamanta, de quien dicen consta este célebre idioma, personas beneméritas de ocupar las honrosas plazas que gozan.

—¿Qué diligencias haré para que yo venga á alcanzar ese grado? dijo el bachiller.

—Muy pocas, dijo el cortesano, con los agudos escritos que v. m. tiene. Su natural, deseo saber, si es fácil.

—En eso, dijo el bachiller, no daré ventajas al mayor culto de España, que gracias á Dios me le ha dado tal, que puedo muy sin vergüenza hacer actos positivos sin tener afrenta alguna en ningún tiempo.

—Pues con eso sólo, dijo el cortesano, yo le aseguro el grado sin costarle nada. Estos señores regentes no se dejan ver fuera de su tribunal, porque no hay orden para que por favor

nadie negocie, y así el que recibe el grado lo ha de merecer por su ciencia y habilidad. Con el portero de su académico Tribunal, que se llama Mícer Tenebroso, tengo particular amistad, lo que podré hacer por servir á v. m., si tiene el gusto de recibir el grado, como me dice, es que éste le anticipe á otros pretendientes, y que se le dé con brevedad.

No aguardó á más nuestro bachiller para manifestar del todo su locura, pues sólo le faltó postrarse á besarle los pies por el favor que le ofrecía, diciéndole:

—Por un solo Dios, Señor mío, que si algún favor deseais hacer en esta vida á hombre de méritos y letras, le empleeis en mí, que no hay cosa en este mundo que yo más desee alcanzar, que es este honor dignamente debido por mis continuos estudios y desvelos.

Aquí tuvo el cortesano con todas sus fuerzas las riendas á la risa, que de ver cuán afectuosamente el bachiller le pedía ésto, se iba precipitando á manifestarse, y así le dijo:

—Mucho granjeo, señor licenciado, en ser instrumento para que la corte conozca su docto ingenio de v. m., y así juntándose á ésto la afición que en este breve rato le he cobrado, voy con ánimo, en llegando á Madrid, avisar al portero del Cónclave culto, para que prevenga á los señores regentes, y con lo que hubiera avisar á vuesa merced.

Rindiólé las gracias el bachiller por la merced que le ofrecía, y haciéndose hora de poner en camino, el cortesano se despidió del bachiller, el cual no le consintió partir sin que tomase un regalo de dulces que le hizo traer, que agradeció el forastero, prometiéndole de nuevo hacer la diligencia en solicitar su grado, dejándole al pobre ignorante alborozadísimo con su promesa.

No echó el caballero, que era muy burlón, en olvido la burla que llevaba imaginada hacerle, y llegando á Madrid y viéndose con sus amigos les dió cuenta desto, cosa que les causó mucha risa; y como eran todos mozos y amigos de hacer burlas, comunicaron con don Diego, que así se llamaba el recién llegado, el modo de hacerla, para que fuese ridícula.

Ocho días gastaron en la disposición del grado, y habiendo prevenido lo necesario para él, y alquilado vestidos para la autoridad de los personajes, señalaron el lugar en que había de ser, un jardín entre los muchos que están en el Prado alto, cerca del Monasterio de los Recoletos Agustinos, y en una espaciosa sala de su casa hicieron ciertas tramoyas, hasta que se llegase el tiempo de la ejecución, en tanto á don Diego le pareció dar aviso á nuestro bachiller, y así con un propio le escribió estos renglones:

«Con el deseo que traía de servir á v. m. me dispuse hablar al señor Mícer Tenebroso, portero del opaco Tribunal culto, y aunque había can-

tidad de pretendientes de su data de v. m., que aspirando al honroso grado desta Facultad solicitaban su favor, él se le ofrece á v. m. en primer lugar, y esto he alcanzado por medio de nuestra amistad. Vuestra merced disponga luego su partida, y traiga hecho el memorial en los versos que más gustare, como sean cultos, que no habrán llegado cuando sea despachada como merece su científica persona, á quien guarde Dios.»

Lo que se holgó con la carta nuestro confiado cuanto necio bachiller, no hay razones con que lo ponderar, porque con sumo afecto estaba aguardando este aviso sin dormir ni sosegar las noches; tanta era la ambición que tenía por verse graduado en el ignorante ejercicio que professaba.

Dispuso su partida, publicando en su lugar á lo que iba, y mostrando la carta de don Diego, algunos amigos suyos intentaron disuadirle de su loco intento, desengañándole de que sería burlado del grado; más el obstinado ballicher en vez de agradecerles este advertimiento, se lo pagó con una vil sospecha, entendiendo que con envidia que tenían de su bien le deseaban cautelosamente estorbar el honor que esperaba, y así no admitió las amonestaciones dichas con pura y sencilla amistad, pago que dan siempre los que apasionados por sus gustos no advierten lo que les está mejor.

Púsose nuestro bachiller en el camino de la

corte acompañado de un criado, y ese día llegó á ella al anochecer; fuese á posar á uno de los mesones que están enfrente del Buen Suceso, y mudando luego de hábito sin querer descansar, salió en busca de la posada de don Diego, que ya tenía aviso que vivía en el fin de la calle de Alcalá, muy cerca del jardín donde se le prevenían el grado, y los amigos que se le solicitaban tenían también allí cerca sus posadas. Halló á á don Diego en la suya, y que se quería mudar de hábito para salir fuera, el cual, viendo al bachiller, le salió á recibir alegre, abrazándole con muestras de mucho contento, aprobando lo bien que había hecho en apresurar su partida. Dióle el bachiller las gracias del cuidado que había puesto en favorecerle, y para el siguiente día quedó dispuesto el graduarse, advirtiéndole que no tenía necesidad de prevención ninguna, sino de dar un filo á su ingenio, porque en eso consistía alcanzar el pretendido honor con más preeminencias que otros, porque estos grados se daban al modo que la tasación de los toros de Salamanca, que según las suertes sube el precio en que se compran, que sus actos positivos le habían de acrecentar quilates en su honor conforme fuesen.

Despidióse el bachiller de don Diego, llevando muy en la memoria lo que le encargó, y esa noche sin dormir sueño estuvo ocupado en escribir el culto memorial, hasta que salió á su satis-

facción; acabado se recogió á sosegar un rato, y se durmió hasta las nueve de la mañana, y pareciéndole ser hora de verse con don Diego se acabó de vestir y se fué á su casa.

No había estado el burlón caballero ocioso desde el tiempo que no le veía; porque habiendo convocado á sus amigos, y éstos á otros, estaban preparados más de ciento para ir á gozar de la burla. Ese día comió nuestro bachiller con don Diego, y habiendo pasado la fiesta entretenido con leer el memorial, y oir varios versos cultos que le dijo de la data de los que hasta allí había oído, pareciendo ser ya hora de ir al grado, mandó poner el coche, avisando primero á los que esperaban en el jardín cómo iban. Ocupó nuestro bachiller la popa del coche, y en la proa se puso don Diego, que por forastero y persona que aquel día iba á adquirir honor, se le debía aquel lugar; llegaron, pues, á la puerta de la casa del jardín, y habiéndose apeado en su zaguán, fueron recibidos con el aplauso de la música de Chinimás, cosa con que nuestro bachiller se puso muy vano. Llegaron á la primera puerta y sobre ella vieron que en un ancho cartón estaba pintada una lucida tarjeta, en cuyo campo, que era azul, estaban escritas estas letras:

GYMNASIVN CVLTORVN

La aula de los cultos. Llamaron y abrióles el portero Micer Tenebroso, traía una ropa larga

de terciopelo carmesí, un capirote azul y negro y una gorra negra de Milán, tenía en la mano un bastón dorado; recibióles con mucha cortesía, y para dar aviso de su llegada en la sala del Tribunal, tocó una campanilla de plata, á cuyo sonido se abrió otra puerta, y por ella salió un hombre de hasta cuarenta años, vestido otra ropa de terciopelo negro, forrada en raso pajizo, el capirote era de lo mismo, y la gorra alta de terciopelo negro. Al cuello traía una gruesa cadena de oro, pendiente della un index de reloj; al hombro derecho traía una maza dorada. Preguntó el bachiller á don Diego, quién era este personaje, y díjole que Mosen Crepúsculo, dignísimo bedel de aquel culto Tribunal; hízole el graduando una humilde cortesía, con un modo de más respeto que al portero; y él, correspondiéndole con otra, les dijo que aguardasen allí un poco, volviéndose por la parte donde había salido. Estuvieron el bachiller y don Diego entre las dos puertas aguardando por espacio de un cuarto de hora, al cabo deste tiempo salió el mismo bedel con un Ministro detrás de sí, vestida una ropa de grana y bonete de lo mismo; éste traía una vestidura de tafetán blanco para don Diego que era al modo de un peinador, sino que por delante llegaba á frisar con el suelo y por detrás arrastraba más de dos varas de falda. Vistiósela don Diego, dejándole al Ministro su manteo, y con ella su bonete puesto, guiándo-

les el bedel, entraron en una espaciosa sala adornada de varias y curiosas pinturas. En la pared de enfrente estaba hecho un trono de tres gradas en alto á éste le cubría un dosel de terciopelo carmesí, debajo del cual había tres sillas de lo mismo, en quienes estaban sentados los tres Regentes con tres ropas rozagantes de terciopelo negro forradas en raso blanco, capirotes de lo mismo, y gorras altas de terciopelo: los rostros de los tres personajes no se podían ver, por caerles encima un velo de tafetán carmesí, que les llegaba á cubrir hasta los hombros, dejando patente lo demás de sus cuerpos. Aquí les hicieron don Diego y su ahijado una gran cortesía, y leyendo el Secretario, que estaba sentado una grada más abajo de la de los Regentes en una silla rasa, vestido como ellos, en el ceremonial de los cultos, le avisó el bedel los hiciese arrodillar sobre un paño de terciopelo carmesí que estaba al pie de las tres gradas del trono, y estando así los dos pidieron al bachiller el memorial, y dándole al bedel y él al Secretario, le leyó en alta voz, diciendo así.

Submiso á vuestro (elegantes
Regentes) conclave aspira
genio culto, ignota vena
alegra progenie esquiva.
Titubeante á esplendor
cultísono, mal explica
lengua intonsa, que hijadea,

y ampollas medrosas riza.
Vagarosa á culto solio
(si antípoda á la estulticia)
frágil el torrente escampa,
que se ostenta inexpedita.
¡Oh, tú, nono circunspecto,
Picrio número, inspira
numerosa consonancia,
metrificante harmonía,
Que esta del Parnaso culto
junta celebre, erudita,
no afecta aplausos, sí tosca
habilidad examina.
Humilima á vuestro (oh Padres
Conscriptos)! respeto indica,
ciencia corta y torpe, siendo
tanguam asinus ad lyram.
Al celebérrimo anhelo
grado culto, y este sirva
memorial de daros cuenta,
Alcarcio, de que cultiza.

Acabó de leer el culto memorial el Secretario, á que se guardó quieto silencio, hasta el fin que se levantó un sordo murmullo en la sala, cosa que admiró al bachiller, no pudiendo determinar de dónde saliese. Corrióse luego una cortina de tafetán carmesí, que cubrió todo el Tribunal de los fingidos Regentes y Secretario, y haciendo el bedel que se levantasen de donde estaban arrodillados el bachiller y su padrino, les dió á entender que aquello se hacía para dar entre

ellos los votos de si convenía darle el grado, ó no, conque dejó medroso á nuestro confiado bachiller, pareciéndole que tenía aquello más dificultad que él había pensado. En tanto, pues, que los votos se daban, se pusieron á mirar los dos el curioso adorno de la espaciosa sala, en que estaban varios jeroglíficos pintados.

En la pared frontera de la puerta por dende se entraba, estaba pintado en el espacioso campo de una bien formada tarjeta, un volteador vestido de arlequín, que andaba con las manos por el suelo, y los pies derechos hacia arriba, debajo dél estaba escrito este mote latino con unas letras góticas doradas:

Quid interest?

Y más abajo esta letra escrita en castellano:

Poco importa andar así;
que quando culto me ves
mis manos sirven de piés,

A un lado de esta tarjeta estaba otra no menos curiosa que la primera, en cuyo óvalo se vía pintado un halcón, y encima dél una mano que salía de entre unas nubes á ponerle su capirote, y el mote latino, opuesto al común y ordinario, decía:

Post lucem tenebras.

Y el castellano:

Quando á ponérmele llega
hace mi Oriente Noruega.

Cerca de esta tarjeta estaba un lienzo grande,

en que se veía pintado el celebrado monte Parnaso, dedicado á su protector Apolo y habitado de las nueve hermanas. El rubio dios y su discreta compañía coronaban la cumbre del excelso monte, él puesta una montera de rebozo negra que le ocultaba el luciente rostro, y las Musas con mascarillas algo mayores, que las que usan las damas de Francia. Facilitaba la áspera subida del monte un ancho camino de peña tajada, por el cual caminaban muchos peregrinos, unos con muletas, otros con piernas de madera, y otros con brazos baldados. En el friso de un marco dorado que tenía el lienzo estaban por la parte de arriba unas letras góticas negras, que decían:

PARNASSO DE LOS CULTOS VISOÑOS

Y debajo del monte por mote latino estas:

Nemo superat.

Y un poco apartado de este otro castellano que decía:

Camino del Parnasso
tanto anda el cojo como el manco.

En la pared frontera estaban otras tres tarjetas que hacían correspondencia con las referidas, tan lucidas como ellas. En la primera estaban pintados tres molinos de viento sobre las cumbres de tres excelsos montes, con un mote latino que decía:

Fundamenta corum in montibus.

Y en nuestro vulgar castellano esta redondilla:

Para topar con el viento
que insta culta autoridad,
sobre la dificultad
ha de ser el fundamento.

Aludiendo á que no era poesía culta la que no se funda menos que en voces altízonas y cumbres investigables.

La segunda tarjeta contenía su pintura un monte en que andaba un hombre á caza de erizos, procurando cogerlos á mano, y decía el mote latino:

Quo vadis?

Y la letra castellana:

Sin guantes de culta malla,
en parte tan montuosa,
la caza es dificultosa.

En la tercera y última tarjeta había pintados dos perros, el uno chino, y el otro lanudo, destos que llaman de agua, estaban con postura de acometerse el uno al otro, sobre el perro chino estaban unas letras que decían *Facile*, y sobre el lanudo otras que decían *Dificile*, y la letra castellana.

Lo liso se esta espulgado;
mas entre lanas la pulga,
difícilmente se espulga.

En la pared opuesta á la en que estaba el Tri-

bunal había una celosía destas de la India de Portugal, que le pareció debía de cubrir alguna cosa importante á su grado. Mucho gusto dieron al Bachiller los jeroglíficos, hechos al propósito del Gigmnasio Culto, y estándoseles alabando á don Diego, fueron llamados del Bedel, y llevándoles segunda vez delante del Tribunal se volvió á correr la cortina, dejando á los Regentes descubiertos, si no era los rostros, que el velo más pequeño les cubría, como está dicho. Levantóse en pie el Secretario, mandando á nuestro bachiller que refiriese los versos más cultos que hubiese hecho de que se acordase, obedecióle algo más perdido el miedo que hasta allí, y comenzó á decirlos con tan desaforados desatinos como afectados visajes que hacía para darles mejor la pronunciación, los cuales causaron mucha risa á más de cien mirones que estaban ocultos detrás de la cerrada celosía de la India, cuyo nuevo rumor, no pasando por fisga en los oídos del bachiller, le baptizó por aplauso.

Habiendo pues cumplido con su obediencia, el Secretario le hizo una seña al Bedel, el cual, se llegó al Graduando, y le dijo que se pusiese en calzas y jubón para cierta ceremonia que se había de hacer con él; hízolo así el engañado versista, despojándose luego del manteo y de la bola, y á este tiempo le pusieron en la cabeza una celada de encaje, tocándose las chirimías, cuyo son palió por entonces la risa de la mofa-

dora turba. Esto lo declaró el Bedel que se hacía para darle á entender que de la manera que el que está armado con aquella pieza ninguna arma por penetrativa que sea le puede ofender, así el verdadero culto en el obscuro poema que escribiere está libre de que del idiota pueda ser penetrado su sentido, ni aun del más presumido y confiado. Dejáronle desta manera mientras el Secretario le estaba escribiendo el título, y con el calor que hacía, y lo poco acostumbrado que estaba á semejantes aprietos fué mucho no se ahogar, en breve espacio le acabó de escribir el Secretario y mandándole quitar la celada se le leyó en alta voz, y decía así:

TITULO DEL GRADO CULTO

Nos don Candor, don Esplendente y don Brillante, por la gracia de las Musas, meritísimos Calificadores de las nuevas voces y Regentes del Tribunal Culto en la insigne corte de España y sus Reinos, etc.

POR CUANTO: Por parte de el bachiller Alcaraz, natural de la villa de Casarrubios del Monte, diócesis de Toledo, nos ha sido suplicado, que en este eminente, docto y cultísono Tribunal le diésemos el honorífico y singular grado Culto, atento á los muchos desvelos que ha tenido en la investigación de sus obscuras frases, entrincadas elegancias y exquisitas novedades, de que

ha dado muestra en nuestra culta presencia con actos positivos y memorial que ha presentado, hallando en él la bastante suficiencia y méritos que se requieren, según la constitución griega, y la observada desde la edificación de la Torre de Babilonia, nos lo tuvimos por bien, y así le constituímos en el pretendido honor, con las excepciones y prerrogativas siguientes.

Primeramente, le damos facultad y licencia *in scriptis*, para que en sus obscuras composiciones (sean en el género de versos que quisiere), no repudie ninguna extranjera voz, inusitada frase, esq uisito verbo y extraordinaria novedad, aunque venga todo tinto en latino, griego ó italiano.

Item, que las oraciones que escribiere en sus obras, las pueda volver de abajo arriba, y de arriba abajo, y detrás adelante, sin que se pueda entender si es oración activa ó pasiva, libres del dominio de la construcción, siguiendo el estilo de los oficiales de la ropa vieja, pues el que compra de su tienda unos calzones no sabe si se derivan de capa, balandrán ó sotana.

Item, le hacemos libre de escribir relaciones de casos sucedidos, ó maquinados á ciegos, pena de que si las hiciere por mal entendidas, antes le sean de costa que de provecho; y no es corta preeminencia hacerle exento de un ciego que le canae y fastidie.

Item, le hacemos libre de las estafas de los

valientes en las composiciones de las jacarandinas, pues la obscuridad aunque asimila tal vez en lo aparente á sus términos germánicos, en el fondo dista mucho de parecerles, por no tener sus voces derivación de origen alguno.

Item, le exoneramos de las obligaciones de hacer villancicos á maestros de capilla, monjas y devotos suyos, pena de que si incurriere en este cansado ejercicio, vea sin provecho la solfa desabrido el cantor y ayunos los oyentes.

Item, le damos facultad para escribir fábulas en los versos que más gustare, procurando en todo guardar las constituciones de la república de Ginebra, en que asisten varias naciones hablando diferentes lenguas.

Item, le concedemos las gracias que á los demás de admirar con sus obras, costándole poco cuidado el escribirlas.

Con las cuales prerrogativas, preeminencias y excepciones le damos el dicho grado, y le constituímos en el pretendido honor, advirtiendo que se le guarde la antigüedad que le tocase en los actos públicos de nuestras Academias. Dado en nuestro Gimnasio Culto y grave Tribunal por las Calendas de Julio, año de 1624.

El Doctor don Candor, don Esplendente, don Brillante.—Por su mandado: *El Secretario Libador.*

Este título, después de haberle leído el culto Secretario se le entregó al bachiller, y él á su

padrino, don Diego, porque le mandaron subir á lo alto del Tribunal, donde puesto de rodillas delante de sus Regentes, descubierto el velo que les cubría los rostros, el que entre los dos presidía le puso un capirote de varios colores, y al cuello un collar de higas de azabache y box, advirtiéndole que aquel capirote con que le acababan de dar el grado, significaba en la variedad de sus colores la que tenía de novedades la poesía culta, y el collar con las higas, las que había de dar desde luego (como profesor que era de otra seta), á la poesía clara, sin artificio y entendida de todos, y sacando luego una esponja que estaba en una vacía de plata empapada en tinta, le tiñó todo el rostro y manos con ella, diciéndole, que con aquello quedaba perfecto culto en la obscuridad.

A este punto se cayó en el suelo la celosía de la India descubriéndose el aparador de los ocultos fisgones, que con demostraciones de risa comenzaron á hacer burla del pobre paciente, el cual, viéndose escarnecido de tanta gente que hasta allí no había visto, corrido y avergonzado, tapándose el rostro se fué huyendo de su presencia por la sala adelante, y dando en otro aposento correspondiente á ella, salió á un jardín, y dél por una puerta falsa al Prado, á tan mal tiempo, que viniendo unos muchachos de una de aquellas cercanas huertas de comprar pepinos, viendo la horrenda figura del Culto gra-

duado, con venir negro, le hicieron blanco de sus pepinos, gastándolos en su cabeza y cuerpo á costa de sus amos. Huyó nuestro bachiller de la puerila chusma, ofendido de la pepinal tempestad que descargaba sobre él, y los muchachos yéndole á los alcances, como dicen, tuvo por bien de entrarse en el zaguán de una casa de un señor que estaba en la calle de Alcalá, en cuya puerta halló algunos criados suyos que le defendieron de la perseguidora canalla, metiéronle en un aposento, no poco admirados de ver su extraña figura y ridículas insignias. Allí les dió cuenta de la solemne burla que le habían hecho, de que rieron mucho, y habiendo anochecido después que se lavó la cara el afligido bachiller, y quitándose la insignia del negro grado, se fué á su posada acompañado de los que le habían favorecido, dándole una capa y un sombrero con que se cubriese; llegó al mesón, y despidiéndose de los acompañantes, agradecido de su favor, sin aguardar á tomar un refresco, se puso á caballo con su criado á las ancas, y en breve tiempo llegó á su lugar, donde con la pena que llevaba de la recibida burla, cayó malo de una grave enfermedad que le puso en los últimos términos de su vida, y siendo Dios servido que mejorase della, retirado en su patria, trató de proseguir con sus estudios, sin acordarse de hacer más versos cultos ni claros, echando de ver que á los ignorantes como él, que se metían en que-

rer hacer lo que no entendían, eran dignos de aquel justo castigo.

Grande fué el gusto que recibieron aquellas hermosas damas con la graciosa novela de su Médico á quien dieron todas las gracias por la buena tarde que les había dado con tantas razones y donaires; y haciendo que doña Lucrecia mostrase su enigma, sacó un papel, y en él pintada una dueña con tocas largas, manto y mongil, herrada en el rostro como esclava, y consólo un pie en cima de un chapín que se descubría todo.

Los versos decían:

ENIGMA

La tierra le dió principio
á mi humilde nacimiento
para llegar al estado
que agora gozo y poseo.
Y luego la industria humana
por darme el cargo que tengo
forjó para mi martirio
exquisitos instrumentos.
Hizo el mundo confianza
de mi persona poniendo
sus tesoros en mi guarda,
y su hacienda en mi gobierno.
Hasta fiarme sus vidas
todos los hombres quisieron,
y de sus mujeres é hijas
el casto recogimiento.
Pero todas estas honras

no las estimo ni precio,
si cual fugitiva esclava
me ponen hierros primero.
Y como me veo herrada
de tal manera obedezco,
que no tengo libertad
más de cuando quieran ellos.
Con todo he dado en su vicio
sin que dél saque provecho,
que soy amparo de amantes,
y se gozan por mis medios.
Muchas honras se han quitado
por mí, y es la causa de esto,
ser abierta de conciencia
siempre por falsos terceros.
Que si aquellos que me rigen
me ponen en fuertes hierros,
muy pocos son los que hago,
pues en la prisión me quieto.
Mas, tras todas estas faltas,
una preeminencia tengo,
que á las monjas les confirmo
el tercer voto que han hecho.

Duda puso en todos el obscuro enigma, y preguntando Octavio á cada una de aquellas señoras qué podría ser, ninguna hubo que diese la solución della, si no fué el Doctor, que dijo que le parecía, y aún se afirmaba en ello, que era la puerta, dando todas las razones segun los versos referidos por doña Lucrecia, la cual dijo que le había dado la verdadera declaración, y prevenida doña Laura sacó otro papel en que traía

juntado un cofre con dos cerraduras encima del cual estaban pintados un bonete, una tiara, y una mitra, y los versos eran éstos:

ENIGMA

Soy un preciado tesoro
que debajo de dos llaves
vengo á presentarme al mundo
para que me goce y trate.
Tan perenne que jamás
aunque entero me llevasen,
dejo de quedarme entero
colmado de bienes grandes.
Yo tengo principio y fin
y es cosa rara y notable,
que á los hombres hago ricos
sin que puedan acabarme.
Por mí se animan los hombres
á pretender dignidades,
y dándoles mis riquezas
(sin dejarlas) ricos se hacen.
Todas las ciencias del mundo
hago que por mí se alcancen
porque un tesoro infinito
para todos es bastante.
La inclinación al provecho
es un remedio admirable,
para que de mí conozcan
los estimados quilates.
Hablo á todos siendo mudo,
ando el mundo sin mudarme,
todos vicios reprehendo

para que todos me alaben.
Aquestas dos cerraduras
que en este mi cuerpo yacen,
todos las pueden abrir
porque á todos quiero darme.
Mas hay un impedimento,
á mi defensa importante,
para que no gocen todos
de mí, si á verme llegaren.
Que defiendo mis riquezas
al rudo, y al ignorante,
y el docto, cuerdo y discreto
halla la entrada muy fácil.

No tuvo tanta dificultad en acertarse este enigma, como el pasado, si bien era más dificultoso, porque por no cansarlos con tenerlos á todos dudosos, descubrió la revelación que le había hecho de ella su hermana doña Constanza, diciéndole ser el libro; porque los hombres estudiando eran señores de las ciencias y de las riquezas, que por ellas alcanzan. Enfadóse doña Lucrecia de que hubiese ganado las gracias con lo que la había comunicado, y dijérala alguna pesadumbre si no previniera Octavio para poner paz á su disgusto, que doña Laura cantase una bien templada arpa que la trujeron este romance.

Zagales de Manzanares
venid y veréis á Celia,
alegría destos campos,
honor de aquestas riberas.
Pastora que aquestos valles

favorece su belleza,
que imitada de las flores
da ocasiones de soberbia.
Instrumento á quien Cupido
elige para que sea
prisión de las libertades
motivo de las finezas.
Beldad de la idolatría,
en su decoro renueva,
pues emulando deidades
como á deidad la respetan.
Sujeto en quien mis sentidos
el alma y las tres potencias
sin violencia del amor
de ser esclavos se precian.
Esto publica Cartalio,
á la causa de sus penas,
á quien ya favorecido
quiso cantar esta letra:
Ya publica favores
quien vió desdenes
que borrascas de celos
no permanecen.

Tuvo muy buen remate la tarde con la sonora voz de doña Laura, con la buena letra, y con la gran destreza que mostró cantándola: despidiéronse Octavio y el médico de las damas, prometiendo de venir temprano el siguiente día, y para novelar en él le tocó la suerte á doña Constanza, el primero enigma al médico, y el segundo á Octavio, yendo por el camino cuidadosos de maquinar cosa que diese gusto á las damas.

Tarde sexta.

Ya del obscuro monumento del ocaso desterraban sus negras sombras las primeras luces de Apolo que con remiso vigor quería hacer ausencia de nuestro hemisferio, y los cerúleos campos lustrosos, con sus dorados rayos formaban lucidos cambiantes á la vista, cuando en el ameno jardín, estancia apacible de aquellas hermosas damas, se oían varias capillas de canoras y pintadas aves, dándoles aviso que podían salir de sus frescas salas á gozar de aquel florido sitio y risueñas fuentes. Hiciéronlo así, y cerca de una (que de un lustroso y blanco alabastro se formaba la trágica desgracia de los dos firmes amantes de Babilonia) determinaron pasar la tarde, ocupando los asientos de un remendado jaspe que tenía por espaldar los intrincados lazos que en un encañado había tejido una verde murta, y allí aguardaron la venida del Doctor y Octavio que, cuidadosos de que no les esperasen mucho, llegaron al jardín dentro de un cuarto de hora, y siendo ale-

gremente recibidos de todas, pusieron luego á Octavio su guitarra en las manos, y habiéndola templado les dijo, que el romance con que pensaba dar principio á la apacible tarde, había hecho de repente á una dama embozada que se halló en una fiesta, á quien no pudieran obligar corteses ruegos, para que se descubriese, y prestándole todos silencio, cantó en sonora voz desta suerte.

Dama, cuyo negro embozo,
el rostro á mi vista ocultas,
cuyos nublados de seda
ó le agravian ó le adulan.
Desemboza ese donaire,
si le tienes no le encubras,
no quieran velos de *requien*
perturbar mis *aleluyas*.
Si por indigno me niegas
la que llaman hermosura,
asegúrente mis ojos
que lo que miran no ensucian.
Mas si te embozas por fea,
bien puedes estar segura
que como á tantas encuentro,
ni me ofenden ni me asustan.
Perdona, si el no acercarme
lo recibes por injuria,
que entre nubes embozada
te juzgo por sol con uñas.
No des causa, con taparte,
á que mi fe tenga duda,
y que acredite por sollo
la que considero trucha.

Muestra si eres de cabello
pelinegra ó pelirrubia,
ó si el moño suple faltas
cubre las sobras de sucia.
El compañero de ese ojo
de quien el sol rayos hurta,
ó vive con menos fuerza,
ó guarda eterna clausura.
Que pues no alternas con él
la vista, dejo sin duda,
á tu beldad Polifema,
y huérfana su espelunca.
Del tomo de tu nariz
el bulto nos asegura,
que se escapó de ser braca
por pecar en aguilucha.
Si no es que el ser de Romania
nos desmienta con astucia,
como figona empanada;
poca carne en masa mucha.
La mejilla que me muestras
con blanca y roja mistura,
si del natural se vale
poco deberá á la untura.
Temo que si está estirada
que la otra tenga arrugas,
que haces de borra su infancia,
como pantorrilla enjuta.
La boca si no me engaña
morder del manto las puntas
será de dientes estéril
y de muelas infecunda.
Mas si desmentir sospechas

quieres, y excusarme culpas,
examine la evidencia
lo que la fe no asegura.

A todos dió mucho gusto el repentino romance de Octavio, y el que era el solicitador de su honesto entretenimiento puso á doña Constanza en el lugar que había de decir su Novela, y en medio del silencio que le guardaban todos comenzó así:

NOVELA SEXTA

ENGAÑAR CON LA VERDAD

ATREVIMIENTO será el mío, apacible y discreto auditorio, después que tan agudos ingenios con sus artificiosas Novelas nos han admirado y suspendido, ponerme en este punto, mas la ley de la obediencia me disculpa, si no acertare á daros gusto mi tosco y grosero estilo, ya que la voluntad no puede errar en desearos servir. Mi novela reprende á los ambiciosos que por su razón de estado se atreven á temerarias empresas, y asimismo á los que con la vanidad y soberbia de verse privados, intentan atrevimientos en menosprecio de otros; da ejemplo á los reyes para sufrir con paciencia y valor las adversidades y golpes de la fortuna; y, para dar principio á mi historia, pasa así:

En la que antiguamente llamaron Tinacria y en estos modernos tiempos Sicilia, ínsula famosa del mar Tirreno, que por la fertilidad de sus

mieses mereció llamarse patria de la Diosa Ceres, y ahora el ganadero del Romano Imperio, reinaba el famoso Renato, rey de tan animoso esfuerzo y valor, que en treinta años que gobernó aquel insulano Reino, los catorce tuvo continuas guerras, rigurosos y arriscados trances con sus rebeldes vasallos, hasta dejar á costa de muchas vidas y castigos que hizo en ellos, pacífico y quieto su regio estado. Fué casado este valeroso rey con la hermosa Camila, prima hermana suya, á quien amó tiernamente el poco tiempo que la gozó, que fueron sólo dos años, porque al principio del tercero murió de un recio parto con general sentimiento, así de su querido esposo, como de todos sus vasallos, porque la querían con entrañable amor. Dejóle una hija que se llamó Casandra, único regalo del afligido rey, pues sola ella pudo suplir la falta de tan buena madre, dando en ella libranzas el consuelo á su lastimado padre. Tres lustros gozaba Casandra, cuando en tan florida edad (dejada aparte la grande hermosura que tenía, portento de aquella tierra y admiración de las extranjeras) no había gracia, habilidad y perfección que no estuviese en su hermoso sujeto cifrada. Era su discrección en sumo grado, su voz extremada, y, al fin, todo un raro milagro de la naaturalez.

Para el día que cumplía los quince años de su florida edad esta hermosa princesa deseó su pa-

dre hacer en su celebración una real justa, en que quiso hallarse por aventurero, por obligar á los Grandes y Títulos de su Corte á que hiciesen en ella con excesivos gastos y nunca vistas invenciones. Dispúsose su ejecución en más breve término que una cosa de tanta ostentación y lucimiento pedía, á cuya fama acudieron de los convecinos estados y reinos los más experimentados caballeros y señores, unos á hallarse en este militar ejercicio y otros á verle.

Llegado, pues, el festivo día, señalado por el rey para la alegre fiesta, estaba la ciudad de Palermo, corte de aquella monarquía, tan ocupada de naturales y forasteros, que con gran dificultad se podía andar por sus anchas calles. La gran plaza estaba hecha un jardín, adornando todos sus dorados balcones lucidas colgaduras y bordados doseles, principalmente los que estaban prevenidos para la hermosa Princesa y sus bizarras damas, que aquel día, su alteza y ellas, media hora antes de comenzarse la fiesta, salieron hermosísimas á dar suma alegría á cuantos las miraban. Ocupó su real asiento la Princesa y las damas el que les tocaba, cuando hizo el mantenedor su lucida entrada al son de muchos instrumentos bélicos, que con costosas y bordadas libreas, de los colores de su dama iban adelante; y él, con los mismos en calzas, plumas, toneletes y gireles del caballo; en padrinos, pajes y lacayos acreditaba la buena elección

que había tenido su rey en haberle mandado mantener esta real justa.

Era el mantenedor un príncipe de aquel reino, así de noble sangre, como rico en estado y rentas, el cual, con el aparato y ostentación que he referido, dió vuelta á la plaza con extraño gusto de la gente que la asistía; y antes de ocupar el puesto que le tocaba, apeándose de un hermoso caballo español, hijo de las riberas del caudaloso Guadalquivir, se entró en una rica tienda que le tenían prevenida, aguardando á que viniesen aventureros con quien justar, y por no cansaros fueron entrando algunos con quien justó diestra y airosamente, ganando dellos tres premios; el primero dió á la Princesa y los demás á su dama.

Entró á este tiempo el Rey en la plaza con el acompañamiento que podéis considerar, los que, en las fiestas reales que en esta corte se han hecho, habéis visto regocijarlas y honrarlas nuestros católicos generosos reyes.

Ocupó su puesto; y hecha por las trompetas la señal partió el Rey contra el mantenedor con su lanza en la cuja, que derribada al ristre rompió en su contrario con mucha gallardía: el mantenedor la mostró en alzar la suya al tiempo que se encontraron, gentileza que aplaudieron cuantos la notaron; si bien el Rey le envió á mandar que no le hiciese á la segunda carrera; húbole de obedecer el mantenedor, que no debiera, porque,

fuese destreza suya, ó infeliz suerte del Rey que le estaba prevenida para aquella ocasión, el mantenedor le rompió la lanza por la vista de la celada, metiéndole una astilla della por el ojo derecho, con tal pujanza que le atravesó hasta los sesos, con que sin hablar más palabras cayó el Rey del caballo abajo muerto.

Alborotó sumamente el lastimoso espectáculo á todo el pueblo, y con general clamor y muestras de sentimiento dejaron todos los puestos que ocupaban, acudiendo donde el Rey estaba falto de vital espíritu. Llegaron pues los padrinos que le habían acompañado, y con ellos todos los señores de su corte, y en hombros de los más ancianos le llevaron á palacio, llorando la impensada y lastimosa tragedia. Lo que sintió la hermosa Casandra el desdichado suceso, no se puede encarecer con palabras, sólo diré que casi hubiera de perder el juicio con el sentimiento á tan gran pérdida.

Aquella noche trataron de aderezar el cuerpo del Rey con aromáticos olores, para darle al siguiente día sepulcro, haciéndole las funerales exequias con la pompa y majestad debida á su real grandeza, mostrando en el general sentimiento, que por su muerte se hacía, cuanto era amado de sus leales vasallos. La hermosa Casandra, afligida con la pena de tan lastimosa desdicha, no había consuelo que fuese bastante al templarle el dolor. De esta suerte estuvo al-

gunos días; mas el veloz tiempo, que mayores pesares y aflicciones que estos cura, hizo lo mismo en Casandra, que al fin del año del fallecimiento de su padre, y en el dieciséis de su edad aliviando lutos, dió permisión á que los señores ancianos de su Consejo de Estado la propusiesen casamientos, para el que más conviniese á su reino y á su gusto, se efectuase, dándoles con él dilatada sucesión que heredase sus estados.

Entre los Príncipes que la propusieron para su empleo, fueron tres; el Duque de Milán, el Príncipe de Calabria y don Remón Borell, único hijo del Conde de Barcelona. De todos tres vió los retratos fieles de sus originales; y aunque con el Duque de Calabria vecino suyo le estaba bien el casamiento, la fama de su áspera condición (que estaba muy dilatada por toda su tierra y las convecinas), la hizo que no se inclinase á admitirle por esposo, y así entre los tres Príncipes eligió á don Remón Borell, hijo de don Borell, Conde de Barcelona, cuya persona era dotada de las partes y gracias que en un caballero de su calidad y estado se pudieran desear para merecer las que á la hermosa Casandra realzaban. Dieron intención de esto á los catalanes, y su Conde despachó sus embajadores á tratar del casamiento, y quiso que la ya jurada Reina de Sicilia, viese la magnanimidad de su ánimo y generosidad de su pecho, en un grandioso y rico presente que la hizo de todo lo mejor de España

y otros reinos, en que había curiosas telas, inestimables joyas, preciosas piedras, y finalmente, preseas de grandísima estima y riqueza. Este se lo llevaron los Embajadores, que recibió la Reina con mucha estimación y gusto, así por quien se lo enviaba, como por lo mucho que valía. Tratáronse los conciertos y efectuándose en breve tiempo, volvieron con la resolución de todo los Embajadores á Barcelona, enviando la Reina en su compañía otros de su parte con otro no menos rico presente que el que había recibido, para que se le diesen al Conde, y en particular para su hijo un hermoso retrato suyo, en un cerco de diamantes riquísimos, y una sortija con otro precioso diamante, joya tan rica que estaba incorporada en su real patrimonio, por ser con la que se velaban los Reyes de Sicilia; y así les encargó se lo dijesen al Príncipe de Cataluña.

Con felice temporal desembarcaron unos y otros Embajadores, siendo recibidos los silicianos con grandes fiestas y regocijos, y mayores honras del anciano Conde, el cual recibió muy gustoso el presente, con no menos exageración y estima que el suyo había sido recibido de la Reina; y asimismo su hijo el retrato y sortija; y de las dos joyas hizo la estimación que merecían tan hermosa copia y rica dádiva, y desde que recibió la sortija nunca la quitó de su mano derecha, elección que le dió el ser que tuvo, como adelante diré.

Con mucha brevedad, concluyeron los embajadores con los conciertos; y por unos y otros afirmados, quedaron hechas las capitulaciones, y el Conde muy gustoso con el buen empleo que su hijo hacía en tan gran señora como la Reina.

Tenía el Conde, del tiempo de su mocedad, un hijo natural, de edad de treinta años, mozo robusto, arriscado, altivo y en extremo revoltoso; no muy afecto por esto á la nobleza catalana, que desean ser tratados con amor y estimación aun de sus propios señores; y estas dos cosas experimentaban en su natural dueño y su legítimo heredero, de quien se diferenciaba don Jofré, que así se llamaba el natural, por lo cual era sumamente aborrecido, sino era de la gente común, que ésta le aplaudía y respetaba mucho, porque él por su razón de estado les honraba más que á los nobles.

Hiciéronse, pues, grandes prevenciones para la jornada que había de hacer el Príncipe, á quien había de acompañar lo más lucido de la nobleza de Barcelona y su Principado; y así se prevenían todos aquellos señores Condes, Vizcondes, Barones y Rabesores, haciendo excesivos gastos en servicio de su dueño para lucir en el siciliano reino.

El día que se señaló para hacer la jornada, ya estaban prevenidas en el famoso muelle de Barcelona ocho galeras que para el propósito se habían obrado en su atarazanal, las cuales estaban ador-

nadas de vistosas flámulas, bordados gallardetes y ricos estandartes, y asimismo bastecidas de lo necesario y bien armadas de gente de guerra y piezas de artillería; y con valiente y experimentada chusma, principalmente, la capitana. Olvidábaseme de decir que este famoso Príncipe que se iba á casar á Sicilia tenía en su servicio tres caballeros de la más noble sangre de Cataluña, á quien favorecía con particular diferencia que á los demás criados, con no poca admiración de todos los que vían que se conservaban con tanta conformidad en su privanza, sin haber disensión ni envidia los unos de los otros, muestra de la cordura y prudencia de su dueño, que sabía honrarlos y favorecerlos tan igualmente, que no hubiese queja de ninguno; llamábanse don Hugo, don Guillén, y el tercero, Garcerán. Estos, pues, ocupados en prevenirse con más cuidado que los demás, por aventajarse á todos en el lucimiento de las bodas que esperaban, estaban en sus estados haciendo galas y buscando dineros no sin aprieto de sus vasallos, pues en estas ocasiones vienen á ser ellos los peores librados, bastando los que gastan sus señores.

Fueron, pues, avisados del día de la partida; y aunque procuraron acudir con puntualidad, no fué posible, y así, les dejaron una galera de las mejores con buena chusma para que otro día se embarcasen y les alcanzasen en el primero puerto donde hiciesen noche. Despidióse el día de su

partida el gallardo don Remón de su padre, y tomando su bendición, se embarcó con todos aquellos Príncipes y señores que le acompañaban, repartiéndose en las galeras, según les estaba ordenado.

Bien quisiera don Jofré, el hijo natural del Conde, acompañar á su hermano en esta ocasión y hallarse en sus bodas, mas su padre que conocía cuan desabrido y revoltoso era, no se lo consintió, cosa que don Jofré sintió en extremo, y deste sentimiento resultó no poca inquietud, como después sabréis.

Recibieron las galeras á su Príncipe con sonora y alegre salva, haciéndolo asimismo de tierra con diversidad de instrumentos bélicos y piezas que dispararon; y con esto, dando las velas al favorable viento y la palamenta al mar, comenzaron con próspero temporal su viaje, yendo el gentil don Remón el hombre más contento del mundo, haciéndosele cada instante un día y cada día un mes, mientras no gozaba de la hermosa vista de su deseada Reina, contemplando en su retrato cada momento, que nunca le quitaba de su pecho, pendiente de una cadena que traía al cuello. Parte del mucho gusto le templaba la tardanza que sus tres privados hicieron para no poder embarcarse con él á un tiempo, más todos le decían que esotro día les alcanzarían en el primer puerto donde diesen fondo las galeras.

No sucedió como pensaban, porque los tres ca-

balleros se detuvieron dos días más en embarcar, y así, no les fué posible alcanzar las galeras, como después oireis. Quince días había que fulcaban las galeras el ancho imperio de Neptuno con próspero viento, cuando la inconstante fortuna, si antes con amigable cara parece que favorecía los intentos de los catalanes, prometiéndoles feliz suceso y puerto seguro en su viaje, ya con rostro airado, por no desdecir de su instable condición, convocó los furiosos vientos, y encrespando las quietas olas del mar Tirreno, hizo que en breve formasen crecidas montañas de agua, que atreviéndose á las altas nubes, habían comunicar con ellas los esparcidos vasos tal vez, y tal sumergirlos en los más profundos senos de las aguas. El cielo se encubrió de enmarañadas nubes, y de sus opacos senos comenzaron á esparcir copiosas y continuas pluvias. Todo era confusión y espanto, los pilotos se turbaban, los marineros se afligían, la diligente chusma, no entendiendo la mal formada voz que con el pito hacía el turbado comitre, dejaban de ejecutar á tiempo sus faenas, las olas se aumentaban al peso que el airado viento las impelía, registrando los vasos así los cóncavos senos del cerúleo imperio, como las celestiales esferas. El gallardo don Remón andaba con valeroso esfuerzo animando á los que en su galera iban; mas como vían en los pilotos, marineros y chusma una general desconfianza de sus vidas y una

certeza de su evidente peligro, todos temieron su perdición, y así les sucedió, porque corriéndoles esta fortuna por espacio de diez horas, se halló la capitana y otras tres galeras á vista del puerto de Mecina, donde en los duros escollos de una cala en que hacía el mar una ensenada distante del puerto dos millas, dió al través la capitana y las tres galeras, y en los recios peñascos se hicieron infinitas piezas, con que se fueron á pique con la mucha agua que habían hecho, no habiendo acudido con la turbación á desaguar con las bombas, y así no se salvó hombre de cuantos iban sino fué nuestro gallardo don Remón, que le guardaba el cielo para que gobernase el reino de Sicilia en compañía de su hermosa Reina, el cual, como viese el peligro tan próximo, desnudándose de sus vestidos hasta quedar en camisa y calzoncillos de Holanda, se abrazó con un grueso tablón de la galera, y se dejó llevar de las furiosas olas, remando con los brazos á toda fuerza, procurando arribar á tierra.

El lastimoso espectáculo miraban tres pescadores desde la orilla del mar, cuyo mayor caudal se cifraba en un pequeño barco y unas remendadas redes con que sustentaban sus familias en una corta aldea cercana á la marina, y viendo que encima del tablón fluctuaba contra la furia de las embravecidas olas un hombre, que más venturoso que los demás procuraba entre-

tener su vida con esperanza de algún socorro, deseando dilatársela se aventuró, aunque con algún riesgo suyo á favorecerle con su barco, desatáronle de la orilla, entráronse en él, y brevemente llegaron á donde, ya, casi perdidas las fuerzas, estaba el valeroso joven peleando con las furiosas olas por salvar la vida. Diéronle un cabo de una cuerda á que se asió, y por él pudo brevemente trocar el incierto bajel del tablón por el seguro barco, compadeciéndoles á los tres pescadores su desdichado suceso. Agradecióles como pudo el generoso catalán el piadoso socorro que le habían hecho, cuya paga remitia al cielo, pues él estaba en estado que no les podía satisfacer tan buena obra.

Con esto llegaron á tierra, y llevando al desgraciado caballero á su pobre barraca, encendieron en ella fuego, y con su calor y un pobre gabán que le dieron para abrigarse, pudo restaurar su perdido aliento, dándoles de nuevo las gracias del buen agasajo que en ellos había hallado. Desta desdichada fortuna sólo escapó D. Remón con la sortija y retrato que le envió la hermosa Casandra, lo cual ocultó de modo que ninguno de los pescadores lo echó de ver. Preguntáronle quién era, y él negándose su calidad, les dijo ser un mercader catalán, que pasaba en compañía de su Príncipe á Sicilia en una de sus galeras con diferentes mercaderías, para granjear con ellas en estas bodas de la reina, y que todos

habían perecido sin salvarse persona, sino él, que dejaba todo su caudal anegado, lo cual daba por bien empleado á trueque de salvar su vida. De nuevo se compadecieron los sencillos pescadores de su desgracia, admirándose de que el Príncipe de Cataluña y su gente fuesen los anegados, que ya toda aquella tierra esperaba su venida, deseando ver llegado el día de sus alegres bodas.

La tristeza del fingido mercader procuraban divertir aquella buena gente, consolándole lo mejor que sabían, en cuya compañía estuvo don Remón dos días, y el tercero, diciéndoles que determinaba llegarse á Mecina, á donde conocía un mercader correspondiente suyo que le favorecía hasta avisar en su tierra de su desgracia, para que le socorriesen; los pescadores salieron con él y le enseñaron el camino que había de tomar, dándole del sustento que tenían para aquel día, que de nuevo agradeció don Remón. Caminó, pues, nuestro catalán Príncipe por el camino que le habían mostrado, triste y afligido, como se puede juzgar de quien tan poco tiempo había que salió de su tierra, acompañado de títulos y caballeros, con la mayor gala y bizarría que había visto la Europa, y ahora se hallaba anegada toda su gente, y él por gran dicha libre de aquel peligro, solo, sin conocer á nadie que le socorriese, descalzo, y sin abrigo más que el de un roto gaban que de compasión le había dado un caritativo pescador. Consideraba si sería bien dar en

la corte aviso de su desgracia á la Reina, para que enviase por él; y esto hacíasele muy cuesta arriba, por parecerle que era mengua de la grandeza de su estado y del brío español que en reino extranjero donde iba á ser Rey, casándose con su natural señora, le viesen en su primera entrada en tan baja fortuna, que mejor sería encubierto aguardar en alguna pequeña aldea cercana de aquella marina, hasta ver si apostaba á ella alguna de las galeras derrotadas que no habían corrido la fortuna que la suya y las demás; pues era fuerza, pasada la borrasca, acudir allí á saber el suceso que había tenido en tan rigurosa tormenta.

Con esta determinación caminó el pobre Príncipe hasta llegar á un verde prado, alfombra del asiento de una pequeña aldea, en el cual asistían algunos pastores guardando sus provechosos ganados que pastaban en aquel fresco sitio. Con ellos estaba una graciosa pastorcilla, que si no asistía á lo mismo, venía á treerles la comida desde su posada, para que pasasen todo el día en el campo, sin ausentarse de la custodia y guarda de sus ovejas. Llegó pues el animoso catalán á donde los pastores estaban, á quien saludó amigablemente y ellos asimismo le volvieron los saludos; preguntóles qué lugar era aquel, y cuánto distaba de la corte; fuéle respondido que el lugar se llamaba Florespina, y había de allí á la corte veinte millas.

¿Habría, dijo el desgraciado joven, alguna persona en esta aldea á quien yo pudiera servir, que habiendo escapado de una peligrosa tormenta á nado, me obliga mi descomodidad á procurar el forzoso sustento sirviendo?

Aquí tomó la mano para hablar la pastorcilla, diciéndole:

—Si vos os inclináis á seguir el ejercicio destos pastores, el señor de todo el más ganado que se apacienta en estos prados es mi padre, y por falta de un pastor que habrá dos días se le murió, tiene necesidad de poner otro en su lugar que tenga por su cuenta el ganado que él guardaba; en esto podré haceros gusto de intérceder que os reciba, que me habéis parecido hombre de bien.

—Mucho favor me haréis, graciosa labradora, dijo Don Remón, en que me apadrinéis con vuestro padre, para que le sirva en este ministerio.

—De buena gana, dijo ella, me ofrezco á acomodaros con él, que me he compadecido sumamente de vuestra desgracia, y deseo que en esta resolución que tomáis os sea de algún reparo á vuestro trabajo.

—El cielo os pague esa buena voluntad, dijo don Remón, y la buena obra que me prometéis hacer, y así os doy mi palabra que el tiempo que asistiese en servicio de vuestro padre, que en mí tengáis un esclavo, que os he cobrado grande afición desde que os vi.

No menos pagada estaba la pastorcilla dél, así por su buena presencia, como por la compasión que le daba su desgracia; fuese, pues, con él al lugar, y hablando con su padre fué fácil de acabar con él que le recibiese en su servicio, ocupándole en la plaza que vacó por el difunto pastor, con una buena partida de ganado que guardase, dándole dineros adelantados para que se vistiese al uso de los que seguían su profesión.

Desta suerte quedó el gallardo Príncipe empleado en aquel rústico ejercicio, consolándose con muchos ejemplos que traía á la memoria de grandes señores y príncipes que por desdichados sucesos de fortuna vinieron á ejercer oficios bajos, no en tierra de amigos y gente cristiana, sino cautivos entre infieles, enemigos de su ley, y así esperaba en el cielo que le había de dar remedio á sus desdichas, aguardando á que el tiempo mejorase su suerte.

Habíase dilatado su desgracia no sólo en Sicilia, más en los convecinos reinos, dando general compasión á todos el trágico suceso, con el cual renovó la hermosa Casandra el sentimiento de la muerte de su padre, pues cuando esperaba con afectuosos deseos á su esposo, oye publicar que le han sumergido las crespas ondas del salado mar con toda su gente, sin haberse escapado quien pudiese darle con certidumbre las nuevas de la triste tragedia; y para saberlo con fundamento mandó que luego saliesen seis galeras

de sus costas, que discurriendo por el mar, supiesen lo cierto desta infelice nueva. Hízose así, cuando hallaron en el puerto de Mecina señales ciertas de lo que iban á buscar, porque los de la capitana y demás galeras que se habían hecho pedazos en las duras rocas, impelidas de la furia de las olas, había arrojado el mar en sus orillas parte de la palamenta, flámulas y gallardetes y el pendón de la capitana, que aunque parte dél estaba deslucido con el agua y arena, algunos cuarteles estaban sanos, por donde se conocían las armas del Conde de Barcelona, con que aseguraba la certidumbre de la desgracia. Dióse desto cuenta á la Reina, con que añadió pesares á pesares, no obstante que mandó de nuevo fuesen las dichas galeras haber si hallaban alguna que derrotada hubiese dado en otro puerto convecino.

Esto pasaba cuando los tres caballeros privados del desgraciado don Remón, habiendo seguido sus galeras con la que les dejaron, y pasado la misma tormenta, les hizo tomar otro rumbo, dejándose llevar de las inquietas y soberbias olas, y así corriendo fortuna, vinieron á toparse con las galeras que habían salido de Sicilia en su busca, y sabido dellas la infelice muerte de su dueño, según la nueva corría, fué grande el sentimiento que tuvieron con ella, determinándose dar la vuelta á Barcelona, á donde llegaron en quince días, habiendo treinta que partieron

della alegres en seguimiento del generoso don Remón.

Surgieron, pues, en su insigne puerto, cuando antes de desembarcar oyeron que en la ciudad había grande alboroto y estruendo de armas, y queriendo informarse de la gente del puerto qué era la causa de tan grande rumor, fuéles dicho que el Conde había dos días que era muerto de un repentino accidente que le dió, con que apenas pudo recibir los Sacramentos, y que luego que vió su muerte don Jofré, su hijo natural, habiéndole dado sepulcro, se había aunado con la plebe para que le reconociese por Señor de aquel Estado, cosa que no le había sido dificultosa de alcanzar, por faltar de aquella ciudad su legítimo sucesor, yendo á casarse á Sicilia, y en su compañia la más parte de la nobleza de Cataluña, y asimismo les dijeron que tenía ya tomadas en su nombre todas las más importantes fuerzas del Principado y usurpadas las haciendas de los caballeros ausentes, para repartirlas entre sus valedores, con los títulos y dignidades que tenían; razón de estado para tener mayor defensa en ellos, pues á trueque de no las perder se dejarían quitar las vidas primero, y que había entre los rebelados y leales cada día nuevas guerras civiles y peligrosos encuentros. Esta nueva dejó á los tres caballeros casi sin sentido, viendo en tan breve tiempo pasar por ellos tantas desdichas juntas, no sabiendo qué hacer-

se en tal confusión, juzgando, como era verdad, que el tirano don Jofré les había quitado sus estados y rentas y hecho partición de todo por no haberle sido muy afectos.

Entre varios pareceres que tuvieron de lo que debían hacer, se eligió el de don Hugo, que fué determinarse á volver á Sicilia, á donde al servicio de la Reina asistirían, pues de tan gran señora podían prometerse, les favorecería por haber sido criados del que esperaba por esposo y tan privados suyos. Con esta determinación salieron esotro día del puerto, y con favorable viento dentro de pocos surgieron en el de Mecina, y desembarcados en él sin querer entrar en la ciudad, acordaron retirarse á alguna aldea cerca de la corte, hasta hacer lutos y pedir licencia á la Reina para ir á besarle la mano; y así eligieron el lugar donde estaba el disfrazado don Remón en hábito de pastor; allí tomaron posada pared en medio de la que habitaba el gallardo Príncipe, sirviendo á su dueño.

No sabía el poco afortunado don Remón que aquellos caballeros hubiesen venido allí hasta que el segundo día que llegaron los encontró impensadamente en el verde prado donde estaba en compañía de la graciosa pastorcilla, guardando su manso ganado, la cual estaba en extremo aficionada dél, y se lo daba á entender en varias ocasiones, si bien el disfrazado Príncipe, con nombre de Florelo, no se daba por entendi-

do de su afición, y procuraba evadirse de sus importunos amores todas las veces que podía, cosa que sentía tiernamente la enamorada pastora.

Con la vista de los tres caballeros se alegró sumamente el encubierto Príncipe, y ellos, reparando en él se admiraron grandemente, pues á no verle en aquel rústico traje, que les desmentía lo que el verdadero rostro certificaba, le llegaran á besar la mano por su dueño. Con todo se maravillaron tanto de la similitud de su rostro al del malogrado Príncipe, que de nuevo se les renovó el gran sentimiento de su desdichada muerte. El disfrazado don Remón conoció por sus semblantes la turbación que recibieron de verle, y quiso disimular en su conocimiento, por ver qué harían con él. Saludáronle los tres caballeros y en su habla y acciones (si bien procuraba disimular con cautela) vieron una perfecta copia del que ya juzgaban por sustento de los marinos peces, con que acrecentaron su admiración, atribuyendo á gran prodigio de la Naturaleza el que tenían presente. Hiciéronle algunas preguntas de su nacimiento y patria, y á todas les satisfizo con las más rústicas razones que pudo fingir, con fin de ver en qué pararía su curiosidad. Pidiéronle, que pues habían de estar algunos días en aquel lugar, hasta tener licencia de la Reina para ir á la corte, la cual habían ya enviado á pedir, no dejase de verlos

todas las veces que pudiese, porque se consolaban con su vista grandemente, por parecerse mucho á una persona á quien ellos habían estimado y querido el tiempo que vivió. El se lo prometió con gran gusto, determinando de encubrírseles hasta ver lo que resultaba de la licencia que decían esperaban en aquel lugar, y así todos los días les iba á ver, con que ellos se alegraban mucho y le regalaban con mucho cuidado, teniéndole por lo que simbolizaba con su difunto dueño un interior respeto y amor, y mientras estaba en su presencia no podían persuadirse á que no fuese aquel su verdadero Señor.

Una noche, entre otras, que habían acabado de cenar los tres caballeros, quiso el disfrazado catalán por curiosidad saber lo que trataban á solas, y cayendo su aposento cerca del en que estaban, pues solo los dividía un delgado tabique, hizo en él un pequeño agujero en parte que no fuese visto por donde arrimando el oído se puso á escuchar lo que decía don Guillén á sus amigos, que fué quien comenzó la plática siguiente.

—Es tan notable la similitud que tiene este siciliano pastor, con el desgraciado príncipe don Remón, nuestro ya difunto dueño, que me ha dado motivo su verdadera copia á maquinar una cosa que os ha de maravillar á todos mucho, y juntamente reducir á seguir lo que tengo pensado.

El príncipe de Cataluña, sabemos con certeza que murió anegado con su gente en el mar, sin escaparse hombre de todos cuantos le acompañaban, que pudiese dar aviso del lamentable suceso, así en Sicilia como en Barcelona. La noticia de su rostro se sabe que todos la tienen en esta corte, porque desde el presente que nuestro difunto Conde hizo á la reina, en que le envió un retrato suyo, se han sacado muchas copias dél. Según ésto, fácil nos será persuadir á este reino (con presentarles á la vista este labrador, en lugar del rey que esperaba tener) á que crea que es el mismo que juzgaba por muerto, haciendo primero una prevención importantísima, que es llevarle con nosotros á una secreta parte donde le instruyamos en los ejercicios militares, en el conocimiento de las cosas de Barcelona, y en él saberse portar con los señores vasallos suyos, y finalmente en todo lo que debe saber un perfecto príncipe, como era el malogrado don Remón, que en él conozco talento para percibir fácilmente lo que le enseñaremos, y después de instruirlo, como digo, divulgaremos que le habremos hallado en Argel donde está cautivo, no siendo conocido de los moros, que fingiremos le cautivaron en otra playa cercana á ésta, diciendo que le hallaron abrazado á un barril de una galera, con que escapó de la muerte, y que por un bajo precio le rescatamos; y si surte efecto esta peregrina traza que os revelo, casándose el

labrador con la reina, es fuerza que reconocido del bien que le hemos hecho y del bajo estado que le hemos sacado para ser no menos que monarca de un reino, nos favorezca y prefiera á todos, dejándose siempre gobernar de los tres, con que vendremos á ser absolutos señores de Sicilia, y este me parece mejor camino y más cierto que el que hemos elegido, aguardando dudosos la merced que la Reina nos quiera hacer en su tierra, pues jamás fué afecto á su gente ningún español, ya que la fortuna nos ha sido tan contraria que en Barcelona se haya hecho su absoluto señor el tirano don Jofré, después de la repentina muerte de su anciano padre, y apoderádose de nuestras haciendas, para dar á los valedores que la amparan.

Aprobaron los dos amigos la traza de don Guillén, juzgando que el cielo se la había revelado para remedio suyo y consuelo del reino de Sicilia, y así para el siguiente día acordaron de comunicar los tres esto con el pastor, y por su voluntad, ó violentamente llevarle con ellos para ejecutar lo que tenían pensado. Con este presupuesto se retiraron á reposar, contentísimos del buen camino que habían hallado para su aumento.

No menos lo estaba el disfrazado Príncipe con lo que les había oído, que si bien iba fundada la traza en ambición é interés, llevando la capa del buen celo de consolar á los sicilianos le estaba

á él muy bien seguirla, porque el levantamiento de Barcelona (que se admiró de saberlo sintiendo juntamente la muerte de su padre), le impedía no poder ir por otro camino, sino por el que don Guillén había descubierto, ya que la fortuna había andado tan madrastra con él, que en breve tiempo había perdido su padre, estado y nobles vasallos, y él vióse á pique de perder la vida, si el cielo milagrosamente no permitiera que se escapara del furioso mar, abrazado á una frágil tabla. Y así considerando en el estado que se hallaba, no le podía estar cosa más á propósito que la que intentaban los tres caballeros; con lo cual determinó dejarse llevar dellos, y seguir su parecer sujetándose segunda vez á la doctrina de lo que le fuese enseñado por llevar adelante que entendiesen era labrador.

El día siguiente don Guillén y su dos amigos buscaron al labrador, que con nombre de Florelo era conocido en aquel lugar y hallándole en el verde prado donde le vieron la primera vez, le apartaron á un lugar solo, donde don Guillén le dió brevemente cuenta de lo que tenían pensado, á lo cual el fingido pastor (por deslumbrarles de quién era), les puso muchas dificultades, excusándose de venir en su resolución, las cuales facilitadas por don Guillén se dejó llevar de su persuasión, convencido y resuelto á obedecerles en todo lo que le ordenasen. Y esa noche salió con ellos de la aldea, sin dar aviso de su

partida á su amo, ni tampoco á la graciosa labradorcilla, hija suya, que no sintió poco esotro día su repentina ausencia. Llegaron donde tenían su galera, y habiendo hecho que don Remón se cubriese el rostro, porque de nadie fuese visto, le metieron en la cámara de popa, y dando las velas al próspero viento, en breve tiempo llegaron á un puerto de Calabria, donde les pareció que para su intento era parte acomodada.

Saltaron pues en tierra y en una corta aldea que estaba cerca de la marina, determinaron estar el tiempo que la enseñanza del nuevo Príncipe durase. El cual, como era diestro en todo lo que de nuevo le querían hacer saber, aunque algunas veces se hacía torpe por dislumbrarles, en breve tiempo supo andar á caballo en las dos sillas, correr lanzas, tornear, jugar las armas, danzar, y finalmente, todo aquello en que los tres caballeros sabían que su difunto Príncipe fué enseñado, admirándose extrañamente de su rara habilidad, estando cada día más contentos con el buen camino que el cielo les había mostrado para su remedio.

Habiendo, pues, hallado al nuevo Príncipe diestro en todo á su satisfación, al cabo de medio año que gastaron en esto, se partieron de Calabria, llevándole con el mismo secreto que le habían traído; en pocos días tocaron en la playa de Argel, donde con una bandera de paz que pusieron saltaron en tierra, diciendo ir á rescatar un

cautivo que tenían nuevas que estaba en aquella ciudad. Los codiciosos moros manifestaron á los cuatro (que fueron los que sólo saltaron en tierra), cuantos esclavos tenían en sus baños, y como era cierto que llevaban en su compañía al que ellos fingían iban á rescatar, dijerónles, reconocidos todos los presos, que no estaba allí el que buscaban, que debían de haberle envíado á Constatinopla, ó echádole al remo en alguna galera. Con esto se despidieron y vueltos á embarcar con el Príncipe, ya vestido como cautivo, que fingieron haber acabado de rescatar, le entraron en la cámara de popa, encubriéndole como de antes, hasta que se alejaron de la playa, tomando el derecho viaje para Sicilia, y á cosa de seis millas que habían navegado, comenzaron los tres caballeros con fingidos regocijos á publicar á la gente de su galera como habían rescatado al Príncipe de Barcelona, mostrándole en el hábito cautivo que le habían hecho vestir. El contento que todos mostraron fué grande, sin quedar ninguno de cuantos iban embarcados que dejase de llegar á besarle la mano, y los que no les daban lugar á poderlo hacer, se echaban á sus pies á besarlos, vertiendo lágrimas que manifestó el contento, y el fingido cautivo se les mostraba muy afable y agradecido, como quien lo sabía bien hacer.

Con extraño gusto del nuevo hallazgo de su Príncipe iban los de la catalana galera, cuando

en pocos días tocó su proa en el famoso puerto de Mecina, á donde con grande ruído de instrumentos y sonora salva de piezas que dispararon, se publicó la venida de su nuevo Rey y su rescate. De la ciudad se comenzó luego á descolgar gente, haciendo notables regocijos, y no menor salva que la que había hecho la galera; el recibimiento que le hicieron fué majestuoso, aunque en breve tiempo dispuesto; acompañó toda la nobleza que se halló en aquella ciudad á su Rey hasta palacio, donde estuvo mientras en Palermo se dió cuenta de su venida y de su cautiverio y rescate. Lo que la Reina se alegró con la impensada y felice nueva fué al peso que la había lastimado la mentida tragedia de su esperado esposo, y mandó luego que cuatro grandes de su Corte fuesen á visitar al Rey, que así le llamaremos de aquí adelante, llevandóle un rico presente de joyas y vestidos, y con ellos riquísima ropa blanca, que todo estaba prevenido para sus bodas antes que sucediese el lastimoso naufragio, y en tanto que esta visita se le hacía, se quedaron previniendo con mucho cuidado las cosas necesarias para la solemne entrada del Rey. Mientras estas cosas se iban disponiendo, recibió el Rey á los Grandes, haciéndoles muchas honras y favores, y mostrándoles apacible agrado, mezclado con majestuosa y severa gravedad, de que se admiraban cada día más los tres caballeros, viendo que un sujeto tan humilde hubie-

se aprendido en breve tiempo lo que suelen ignorar otros nacidos en mejores paños que él, con muy grandes enseñanzas y experiencias, teniendo por milagro que el cielo les hubiese mostrado aquel hombre para suplir la falta de su malogrado príncipe.

Llegó de la Corte aviso al Rey, de estar prevenido el suntuoso recibimiento, y así partió con grande acompañamiento de Grandes y títulos de la Corte que habían venido á besarle la mano, en cuyo camino hasta llegar á Palermo le hicieron solemnísimas fiestas por los lugares que pasaba, y el Rey iba haciendo á todos muchos favores y mercedes. La bizarra y costosa entrada que hizo en la Corte fué como de un tan poderoso señor se puede imaginar, que venía á tomar posesión de aquel reino y gobernarle, y así la dejó en silencio. Llegó el Rey al real Palacio, donde estaba aguardándole la hermosísima Casandra, con tanta belleza como rica y costosamente vestida, y asimismo sus bizarras damas, acompañaban los ancianos señores de la Corte y el Arzobispo de Palermo, que luego que los Reyes se recibieron los desposó con general contento de los presentes, llevándose el Rey las voluntades de todos. Continuáronse las fiestas así en la Corte como en todo el reino, por celebración de las alegres bodas, y en algunas quiso hallarse el Rey, como fué en una sortija y un torneo, no con poco temor de la Reina, que tuvo

el tiempo que duraron, pareciéndole que había de sucederle con ellas la desgracia que á su difunto padre.

En este tiempo don Guillén, que esperaba ser el más favorecido de su Rey en recompensa del lugar en que le colocó, se mostraba agraviado, poco satisfecho y mal pagado de tan gran deuda; cosa que hacía el Rey de propósito para ver en qué paraba el intento de su ambicioso deseo. No menos quejosos se mostraban sus dos amigos, don Hugo y Garcerán, comunicando entre los tres la ingratitud que había tenido con ellos, pues los cargos y oficios superiores de aquel reino, que halló vacos, y la Reina le dejó á su elección el proveerlos, se los había dado á naturales, sin acordarse de ellos, como si nunca los hubiera conocido.

Pendiente, pues, esta queja de los tres amigos, don Guillén puso los ojos en una hermosa dama de la Reina, llamada Octavia, de quien estaba grandemente aficionado. A esta señora servía asimismo el Marqués Rugero, un señor de aquel reino, ilustre, emparentado y rico, el cual estaba muy adelante en sus favores, y cada día aguardaba ocasión para pedírsela á los Reyes por esposa, con beneplácito que della tenía granjeado por la solicitud y cuidado con que la había galanteado. Pues como una noche se hiciese en Palacio un sarao, y al uso de España se diesen á los caballeros lugares con las da-

mas, el Marqués le tuvo con Octavia, sintiendo don Guillén que la diligencia de haber pretendido ésto le hubiese salido vana y sin provecho, culpando al Rey, que ya tenía noticia de su afición, por haber gustado de favcrecer al Marqués antes que á él; pero no obstante que se le había negado lo que tanto deseaba, se determinó á tener, aunque sin licencia, juntamente con el Marqués, lugar con Octavia, á pesar suyo. Llegó la ocasión y comenzándose el sarao, el Marqués acudió á su puesto, ocupando el lado izquierdo de Octavia, y luego don Guillén hizo lo mismo, poniéndose á la otra parte. Sintió mucho el Marqués su atrevimiento, dándole á entender á don Guillén cómo él solo tenía lugar allí y no otro, que ésto había sido diligencia suya. A que respondió don Guillén que él lo creía así, pero que tras ello no venía con propósito de dejar aquel puesto, en que ya estaba empeñado, menos que el Rey se lo mandase. Hubo sobre ésto algunas demandas y respuestas, resistiendo siempre don Guillén por llevar adelante su intención, con que el Marqués impaciente desto, viendo por el semblante de su dama, que aquel lugar le tenía contra su gusto, le dijo:

Pensé que la cortesía y razón que tengo os hiciera echar de ver que la señora Octavia (que ha de ser brevemente mi esposa), no gusta de que ocupéis su lado, pero pues estáis en la porfía de gozarle á su pesar y al mío, yo no pretendo que

me le déis más, y así tomad secretamente este guante y salíos conmigo lo más disimuladamente que pudiéredes, que allá á su era sabré yo castigar vuestra necia intención y descortés porfía.

Recibió el guante don Guillén y respondióle:

—Cuando me puse aquí fué con ánimo de estorbar el gusto que pensábades tener con la señora Octavia, ya que á mí me había negado este lugar que he ocupado, pero conseguida mi pretensión quiero ver si salís con la vuestra, y así voy á que me enseñéis de la cortesía que os sobra.

Y luego, sin hablar más palabra, dejando á Octavia, se salieron del salón donde se hacía el sarao. Hízoseles esto novedad á todos, y por la turbación del semblante de la dama conocieron que iban desafiados, y certificándose algunos más en saberlo de su boca, dieron cuenta al Rey del caso, y él mandó al capitán de la guarda que bajase á estorbar aquel enfado, mas primero que se dispuso con su gente á ejecutar el orden, ya en el patio de palacio, que no les dió más espera la cólera, habían los dos caballeros sacado las espadas, y á la primera venida dado don Guillén al Marqués una estocada por los pechos, con que le tendió en el suelo de espaldas atravesado de parte á parte, retirándose con esto á un monasterio el más cercano de Palacio, hasta ver en qué paraba aquel negocio y cómo lo tomaba el Rey. Al ruido de las espadas acudió gente, pero fué

tarde, hallando al gallardo Marqués herido de muerte y revolcándose sobre su misma sangre, de que tenía cubiertas las losas del patio. Bajó asimismo el Rey dejando el sarao y con él todos los Príncipes y señores que en el salón estaban, con ánimo de castigar rigurosamente á los dos caballeros por haber sido causa de aquel alboroto, y hallando al herido de la suerte que oís, le mandó llevar de allí, y hacer curar con mucho cuidado; pero tuvo en él poco que hacer la cirugía, que apenas se confesó cuando rindió el espíritu, dejando grande sentimiento á todos, porque era estimado y querido de toda la Corte. Con esto se indignó el Rey notablemente, haciendo que se buscase con grandes diligencias á don Guillén, y que aunque estuviese retirado á sagrado se sacase de allí, y le pusiese en una torre con prisiones y guardas. Hízose así, sacándole del monasterio donde se había retirado, poniéndole en una fuerte torre que allí había, con el cuidado que el Rey mandó.

Aquella noche la Reina encareció mucho á su esposo el atrevimiento del caballero de su nación, el lugar en que cometió el delito, la nobleza del difunto, y los muchos y poderosos deudos que tenía en la Corte, porque se dispusiese hacer un riguroso castigo en él, si no quería ver alborotado aquel reino, advirtiéndole que en esta primera acción se acreditaba para ser amado y obedecido, ó por el contrario despreciado y aborre-

cido de sus vasallos. Bien conoció el Rey la razón que tenía su esposa, y cuán necesaria era allí la severidad y el rigor, mas el amor que á don Guillén tenía, le obligaba á librarle de aquel peligro, aventurando todo lo que podía temer y le avisaba. Prometióla hacer justicia del delincuente con gran severidad, sin que el amor y grandes obligaciones que le tenía bastasen á torcerle su intención.

Los dos amigos del preso, don Hugo y Garcerán, acudieron á verle, pero negáronles la entrada los guardas que asistían en la torre, diciendo que tenían orden del Rey y de su capitán para que no le viese nadie, y oyendo esto comenzaron á temer un trágico suceso, y así por aquella noche dejaron de hablar al Rey, determinando hacerlo el día siguiente, que por ser gentiles hombres de su cámara les era fácil esto, y así madrugaron esotro día por hallarle en la cama y hablarle sin testigos. Ofreciósele la ocasión como deseaban hallándole solo y postrados de rodillas delante dél, le suplicaron se hubiese piadosamente con don Guillén, no dejando de confesar su atrevimiento y ser grande su delito; pero que eran mucho mayores las obligaciones que debía á don Guillén para no castigarle según disponían las leyes. El Rey que conoció en don Hugo y Garcerán con el intento que caminaban, que era representarle el bajo estado en que le hallaron, de donde le sacó por su traza don Guillén al que

gozaba, determinó apurar el valor de los tres, y principalmente el del preso por ver si con el rigor que pensaba mostrar con él y la ingratitud antes fingida con ellos, les obligaba á descubrir el secreto de quién era al parecer de los tres, y así á los ruegos y súplicas que le habían hecho para que se moderase en el rigor, les respondió desta suerte:

El atrevimiento de vuestro amigo ha sido tan grande, tan ponderado de la Reina y conocido de toda la Corte, que si mi castigo no satisface la indignación del pueblo, cortándole la cabeza, dudo que pueda conservarme en este reino, porque la gente dél es belicosa y no aguarda con los extranjeros, como yo soy, más que una ocasión como ésta para alterarse, y perdernos todos; así previsto esto y considerado, porque no me seáis importunos en pedirme por su vida, porque yo he prometido á la Reina que antes de tres días ha de ser degollado en un funesto cadalso en la plaza Mayor de mi Corte, para que su muerte sea escarmiento de otros y yo quede bien opinado con mis vasallos.

Absortos dejó el Rey á los dos caballeros con su resolución, y más de la serenidad y entereza que tuvo en hablarles de aquel modo, juzgando por sus palabras y la que tenía dada la Reina, que no había que hacer cuenta de la vida de su querido amigo, y con el justo sentimiento que tuvieron de lo que habían oído, le dijo:

—Vuestra Alteza, señor (que no quiero hablarle de otra suerte, aunque sé quien es), se ha determinado á empeñar su palabra más presto de lo que debiera, como poco informado de lo que es don Guillén, pues en Sicilia, ni en toda Europa dudo que haya quien le aventaje; él es de lo mejor de Cataluña, y tan leal á aquel Principado, que si en estas rebeliones que ha habido se hallara, perdiera la vida y mil que tuviera, antes que nuevo dueño gozara su injusta y tirana posesión. Siendo esto así, y que la ingratitud no debe aposentarse en pecho que tantos beneficios ha recibido dél, será acertado que Vuestra Alteza considere en el bajo estado que fué hallado, en el que ahora goza, casado con la más hermosa señora de la Europa, y en el que tiene puesto el autor de todas estas dichas, que fuera muy pequeña paga de su buen celo hacerle su segunda persona en este reino, y no abatirle á que sea espectáculo de su muerte, en una plaza de toda esta Corte. Si poco reconocido de este bien se quiere Vuestra Alteza olvidar dél, por tener un testigo menos de sus humildes principios, pues nadie quiere cerca de sí á los que conocieron antes sus humildades; la vida de don Guillén sola le pedimos que conceda, con perpetuo destierro de sus reinos, nosotros en su compañía comprometemos en manos de Vuestra Alteza desterrarnos con él sin haber delinquido, porque quede libre de este temor que á nosotros no puede faltar-

nos Rey á quien servir, que sepa premiar mejor.

Enternecido dejó al nuevo Rey la justa queja de don Hugo, y fué mucho poderse contener sin mostrarles la terneza de su pecho; más por afinar el valor de don Guillén, y de los dos intercesores, hasta ver si descubría quién ellos pensaban que era, les volvió á decir así:

—Nunca las cosas que se piden han de ser injustas, ni en daño de la reputación de los Reyes, los cuales, en las cosas de gracia pueden dispensar, más en las de justicia como ésta y más adonde por la parte agraviada se pide tan á vovoces, juntameute con la ofensa hecha contra la autoridad de mi Palacio, no puedo alterar lo que disponen las leyes que dejaron establecidas mis antecesores. En cuanto á saber que me hallastes en bajo estado y que poseo el de Monarca de este reino, siendo esposo de la incomparable y hermosa Casandra, yo lo confieso, y no os admire ver á la suma dicha á que me ha subido la fortuna, que mil ejemplos tenemos de Reyes que antes se vieron en humildes estados y ejercicios, subir á mayor grandeza, y á los altos pensamientos que yo siempre tuve en el ínfimo oficio que me vistes ejercer, no me prometían menos que lo que ahora poseo; que guardar ovejas y tenerlas á mi cargo, ¿qué fué sino un ensayo de lo que ahora represento, pues ellas fueron el símbolo de mis vasallos y yo siendo su pastor, el de Rey, que ahora soy vuestro? El celo de don Guillén no se puede de-

jar de agradecer, pero no en caso tan apretado como el presente, aunque estoy cierto que tuvo con él razón de estado, poniendo la mira en sólo sus aumentos; y cuando el interés y ambición se anteponen al buen celo, aunque se ejucute el hacer bien, no es con aquellos quilates de estimación que sin esta circunstancia tuviera, pues sola la intención, sin mirar al provecho que se sigue della, es la que se debe agradecer y estimar, y si no correspondo al agradecimiento que debo, es por las causas que me obligan á guardar justicia mientras hubiese parte que la pida, que ya constituído en la dignidad de Rey, ni al mismo que me dió el sér, siendo mi súbdito, de no perdonar, pena de ser injusto y mal juez. Yo estimo muy poco que haya testigos de mis principios, pues ya en este reino será difícil que den nuevo crédito á otra quimera: que tal parecerá cuando publiquéis quién he sido, y porque me canso de que queráis porsuadirme cosa contra mi resolución, os mando no me habléis más en ésto, ni entréis de aquí adelante en mi cámara, hasta que os ordene otra cosa.

Y sin aguardar á más les volvió las espaldas, dejando á los dos amigos tan coléricos y despechados que echaban fuego por los ojos, protestando vengarse del que pensaban era fingido Rey, de la manera que pudiesen, si llegaba á perder la vida don Guillén, aunque sobre ello les costase las suyas.

El Rey mandó al capitán de su guarda que si aquella noche don Hugo y Garcerán le pidiesen licencia para ver á don Guillén en la prisión, después de haberse dejado rogar dellos un rato, se la diese pareciendo en el modo de su permisión ser más gracia suya que orden que él hubiese dado, y con esto mandó que en su Consejo de justicia se le diese sentencia de muerte, haciendo que se la notificasen en la prisión, la cual oyó con gran valor, quejándose de su poca suerte; cosa que admiró á los que se hallaron presentes.

Con grande diligencia se trató de que se hiciese en la plaza de Palermo un cadalso para la justicia que se esperaba hacer de don Guillén, y á este mismo tiempo andaban sus amigos con gran solicitud buscando orden para verse con él y consolarle en su aflicción; sucedióles, pues, el lance que el Rey se tenía imaginado, con el capitán de la guarda, y el muy falso dejándose importunar dellos un rato, al cabo dél les llevó á la prisión, encargándoles el secreto, pues estaba cierto que si llegaba á oídos del Rey su desorden, le castigaría severamente.

Entraron pues don Hugo y Garcerán en la torre, y hallando á su amigo con el desconsuelo que podréis imaginar, como quien esperaba presto ser trofeo de un riguroso verdugo, le acompañaron en su sentimiento, derramando gran copia de lágrimas; allí le dieron cuenta enteramente

de lo que les había pasado con el Rey y cuán severo les había hablado con resolución de hacer justicia dél y dar gusto á la Reina, á la parte del difunto Marqués y á toda la Corte, adonde eran tan poco afectos.

Esto le dió notable indignación al caballero preso, disponiéndole á dar noticia al Reino de quién era el que le gobernaba, y en el estado que le había hallado y para esto les dijo á sus amigos que convenía hacer traer de aquella aldea de donde le sacaron al hombre á quien sirvió de pastor y á otros labradores ó pastores que le acompañaron en aquel humilde ejercicio. Hiciéronlo así sus amigos, despachando esa noche por ellos y en tanto el preso hizo un memorial para la Reina, en que le pedía que puesto que él había de morir por la sentencia que le tenían dada, su alteza se sirviese de oirle antes de ejecutarla (en presencia de toda la nobleza de la Corte), cierta cosa que importaba mucho á su corona, y con que él descargaba su conciencia, renunciando el privilegio de vida que gozan los condenados á muerte que ven la cara á los Reyes, pues él quería que no le valiese, sino obedecer lo sentenciado.

Este memorial se dió á la Reina al tiempo que salía con el Rey de misa de su Real capilla, y dándosele la hermosa Casandra á su esposo para que en ello ordenase á su gusto, el Rey la dijo que el suyo era que se le oyese en la forma que

por su memorial pedía, que deseaba mucho saber qué cosa era la que había de manifestar que tanto importaba así á su Corte como á su conciencia. Esto decía el Rey por cumplir con la Reina, que ya él sabía que aquella prevención era para declararse don Guillén, y deseábalo sumamente, y así mandó que para el día siguiente se juntasen todos los grandes, títulos y caballeros de su Corte, adonde le oyesen como pedía. En tanto ya don Hugo, que tomó á cargo enviar por los labradores que los tenía en la Corte y les había hablado en el caso descubiertamente para que á su tiempo jurasen la verdad, dejándoles no poco admirados la dicha á que había llegado el que ellos conocieron con nombre de Florelo en su aldea guardando ganado.

Venido el siguiente día á la hora que tenían determinado los reyes dar audiencia á don Guillén en un espacioso salón de su palacio se juntaron todos los grandes, títulos y caballeros de su Corte, y ocupando los asientos que en actos como este suelen tener, los Reyes se pusieron debajo de su dosel, en un estrado que se fundaba sobre tres gradas que cubría un paño de brocado, luego entró la guarda con el preso, á quien acompañaban sus dos amigos. Venía el pobre caballero sumamente afligido, y tan desfigurado, que apenas le conocían los que le habían visto tan alentado en todas las fiestas que en la Corte se habían hecho. A muchos que estaban en

la sala dió compasión el verle, mas entre todos fué el Rey quien más se enterneció con su vista, no haciendo poco en reprimir las lágrimas con la pena que recibió; todos guardaban grande silencio, pendientes de lo que diría don Guillén, el cual con atenuada voz dijo mirando á todos estas razones:

Serenísima Reina de Sicilia, grandes, títulos y caballeros deste antiguo reino: yo, el más desgraciado de los hombres, experimentando rigores que olvidan memorables servicios, he suplicado os juntéis en este lugar para oir la declaración de una verdad que hasta ahora he tenido oculta; pero ya que por la muerte que dí al Marqués Rugero estoy condenado á que me quiten la cabeza, y es forzoso padecer este castigo á petición de la parte que me ha seguido, y de la Reina que me oye, cumpliera mal con la ley de caballero cristiano, de que tanto me precio, si en los umbrales de la muerte no os manifestara lo que tanto importa, y hasta ahora ha estado oculto en mi pecho, y en los de don Hugo y Garcerán, que están presentes, pues con su declaración y la mía, si bien resultarán enfados, descargo mi conciencia, y voy libre del escrúpulo que bastara á condenar mi alma. Del famoso don Remón Borrell, hijo único y legítimo de don Borrell, Conde de Barcelona, que estuvo capitulado con vuestra hermosa Reina para ser su esposo, ya tuvistes nueva cómo había rendido el espíri-

tu entre las saladas aguas del Mar Tirreno, acompañándole en tan lastimosa pérdida toda la nobleza de Cataluña que había venido con él á sus bodas, sin escaparse persona alguna que os pudiese dar con certeza las tristes nuevas, y desto tuvistes bastante certidumbre en los destrozos de sus galeras, que arrojó el mar en esa siciliana playa, juntamente con las flámulas, gallardetes y pendón de la capitana, que con lo dicho se hallaron.

Pues como esta nueva se dilatase no sólo por este reino, sino por los convecinos, y aun creo que hasta los remotos, mis dos amigos y yo, que nos quedamos dos ó tres jornadas atrás, por no poder embarcar con Su Alteza á un tiempo, corrimos la misma fortuna que nuestro dueño (si bien no en su desgraciado fin) sabiendo pues de las galeras que de aquí partieron á informarse del suceso el que habían tenido, dimos la vuelta á Barcelona al tiempo que por muerte de su anciano Conde y señor nuestro estaba aquella ciudad rebelada, y dada la posesión de su gobierno y señorío á D. Jofré, hijo natural suyo, y hermano del malogrado don Remón; ésto y saber que nuestras haciendas con las de todos los que seguíamos á nuestro Príncipe estaban tiranizadas por don Jofré, y repartidas entre sus valedores, nos hizo volver á este reino con ánimo de asistir en el servicio de vuestra Reina, como leales caballeros; desembarcamos pues en Me-

cina, y aposentándonos en una aldea, cerca de aquí que llaman Florespina, determinamos enviar á pedir licencia á su Alteza para entrar en su Corte y asistir en ella á su servicio, como tengo dicho. En tanto que esto se disponia, al segundo día de nuestra llegada, saliéndonos á divertir por el campo, vimos en él un prodigio, un portento, y finalmente una rara maravilla en un pastor, cuyo rostro, habla y acciones, eran una perfectísima y verdadera copia de nuestro difunto dueño. Comunicámosle algunos días, aún con verle á menudo cada vez el sentimiento de la muerte del malogrado Príncipe, pues era cosa notable que se le parecía con esta rara maravilla; y alentado de alguna codicia y ambición, me dispuse á emprender un capricho, el más extraordinario que jamás se ha oído, que fué con este hombre, industriado en los militares ejercicios de la Corte en la lengua siciliana y otras, y finalmente en aquellas cosas que debe saber un Príncipe, y sabía el que se anegó, dar á entender á este reino, que era el verdadero don Remón Borrel, que esperaban para esposo de la Reina y Rey suyo, con fin de que reconocido del beneficio que le hacíamos, sacándole de aquel humilde y bajo estado al supremo que había de gozar, nos premiase en los mayores cargos de este reino, prefiriéndonos á todos.

Esto surtió el efecto que deseábamos, luciéndosenos bien nuestra enseñanza en él, pues como

si toda su vida se hubiera criado en la Corte, y visto en ella lo que le enseñábamos, así lo aprendió en término de medio año, con esto y el fingir que le habíamos rescatado en Argel, ha tenido lugar de merecer ser esposo de la hermosísima Reina. Este (¡oh, sicilianos!) es el que presente tenéis, no don Remón Borrel, sino Florelo, pastor de una pobre aldea; y para certificaros mejor de que lo que digo es verdad, estos labradores son del lugar donde ejercía este bajo oficio, y uno de ellos quien le alimentó sirviéndose dél. A este tiempo parecieron seis labradores, y entre ellos Dorícleo, amo que fué del Rey y afirmaron conformes ser verdad todo lo que don Guillén había dicho, que había faltado de su aldea el mismo día que partieron della los tres caballeros.

Con ésto dió fin á su plática don Guillén, moviéndose entre aquellos caballeros y señores una nueva alteración, que llegó á tales términos, á que muchos dellos se dispusieron á sacar las espadas contra el que pensaban era quien afirmaban don Guillén y los labradores. El Rey, viendo el rumor que se levantaba y la inquietud en todos, principalmente en la Reina, que se quería levantar de su asiento, la suplicó se volviese á sentar, diciéndola:

—Hermosa Casandra, Reina y Señora absoluta de este siciliano reino, sosiéguese Vuestra Alteza, y todos los caballeros á quien la plática de don Guillén tiene alterados los ánimos; que

él ha informado á esta junta con una relación que parte de ella tiene luz de verdad, si bien lo que más importa ignora, tocándome á mí con evidencias claras y testigos más fieles declarar su duda en que estáis. Sosegáronse todos, volviendo á sus asientos, y el Rey prosiguió desta suerte:

Yo soy el verdadero don Remón Borell, hijo del Conde de Barcelona, que fluctuando entre las marinas olas, pude abrazado á un desasido tablón de mi galera surgir al puerto, ayudado de la clemencia de tres pescadores que me socorrieron en un barco suyo, y juntamente abrigaron mi desnudez con sus pobres vestidos; estos hombres he hecho venir aquí, para ser testigos de que lo que os digo es cierto. En esto salieron los tres pescadores que decía el Rey detrás de un paño que cubría el hueco de una ventana, y prosiguiendo el Rey su plática dijo:

—El verme desnudo, solo y arrojado del mar, me forzó á no dar aviso de mi triste suceso á esta Corte, aguardando ocasión que viniese al puerto alguna de las galeras que se libraron del peligro del mar, y con ella me manifestase en público, pues de la suerte que me hallaba era bajeza de mi nación darme á conocer, si bien nadie vive seguro de los contrastes de la fortuna. Apliqueme, pues, á servir á este Dorícleo, labrador de Florespina, guardándole sus ganados en compañía de otros pastores, al tiempo que

á don Guillén, don Hugo y Garcerán, les sucedió todo lo que habéis oído sin faltar nada, dejándome llevar de su engaño hasta ver en qué paraba su ambición. Esta sortija y retrato vuestro, dijo volviéndose á la Reina, serán fieles testigos de la verdad que os digo, pues desde la tormenta pasada que los saqué conmigo, han sido mis compañeros hasta hoy, que certifican lo que os he dicho.

Apenas reconoció la Reina la sortija y retrato, cuando don Guillén con el susto que recibió de haber oído al Rey, dió consigo en el suelo, privado de todo su sentido, y sus dos amigos se postraron de rodillas delante del Rey, diciéndole que por su ambición eran dignos de cualquier castigo, que fuese servido de darles. Levantóse el Rey de su asiento sin hacer cuenta dellos, y mandó que á don Guillén le llevasen, así como estaba á un cuarto de Palacio, y que le regalasen. Hízose así, acostándole sin sentido en una rica cama, y con remedios que le hicieron volvió en sí, hallando á su cabecera al Rey y á su amada esposa, que le preguntaron cómo se sentía, diciéndole la Reina que se esforzase, que ya su esposo le había perdonado. Alentóse con esto el afligido caballero, besándoles las manos por el favor y merced, y allí delante dél firmó el Rey el perdón de la muerte del Marqués Rugero, con condición que se casase con una hermana suya heredera del estado. Besóle de nuevo la mano

don Guillén y sus dos amigos, á quien el Rey dió sus brazos y honró mucho: dentro de dos días se hicieron las bodas, y también las de don Hugo y Garcerán, con otras dos damas de la Reina, haciéndoles los Reyes muchas mercedes, y dándoles títulos en su Reino. No se olvidó el Rey de los pescadores y labradores de Florespina, dándoles con que toda su vida vivieron ricos. Pasadas, pues, las fiestas que por estas bodas se hicieron, el Rey juntó una poderosa armada, de quien fué General don Guillén, y partiendo con ella á Barcelona en breve tiempo la restituyó con toda su tierra á su verdadero Señor, entrando en sus posesiones á los que se las habían quitado, ó á sus herederos. Don Jofré se huyó á Francia, donde pasando un río se ahogó en él.

Volvió victorioso don Guillén á Sicilia, dejando en Barcelona puesto Gobernador en el estado, y en Sicilia fué recibido de todos con extrañas alegrías, renovándose las fiestas con saber que la Reina estaba preñada, con quien vivió nuestro don Remón largos y felices años. A todos entretuvo la graciosa novela de doña Constanza, dándole agradecimiento de lo bien y despejadamente que había novelado, y previniendo al doctor que mostrase la pintura de su enigma sacó un papel, y en una curiosa tarjeta, mostró pintados cinco niños desnudos, uno menor que otro, presos en una cadena como galeotes, los versos decían desta suerte:

ENIGMA

Dos vidas tuvieron fin
con que mi ser acreditan
mirad si soy de importancia
pues soy de dos vidas ruína.
Apenas me ví con forma
cuando en primera conquista
siendo ayudado de diez
cinco hermanos se me humillan.
Á todos puse en prisión
cogiéndoles en cuadrilla,
tan desnudos, que forzoso
me fué darles dos camisas.
Y con ser dos, y ellos cinco
para no ver las divisas,
con fraternal hermandad
las vistieron individuas.
Como están acomodados
dentro de mi casa misma,
ciérroles de día las puertas
con lazos que los opriman.
Pero con toda mi guarda
apenas la noche fría
cuelga sus nocturnos velos,
cuando mi piedad los libra.
Gustan de estar encerrados,
en mí, y si estrechos habitan
á la senectud les vienen
aflicciones y desdichas.
Á veces porque se ensanchen
cuando se afligen peligra

mi persona, pues por ellos
en pendencias me acuchillan.
Y es tan poca mi defensa
que aquellos que á darme tiran
aunque no van á matarme
me dan millones de heridas.
Si quieren saber quien soy
sepan que aquella familia
que algo de mi nombre toma,
al escribano da insignias.

Confusos los dejó á todos el oscuro enigma, y no hubo nadie que le diese su verdadera declaración, hasta que pidieron á su autor se la diese y así les dijo ser el zapato, aunque también trataba de los dedos del pie, á quien aprisionaba, por donde se les hizo dificultoso á los oyentes el darle su propio sentido. Octavio sacó luego su papel, en el cual traía pintada una horca, adonde estaban colgados dos hombres, el uno por la garganta, como suelen comunmente á los que merecen este suplicio, y el otro por los pies; estaban los dos vestidos de unas ropas coloradas y decían los versos desta suerte:

ENIGMA

De todos cuatro elementos
somos hechos y formados,
aunque al fuego le debemos
las fuerzas de nuestro estado.
Para venir á tenerle

es muy cierto que imitamos
á los niños que Nabuco
pensó castigar airado.
Vestidos deste color
estamos siempre colgados,
unas veces boca arriba
y otras veces boca abajo.
Con el húmedo elemento
lo más del tiempo tratamos,
y apenas nos alimenta,
cuando nos hacen trocarlo.
Lo que los cielos no quieren
las más veces remediamos,
mas ésto es sin voluntad
á fuerza de pies y brazos.
Somos república necia,
pues siempre nos gobernamos
por quien de cierto sabemos
que es en el ingenio un macho.
Este ciego, viejo, y ruín,
y de todos miembros manco,
hasta ahorcados nos quiere
que seamos para el trabajo.
La mitad de nuestro nombre
es la mansión de aquel santo
Patriarca que en las olas
anduvo un tiempo fulcando.

Logrósele á Octavio el estudio de su ingenioso enigma, porque no hubo quien se le declarase, hasta que él dijo ser los arcaduces de la noria, que con los versos y la pintura conformaba ser así, dejando á todos muy gustosos por haber sido

de los mejores que se habían hecho, sacaron luego un arpa y un clavicordio, y sentándose Octavio cerca de doña Angela y doña Laura, su hermana, cantaron á tres concertadas voces esta letra:

A mirar como baila Belilla
los pastorcillos alegres van,
pues á fe que si libres la miran.
que han de volverse sin libertad.

Belilla cuya hermosura
es de las almas imán,
hechizo del albedrío,
prisión de la voluntad.
Con cuyos hermosos ojos
hace guerra al dios rapaz
y á Febo en su cuarta esfera
eclipsan su claridad.
Para hacer ostentación
que es prodigiosa deidad,
en el solaz de su aldea,
alegre salió á bailar.

Á mirar como baila Belilla, etc.

A sus traviesos ojuelos
amor solícito va
por rayos para que sirvan
de flechas á su carcax.
Dudosos ojos la miran
sin saber determinar
cuál sea mayor estremo,
su donaire ó su beldad.

En zagales y pastoras
que asisten en el solaz,
causan envidia y deseos
efectos con igualdad.

Á mirar como baila Belilla, etc.

Tuvo muy alegre fin la tarde, y para darle principio al entretenimiento de la que esperaban tener el día siguiente, se ofreció á novelar en ella el Doctor (gracias á la tranquila salud que había en Madrid) y á traer los enigmas las dos hermanas, doña Angela y doña Laura. Y por no hacer mayor volumen da fin su autor á esta primera parte, deseando satisfacer con ella el gusto de los lectores, para que eso le anime á sacar á luz la segunda con mucha brevedad,

LAUX DEO

EN MADRID

Por la viuda de Alonso Martín, año 1625.

INDICE

DE LAS NOVELAS DE ESTE TOMO

	Págs.
Tardes entretenidas	17
El amor en la venganza	31
De la fantasma de Valencia	99
El Proteo de Madrid	150
El socorro en el peligro	217
El culto graduado	307
Engañar con la verdad	351

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO EN LA IMPRENTA IBÉ-
RICA DE E. MAESTRE, Á LOS
OCHO DÍAS DEL MES DE JULIO
DE MCMVIII

Ls.C.
C6917
91673

Author

Title Coleccion selecta de antiguas novelas españolas
Vol.9

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

REINFORCED BINDING
WILLIAM BRIGGS
TORONTO